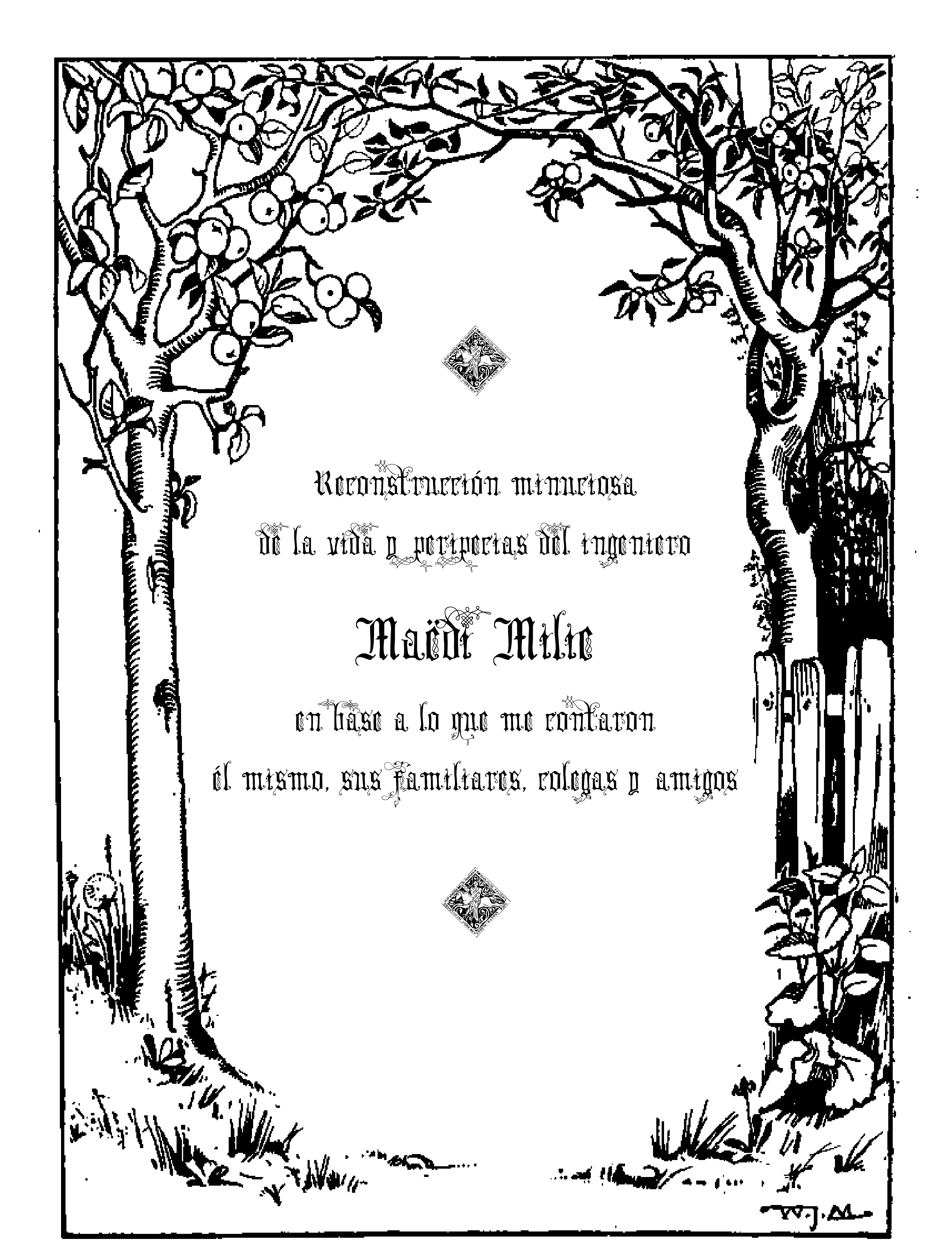


Reconstrucción minuciosa

de la vida y peripecias del ingeniero

Maëdi Milie

en base a lo que me contaron

él mismo, sus familiares, colegas y amigos

Estimado Lector:

Haz de esta obra cuantas copias quieras,

y obséquialas gratuitamente a tus amigos, parientes, vecinos, clientes...

Sólo te pediré que no te lucres con ella, pues tampoco yo lo hago

A. de A.

(Agla de Agartha)

Obra registrada en "Safe Creative"

24/06/2020 2006244516534

Puedes enviarme tus críticas, comentarios e impresiones

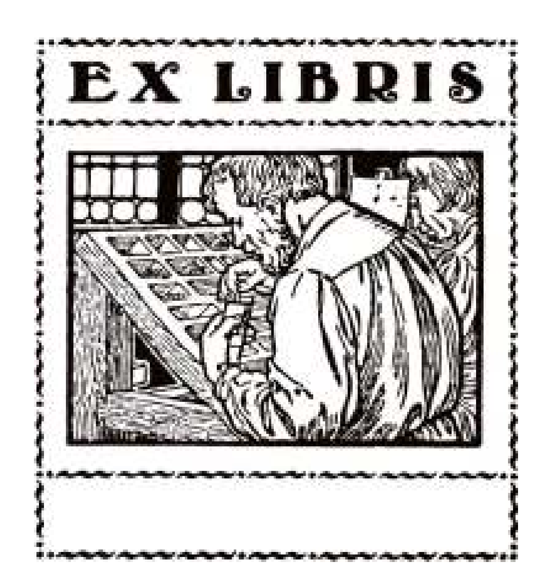
domovilu@gmail.com

Visita mi Blog

https://domovilu.wordpress.com/

O mi Red Social

https://mewe.com/profile/5cca98da1703b8065bcf3791



A mi Abuela Eva, Q.E.P.D
Al Rabino Moisés Fisch, Q.E.P.D
Y a tantos ángeles providenciales a lo largo de mi vida:
¡Gracias por haberme apoyado en los momentos cruciales!

Nota Preliminar

Como queda dicho en mi informal introducción general, entrevistar al ingeniero Milie no es ni por asomo, tan sencillo como lo fuera conversar con el capitán Devri. Mientras el último es extrovertido, apasionado y locuaz, el primero es extremadamente tímido, en absoluto conversador. Pero para peor, ¡trabaja a destajo! Y es un incondicional de su familia. Apenas tiene tiempo para pasarse por la Torre, y cuando al fin acude al Restaurante, viene acompañado de su esposa y prole y además… se adormece con facilidad. Una lástima, porque la suya es de esas historias que merecen la pena.

A fin de reconstruirla hube de seguir un proceso laborioso, recopilando información entre cantidad de personas amén de él mismo: sus familiares, amigos y colegas, quienes lo vieron crecer, formarse y desempeñarse a lo largo de su entretanto breve pero ajetreada existencia. El resultado es en consecuencia, menos vívido que el testimonio de su viejo amigo Devri. Algo que no dejo de lamentar, ya que tras ese muro de silencio se oculta un espíritu profundamente sensible y multifacético, que simplemente se ha visto privado desde su infancia, de los medios de socialización con que nos venos bendecidos los demás. Procuraremos pues adentrarnos en ese mundo, explorándolo a través de sus vivencias tal y como las pude recuperar. ¡Os auguro un viaje ameno y recreativo!

A. de A. / 05 de Enero, 5780

Vocación

Agradable mediodía de feriado a principios de otoño. Sentado junto a la corriente, un niño parecía concentrado en alguna ocupación infantil que se traía entre manos. Tendría unos once años, esa etapa a medio camino entre la infancia y la juventud durante la cual, los Maëdern cursan sus estudios en la Academia Inferior. Un grupillo de tres mozuelos de su misma edad se aproximó, preguntando al acercarse:

-Hola. ¿Qué haces?

-Voy a desviar un delgado hilo de agua. Así, ¿veis? Para probar si mi modelo funciona.

Picados en su curiosidad lo rodearon, sentándose a sus lados para ver.

-¿Qué es?

-¿Veis el molino harinero, allá? Pues eso: he pasado meses estudiándolo, y tallando este pequeño modelo a escala. Si lo hice bien, su mecanismo tiene que funcionar igual que el del grande. Es lo que quiero probar.

-¿Y si no funciona?

-En ese caso, tendría que buscar el fallo y corregirlo…

El infante terminó de montar y ajustar las piezas, colocando la minúscula réplica de madera en su sitio junto al hilillo de agua, con las palas de la noria rozando la corriente. Impulsada por ella, la rueda comenzó a moverse activando ejes y engranajes. ¡El modelo a escala funcionaba! En el interior de la casita del molino, las presuntas "muelas" (dos pequeños cantos rodados convenientemente pulidos) hacían su trabajo tan bien como las auténticas. A su alrededor, su público estalló en un "hurra" espontáneo.

-¿Cómo lo hiciste?

-Bueno… no es tan difícil. Vivo cerca del molino, y estoy emparentado con los dueños. Lo visito a menudo. Estuve observándolo con detenimiento tratando de desentrañar su mecanismo, cuáles son sus principales piezas constitutivas, por qué están allí y qué tarea ejecuta cada cual. En realidad, mi modelo está un poco simplificado, pero no importa: lo principal es que funciona. Significa que en la práctica, también he comprendido lo esencial.

-¿Pero cómo lo hiciste?

-¿Eh? -el joven se detuvo a recapacitar en la pregunta reiterada. ¿Qué más pretendería inquirir? Cuando creyó captarlo, ensayó otra respuesta- ¡Ah! Estudio con los Ebanistas, y el trabajo de la madera se me da muy bien. Tengo mi propio juego de herramientas, tallo las piezas en mis tardes libres… No: no se supone que deba presentarme dificultades.

Cierto: el muchacho era hábil en la labor delicada y meticulosa, poseía los movimientos sutiles y el pulso preciso de un relojero, y era extremadamente quisquilloso en la perfección de los acabados. Su único defecto era… que le faltaba inspiración artística. Aun siendo irreprochables desde el punto de vista técnico, sus obras "carecían de poesía" al decir de sus Maestros. Con apenas once años "y pico", al jovenzuelo costaba entender qué más pretendían de él… ¿O tal vez no? Mirando en torno a sí en los talleres anexos a su Academia, podía contemplar la labor de sus compañeros y comparar. Aquellos buscaban y hallaban su mayor inspiración en motivos naturales, generosamente abundantes en la bendita exuberancia que les rodeaba.

Él también reproducía tales motivos con pedante exactitud; pero sus relieves parecían tallados para servir de ilustraciones a manuales de botánica o enciclopedias de zoología. Pongamos por caso, que su grabado reprodujese un coleóptero. La reproducción era meticulosa y perfecta al detalle: podías apreciar con nitidez las delicadas articulaciones de sus miembros, la rugosidad de sus élitros y asomando por debajo, la tersura afiligranada de sus alas. ¿O si reproducía unas flores? Pues entonces apreciarías la disposición simétrica de estambres y pistilos, la composición de su corola e incluso, las nervaduras intrincadas de pétalos y hojas. Como si, más que solazarse en la contemplación de la belleza simple, el niño buscase desentrañar los secretos matemáticos del funcionamiento de aquellas entidades.

Sus Maestros meneaban las cabezas con resignación. Mil y una veces habían intentado explicarle la diferencia pero en algún punto, su discípulo acababa perplejo. ¿O le faltaría sensibilidad? La situación era tan frustrante para el uno, como para los otros. Se aplicaba. ¡Era evidente que se aplicaba! ¿Cómo mantenerse rigurosos con un alumno que en realidad, se ve a todas luces que invierte lo mejor de sí?

-¡Pues sí que eres bueno! -exclamaron sus circunstanciales admiradores, y partieron cruzando los pastizales a la carrera, de regreso al Club de Exiliados. Entre las arboledas de sus inmediaciones, se había organizado un gran almuerzo con parrillada al aire libre para muchos comensales. La gente

comía, bebía y cantaba alegre. Minutos más tarde, el grupillo alborozado volvía, con sus filas notoriamente engrosadas.

-A ver… -dijo uno de los recién llegados, apenas uno o dos años mayor que los demás- Pues sí: es una réplica bien hecha. Dime: ¿cómo lo hiciste?

El artista novel se lo quedó mirando:

-¡Pero si lo acabo de explicar!

-Ah, sí: me contaron eso. Lo que yo quería saber, es si seguiste un método. Por ejemplo: bosquejar un dibujo, los planos del original manteniendo las proporciones, o tomar las medidas para sacar tus piezas a escala.

-Pues no… no se me había ocurrido -negó, entre avergonzado y azorado. ¿Significaba entonces, que no lo había hecho tan bien como creyera? Perdido parte de su entusiasmo inicial, permaneció mudo y cabizbajo. ¡Ese había sido desde siempre, su mayor problema!: no importaba qué tan bien hiciera algo, ni cuánto se esforzase en ello; de alguna manera los demás, padres y maestros, jamás estaban conformes y sólo cosechaba críticas; durísimas en ocasiones, terriblemente hirientes. Que le sobraba cerebro pero le faltaba corazón, decían. Que era sordo a los acordes de la naturaleza y a la poesía de la vida, añadían.

Más adelante Milie, que a estas alturas se sobreentiende que hablamos de él, descubriría que tenía un oído especial para captar otro género de armonías. Porque las máquinas poseen sus propios ritmos y elevan su voz, cada cual con su canto particular. Y quien se habitúa a identificar y comprender sus matices, sabe si un motor está pidiendo agua, aceite o carburante, como la madre comprende la intención del reclamo de su recién nacido. ¡No existe sonido más tranquilizador, que el suave susurro sedoso de los engranajes que se mueven encajando entre sí con precisión, sin chirridos ni fricciones! ¿Por qué dudar que también para diseñar, construir o atender las máquinas se necesite amor, arte, poesía y sensibilidad? ¿Y quizás incluso a un nivel más elevado? Hay que ser particularmente sensible para detectar la belleza sutil de un diseño austero pero eficiente, que con el mínimo de componentes y esfuerzo, es capaz de resolver los mayores inconvenientes, rindiendo el máximo servicio con la mayor confiabilidad y sencillez posibles. Y se necesitan cuotas de amor sublime, para dedicarse día tras día a la atención abnegada de unos objetos inanimados que jamás te retribuirán. Además, ¡como si a fin de cuentas, dichas máquinas no estuviesen al servicio humano!

Unos humanos a los cuales beneficias indirectamente pero luego te mirarán con desdén, como si fueses otra pieza más del mecanismo…

Así por lo menos se queja el ingeniero Milie, si le concedes una oportunidad de desahogarse. Debes recordarle entonces que Hísel-Minei los tiene en gran consideración; hecho que él reconocerá de inmediato y sin titubear. Pero el resto de la gente es otra cosa. Parece como si el mundo entero se hubiese vuelto Originalista, y a ellos los percibiese como "menos Maëdern" que a los demás; esto es, que a quienes continúan ejerciendo las Disciplinas tradicionales.

Entretanto, su interlocutor seguía indagando:

-¿Y nadie te ayudó?

-No, tampoco…

-O sea -concluyó el joven "entendido"-, que eres un ingeniero intuitivo.

-Y eso… ¿Eso es malo?

-Hombre, no… ¡Al contrario! Quiere decir que posees un genio innato especial. Deberías aprovecharlo.

¡Vaya! Luego, ¿no era tan terrible el no haber pensado en esquematizar unos planos, antes de acometer el labrado? En otras palabras: por increíble que pareciera, ¡no lo estaban criticando! Más aún: se hallaba ante el primer elogio sincero desde que tenía memoria. Su interlocutor concluyó:

-Tendrías que mostrar eso a mi padre. ¡Le gustará! Vamos, ¡ven! ¿Quieres que te ayudemos a transportarlo?

-No, gracias. Puedo desmontarlo y volver a ensamblarlo allá. Está especialmente diseñado para armarse y desarmarse a voluntad.

Dicho y hecho: desmontó los bloques principales con facilidad, guardándolos con delicadeza cariñosa en una caja de madera que trajera al efecto, y los siguió. Su improvisado grupo de admiradores, parecía particularmente orgulloso de escoltarlo hasta las grandes tablas montadas sobre caballetes en torno a las cuales, los adultos comían y conversaban con maëdica animación.

-¡Aquí está! -anunció el líder del grupo. Un hombre se volvió a observarlo con interés:

-¡Buenas tardes! -lo saludó con una sonrisa radiante- ¿Cómo te llamas? ¿Te molestaría mostrarnos lo que hiciste, y cómo funciona?

-Me llamo Milie -susurró con incomodidad, mientras desembalaba su obra y la ensamblaba explicando-: es un modelo en madera del molino hidráulico que se ve más allá. He tratado de replicar su funcionamiento, aunque lo simplifiqué un poco en el proceso. Y funciona así: el agua pasa por aquí haciendo girar la rueda así, que acciona el resto del mecanismo hasta llegar a las muelas dentro del edificio, que se mueven a su vez. Se puede observar desde esta abertura que dejé a propósito. ¿Veis?

-¡Increíble! -exclamó el hombre con genuino placer- No solo conseguiste hacerlo funcionar, sino que además el trabajo es pulcro y estético, irreprochable por dónde se lo mire. Y dime: ¿qué has simplificado y cómo?

-Básicamente, el sistema de engranajes; porque la versión original incluye demasiadas piezas, algunas minúsculas que me habría costado reproducir en un modelo reducido. Así que en su reemplazo modifiqué las mayores para que con menos componentes, hicieran el mismo trabajo. Aquí por ejemplo, ¿lo veis? Donde he colocado tres ruedas dentadas y dos ejes, en realidad iba un conjunto compuesto por más de nueve partes.

-Lo cual significa que en lugar de limitarte a reproducir un mecanismo, ¡le has introducido mejoras! Y por el camino, diseñaste tus propias piezas útiles. Tiene razón mi hijo: eres un ingeniero intuitivo. ¡Un portento!

-Pero no hice planos -objetó, recordando la hasta ayer desconocida omisión.

-Más a tu favor: significa que tu capacidad de síntesis y retención técnica es tal, que no sentiste la necesidad. Por eso no se te ocurrió tampoco. Pero supongamos que no hubieses sabido tallar las piezas, o que por carencia de herramientas, te hubieses visto compelido a encargarlas a un carpintero. ¿Qué habrías hecho?

-En ese caso, sí: posiblemente le habría dibujado un croquis.

-Todavía podría haber elaborado partes desproporcionadas…

-Para evitarlo, le habría incluido indicaciones con las medidas.

-O sea, habrías esquematizado unos planos. A eso llamamos "dibujo técnico". Tú no lo hiciste, porque de alguna manera conseguiste compaginar y retener el sistema completo en tu mente; y además, tampoco tuviste que encargarlo a otros. Que en principio, ese es su cometido: transmitir instrucciones claras y precisas. Ya que lo habitual es repartir las tareas: los ingenieros de diseño,

diseñan. El Maestro Rector de la Obra recibe los planos y supervisa la ejecución. Pero hablemos de negocios: ¿cuánto pides por tu maqueta?

Milie se sorprendió. ¡En ningún momento se le habría ocurrido venderla!

-¿Habla Usted en serio? -dudó.

-¡Absolutamente! Verás: me gustaría llevarla a Hísel-Minei, y exponerla. Tenemos un Museo de Ingeniería, ¿sabes? Una interesante exposición permanente de planos, fotografías, maquetas, piezas revolucionarias y maquinaria innovadora de distintas épocas. Una colección magnífica. Como trabajo espontáneo de un joven sin formación, el tuyo constituye un hito particularmente interesante.

-¿Tanto? -desacostumbrado a los elogios, el joven se estremeció.

-Y más. En fin: que hablo en serio. ¿Cuánto pides por él?

-Pues la verdad, no lo sé. Nunca había pensado siquiera que pudiese valer algo. En casa por lo menos, nadie habría dado un céntimo por él. Ni en mi Academia tampoco. ¡Lo estuve fabricando a hurtadillas! Ponga el precio Usted: lo aceptaré gustoso, sabiendo que mi obra queda en buenas manos.

Había algo tristemente insinuado en la última frase de Milie: de conservarlo, quizás el trabajo no sobreviviese más allá del día en que cualquiera de su entorno lo descubriese. No sólo que no lo sabrían valorar. Posiblemente lo detestarían, y buscarían cualquier excusa para quitárselo y destruirlo. Luego y por doloroso que fuese desprenderse, quedárselo exponiéndose a verlo convertido en astillas días más tarde, era una posibilidad por lejos peor. El adulto parecía sospechar esa realidad. Echando mano de su bolsa sujeta a la faja, buscó y colocó sobre la tabla:

-Aquí tienes: diez platas grandes. ¿Estás de acuerdo? -pero como repentinamente sacudido, el jovenzuelo callaba, insistió-: ¿Te parece suficiente, o quieres más?

-No… quiero decir, sí… Quiero decir…

-Entiendo, pero incluso así. Lo sigo pensando, y temo estar siendo mezquino -volvió a hurgar en su bolsa-. Aquí tienes, cinco platas grades más.

Emocionado, Milie se echó a llorar. ¡Quince platas grandes! En su medio rural, constituían una pequeña fortuna. ¡Más si cabe, para un niño!

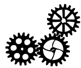
-Vamos: ven y siéntate aquí -el hombre lo levantó con respetuoso cariño, sentándolo a su izquierda en el largo banco-. ¿Quieres beber? -le sirvió un zumo- Cerremos la operación, así pasamos

a temas más importantes. Bien. Ahora escucha: deseo ayudarte. Sería una lástima desperdiciar tu vocación aquí, donde queda infravalorada y desaprovechada. Deberías venir al puerto, y cursar estudios formales. Si tan potentes son tus aptitudes en su estado natural, no quiero imaginar hasta dónde llegarás tras recibir la instrucción adecuada; ¿no crees?

-Supongo que tiene Usted razón, pero… -inclinó la cabeza con timidez e hizo una pausa incómoda antes de completar con voz titubeante- Nadie en casa aprobará semejante decisión ni, mucho menos, sufragará mis gastos de matrícula y demás. ¿Cómo podría estudiar entonces?

-Habrá que buscarte un mecenas -respondió el hombre. Y ante la pregunta del niño, explicó-: alguien que se solidarice contigo y te apadrine, costeando tus estudios hasta que los termines. A cambio deberás esforzarte con tesón, porque tu protector demandará resultados. Nada satisface más al mecenas que constatar que ha acertado en su elección, que ha apadrinado a alguien prometedor que aprecia e invierte juiciosamente su aporte. Pero allá nos ocuparemos de eso. Por lo pronto, ¿qué te parece la idea? ¿Te gustaría visitarnos y recibir tu primera impresión personal, la semana que viene?

Convencerlo no fue fácil. La falta de costumbre al elogio lo cohibía. Pero acabó asintiendo, y acordaron los detalles: se encontrarían el próximo Indavu por la madrugada, en la estación. Debería ser puntual para no perder el tren de las cuatro. A continuación se despidieron en excelentes términos y, saltando de la mesa, Milie tomó su caja de madera conteniendo su recién adquirido tesoro de quince monedas de plata acuñadas en Hísel-Minei, y volvió a su casa feliz de la vida.



Y fue puntual. Traía su dinero en una bolsita, para cubrir los gastos de la excursión. Sin embargo, su protector no se avino a permitirle pagar.

-Hoy corre por mi cuenta -le dijo-: yo invito, yo pago. Será un placer.

Milie hizo su primer viaje en tren estremeciéndose de emoción. Iba con sus sentidos encendidos, absorbiendo sonidos, movimiento, vibraciones, olores y colores; concentrado en no perder detalle de lo que acontecía en derredor, tan novedoso y enriquecedor, tan estimulante para su insaciable curiosidad. *"¿Cómo funcionará esto?",* se preguntaba de continuo, ante cada rudimento tecnológico que se iba descubriendo a sus ojos: el tren primero, los ascensores de la Torre después y, ya contemplando el increíble panorama del impresionante puerto y sus industrias subsidiarias, alcanzó

un pináculo de éxtasis fervoroso mientras murmuraba con amorosa admiración reverente las palabras tabú:

-Hísel-Minei… Hísel-Minei.

Sus ojos de ingeniero intuitivo no veían más que máquinas; portentos de la inventiva humana por doquier: máquinas para desmontar a fin de desentrañar los secretos de su funcionamiento; máquinas para diseñar; máquinas para mejorar; máquinas para reparar; máquinas para replicar. ¡El lugar más prodigioso que habría podido concebir se desplegaba allí mismo, palpable y real, ante sus ojos! Si tan solo ayer le hubiesen dicho que existían tales prodigios, no lo habría creído.

-Hísel-Minei… ¡Qué hermoso es!

-Ven aquí, pequeño genio -con cariño paternal, su nuevo protector lo llamó de regreso a la realidad-. Ven y tengamos nuestro desayuno, mientras delineamos tu futuro. Me alegra constatar que la sorpresa te ha impactado. ¡No esperaba menos! Ahora dime: ¿qué te ha gustado más? ¿A qué desearías dedicarte, si pudieses escoger?

-Yo… -susurró el mozo, apartándose con lento esfuerzo de los enormes cristales que ofrecieran ante su atónita mirada, ese panorama que lo mantenía como magnetizado- Yo quisiera verlo de cerca antes de opinar. ¿Podrá ser?

-Para eso estamos aquí, pero antes de iniciar la excursión, dime en términos generales: ¿te gusta este lugar? Quiero decir, como para dedicar el resto de tu vida a vivir y trabajar aquí…

-¡Eso sería maravilloso! -exclamó Milie con entusiasmo- Solo que…

-Solo que antes necesitarías prepararte, y eso cuesta dinero. Mucho dinero: la Academia de Ingenieros no es barata. Y tú… Supongo que no me equivoco si imagino que nadie te apoyará en casa. Lo cual significa, que debemos buscarte un mecenas. Adelantaremos mucho si mis amigos resuelven esa cuestión mientras nosotros merodeamos por el puerto, así que dime: ¿tienes algún familiar en Hísel-Minei? ¿Alguien que aceptaría ampararte hasta que puedas valerte por ti mismo?

-Tanto como "familiares" no, que yo sepa. Somos Originalistas, de varias generaciones. El único que acude a mi memoria es el Viejo Almirante. Nunca lo vi, y no sé quién podrá ser. En casa no se lo menciona, salvo rara vez y con terrible desdén.

-¡Ajá! Pues empezamos bien -su guía parecía optimista-: posiblemente te refieres al Capitán Dehi, y ese sería un magnífico mecenas, si conseguimos contactarlo y ponerlo de tu parte. Dime: ¿qué es para ti?; ¿qué parentesco te une a él?

-Bueno: es el fundador de la familia. Creo que es mi tatarabuelo.

-Bien. ¡Bien! Al capitán le complacerá saber que podría llegar a tener un tataranieto ingeniero. ¡Le encantan los ingenieros! Veré si consigo que lo vayan contactando, mientras nosotros salimos de excursión. Dime pues: ¿qué es exactamente lo que deseas ver?

-Esos barcos de allí, por ejemplo. Y esas factorías, o como se llamen, de más allá…

-¡Perfecto! Esas "factorías de más allá" que dices, son los astilleros y fundiciones, las fábricas de motores y de maquinaria pesada. Nos llevaría muchas horas prodigar la más escueta visita relámpago a tantas instalaciones. La cuestión es, de cuánto tiempo disponemos. ¿Cuánto crees tú, que podrás ausentarte de casa sin levantar sospechas y crearte problemas?

-Alcanza con que esté de regreso para la hora de la cena -respondió Milie con tímida suavidad-. Es lo habitual: suelo pasar el Indavu solitario, dedicado con discreción a mis cosas. En casa no me tienen en gran estima. Hace mucho perdieron interés por lo que haga o deje de hacer. Al contrario: como todo lo que hago está tan mal, mejor hacerlo lejos, fuera de su vista y conocimiento.

-Significa -concluyó su protector-, que podremos volver tranquilamente con el tren de las cinco. Bien: nos deja más tiempo del que esperaba y por hoy, tendrá que bastar. Apura ese tazón, y salgamos.

Las cuatro décadas que mediaban entre esta y la ya relatada excursión de Devri, no habían transcurrido en vano: el puerto seguía cayendo en su especie de sopor amodorrado los días feriados; no obstante había crecido en dimensiones y actividad. En consecuencia, el servicio de transporte interno también había mejorado, incluso en los feriados. Descendiendo la Torre, apenas sí esperaron unos pocos minutos antes de que pasase a recogerlos un minibús dedicado al traslado de personal portuario: efectuaba un recorrido intrincado, rondando entre las diferentes secciones del puerto y plantas industriales, conectándolas entre sí, con la Torre y con las estaciones ferroviarias. El guía pagó dos pasajes hasta el sector metalúrgico, y ambos viajeros se sentaron cómodos hasta el momento de descender. Bajaron frente a la fábrica de motores y maquinaria, proveedora de la mayor parte del equipamiento habitual en la sala de máquinas de los navíos. Tres horas de visita guiada

pródiga en explicaciones detalladas, se le hicieron al arrobado joven como un puñado de minutos. A cada respuesta recibida, devolvía un par de preguntas más, siempre reflexivas y atinadas, que denotaban no solo que atendía las explicaciones, sino que las comprendía de inmediato. Su protector tuvo que sacarlo de allí, prácticamente a rastras:

-Milie: te prometí que además visitaríamos el interior de un buque. Si no salimos ahora, hoy ya no llegaremos.

Incluso así, el mozuelo aceptó a regañadientes. Cosas de la juventud, a la cual cuesta soltar el pájaro en mano para salir en busca de los ciento volando… Minutos más tarde, se dirigían a las dársenas en uno de esos pintorescos minibuses internos. Y una vez a bordo del navío demorado en plena operación de estiba, ya en la sala de máquinas, no solo agradeció el haberse dejado conducir hacia allí sino que, una vez más, perdió la noción del tiempo.

¡Cuatro niveles! Cuatro colosales niveles repletos de máquinas, con un soberbio motor principal de doce cilindros ocupando tres de ellos. Milie quiso escudriñar cada rincón, saber qué había allí y para qué servía: ¿para qué necesitaban cinco generadores?; ¿es que no bastaría con uno o dos? ¿Y por qué tenían un motor principal, y dos secundarios?; ¿no serviría lo mismo tener dos motores más grandes, y ahorrarse el principal? ¿Y esto de allí? ¿Y eso otro de más allá?



Bajo la tutela del "Viejo Almirante"

-Milie, se hace tarde. Tenemos que volver.

Su guía tuvo más dificultades para sacarlo de allí, de las que ya topara en la fábrica. ¡Tan entusiasmado estaba! Los ingenieros de a bordo reían divertidos, contemplando sus insaciables deseos de abarcarlo todo en un par de horas.

-¡Paciencia! -le decían entre carcajadas- Paciencia y trabajo: ya volverás, cuando te hayas preparado a conciencia. ¡Ánimo y suerte!

Y con esos augurios amistosos, entre sonrisas, apretones de manos y cordiales palmadas a la espalda, desembarcó. En su trayecto de regreso a la Torre, su protector lo iba poniendo al corriente:

-Ya han hablado acerca de ti con el capitán Dehi. Se ha interesado sinceramente por tu caso. Verás: el hecho es que antes o después, su prole le ha dado la espalda; se volvieron Originalistas y renegaron de él. Por una parte, no se queja: dice considerarlo parte de un anhelo hecho realidad. Pero por la otra, no puede evitar que el rechazo de los suyos le hiera. ¡Y no lo merece! Él ha dedicado su vida entera a Hísel-Minei: tu abuelo posee un alma grande, pletórica de amor y abnegación. No hallarás muchos como él, ni siquiera entre Maëdern. Es único. Y merece mayor veneración y respeto de los que ha recibido. Luego, que después de tantos años uno de sus descendientes regrese a nosotros, constituye para él un consuelo enorme. Va a "adoptarte". Pero antes, deberás intercambiar unas palabras con él. Quiere oírte e interrogarte. ¡No te asustes! Se claro y sincero. Pero evita las tonterías. Nada de "Viejo Almirante", porque lo recibirá como un agravio. E incluso si es comprensivo y no se disgusta contigo, luego se sentirá agredido y llorará… Comprende: ¡tu tatarabuelo es un anciano! Ya ha superado los cien años. Su salud es más frágil que el cristal, y hacemos lo posible por evitarle disgustos y sobresaltos, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, pero… ¿Por qué lo llaman así?: ¿qué es un almirante?

Así de joven e inexperto era Milie por entonces. No olvidemos que además, el vocablo ni siquiera era Layedi: los Hiseili-Minéyern lo habían tomado prestado de la lengua de Draïr, más pródiga en términos bélicos y graduaciones castrenses. Su protector le tuvo que explicar:

-Fue un título que ostentó en su vida anterior. Pero detesta que se lo recuerden. No fue algo que hiciese por placer sino más bien lo contrario: se trató de una onerosísima responsabilidad que

hubo de asumir a su pesar. Ya tendrás oportunidades de sobra de enterarte y comprender mejor, cuando te asientes en el puerto. Por lo pronto, que te baste con saber que no debes pronunciar esas palabras ante él. ¡Nunca! De hacerlo, le causarías un terrible dolor inmerecido.

-Y... ¿cómo debería dirigirme a él? -preguntó Milie cohibido.

-Hum... Tienes razón: supongo que decirle "tatarabuelo" cada vez, sonará excesivamente aparatoso. Además, no te conviene: es preferible que denotes cercanía, aunque generacionalmente estés tan distanciado. Llámalo pues, "abuelo". Y aunque posiblemente te costará, procura tutearlo. A saber cuántas décadas lleva sin escuchar un apelativo y trato tan amable dirigido a su persona. Te lo agradecerá. ¡Y tú ganarás un tutor inmejorable!

Entretanto, llegaban a la Torre. Bajaron del minibús e ingresaron. Pero en lugar abandonar el ascensor en el "Nivel 20" siguieron subiendo hasta el 43: una de las cinco plantas pertenecientes en exclusiva a la compañía naviera. El hombre, que se movía como un pez en el agua entre las desérticas dependencias, lo condujo a una habitación enorme con amplios ventanales que daban al puerto, atestada de aparatos electrónicos novedosos. Un joven con auriculares montaba guardia frente a las sofisticadas consolas: se volvió con una cálida sonrisa de oreja a oreja, al sentirlos entrar:

-¡Por fin llegáis! Dile a tu protegido que se coloque de pié aquí. Así. ¡Bien! Ahora veré de poneros al habla: el capitán está avisado, y aguarda junto a la radio.

A continuación, se aplicó a calibrar la frecuencia y radiar su llamada. Al cabo se oía la lejana respuesta. Una voz ronca, tenue y cascada respondió con lenta suavidad:

-Aquí el capitán Dehi. Os recibo, Hísel-Minei. Dijisteis que un tataranieto mío desea hablarme...

Milie se estremeció de emoción al escuchar esa voz. Se preparó para responder apenas los adultos, que entretanto lo estaban presentando oficialmente, así se lo indicaran. La señal le llegó prácticamente al instante. El joven carraspeó y saludó con serena cortesía:

-Hola, abuelo.

-Dime -preguntó la voz anciana desde miles de kilómetros de distancia-: ¿cómo te llamas? ¿Y cómo es tu parentesco conmigo, exactamente?

-Me llamo Milie, y soy nieto de Lereidi, el hijo menor de tu hijo Meneyú.

-Meneyú… -se escuchó por la radio. La voz del viejo se quebró y si antes era áspera, cascada y baja, ahora enronqueció y descendió aún más, hasta convertirse en un susurro quejumbroso al decir-: Meneyú… Mi hijo menor: ya han pasado más de cincuenta años desde que lo vi por última vez -hizo una pausa, como si procurase recuperar la compostura antes de continuar-. Y tú, ¿también eres Originalista? ¿Es cierto que deseas volver a Hísel-Minei?

¡"Volver"! En ese instante, Milie captó cómo era percibida la situación por la generación de los Renacidos de la cual, su tatarabuelo era quizás el último exponente vivo: los Originalistas habían renegado de ellos y de su legado, abandonando la más preciada obra de sus manos: Hísel-Minei. Luego, cuando él se allegaba al puerto y deseaba seguir una profesión relacionada con su actividad, no era que simplemente estuviese "acudiendo", sino mucho más: estaba "volviendo"; regresando a un origen del cual abjuraran sus padres.

-Sí, abuelo -respondió-. Me fascinan las máquinas. Hoy me pasé la mañana entera conociendo la industria metalúrgica y visitando el interior de un navío. En mi vida había contemplado nada más maravilloso. Y no se trata de mera curiosidad: es que además poseo una habilidad natural para estas cosas, y disfruto dedicándome a ellas. Por eso quiero estudiar, y ser ingeniero.

-Eso me contaron -respondió el viejo-. El Rector de Ingenieros me estuvo hablando hace un par de horas, ponderando con grandes alabanzas un trabajo que hiciste en solitario, de manera espontánea y sin preparación previa…

-¿La réplica a escala del molino hidráulico? Vaya… -Milie se sonrojó- ¡No sabía que iría a parar a manos del Rector!

-Escucha, Milie -la ronca voz del viejo se volvió reflexiva, buscando transmitir seriedad-: me han dicho que no cuentas con mayores simpatías en tu hogar, lo cual es comprensible. Me han pedido que te brinde mi apoyo pues de lo contrario, tus padres no lo harán. Y sería una lástima. Una genuina lástima. Quiero pues que te dediques al estudio sin preocupaciones. Yo correré con los gastos necesarios: matrícula, viáticos, manutención, lo que sea menester. Tú sólo ocúpate de estudiar con tesón, ¿de acuerdo? Y no te desanimes si tu familia o amigos te vuelven la espalda. En mí siempre hallarás a un padre, un amigo, un apoyo y un consuelo.

-¡Gracias, abuelo!

-No, Milie. Gracias te doy yo a ti. Gracias por volver. Gracias por no renegar de mí…

La voz del viejo volvió a quebrarse, y la radio guardó silencio. A una señal de su guía, el joven lo siguió y salieron.

-Bien -decía el hombre, visiblemente satisfecho-: por este lado, ya tienes tu futuro asegurado. Ahora solo nos queda conversar con tu Rector actual. Y ablandar un poco a tus padres. Por lo menos, lo suficiente como para que te comprendan y no te expulsen. Eso sería demasiado duro a tu edad. Procuraremos evitarlo en la medida de lo posible. Mientras tanto, continúa con tus actividades rutinarias como si nada, mantén tu escapada de hoy en secreto y deja lo demás por nuestra cuenta: tenemos casi medio año por delante, antes de que debas matricularte con los ingenieros. Más que suficiente para que resolvamos el asunto de la manera más favorable posible a tus intereses.

Así diciendo, descendieron hasta la trigésima planta, marcada en el ascensor por simple tradición con el equívoco rótulo de "Nivel 20" (¡aunque obviamente, situado entre el 29 y el 31! Cosas exóticas de Hísel-Minei…), y entraron en el Restaurante. El hombre encargó un almuerzo festivo para dos, pagó y llevó la pesada (por lo bien provista) bandeja hacia una mesa ubicada en el mejor sector de la enorme sala. Se sentaron enfrentados y comieron con maëdica parsimonia, disfrutando con intenso placer del sabor de cada bocado.

-¿Dónde está él? -preguntó Milie al cabo.

-¿Tu abuelo? Está en las obras de Darei.

-Pero si Usted dijo que ha superado los cien años… ¿Cómo hace para seguir trabajando a su edad?

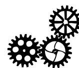
-No trabaja. Vive a bordo, porque se niega a desembarcar. Pero ya no hace nada… salvo invertir denodados esfuerzos en procurar evitar el llegar a convertirse en un estorbo para el personal. Se ha refugiado en la sala de máquinas en busca de calor, pues en cualquier otro lugar, enseguida se pone a tiritar. "Hipotermia", llaman a eso: significa que perdió la capacidad natural de mantener su temperatura corporal.

-¡Pero la sala de máquinas es terriblemente ruidosa! -objetó Milie- ¿Cómo hace para no enloquecer?

-Comprende… A sus ciento un años, tu abuelo está prácticamente ciego y sordo.

-Pero…

-Sí, sí; ya sé lo que dirás: que si recién acaba de escucharte y conversar contigo, y tal... Pero no olvides que es Maëdi y por añadidura, uno especialmente poderoso. Escucha y ve lo que quiere y cuando quiere, recurriendo al Ojo y al Oído de su Consciencia Extendida. Y cuando no le interesa, pues simplemente se desconecta, encerrándose en su silenciosa y oscura carcasa material. ¡Así es él! Un hombre que ha vivido y crecido mucho y ahora es feliz, plenamente reconciliado con el mundo y la vida. En especial, desde que tú irrumpiste en su universo. No te das idea de lo que a partir de hoy significas para él. Ni tengo palabras suficientes para describirlo. Podría llamarlo "satisfacción y consuelo", pero eso es apenas una pálida sombra de lo que él siente gracias a ti, en estos momentos.



Con su regreso a casa, Milie inició un tenso período de espera y transición. Aquel otoño continuó acudiendo con fingida naturalidad a su Academia de Ebanistas, aplicándose con su minuciosidad acostumbrada al desarrollo de sus habilidades manuales: sabía que de idénticas o similares necesitaría también en el futuro, lo cual significaba que aunque en el ínterin se entrenase en otro oficio, tampoco estaba desperdiciando su tiempo.

No emprendió nuevas incursiones ingenieriles, aunque antes había proyectado analizar el funcionamiento de la gran bomba de agua y de la pequeña bomba manual, a fin de elaborar sendas réplicas a escala. Se consoló diciéndose que ya lo haría más adelante, hallándose inmerso en un ambiente más cordial y disponiendo de mejores herramientas y materiales: ya estaba pensando en recurrir al metal, aunque fuese aluminio o latón en reemplazo de la madera. Sus días eran en consecuencia harto tediosos y solitarios, pero entonces llegaban los Indavuien a rescatarlo: el Club de Exiliados y sus inmediaciones se llenaban de simpáticos Maëdern bulliciosos de todas las edades y oficios, oportunidad que Milie aprovechaba para confraternizar con los llegados "de la costa". Les hacía preguntas relacionadas con su vida cotidiana, con las actividades portuarias o los estudios técnicos, y atendía sus reportes con sed intelectual.

Rudamente empujado por el invierno que seguía detrás, el otoño se iba acabando cuando su Rector lo llamó al final de una jornada de estudios, mientras sus compañeros se retiraban de la cálida sala de la Academia:

-Ven aquí, Milie: necesito tener unas palabras a solas contigo -el joven obedeció en silencio, sentándose ante la mesa baja del Rector, que se incorporó dirigiéndose al infaltable samovar-. Aguarda un instante, ¿quieres?, mientras preparo té para los dos.

La hospitalidad y esa sencilla disposición al servicio continuaban constituyendo el sello distintivo de la Orden Maëdi, a pesar del paso de los siglos e incluso, tras las lamentables fisuras internas producidas en el curso de las últimas generaciones.

-Hablemos abiertamente y sin eufemismos -le dijo al regresar, colocando los adminículos del té sobre la mesa. En el ínterin, el recinto se había vaciado por completo-: has visitado el puerto, ¿verdad? -el joven asintió. Su Maestro continuó-: ¿qué te pareció?

Avergonzado e incómodo, el joven inclinó la cabeza. Otra vieja costumbre Maëdi: en situaciones bochornosas, acuden instintivamente a refugiarse en sí mismos. Se repliegan aislándose detrás de la capucha, que oculta convenientemente sus ojos y la mayor parte del rostro cuando bajan la frente. Tratándose de un recurso externo, lo han incorporado como si fuera un apéndice físico natural. Y tras ese tenue velo, se sienten más amparados y seguros. El Rector tuvo que insistir con grandes muestras de suave amabilidad, antes de que el joven se aviniese a reconocer:

-Sí, estuve allá hará cosa de tres meses. Me invitaron unos amigos del Club y fui… ¡Claro que me gustó!

-Y desearías estudiar y asentarte allí -completó su Rector. Milie callaba-. Escucha: sé que es difícil para ti en estas circunstancias, pero debemos sincerarnos. Te he visto crecer, Milie. Sé cómo eres y te entiendo. Diplomáticos del puerto han estado aquí, conversando conmigo respecto a tu futuro, y he de admitir que no les faltó razón: a ti se te ha dado un espíritu profundamente técnico. Con ellos desarrollarás tus aptitudes mejor que con nosotros. Y fin de cuentas: ¿no enseñaron nuestros Sabios de antaño, que no puedes reprimir ni combatir la naturaleza humana, sin aniquilarla en el intento? Debes seguir tu propia senda, o nunca llegarás a ninguna parte. Ni siquiera yo me atrevería a negar un principio tan básico.

Estimulado por tan inesperada comprensión, el joven se atrevió a refutar:

-Pero en casa no lo tomarán con tanta filosofía…

-Procuraré mediar -lo tranquilizó el Rector-. Para eso te llamé: antes de actuar en cualquier sentido, necesitaba confirmar que realmente se tratase de tu deseo, y no de un capricho de esos…

de los enviados del puerto. ¡No me mires así! Reconozco haber sido un maestro severo: hasta el último momento quise creer que podía despertar en ti el amor por la belleza natural, la sensibilidad hacia la maravillosa obra de la Creación. Pero tú tienes alma de ingeniero, no de poeta. Y yo no soy quién para cambiarla ni de hecho, la puedo modificar. De empeñarme, solo causaría estragos. ¡Y te deseo bien! Lo dicho: sólo nos resta convencer a tus padres. Va a dolerles, ¿Sabes? Tu desafección les provocará una enorme frustración. Yo puedo permitirme el lujo de tomarme el asunto con serenidad imparcial, porque para el caso, tu decisión apenas me afecta. Pero con ellos será distinto: ¡son tus padres! Sufrirán el golpe como un agravio personal. Que no te extrañe si en consecuencia, su actitud para contigo se endurece.

Milie alzó la frente para agradecer a su Maestro, y aquel pudo ver el rostro enrojecido bañado en lágrimas. Poeta o no poeta, tenía ante sí un espíritu introvertido pero vulnerable. El Rector se estremeció: ¡no lo había percibido antes! Algo en sus premisas debía estar gravemente equivocado, si había sido incapaz de sospechar que un enamorado de la maquinaria pudiese ser tan humano y sensible como cualquiera. ¡A saber cuánto se lo había lastimado ya! A saber cuántos embates había recibido y acumulado en silencio, guardándose las quejas para sí, temeroso de elevar su voz y acarrearse desgracias mayores.

-Suerte Milie, y no te preocupes -lo consoló una vez más-. Te deseo lo mejor, y haré lo posible por ayudarte. Entretanto, mantén tu política de discreción. No hablaré con tus padres, hasta que ellos mismos no vengan a consultarme respecto a la continuación de tus estudios. Presumo que lo harán, a más tardar hacia el final del invierno: deben escogerte una Academia Superior, y ya habrán notado que no has echado raíces aquí. Es evidente que éste no es tu sitio. Desearán mi recomendación para tu futuro. Y la tendrán. Ve pues tranquilo, y que pases un invierno saludable.

Y en efecto, el invierno pronto señoreó en la región. Tras la tercera gran nevada se interrumpieron las clases, y prácticamente todas las actividades agrícolas. La gente permanecía recogida en sus casas, subsistiendo con lo que hubiese conseguido acopiar, y deshojando el almanaque en espera de la primavera. Habiendo iniciado su propia cuenta regresiva, Milie acumulaba tensión e incertidumbre. Solo el Club de Exiliados mantenía sus actividades: los Maëdern ribereños acudían siempre, y con más razón en invierno, cuando el rigor del clima jugaba a su favor, permitiéndoles ser el grupo mayoritario. En cambio de entre los Originalistas, sólo asistían los que

viviesen tan cerca como para trasladarse a pie, o deslizándose en trineo sobre la resbaladiza nieve endurecida. Milie aprovechó la grata circunstancia de vivir cerca para no ausentarse de ninguna velada. Pero sintiéndose observado con recelo por vecinos y familiares, evitó entablar cualquier diálogo con ningún Mineyu. Próximo el deshielo, a dos semanas del reinicio de las clases, sus padres lo abordaron:

-Dinos, Milie -preguntó su padre una noche tras la cena, secundado por su madre sentada silenciosa a su lado-: ¿estabas contento con los Ebanistas? ¿Deseas seguir formándote en esa Disciplina, o has pensado en alguna otra? ¿Quizás por ejemplo, te gustaría iniciarte con los Plateros? ¿O incluso con los Herreros?

-Yo… -replicó el joven, cohibido- estuve conversando al respecto con mi Rector, uno de los últimos días de clase. Y creo… que será más conveniente que primero acudáis a consultarlo con él.

Era una evasiva, y como tal fue interpretada. Sin embargo, sus padres la juzgaron lógica y obedecieron. Milie era un vástago difícil: cerrado como una ostra, poco comunicativo, poco receptivo, poco cooperativo… Y sin embargo no era rebelde, desordenado, agresivo ni contumaz. Quizás, una oposición abierta por su parte les habría resultado más fácil de atajar. Si alguien te contradice, puedes procurar rebatir sus argumentos y convencerlo. Pero si alguien calla y obedece sin rechistar, e incluso se esfuerza por complacerte aunque con magros resultados, ¿qué le puedes objetar? ¿Y de quién es el fracaso, en última instancia? Fueron pues a consultar al Rector de Ebanistas que, como ya sabemos, los esperaba. Aquél los recibió con la amabilidad de rigor, los invitó a sentarse y sirvió té. Solo entonces se ubicó ante ellos y, tras escuchar la cuestión, respondió desgranando sus argumentos con calma:

-Vuestro hijo Milie es habilidoso e industrioso. Le gusta trabajar, es preciso en el manejo de sus herramientas, es pulcro, minucioso y puntilloso, hace gran hincapié en la exactitud y la perfección de los acabados.

-¿Pero…? -lo apremió su padre.

-Si tuviese que resumirlo en un único concepto, diría que vuestro hijo fue bendecido con un alto nivel de pericia técnica. Y de hecho, hacia ello se inclinan sus aptitudes: es un amante de los mecanismos, de las cosas inventadas por el hombre para funcionar como autómatas a su servicio. Le fascinan las máquinas, desentrañar sus secretos y replicarlos. Milie tiene alma de mecánico, espíritu

de ingeniero. Esto… es un Don. Es el don con el cual fue bendecido al nacer. No se lo podemos quitar. No lo podemos cambiar. Y no obtendríamos nada bueno doblegándolo. Si realmente deseáis su bien…

-¡No! -rugió su padre horrorizado, incapaz de contenerse incluso ante el Rector. Junto a él, su esposa se deshacía en lágrimas y suspiros desgarradores- ¡No! ¡No!

Aquel aguardó en silencio, permitiéndoles desahogarse a placer antes de, una vez recuperada cierta calma, continuar con su serenidad de anciano:

-Nuestros Sabios enseñaron que cada individuo posee un conjunto de aptitudes, en función de las cuales debe formarse y crecer. Siguiendo la senda indicada por ellas, llegará a desarrollarse en plenitud. Si en cambio, se empeña en reprimir la propia naturaleza para compelerse a transitar sendas ajenas, tarde o temprano el camino se le hará tan cuesta arriba que en el mejor de los casos, se estancará. Y en el peor, se despeñará. No se debe; es peligrosísimo jugar a modificar la esencia humana: el resultado puede llegar a ser, no lo quiera la Unidad, la aniquilación personal. Y por más que os cueste aceptarlo tal cual es, dudo que deseéis un destino tan aciago para vuestro hijo. En nombre del amor y la misericordia os debo suplicar: no le pongáis trabas, ni lo rechacéis, porque todavía es joven y os necesita. Pero permitidle ser fiel a su senda y crecer.

-Luego, vos nos recomendáis… -inquirió su padre con voz temblorosa.

-Cualquiera de las tantas Academias de Ingenieros que tienen en el puerto. La que él prefiera.

-Maestro, yo… -replicó el hombre, apesadumbrado y con voz ronca- Lo siento, pero por más que queráis, *no puedo* pagar la matrícula de semejante Academia. Comprended: para mí, ¡sería casi como una blasfemia!

-Nadie te demandará eso -lo tranquilizó el Rector-: tu hijo ya ha encontrado un mecenas. Sólo te pediremos que no lo expulses. ¡Es demasiado joven como para quedar solitario y desamparado ante la vida! Continúa aceptándolo en tu hogar, continúa reconociéndolo como hijo tuyo que es. Y aunque más no sea, demuéstrale tu apoyo solventando sus viáticos. Es muy poco. De lo demás, ya se encargarán otros.

-Y ese mecenas: ¿sabéis quién es?

-Pues no: los enviados del puerto no lo quisieron revelar, y me rogaron encarecidamente que respetásemos su deseo de anonimato. Mantengamos la calma pues, y dejémoslo estar.

-Alguien cuya identidad desconozco me está tratando de robar a mi hijo, y yo debo resignarme y consentirlo… -mascullό el hombre.

El anciano bebió unos sorbos de té antes de sentenciar con suave firmeza:

-Nunca, nadie, jamás podrá quitarte a tu hijo… ¡salvo tú mismo! Si eso es lo que te preocupa, entonces hazme caso y sigue mi consejo: sólo permitiéndole transitar su senda de crecimiento personal, conseguirás conservarlo. Si por el contrario, intentas reprimirlo o doblegarlo, tarde o temprano lo perderás para siempre. ¡Sé paciente y sensato! Recuerda que no es él: *es la Unidad* que te ha lanzado un desafío en la forma de tu hijo. Acepta el desafío con amor, y supéralo. Eso hará de ti un hombre más sabio, más bueno y ecuánime.

Marido y mujer temblaban pálidos al despedirse, para reincorporarse y salir al frío oscuro de un anochecer todavía temprano. Se volvieron caminando con luctuosa lentitud, cada cual sumido en sus amargas cavilaciones. "Un desafío", lo había llamado el Rector. Bendita sea la Unidad, ¡qué desafío tan terrible! ¿Podrían superarlo? Llegaron a casa tiritando ateridos. La alegre y bulliciosa actividad se interrumpió a su llegada. En total, la pareja había alumbrado siete vástagos, dos de los cuales ya estaban casados. Milie, ahora callado y oculto a medias en un rincón, se contaba entre los menores. Prepararon la cena y comieron en silencio. No era lo habitual: como cualquier hogar bendecido con una prole numerosa, el juego, las risas y la alegría solían ser la norma. En esta oportunidad, se trataba del evidente aunque incomprensible desánimo de los padres, que cohibía a los demás. Solo Milie presuponía con acierto lo que podía haber sucedido y en consecuencia, invertía sus mayores esfuerzos en pasar desapercibido. Sin embargo, su estrategia estaba condenada al fracaso. Tras la cena, su padre lo llamó aparte para decirle con voz ronca:

-De acuerdo: irás a la Academia de tu elección. Aunque me disguste, no te impediré. Solo quiero que sepas una cosa: eres mi hijo, Milie. Pase lo que pase, nunca renunciaré a ti. Incluso si no nos entendemos, nunca dejarás de ser mi hijo. ¡No lo olvides!

Milie asintió con gesto mudo. Percibía el torbellino de emociones bullir en el interior de su padre, que se contenía muy a duras penas. Por lo pronto, era como si rigiese una tregua inestable y quebradiza. ¡Debería esforzarse muchísimo si deseaba evitarse conflictos en lo sucesivo! Y eso hizo.

Con la llegada de la primavera, se matriculó en la Academia de Ingeniería Naval, y comenzó a asistir con entusiasmo e ilusión. Madrugaba, tenía su desayuno solitario y salía rumbo a la estación,

en ocasiones antes del amanecer. Estudiaba un primer turno (un bloque de "Conocimiento Técnico Teórico") de cuatro horas, almorzaba con austera frugalidad en la Torre y luego acudía al siguiente turno ("Trabajo Mecánico y Desempeño Práctico") de cuatro horas, en los Talleres y Simuladores Anexos. Volvía a casa tarde, agotado y feliz, pero se guardaba experiencias e impresiones, sabedor de que no serían escuchadas ni mucho menos, recibidas con agrado. Para los fines de semana solía traer consigo algún Manual de Dibujo Técnico o cualquier otro similar (meses después, descubrir la Electricidad le resultó apasionante: enseguida se convirtió en una de sus materias favoritas, y entonces comenzó a llevarse también Manuales de Circuitos Eléctricos para estudiar en sus ratos libres), que leía con gran concentración, ocultándose para ello en sitios apartados entre la maleza silvestre, lejos de las miradas de sus padres. Cierto que no hacía nada ilícito y que además, ellos sabían lo que estudiaba y lo habían consentido. Incluso así, ¡temía provocarlos!

Así pasó un año. Pasaron dos… No por misantropía sino por pura necesidad, Milie se convirtió en un solitario. En casa no se atrevía a pronunciar palabra. ¡Pobre de él si emitía cualquier opinión, aunque fuese insulsa y sobre un tema banal! De inmediato se hacía el silencio, las miradas cargadas de reproches de los circunstantes se clavaban sobre él, y su padre le espetaba con desdeñosa dureza:

-¡Calla tú, ingeniero!

Y si su padre no estaba presente para reprimirlo, cualquiera se sentía autorizado a suplantarlo. ¡A tal extremo lo habían deslegitimado! Milie se sacudía como alcanzado por una descarga súbita, inclinaba el rostro, se tragaba las lágrimas y apretaba las mandíbulas. Su respiración se volvía áspera, sofocada por un océano de dolor contenido que le atenazaba la garganta quitándole aire. Si la hora y el clima lo permitían corría hacia el exterior, y perdiéndose entre las arboledas daba un largo rodeo y lloraba a rienda suelta, hasta que se calmaba. Una vez recobrada la compostura regresaba, nuevamente encerrado en ese mutismo crucial que, se prometía, la próxima vez no cometería el imprudente error de volver a interrumpir.

¿Y si ni el clima ni la hora lo posibilitaban? Eso era lo peor. En ese caso debía soportar el agravio sin escapatoria y capear la tempestad con los escasos medios a su alcance: se retiraba mudo y cabizbajo a un rincón, en lo posible de espaldas al resto y si conseguía dormirse allí mismo, tanto mejor; porque entonces las incitaciones cesaban de inmediato, y los demás cambiaban de tema.

Tampoco en su Academia estaba socializando, si bien por lo menos, el ambiente era realmente amistoso. Pero estaba allí para estudiar, y eso hacía con ahínco. Milie era un alumno aplicado que disfrutaba aprendiendo y no desperdiciaba un instante. Atendía a sus Maestros con sedienta concentración, absorbía cada nuevo conocimiento con éxtasis ensimismado y una vez adquirido, lo retenía sin perder detalle, cual recipiente sin fisuras. Y una vez al mes recibía su mayor gratificación, cuando lo llamaban a la estación de radio de la naviera y hablaba con su mecenas; ese tatarabuelo que era una reliquia viviente y al cual (a medida que escuchaba más historias y anécdotas sobre su pasado) empezaba a venerar. Le hablaba de sus progresos, se aconsejaba con él y atendía sus recomendaciones con amoroso respeto.

Sin embargo, al iniciar su tercer año de Academia la rutina cambió drásticamente. A estas alturas, se los consideraba suficientemente avanzados para comenzar a trabajar bajo contrato a turno parcial, como complemento vespertino a los estudios matutinos que aún efectuarían por dos años más. Con sus catorce todavía por cumplir, Milie firmó su primer contrato, como cadete en los astilleros. Ese día volvió a casa tan exultante que, por más que procurase mantenerse retraído y callado, no pudo evitar que la dicha brillase en sus ojos.

-Se te nota más alegre que de costumbre, Milie -comentó su madre-, ¿ha pasado algo particularmente bueno?

-Pues, sí… -replicó con timidez. Hubiese preferido dejarlo así, pero ella se mantenía en actitud expectante, con la mirada fija en él. Tuvo que continuar- Hoy he firmado mi primer contrato. A partir de mañana, empezaré a trabajar.

-En el puerto, supongo -afirmó más que preguntó su padre, con abierta acritud.

-En los astilleros -puntualizó Milie con reticente suavidad.

Un silencio borrascoso se aposentó en la habitación. Su madre lo contemplaba afligida. Su padre lo atravesaba con una mirada iracunda, mientras un combate atroz se liberaba en su interior, entre su impulso primario de expulsar para siempre a ese hijo descarriado, y la voz de aquel Rector que aún resonaba fresca en su memoria, recomendándole lo contrario. Incontenible y arrollador, ganó ese primer impulso aunque no sin antes verse en parte mitigado por el ánimo conciliador de los consejos del anciano.

-Felicitaciones -mascullé-; pero ya no es necesario que vuelvas a partir de mañana: un hombre que trabaja, puede valerse por sí mismo para lo demás.

Milie inclinó la cabeza, asumiendo la cortés expulsión con tristeza, pero sin discutirla. Pasó esa noche en duermevela, dividido entre la alegría expectante ante la nueva etapa que se iniciaba en su crecimiento personal, y la congoja de saberse arrojado del hogar para siempre. A la mañana siguiente madrugó más que nunca, bebió su último desayuno solitario, tomó sus escazas pertenencias y salió rumbo a la estación sin despedirse: con indiferencia fingida o real, la familia en pleno dormía todavía.



Encuentro en Draïr

-¡Hola, Milie! -a través de la frecuencia, la voz del viejo sonó rejuvenecida por la alegría- Me dijeron que has firmado tu primer contrato, y hoy empiezas en los astilleros.

-Sí, abuelo. ¡Y no sepas qué feliz e impaciente me siento!

Lo habían llamado en mitad del almuerzo para atender la radio. Milie, dichoso pero tenso, contaba los minutos de pausa que se iban agotando lentamente antes de correr al trabajo. ¡No era cuestión de iniciar su primer día, presentándose con retraso!

-Estoy muy contento, abuelo. Pero…

Pausa reflexiva. ¿Cómo comunicar sus problemas sin agobiar al anciano? Aquel, que en base a su propia experiencia intuyó la dirección de los tiros, le ahorró parte del dilema aventurando:

-¿En tu casa lo tomaron a mal?

-Pues sí… -susurró Milie- Y me expulsaron. Con suma amabilidad, cierto. Pero ya no puedo volver, y…

-Y no tienes a dónde ir -completó el viejo-. No te aflijas. Yo me ocuparé: alquilaré para ti una habitación en la Torre, en la planta de los ingenieros. Estarás en buena compañía, y economizarás tiempo de viaje. ¡Míralo desde el lado positivo! Tu nueva situación estará llena de ventajas. Así que ánimo, y adelante: continúa estudiando y progresando. No te das idea de lo dichoso que me haces…

Allende los mares, la temblorosa voz del anciano se quebró. Milie, habituado ya a los usos y ritmos de su lejano ancestro, aguardó unos instantes y, viendo que en efecto el silencio persistía, se retiró apresurado.

¡Y el abuelo cumplió! Por la noche, cenando cansado y complacido tras su primera jornada laboral, alguien se le aproximó para indicarle con cortesía:

-¿Maëdi Milie? Me han encargado que os mostrase vuestra habitación.

El joven apresuró los últimos bocados, se limpió y lo siguió. Ascendieron hasta el tercio superior de la Torre, "el mejor" en opinión de los lugareños, apeándose en el "Nivel 51". A tanta altura, Milie percibía la tenue oscilación del edificio.

-Aquí es -indicó su guía, entregándole las llaves.

Milie abrió y entró, hallando un cuarto confortable aunque austero y de medidas reducidas, cuyo principal atractivo lo constituía el paisaje ofrecido por el ventanal impoluto que ocupaba una pared íntegra: la oriental, que daba al mar. A estas horas, solo se veían las luces del puerto y sus industrias, y las de faros, balizas y demás señalización del tráfico marítimo. Contempló el panorama durante unos minutos antes de, recordándolo, retirarse de regreso a la recepción en la Planta Baja: había dejado sus escazas pertenencias en una casilla. Las retiró, pagó el irrisorio alquiler y volvió a su cuarto. Una vez tranquilo y a solas, volvió a dejarse cautivar por el paisaje nocturno.

-Gracias, abuelo -murmuró con sincera veneración-. Y acurrucándose en su lecho, se durmió al instante.



Milie parecía reconciliado con su vida solitaria al volver a conversar con su mecenas el siguiente mes. A su pregunta de:

-¿Cómo te va en los estudios? ¿Y en tu trabajo?

Respondió:

-¡De maravilla! El trabajo es divertido, ¿sabes? Recibimos las máquinas, las montamos en su sitio, las ajustamos, revisamos y calibramos. Como soy más pequeño y ágil que los adultos, a mí me suelen encargar la inspección de los recovecos más inaccesibles. ¡He llegado a meterme por cada hueco! En ocasiones tienen que atajarme. Dicen que me excedo en fogosidad, y no debo descuidar las medidas básicas de precaución.

-Y tú, ¿obedeces?

-Procuro hacerlo, abuelo, porque entiendo que llevan razón. Tengo que aprender a controlar mi genio. ¡No es tan fácil! Pero poco a poco lo voy consiguiendo.

-¿Y has hecho amigos?

Milie redujo el volumen de su voz para susurrar con suavidad abochornada:

-El ambiente es cordial, y no tengo problemas con nadie. Ni en la Academia, ni en el trabajo.

Allende el océano, el viejo no pudo dejar de percibir que su nieto acababa de eludir la cuestión. Con diplomacia, optó por dejarlo pasar momentáneamente.

-¿Estáis todos los de tu curso empleados ahora en los astilleros?

-Pues no; nos han diseminado a conciencia: apenas somos dos en los diques secos, hay más en las fábricas, y algunos han sido enviados incluso, a las industrias de los Aléyern. Dicen, que es para garantizarnos a cada cual, un aprendizaje práctico personalizado y de máxima calidad. Piensa que para mí, cada ingeniero es un potencial Maestro. Así que mientras trabajo estoy rodeado de ellos. Es una oportunidad dorada de observar, consultar y recibir atención exclusiva.

-¿Y no has hecho amigos, ahora que te encuentras entre gente afín? -insistió el viejo.

Milie inclinó el rostro apesadumbrado, antes de replicar con su clásica suavidad abochornada:

-Verás, abuelo: en la Academia, estudio. En los astilleros, trabajo. Termino mi jornada tarde y agotado, ceno y me retiro a dormir. No me queda ni un resquicio para socializar.

-Tienes los Indávuien…

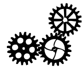
Milie seguía negando con pesar:

-Los aprovecho para recuperar horas de sueño. De haberme atrevido, quizás seguiría asistiendo a las tenidas en el Club de Darei. Pero temo cruzarme con parientes y que se sientan provocados. Así que me levanto tarde, desayuno casi al mediodía y me retiro a pasar la tarde tranquilo en la Biblioteca.

-¿Qué lees? -inquirió el anciano, con súbita curiosidad-: ¿literatura técnica?, ¿manuales especializados?

-Pues no, abuelo. En mi día libre procuro despejarme, descansar en cuerpo y alma. Así que leo historias, cuentos y aforismos; Literatura Menor.

-No está mal… No: no está tan mal. Espero que la Unidad me conceda el volver a hablarte el mes que viene. Hasta entonces, suerte y cuídate.



Como ya insinuara siglos ha y con tanta amargura el joven Enaïdu Sorian, pocos solitarios lo son por placer o elección. Para muchos se trata de una dura imposición externa, un vacío social al cual se ven sometidos contra su voluntad y que, por las razones particulares de cada cual, se ven imposibilitados de superar. O en menos palabras: no *son* solitarios; *lo están*. Lo mismo aplicaba a Milie. Tímido por naturaleza, le costaba un esfuerzo sobrehumano derribar barreras, confiarse a gente nueva, abrirse a los extraños. Habría necesitado de un apoyo más firme en el seno del hogar, donde en

la práctica sólo recibió rechazo. Y si un niño no puede contar con la incondicionalidad de sus más allegados, ¿en quién se atreverá a confiar al crecer?

Su único pariente de confianza era su lejano tatarabuelo, remoto tanto en distancia física, como en línea sucesoria y edad: ¡noventa años mediaban entre el nacimiento de uno en Laïr, y el del otro en el interior seguro de la Gran Isla Oriental! Con tantos años de diferencia entre uno y otro, y Milie con quince "y pico" el día de su feliz graduación como ingeniero naval, era un auténtico milagro que el viejo, con el cual se hablaba apenas unos cuantos minutos una vez al mes, sobreviviese aún. Cae de maduro que al ir a firmar su primer contrato, ni siquiera lo tuvo que solicitar: a pedido de su protector, fue directamente enviado a servir en un navío destinado en las obras de Draïr; una barcaza de suministros en ruta constante entre los buques industriales operativos en la rada, y el joven puerto de esa ciudad todavía en proceso de reconstrucción.

Fue un día de explosiva alegría melancólica: los recién graduados tuvieron su celebración grupal en el recinto académico, recibieron sus diplomas, firmaron sus primeros contratos, comieron, brindaron, rieron compartiendo anécdotas del oficio o rememorando escenas divertidas de sus pasados años de estudio, y cantaron hasta enronquecer. Pero finalizados los festejos, los jóvenes se volvieron cada cual con su familia a culminar la fiesta en casa, con sus parientes y amigos. Salvo Milie, que se retiró silencioso y cabizbajo a su habitación en la Torre, a preparar su equipaje para la pronta partida. Con tensa emoción contenida contaba los días, las horas y los minutos que aún lo separaban del histórico encuentro… ¡Y rogaba! Continuamente suplicaba en su fuero interno que su ancianísimo abuelo resistiese aún. ¡Tan sólo unos días más! A esa edad, cada instante podía ser el último, y sería una decepción demoledora haber emprendido los 8400 kilómetros de viaje con tanta ilusión… para recibir a su llegada, la trágica noticia de una repentina defunción a último momento.

Estaba poniendo en orden sus asuntos, cuando lo llamaron para atender la radio. Desde allende los mares, su emocionado abuelo lo felicitaba:

-Hola, Milie; me han dicho que hoy te graduaste.

-Sí, abuelo: y ya tengo mi primer contrato.

-Cuéntame cómo fue.

-Pues… fue glorioso, abuelo. Comimos, bebimos, nos divertimos, la pasamos bien.

-Me alegra oír eso. ¿Cuándo zarparás?

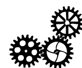
-Embarco mañana: iré en el primer navío que parte hacia Darei. Si mal no recuerdo, es un buque-cisterna.

-¡Ajá! Vienes con nuestra provisión de combustible. ¡Bien! Te espero con ansiedad, Milie. Cuento los días, las horas, los minutos…

-Yo también, abuelo -susurró el joven con timidez. Pero como era habitual, al otro extremo de la frecuencia, la voz del viejo se había quebrado y ya no resonó por el altavoz. No sin cierta preocupación, Milie se retiró murmurando para sus adentros con acento quejumbroso, la que estaba llamada a convertirse en su atormentada letanía en los días venideros:

-Oh, por favor, abuelo: ¡resiste! Estamos tan cerca de vernos por fin… ¡Resiste, abuelo, por favor!

Nunca un hombre tan joven se sintió más ansioso.



Madrugó más que la propia Ista, cargó un morral con sus escasas pertenencias a la espalda (básicamente, varias mudas de ropa y prendas íntimas), devolvió la llave de la habitación y se fue a tener su último desayuno en el "Nivel 20" antes de partir. Zarpaba horas después; efectivamente, en un imponente buque-cisterna. Lucía con radiante satisfacción la gloriosa divisa de su empresa, y sus insignias de cuarto ingeniero. Penosamente necesitada de trabajadores, la Hísel-Minei procuraba abreviar los trámites, aunque sin renunciar a sus rigurosas exigencias de excelencia y profesionalidad. Milie había superado su etapa de "cadete" trabajando y entrenándose en los astilleros, a la par que completaba sus estudios. Esto no había sido así antaño: el proceso de formación solía ser más lento pues, por otra parte, nada les apremiaba. Ahora en cambio, se veían siempre presionados por la falta de personal: la sangría ocasionada por la "deserción" Originalista les causaba terribles quebraderos de cabeza, compeliéndolos a apresurarse y sobreexigirse al máximo.

En principio, se suponía que entraría en servicio recién tras su arribo a Draïr, en una barcaza local: iba a asumir el reemplazo de otro joven que lo aguardaba sobre ascuas, impaciente por volver a su casa, ¡de la cual llevaba diez meses alejado! A falta de reemplazante, se había quedado esperando hasta tres meses después de vencido el contrato. En Hísel-Minei, nadie abandona su puesto sin mediar un traspaso de funciones ordenado. Aunque por supuesto, la empresa retribuye la buena disposición con generosidad. Auténtico enamorado de su oficio y feliz de ser útil, Milie no se abstuvo de frecuentar la sala de máquinas a lo largo de su travesía, para observar y prestar sus

brazos también en este navío. Sólo de las clásicas bromas tradicionales del gremio no participaba, desde siempre tan temeroso de incomodar a nadie. Pero recordándolas más tarde, reía para sus adentros con callada discreción.

Acostumbrado como llegaba a la soberbia inmensidad inabarcable de Hísel-Minei, Milie no se dejó impresionar grandemente por el enorme y moderno puerto de Draïr, inaugurado hacía ocho años. ¡Y eso que esta nueva versión, era por lejos superior a cualquiera de sus predecesoras! Sólo días más tarde captaría en su integridad la importancia colosal del esfuerzo mancomunado realizado en el lugar: al hojear en la biblioteca de a bordo, un Registro Fotográfico Anual del progreso de las obras. Recién al ver el paraje desolado, arrasado y en apariencia irrecuperable que los Renacidos habían encontrado al allegarse a iniciar la reconstrucción, ponderó por fin la magnitud ciclópea de la empresa. Entonces más que nunca, los admiró. Admiró su tesón irreductible. Admiró su capacidad a toda prueba de amar y perdonar. Y también, se sintió dichoso de poder considerarse un continuador.

Pero por lo pronto, ajeno aún a tales cavilaciones, se dejaba conducir en una pequeña lancha de asistencia técnica, del impresionante petrolero en que viniese, al navío industrial en el cual su abuelo se había confinado. Yendo de camino, una oficial de seguridad con insignia adicional de la Enfermería, le dirigió con semblante serio sus severas advertencias:

-Vuestro abuelo os espera, ingeniero, pero debéis comprender y tener presente: es más que anciano. Una reliquia viviente. El último de su generación. ¡Es frágil y quebradizo! La más leve brisa podría apagar la vacilante llama de su vida. Por eso, sed cuidadoso y considerado. ¡No lo sobresaltéis! Nosotras estaremos allí, velando por su integridad. Que no os incomode: a su edad, no nos queda más remedio que cuidarlo si queremos conservarlo. Sed precavido vos también. No olvidéis que es delicado. Muy, muy delicado. Evitad saturarlo.

Milie asintió con un gesto. Ella calló unos instantes, luego añadió:

-Uno y otro habéis esperado este evento durante años. Estáis ansiosos. Para vos, será muy emotivo. Para él, podría ser letal. Procuraremos pues que esta primera entrevista sea breve, para que él se recupere de sus emociones a continuación. No os preocupéis. Si superamos este primer encuentro con éxito, ya tendréis más oportunidades de veros, incluso a diario si el capitán lo desea y su salud lo posibilita. Así os iréis habituando paulatinamente, y él lo sobrellevará sin desmedro.

Entretanto, habían alcanzado el casco del navío, apegándose a él por debajo de la rampa de acceso lateral. Milie saltó a ella con agilidad juvenil y, seguido por la oficial médica, subió a bordo. Más gente lo aguardaba sobre cubierta. Con una conspicua presencia femenina, de un simple vistazo Milie calculó que allí estarían el cuerpo de seguridad y el médico al completo.

-Sí que lo quieren -se dijo, sonriendo al asumir que tantos recaudos tenían por único objeto, salvaguardar la vida de su protector. ¡Imposible abstenerse de sentirse orgulloso de ser su tataranieto! Sí: y de estar volviendo junto a él, comprometiéndose a preservar su legado.

Entraron en las acomodaciones y descendieron en ascensor hacia la sala de máquinas, en las cubiertas inferiores. Milie temblaba de emoción, consciente de estar ingresando en el mundo de su abuelo. ¡Qué distancia formidable había recorrido, desde la intransigente cerrazón de sus padres Originalistas, hasta la optimista vitalidad de los Reconstructores Renacidos! Era mucho, mucho más que unos simples 8400 kilómetros. Y el joven, todavía más un mecánico que un ingeniero en nuestros propios términos (ya iría cerrando la brecha a medida que ganase en experiencia y pericia), se sentía dichoso de haberla salvado. A pesar de todo, el esfuerzo había valido la pena.

En el cuarto de control de la sala de máquinas, cómodamente instalado en el sillón del jefe de ingenieros, lo aguardaba su abuelo: un hombrecillo pálido, achaparrado y enjuto, de ralos cabellos y barba níveos, de piel apergaminada sobre unos huesecillos delgados y frágiles. Un cuerpo reducido a su mínima expresión a causa de los años y el desgaste, sobre el cual el hábito Maëdi parecía flotar. Una intensa luminosidad interior se traslucía a través del tenue envoltorio material.

-"¡Abuelo!"; "¡Milie!" -exclamaron prácticamente al unísono, arrojándose uno en brazos del otro, estremeciéndose de emoción y llorando juntos.

-Oh, Milie, qué feliz… ¡Qué feliz soy! -clamó el anciano centenario y, doblegado por la dicha, se desvaneció en brazos de las oficiales médicas, que acudieron prestas a sostenerlo. Con el rostro súbitamente lívido de susto, Milie se dejó caer en su sitio y se lamentó, temblando convulsionado. ¡Temía lo peor! Hasta que una oficial se le acercó a serenarlo, diciéndole con suavidad:

-No os preocupéis: estará bien. Quizás mañana incluso, podáis volver a veros. Presumiblemente, con más calma y holgura que hoy.

En efecto, un par de días más tarde era llamado a acudir al navío de su tatarabuelo; y a partir de entonces, las visitas se volvieron frecuentes. El joven y el anciano entablaron una amistad

cómplice, estrecha y profunda, que los anegaba y consolaba a ambos por igual. Compartieron sus vidas, ideas e impresiones. ¿De qué no hablaron? Milie aprovechó aquellos años valiosos para, escuchando al viejo, acumular un bagaje de sabiduría y experiencias impresionante. Y también, para recorrer y contemplar con curiosidad nunca satisfecha, aquel interesante modelo de buque industrial.

A pesar de sus años de preparación en los astilleros, donde tuviese oportunidad de ver y revisar desde su mismo proceso de ensamblaje, la más variada diversidad de barcos, nunca dejaba de sorprenderle la (al parecer) inagotable versatilidad de la ingeniería naval; y lo distintos que podían llegar a ser los navíos entre sí, dependiendo de las tareas o funciones que se les quisiese asignar. *"Una quilla y un casco, para que pueda flotar: eso hace a un barco. Por dentro y sobre ellos, coloca lo que quieras, según dicte tu necesidad."* Así, tal y como lo expresaran sus primeros Maestros del curso inicial: ¡así de simple e increíble era!

Milie, que todavía era capaz de reproducir íntegra aquella primera clase con sus puntos y comas, se dispuso a explorar esta embarcación con juvenil interés. En resumidas cuentas, se trataba de una planta metalúrgica flotante. En las cubiertas intermedias fabricaban tuberías, vigas de acero reforzado, rieles, y cualquier otro material de construcción férreo que se requiriese en tierra firme. Continuamente estaban adaptando su producción a las cambiantes demandas de las obras, prodigando una respuesta más inmediata y flexible que si debiesen traer los materiales ya fabricados desde Hísel-Minei.

En la planta metalúrgica, Milie contempló consternado un fenómeno de cuya amplitud no había sido plenamente consciente, hasta no ver su alcance en persona: de cada cuatro operarios, uno no pertenecía a su Orden. Angustiosamente falta de brazos, su empresa los estaba contratando allí donde pudiese hallarlos. En ocasiones, esto desencadenaba pequeñas reyertas y problemas disciplinarios. A los "externos" costaba adaptarse, tanto a los modales Maëdern como al rigor de sus exigencias. Podías conjeturar con bastante acierto su antigüedad en el servicio, observando su conducta y desempeño por unos instantes: cuanto más antiguos, ¡más maëdizados!

Fin de una Era, inicio de otra

Milie vivió en el puerto de Draïr, siempre a bordo de su barcaza, dos años idílicos, que luego recordaría con nostalgia. Pero al cumplir los dieciocho sin apenas haberse movido de su rango, comenzaba a sentirse ligeramente frustrado. Recién iban a ascenderlo a tercer ingeniero. ¡Qué proceso tan lento! Asesorándose con colegas mayores, recibió la siguiente recomendación:

-Renuncia en la naviera, y vuelve a los astilleros. Allí el trabajo es tan intenso y variado, que se valora al triple: te facilitará un ascenso meteórico. Será como tomarte un atajo temporal: al año siguiente volverás aquí como segundo ingeniero.

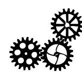
-Un año en los astilleros… -repitió Milie, pensativo- ¿Y qué será del abuelo? Tengo que consultarlo con él.

Y acudió a verlo en la siguiente oportunidad.

-Ve con mi bendición -le dijo aquel, en su débil susurro esforzado-. Ve, crece y prospera, y no te preocupes por mí: yo estaré siempre contigo, dondequiera que vayas.

Y así diciendo, depositó un beso de despedida sobre su frente, una luminosa "señal de amparo" indeleble, solo perceptible a ojos de los Trovadores más avanzados, los Guardianes de la Tradición.

Milie partió con su bendición, volvió a instalarse en su habitación de la Torre, y se empleó a fondo en los astilleros, trabajando a doble turno como "ingeniero de obra", que dicen ellos. A lo largo de ese año de dedicación completa, le sobraron oportunidades de acrecentar sus conocimientos y pulir sus habilidades. Se ocupó del montaje, supervisión y calibración de las maquinarias y equipamientos de los más variados navíos, consiguió que la empresa se lo computase con creces y al cabo volvió, tal y como deseara, como segundo ingeniero. ¡Menudo atajo! Aunque eso sí: terriblemente exigente. No era para cualquiera.



-Vulerient, tengo frío… -susurró el decrépito capitán con su delgado hilillo de voz ronca, echado acurrucado en su rincón, tiritando entre las ruidosas máquinas-. Tengo frío, Vulerient. ¿Es que apagaron el motor, o los generadores? ¡Solía hacer tanto calor por aquí!

La buena mujer lo contempló preocupada. Llevaba prácticamente un año entero así, invocando a su difunta esposa, tanto en sueños como despierto: llamaba "Vuleriént" indistintamente a cualquier mujer que se le aproximase. Maduras o jóvenes, todas ellas eran ahora una sola, la única que al parecer seguía materializándose ante sus ojos ciegos, hundidos en el rostro huesudo: Vuleriént.

-Capitán -protestó ella con voz llorosa-: ¡pero si aquí hace más calor que en un horno!

-Y está tan oscuro, Vuleriént... -seguía él, en susurros cada vez más débiles y apagados- Frío, silencioso y oscuro. ¿Estáis abandonando? Tengo miedo, Vuleriént. Di a los ingenieros que no se vayan. Que no me dejen. Que vuelvan a encender...

Invocadas mentalmente por la oficial Médica, las restantes oficiales de enfermería y seguridad habían ido acudiendo y cerraban filas silenciosas en torno a él, derramando lágrimas de reverente compasión, conscientes de estar asistiendo a sus últimos momentos. De súbito, el anciano pareció animarse, e incluso esbozó una tenue sonrisa de alivio al susurrar:

-Ah, gracias: así se está mejor. Allí vuelve el calor, sí, tan agradable. Y la luz... ¡Luz! ¡Luz! -extendió una mano ansiosa en dirección a esa luminosidad ultraterrena que sólo él estaba viendo, y expiró con una serena expresión de felicidad embelleciendo su rostro.

Fue como si por un instante, el tumultuoso flujo del Río de la Vida se interrumpiese en seco. Absortas en la partida de aquel insigne varón tan admirado, las poderosas mujeres no vieron ni oyeron nada más, perdiendo incluso la noción de dónde estaban. Pero en el acto se llamaron de regreso a la realidad, recobrando la actividad y el pleno dominio de sus facultades.

Lo envolvieron amorosamente en la misma manta que lo abrigase hasta ayer, lo alzaron con delicadeza e iniciaron el luctuoso cortejo, subiendo las escaleras hacia el cuarto de control y de allí, al ascensor. La última se rezagó ante el tablero llamando al puente, para redoblar sus pasos y plegarse presta a sus compañeras. A medida que ellas ascendían, la noticia iba esparciéndose, avanzando en sucesivas oleadas de nubes borrascosas, tiñendo los corazones de oscuro pesar. Las actividades se interrumpieron. El oficial de guardia en el puente hizo sonar el ominoso quejido prolongado de su estentórea bocina. Una voz grave y potente que no fluctuaba ni se interrumpía. Oyendo su inusitadamente larga insistencia, las demás embarcaciones comprendieron y sumaron sus voces. Para cuando el cortejo alcanzaba la cubierta superior encaminándose al pretil de estribor, el

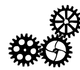
puerto entero elevaba su terrible voz que, dicen, fue nítidamente audible en centenares de kilómetros a la redonda.

El personal de a bordo, incluyendo a los numerosos operarios del área industrial, se apiñó en derredor, lamentándose a voces a pesar de la resignación. Acababan de perder un tesoro único. En cumplimiento de viejos compromisos, la oficial jefe de seguridad alzó entonces su cadenciosa voz de contralto, llamando al Saïri.

Arshashilé emergió alarmado. Oyendo el clamor multitudinario de las bocinas de barcos y sirenas del puerto, temió una catástrofe humanitaria sin paliativos y acudió presto, dispuesto a participar de cualquier operación de salvamento que le requiriesen. Mucho se sorprendió al constatar que no había tal: los rostros humanos ante él denotaban tristeza, no miedo ni urgencia.

-Ha muerto -dijo ella con voz queda, señalando el cadáver-. Su voluntad expresa era serte entregado tras su defunción, para que lo lleves contigo lejos, y lo sepultes en las profundidades. Nadie debe conocer el lugar de su último reposo. Así para nosotros será, como si el Océano entero fuese su último hogar, y viendo sus aguas nos consolaremos.

Finalizado el panegírico la mujer calló, con su rostro adusto bañado en lágrimas. A una señal suya, otras oficiales de seguridad lo alzaron, entregándolo al Saïri. Arshashilé lo tomó con amor, lanzó un suspiro luctuoso que partía los corazones y volvió a sumergirse, perdiéndose de vista con presteza. En la rada, los muelles y las instalaciones portuarias, bocinas y sirenas seguían bramando, lamentando inconsolables la enorme pérdida.



-¡Qué cacofonía infernal! ¿Qué diantre estará pasando allá?

Milie había venido acodado con indolencia en la cubierta de proa, interiormente ansioso aunque su conducta aparentase tranquilidad. Pero la funesta algarabía que llegaba desde el puerto apenas insinuado en lontananza, lo embargó de aciagos presentimientos. Junto a él, una oficial de enfermería que se aproximase alarmada por el mismo fenómeno, calló por unos instantes de visión extrospectiva, antes de volver en sí con la noticia:

-Ha muerto -él la miró sin entender. Ella repitió, explicitando-. Ha muerto: el capitán ha partido hacia su Último Puerto. Para nosotros, es el fin de una Era. Otra se iniciará, quiera la Unidad que en

breve, cuando inauguremos Darei. ¡Qué lástima que tras habernos acompañado hasta aquí, él que tanto lo deseó, no viviese para contemplarla!

Oyendo este discurso, Milie se dejó caer y lloró… Volvía, tal y como deseara, luciendo sus flamantes insignias de segundo ingeniero. Y había intercambiado las últimas palabras con su abuelo anunciando su regreso, el mismo día antes de zarpar la semana anterior, como solía cuando estaba en Hísel-Minei, mediante la radio de la naviera. Ambos esperaban reencontrarse en breve. Por tan solo unas pocas horas de navegación que le restaban, ya no podría ser. ¡Qué pérdida irreparable! ¡Qué desconsuelo! No cesó de lamentar su desgracia a lo largo de esa jornada.

Sin embargo y a pesar de haber renovado su estancia en Draïr con tan fúnebre ánimo, esa noche soñó con su abuelo. Liberado de su decrépita envoltura material, su espíritu lucía expandido, radiante, rejuvenecido y feliz. Navegaron juntos, de pie en el ala de un impresionante buque luminoso, sobre las aguas plateadas de un océano refulgente. La voz de Dehi resonaba pletórica de optimista vitalidad:

-No estés tan triste, Milie. Ya ves que seguimos juntos. Lo he prometido y lo reafirmo: nunca te abandonaré.

Anegado por la sublime experiencia, Milie callaba, con sus sentidos enfocados en absorber ese paisaje de ensueño. Tardó varios minutos en recuperar el habla, para musitar:

-No sabía que hubiese océanos de luz en la Dimensión de las Almas.

-Hay… lo que cada cual construye en ella. Existen… ¿Cómo explicarlo? Llamémoslas, "áreas comunes", en las cuales puedes confluir e interactuar con otros. Pero a fin de cuentas es una dimensión sutil, como el pensamiento. Y con el pensamiento puedes crear tus propias realidades en ella.

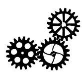
-Quieres decir que este océano… -murmuró Milie. Su tatarabuelo completó la frase:

-Es de mi creación; el producto de mis pensamientos. Y espero traerte a navegar conmigo a menudo, porque las experiencias agradables se disfrutan mejor al compartirlas. Si estás de acuerdo, claro.

-¡Por supuesto que lo estoy!

-Bien. Eso será positivo para ambos -dijo el capitán. Al instante siguiente la imagen se desvaneció, y en su bien ganado camarote de segundo ingeniero, Milie despertó a una noche

particularmente oscura… ya fuese por contraste con la recién experimentada luminosidad, o porque amenazaba tormenta y el cielo sobre Draïr se había encapotado. Estaba nuevamente en servicio, en una de esas barcazas de suministros que tanto se utilizaron por entonces. ¡Ya las licenciarían tras la culminación de las obras! Una vez vendidas en su mayoría, la Hísel-Minei redistribuiría sus recursos humanos, paliando en parte su angustiosa carencia crónica.



En su cómoda aunque sencilla vivienda de Aïketh, su ciudad de residencia y nacimiento, el señor Dávadikj Tuvagshil se sorprendió al revisar el contenido de su buzón de correo. Un elegante sobre se distinguía entre los demás, impreso en letras plateadas sobre fondo verde, y membretado con un sello distintivo harto conocido para cualquier habitante de un activo puerto occidental: la aristocrática flor de ocho pétalos (tres sobre cinco), divisa de la Hísel-Minei.

Se quedó contemplando aquel célebre logotipo empresarial, atónito e indeciso. La misiva iba en efecto, dirigida a su persona (y familia) pero… ¿qué podrían querer? Si bien con el paso de las generaciones, muchos miembros de su linaje, parientes suyos en diversos grados, habían ido ingresando paulatinamente en las Academias Maëdern locales, él mismo (pese a tenerlos en gran estima y leer con deleite su tan ponderada "Literatura Menor"… traducida) no mantenía relaciones directas con ellos. ¡Cuánto menos con su empresa! No era importador ni exportador. No poseía negocios ni intereses allende los mares. No tenía deudas, ni conflictos, ni tratos de ninguna índole con la poderosa naviera. No se le había perdido nada en Hísel-Minei.

No sin cierta reticencia, abrió el sobre. Una tarjeta más elegante y primorosa aún, cayó de él. La alzó y leyó sorprendido a medida que avanzaba en el texto, para culminar llorando a grandes voces. Su esposa e hijos acudieron asustados, y lo encontraron exclamando afligido:

-Oh, buena gente; buena gente. ¡No nos han olvidado!

Consternada, su esposa barrió el gabinete de trabajo, hasta reparar en la tarjeta que él sostenía aún entre sus dedos temblorosos. El nombre de él la encabezaba, elegantemente enmarcado en delicados motivos vegetales. Era una invitación personal para participar con su familia, de los festejos inaugurales de Draïr, a celebrarse el próximo Istaïo en los salones del Palacio Azul reedificado. Conmocionado, el hombre seguía suspirando, incapaz todavía de sobreponerse y contener el desbocado torrente de lágrimas.

-Papá, ¿iremos? -se atrevió a preguntar su hija menor.

-Sí, cielo -consiguió articular él-: ¡claro que iremos!

Y siguió llorando.

-Venid a ver -los llamó horas más tarde.

Había retirado de un pesado cofre labrado en madera (clásico trabajo de ebanistería Maëdi) un libro antiguo, uno de los Tesoros de su Casa: el viejo álbum de reproducciones fotográficas de la Draïr Original, especialmente compilado en su día por el capitán Dehi para su lejano antepasado, el fundador de la familia Tuvagshil en Aïketh.

-Se supone que esto es más o menos lo que encontraremos allá: restaurado, como si el cataclismo letal jamás se hubiese producido -les comentó, mientras hojeaba con detenimiento las páginas llenas de fotografías.

-¿Y tú crees que no faltará nada? Me pregunto cómo lo consiguieron…

-Llevan décadas restaurando el país. De hecho, empezaron antes de que nacieran mis padres. Se dice que tienen una hueste combinada de Saïrien y Saïvirien empleados a fondo, amén de sus propios recursos y personal. ¡A saber cómo se las ingeniaron para reclutar a tantos! Gente increíble. Haberlos desperdiciado y perdido así…

Recordando las lecciones concienzudamente aprendidas del segundo Tesoro familiar, la Historia de la Comunidad Maëdi de Draïr, el hombre meneaba su cabeza afligido. Reflexionaba en lo maravillosamente positivo que habría sido para todas las partes implicadas, sin tan solo los remotos ancestros de esos tenaces Maëdern bondadosos y llenos de vitalidad contagiosa, hubiesen sido bien tratados y respetados, y lamentaba con resignación la insensible necedad autodestructiva de sus reales antepasados. Su primogénito pareció captar la dirección del pensamiento paterno, pues preguntó de súbito:

-Papá: ¿vas a reclamar el trono?

-¿¡El qué!? -se sobresaltó aquel, tomado por sorpresa- No… -suspiró a continuación- Se ha perdido. Perdido para siempre con la hecatombe de la Draïr Original. Aunque ésta lleve el mismo nombre y haya sido emplazada en el mismo lugar, ya no es la misma en realidad. Los Maëdern han tenido que restaurar el solar, desde las mismísimas raíces de las sierras colapsadas. Este es ahora su país. Es su ciudad. Lo adquirieron alzándolo prácticamente de la nada. Y hasta donde sé, ellos no

tienen gobierno. Se consideran navegantes libres, soberanos de los mares. Pero imagino que incluso de querer uno, hallarían suficientes gobernantes capacitados entre sus propios Maestros. ¿Para qué me querrían a mí, un extraño sin más cualidades que la de descender de una estirpe de reyes necios?

-No entiendo… ¿Por qué te invitan, entonces? -preguntó su esposa.

-Porque a pesar de los maltratos sufridos antaño, continúan siendo leales. Y a nosotros nos siguen recordando para bien: el príncipe fundador de nuestra Casa escapó al cataclismo porque fue sensato, y supo reconciliarse con ellos antes del final. A él, fallecido hace más de un siglo y medio, ya no lo pueden invitar. ¡Pero no lo han olvidado! Y por eso me invitan a mi… Oh, ¡qué gente increíble! Qué país maravilloso habríamos tenido, de haberlos respetado y estimado, en lugar de someterlos y hostigarlos…

Por aquellos días, muchos diplomáticos, jerarcas, magnates y potentados, tanto de la Confederación como de las ciudades ribereñas que mantenían relaciones con los Mineyern, recibieron invitaciones similares; para participar de los festejos en los diversos palacios de la flamante Ciudadela, cada cual según su categoría. Además, grandes afiches cubrieron las carteleras de aquellas ciudades, llamando a la gente común y corriente a acudir a las celebraciones que en simultáneo, se desarrollarían en el Valle. Y en las semanas siguientes, la renovada Draïr fue un hervidero de actividad y trasiego. Hombres y mujeres de todas las edades invariablemente vestidos de verde, corrían a contrarreloj con los preparativos y el aprovisionamiento, engalanaban calles y edificios, duplicaban el número de farolas y reforzaban el suministro eléctrico, ensayaban sus números (habría conciertos en los palacios de la Ciudadela, teatro de marionetas y bailes populares en el Valle, y fuegos de artificio en el puerto), revisaban minuciosamente los horarios de eventos y los platos a servirse en cada ámbito. También el puerto se vestía de fiesta, preparándose para recibir un aluvión de alegres visitantes.

Los Maëdern del mundo entero estaban convocados, y así acudiese un uno por mil, la multitud resultante podía traducirse en avalancha. Por fortuna, tampoco asistieron tantos; pero sí muchos Mineyern y Aleyern, del Continente Pequeño y del Grande, amén de un emocionado puñado de diplomáticos Malméniern. La Torre no daba abasto para contener la multitud de bulliciosos Alumnos de Milie. Se pidió a las tripulaciones seguir los festejos desde las cubiertas de sus baros, y a los operarios portuarios desde los muelles; sólo los huéspedes serían acogidos en la Torre.

Contra su costumbre, el ingeniero Milie desoyó la indicación, que para el caso tampoco era terminante. Se trataba más bien de una recomendación general, a fin de organizar el evento con el mayor éxito posible. Pero tras haber pasado los últimos años sin desembarcar, decidió que esta era una excelente oportunidad de pisar tierra firme.

-De paso, veremos qué tanto se parece esta Torre, a la Casa Matriz en Hísel-Minei -se dijo a modo de excusa al desembarcar.

Y no: no las encontró tan parecidas. Siguiendo la tradición, habían erigido la de Draïr ciñéndose a los planos de la pionera de su clase: la veterana Torre Malmeniént (Casa Matriz). Mientras que la de Hísel-Minei se había reconstruido repitiendo su última versión modernizada y ampliada, la erigida tras el segundo bombardeo del puerto en la Gran Isla Oriental. Ésta en Draïr era más baja y de líneas sobrias, aunque no por ello menos confortable o espaciosa en su interior. Sorprendente extremo de conservadurismo en una gente con tal fama interna de innovadora: ¡mira que atenerse a los planos de un edificio con más de seis siglos de antigüedad! Pero a fin de cuentas, no podemos olvidar que los Maëdern siempre han sido eminentemente tradicionalistas, y no solo sus Originalistas. La prueba: ni siquiera han modificado el hábito milenario, tan antiguo como su Orden. E incluso Hiseili-Mineyern y Malméniern, sólo han innovado por necesidad más que por placer, y en aquellos rubros en los cuales entretanto, la innovación se ha vuelto requisito tradicional.

Milie ascendió por reflejo al "Nivel 20", esta vez coincidente en efecto con la vigésima planta y, contrariando sus costumbres por segunda vez, en lugar de solicitar en la barra su clásico "café doble-cargado de Hísel-Minei" (una variante particularmente apreciada entre marineros), pidió un cóctel de fruta. Bendita sea la Unidad: ¡qué delicia sublime! Pidió otro, y otro más… Y aunque cada uno por separado, apenas sí contuviese alcohol… Bebiendo un vaso tras otro, ¡claro!: al final el vapor etílico se le subió a la cabeza. Por completo desacostumbrado a la bebida y sus consecuencias, comenzó a sentirse confundido y acalorado.

Pagó y bajó de regreso al aire libre, caminando sin rumbo preciso entre el gentío que atestaba las terminales, dársenas y muelles. Vaya marinero: ¡mareado en tierra firme! Su paso vacilante comenzaba a trastabillar. Rendido a las evidencias se dejó caer junto a una grúa de estiba, apoyando la espalda cansada contra la base móvil. ¡Y comenzaron los fuegos artificiales! A la luz de las multicolores bengalas que estallaban cual lluvias de alegría en los cielos oscurecidos de medianoche,

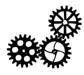
Milie se restregó los ojos cubiertos de legañas, creyéndose víctima de alucinaciones. ¡Pero no había caso! En lugar de difuminarse, persistía: la radiante figura del capitán Dehi se erguía ante él, riendo divertido.

-¿Abuelo? -se atrevió a preguntar-: ¿qué haces aquí?

-Sí, soy yo. Quería contemplarlo: ¡el sueño de mi vida, hecho realidad! No pude con mi genio, y vine. Aunque ya no percibo las cosas de este mundo con la misma nitidez que los vivos. Pero en cambio, veo otras cosas que tú no puedes: la felicidad generalizada se materializa ante mí, como una danza frenética de luces coloridas entrelazadas. Veo como si tuviese sustancia, tu profunda dicha serena: se eleva desde tu alma cual columna de fuego sagrado. Me alegra verte así, Milie. Realmente, habría sido una lástima renunciar a venir, y perderme esto.

-Ven entonces, abuelo, y siéntate aquí junto a mí -balbuceó Milie que cabeceaba ebrio, con el rostro enrojecido iluminado por un cielo de bengalas. Mientras se dejaba arrastrar por las sucesivas oleadas de vapor alcohólico que embotaba sus sentidos, todavía alcanzó a escuchar (o eso le pareció) la voz tan querida de su tatarabuelo, que susurraba en el interior de su cráneo:

-Quédate en Darei, Milie. Establécete en Darei y completa mi sueño…



Lo despertó la brisa fresca del amanecer, acariciando su frente desgreñada. Todavía bajo los efectos de la resaca, se incorporó tan aturdido que al principio ni siquiera sabía dónde estaba, ni mucho menos cómo había llegado hasta allí; y a punto estuvo de caerse al mar cuando se despabiló, súbitamente alarmado por su propia torpeza. Se detuvo en seco junto a los bolardos, miró en derredor en busca de orientación, y viró hacia la Torre.

-Un doble-cargado de Hísel-Minei -pidió en la barra del restaurante, y se encaminó con su taza humeante hacia las mesas del lado occidental.

La sala estaba prácticamente desértica. ¡Vaya! Quedaba visto que él no había sido ni por asomo, el único valiente en empinar el codo durante la gloriosa velada anterior. Podía escoger lugar con holgura y eso hizo, sentándose en una mesa pegada al ventanal. Bebió en silencio y con pausada concentración, paladeando cada trago con intensidad al modo Maëdi, la mirada perdida en el horizonte más allá de la bahía atestada de embarcaciones.

-Permiso, ingeniero, ¿puedo? -minutos más tarde, una voz amable lo arrancó de su introspección. Milie le dirigió un vistazo fugaz al responder con tímida naturalidad:

-Sí, claro, por supuesto…

Obtenido el permiso, el hombre (un colega de su gremio a juzgar por sus insignias, aunque de edad y rango mayor) se ubicó tranquilamente, sentándose a beber su café frente a él.

-Usted es el ingeniero Milie, ¿verdad? -le preguntó entonces. El interpelado lo miró sorprendido, pero asintió con cortesía. El otro continuó- Gusto en conocerlo. Yo soy Maëdi Erevi Dayu, Rector de los astilleros de Darei. Tengo entendido que desea Usted establecerse aquí, así que pensé que quizás le convendría trabajar conmigo…

-¿Pero cuándo dije yo nada de eso? -musitó un Milie pasmado- Yo… todavía me resta un mes de contrato naval, y además… -cada vez más incómodo y azorado, calló.

-Verás -se sinceró el Rector, no menos azorado que él-: he recibido una visita inusitada a última hora de la madrugada. Debo confesar que yo también bebí ayer más de la cuenta, así que al principio la tomé por una mala jugada del alcohol. Pero no. Sus efectos se disipaban ya, y sin embargo la extraña presencia persistía: tu abuelo, el viejo capitán estaba allí frente a mí, atravesándome de lado a lado con su mirada suplicante, y pidiéndome: "*mi nieto Milie va a establecerse en Darei para completar mi sueño. ¡Hazme este pequeño favor, te lo ruego, y recíbelo en tus astilleros! Es excelente en lo suyo, ya verás: nunca te arrepentirás de haberlo contratado.*" Así que ya ves: me has sido recomendado desde "instancias superiores". No podría negarme a un pedido de tal naturaleza…

-Entonces fue cierto… -farfulló pensativo- Creí haberlo soñado. Vaya… yo tampoco me atrevo a contrariar al abuelo. ¡Fue mi mecenas! Si estoy aquí, es gracias a él. Pero antes… -insistió-, antes debería cumplir con la integridad de mi contrato. Para el caso, ¡tampoco es que me vaya a ir lejos! Estoy sirviendo en una barcaza adscripta al puerto.

-Incluso así -concluyó el Rector-: veré si puedo arreglar un intercambio amistoso con la naviera.

¡Y eso hizo! Al día siguiente, Milie entraba a trabajar como "ingeniero de obra" en los modestos astilleros de Draïr… unos ajetreados talleres de reparaciones en realidad, en los cuales pronto fue muy estimado. ¡Tenía razón el capitán!

Con el pasar de los años, aquellos humildes astilleros fueron adquiriendo renombre mundial y por ende, se volvieron paulatinamente más activos. A fin de atender la creciente demanda recibieron

sucesivas ampliaciones, tanto en sus galpones y diques secos, como en equipamiento y personal. Tres años más tarde, saturado de trabajo y deseoso de aligerarse la carga delegando responsabilidades, Erevi Dayu ascendió a Milie, nombrándolo su "ingeniero de diagnóstico". Su tarea consistiría en recibir a los clientes, escuchar sus problemas y revisar las embarcaciones, a fin de identificar los desperfectos y determinar su solución. Un diagnóstico, en definitiva. Milie señalaba el fallo, delineaba la solución en sus planos de dibujo técnico y los ingenieros de obra dirigían luego la ejecución. En ocasiones, se trataba de reparaciones relativamente sencillas. En otras, Milie detectaba fallos de fábrica que debía subsanar, diseñando piezas nuevas en reemplazo de las defectuosas o inapropiadas. Un preocupante fenómeno que se reveló harto habitual en muchas embarcaciones de recreo: veleros de competición, yates privados y demás.

A la mañana siguiente a su ascenso, muy de madrugada, Milie festejaba solitario prodigándose un opíparo desayuno en la Torre, antes de correr al trabajo.

-Permiso, ingeniero, ¿puedo? -una voz amable lo arrancó de su serena abstracción.

Milie alzó la mirada, hasta recién fija en su humeante taza de café, y se sorprendió de hallar ante sí... ¡nada menos que al Rector del Puerto!

-Sí, claro, faltaría más... -musitó abochornado.

Recibida la autorización, el hombre se sentó con maëdica parsimonia frente a él.

-Y bien, Milie -comenzó diciendo-: después de tres años de permanencia ininterrumpida, supongo que puedo asumir, que eres de los que han decidido establecerse en Darei.

-En efecto -musitó Milie, no sin cierto recelo.

-¡Bien! Y dime: ya que estás participando activamente en el proyecto de reconstrucción nacional, ¿no has pensado en casarte?

-¿¡Casarme!? -repitió Milie, entre sorprendido y alarmado.

-Sí, claro: con una joven del país, sabes. De eso se trata: de fundar aquí una genuina Comunidad Maëdi de Darei, admitiendo aspirantes externos y desposándonos con ellos.

-Pero Maestro... -objetó el azorado ingeniero-: ¿de dónde sacaría yo una mujer para casarme? Vivo en el puerto, trabajo en los astilleros, duermo en la Torre. Prácticamente no veo más que varones a lo largo de mi jornada. ¡Difícilmente vaya a encontrar novia en mis circunstancias!

-Eso tiene que cambiar -sentenció el Rector.

-Pero… pero… -tartamudeó el pobre hombre, meneando consternado el rostro barbudo.

-No me lo tomes a mal, Milie -se disculpó el otro-; no soy yo. Si de mí dependiera, no te importunaría. Pero tu abuelo no me concede reposo. ¡Acabará desquiciándome! Es… terriblemente insistente al respecto.

¡Su abuelo! Milie se estremeció al recordarlo. En efecto, también a él lo había estado importunando con aquello en las últimas noches. Lo invitaba a navegar sus infinitos océanos de luz, se interesaba por su vida y asuntos y de súbito, ¡zás!: se lanzaba a perorar sobre las ventajas y virtudes del matrimonio, cual si fuese una vieja casamentera. Quedaba visto que el espíritu siempre vigilante de su abuelo no se daría por satisfecho, hasta alcanzar este nuevo objetivo.

-Ya veo… -musitó ruborizándose- ¡Pero yo soy tan tímido! Y además… -inclinó la cabeza y calló abochornado.

-En primer lugar -sentenció el Rector-, tienes que empezar a socializar. Aprovecha los feriados para acudir a las tenidas semanales en la Triple Academia. Así verás gente nueva, y te verán.

Milie trató de imaginarse entablando un diálogo romántico con una chica, y enrojeció hasta las orejas, sacudiéndose de pavor.

-¡No podré…! -lloriqueó.

-No te angusties. Tú solamente comienza a habituarte a visitar el Valle una vez a la semana. Deja lo demás en nuestras manos: buscaremos por ti. Solo volveré a llamarte cuando tenga una candidata apropiada.

-Pero Maestro: ¿cómo la encontraría Usted?

-Fácil: me asesoraré con las Rectoras del Valle. ¡No te preocupes! Ya verás cómo todo sale bien.

Así que, con obediente reticencia, Milie comenzó a frecuentar el Club de Exiliados… esto es: la restaurada Triple Academia de Copistas de Draïr. Aunque fiel a su naturaleza, no socializaba. Se buscaba un apartado rincón en penumbras en el cual sentarse, y enseguida se adormecía, meciéndose con placer al compás de los cantos. Despertaba por la mañana sintiéndose descansado y revitalizado, participaba en silencio del multitudinario desayuno, hacía su aporte a la Caja Común y se retiraba tranquilo a explorar el Valle hasta el atardecer, cuando tomaba el tren de regreso al puerto. Semanas más tarde, el Rector de aquel enviaba a llamarlo a su despacho. Lo recibió de excelente humor… O quizás sobreactuando un poco para insuflarle ánimo.

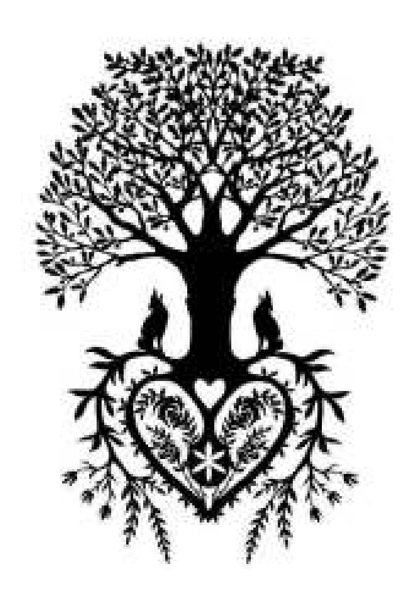
-¡Hola Milie! Tenemos la chica para ti -el hombre le dirigió una fugaz mirada azorada antes de volver a inclinar la frente, mudo. El Rector continuaba-: se llama Alervin Deye, y es oriunda de Lémleth.

-Lémleth -murmuró Milie, desganado-: la ciudad de los Sorien Orientales…

-Eso dicen, aunque desde hace un siglo no se ve a ningún Sorian por allí… Como sea: hemos concertado una cita. Te encontrarás con ella tras el desayuno en el Club de Darei; estará esperándote en la glorieta, al principio del Paseo de las Alamedas.

Milie estaba por protestar, pero el Rector fue más rápido:

-¡Suerte y no faltes! -dando la entrevista por concluida.



Alervin

Milie se retiró tembloroso, cabizbajo y arrastrado los pies, más aterrado que de haber escuchado una sentencia a muerte. Sin embargo, en su honor hay que decir que fue sensato. Ese fin de semana acudió a la velada tradicional en la Triple Academia y por la mañana, tras el desayuno de cierre, se encaminó a su cita con la mejor compostura que consiguió reunir. Ella lo aguardaba, tranquilamente sentada en el interior de la glorieta: una mujer alta y esbelta… o por lo menos, así la vio él. Era en realidad una joven de estatura y complexión medianas, pero claro: junto a un Maëdi menudo y raquítico, cualquiera se siente alta y robusta. Eh… bueno: Milie tampoco era "raquítico". Por lo menos, no en términos Layedern. Pero sí que a nosotros nos habría parecido demasiado bajo y extremadamente delgado.

Entretanto, él se había aproximado sin meter bulla, con ese paso sutil e inaudible que caracteriza a su gente, y una vez junto a ella preguntó con suave cortesía:

-¿Maëdin Alervin Deye?

Ella dejó de divagar, despertando de sus pensamientos para enfocarse en él.

-¡Hola! Y tú debes ser el ingeniero Milie…

-Pues… no… este… yo… -tartamudeó él, súbitamente abochornado. Las mejillas le escocían- ¡nada de ingeniero! -consiguió exclamar de súbito, pero el ímpetu de su vozarrón lo arredró, y completó en un susurro tímido-: puedes llamarme Milie.

Alervin contuvo un acceso espontáneo de risa, y preguntó:

-Pero eres tú, ¿verdad? Quiero decir, el ingeniero Milie del que me hablaron.

-Sí… claro que soy yo… pero… en fin: ¡que no estoy en el trabajo! No necesitamos al ingeniero por aquí. Puedo ser simplemente Milie.

-Vale, Milie: supongo que tienes razón -dijo ella con una sonrisa.

Se detuvo a estudiarlo. No repetiré aquí lo evidente: que lo consideró minúsculo y enclenque. Sí comentaré que además, su rostro le pareció demasiado maduro para la edad que le habían dicho (26 años, que vendrían a ser cinco más que la edad de ella, pero ahora que lo veía, difícilmente le habría adjudicado menos de 30), y le chocó esa terrible timidez mojigata que él exudaba por todos sus poros, "muy poco viril" a su femenino entender.

Un incómodo silencio se había interpuesto mientras ella estudiaba su fisonomía; hasta que él comprendió que debía tomar la iniciativa una vez más.

-Dime, Alervin: ¿preferirías quedarnos conversando aquí, o que saliésemos a dar un paseo?

-Si no te molesta, podríamos caminar bajo las alamedas -dijo ella incorporándose.

Milie se sobrecogió, intimidado por su estatura y complexión. ¡Ella le llevaba diez centímetros con facilidad! Pocas veces se había sentido tan insignificante, pero se obligó a sobreponerse y plegándose a su andar sosegado, la acompañó. Ambos se fueron alejando sin prisas bajo las arboledas, siguiendo la senda sinuosa que conduce al embalse. Callaban. Si él iba incómodo, ella caminaba intranquila. Por más que hasta ayer se lo ponderasen con tantas alabanzas, visto ahora en persona, el homúnculo le parecía insignificante. ¡Y no por prejuicio meramente físico! Nada le perturbaba más, que la aparente falta de carácter percibida en él. Resolvió que lo mejor para ambos, sería zanjar la cuestión de inmediato:

-Dime, Milie -planteó-: tú eres un Maëdi *auténtico*…

-Sí, claro: lo mismo que tú, o que cualquiera -replicó él, malinterpretando el sentido de la cuestión-. Ser ingeniero no me hace menos Maëdi que nadie.

-¡Oh! Disculpa: no me refería a eso. Quise decir, que tú eres Maëdi *de nacimiento*…

-Pues no, Alervin -susurró él-: no existe tal cosa como nacer Maëdi. Hay que formarse, estudiar y perfeccionarse. ¡Nadie nace sabiendo!

-Vale, de acuerdo -concedió ella por segunda vez-. ¿Cómo exponerlo entonces? Digamos que tú naciste de padres Maëdern en un entorno Maëdi y te formaste en tu Orden desde pequeño. Mientras que yo provengo de otra ciudad con otra cultura, y me he empezado a formar entre vosotros de manera harto tardía.

-¿Y cuál es el problema?

-Que no entiendo, qué busca en mí alguien como tú.

Milie la miró pasmado, sin entender. Ella volvió a intentarlo, siendo más dura y directa aún:

-Para alguien como tú, yo debo ser una candidata de segunda categoría. Difícilmente podría aspirar a compararme con ninguna mujer nacida y criada entre vosotros. Por eso, no deja de parecerme sospechoso que te dignes mirarme siquiera. A no ser… que haya "algo" oculto. Algo vergonzoso o problemático contigo, que me estáis ocultando.

Milie sintió que las rodillas le flaqueaban y las mejillas (para variar) le escocían. Mirando en torno distinguió otra glorieta entre las arboledas, y señalándola pidió:

-Sentémonos por allí mientras te explico... Verás -comenzó, una vez estuvieron cómodamente instalados en su interior-: en principio para nosotros, tu procedencia no constituye un defecto sino al contrario, una ventaja.

-¿¡Una ventaja!? -repitió ella, entre incrédula y atónita.

-¡Claro! Dime: ¿quizás conoces la historia de nuestra antigua Comunidad en Darei?

-Sí -dijo ella-: fue de las primeras cosas que me hicieron leer. Es una historia triste, trágica, aunque no entiendo de qué manera esperas relacionarla conmigo.

El rostro de Milie se ensombreció al murmurar:

-Una historia triste y trágica, sí. Es bueno que ya la conozcas: me ahorras la agobiante tarea de resumirla. Puedo pasar directo a las conclusiones: nosotros creemos que tanta desgracia se habría evitado, si nos hubiesen concedido la oportunidad de integrarnos y formar parte legítima de la nación. Pero no: nos mantuvieron segregados, rechazados. Ni siquiera los Sorien consentían "rebajarse" a emparentar con nosotros. ¡Cuanto menos el resto de la población! Entre ellos, quien quisiera iniciarse acudía a los Sorien, jamás a nosotros. Así que nos veíamos compelidos a buscar pareja en otras Comunidades Maëdern: básicamente, en Aleyént y el Láyed. Eso nos convirtió en un grupo étnico foráneo, artificialmente trasplantado. No importó cuántas generaciones viviésemos asentados en Darei: nuestra lealtad se puso siempre en entredicho. Nunca dejamos de ser vistos con sospecha y hostilidad.

"Mientras vivimos en ella, Darei nos detestó y sojuzgó. Pero cuando la abandonamos escapando del pogromo, nos lo computó por deserción. De súbito descubrió que éramos sus hijos, y nos quería de regreso; y que prefería vernos definitivamente aniquilados, antes que prosperando libres e independientes en cualquier otro lugar..."

-Una historia estremecedora, sí -murmuró ella-, con un espantoso final.

-Que podía evitarse -insistió él, añadiendo-: y para eso estamos aquí. Ya sabes que en mi caso, soy ingeniero. Mi ocupación diaria consiste en buscar e identificar desperfectos, y repararlos. Es lo que a escala mayor, procuramos hacer en Darei. No se trata de restaurar la región y su Capital "tal cual fueron", sino mejor: "como debieron ser". Queremos darle una nueva oportunidad a Darei. Y a

nosotros mismos. Y a la Confederación: la oportunidad de crecer y prosperar juntos, en armonía y cooperación. Hemos refundado la ciudad. Ahora, tenemos por delante la tarea más ardua: la creación de una auténtica Comunidad Maëdi de Darei, formada por una nueva estirpe, hija de nosotros tanto como de la gente del país.

-¿Estás queriendo decir -aventuró ella, que empezaba a entender- que deliberadamente procuráis mezclaros con "aspirantes externos", a fin de alumbrar una progenie étnicamente mixta?

-Eso es.

Alervin sintió que la ira le subía a las sienes. Tuvo que contenerse para no gritar al objetar:

-En otras palabras: tú y tus colegas ingenieros me percibís como una simple matriz, una fábrica de Maëdern "integrados", como dices tú.

Milie se sacudió horrorizado:

-¡Oh, no! -clamó- Más bien, digamos que os consideramos socios potenciales en esta tarea de reconstrucción… que a la postre, esperamos que deparará bendición a unos y otros: al Oeste en su conjunto.

-Socios… ¿en igualdad de condiciones? -preguntó ella, todavía suspicaz.

-Socios preferentes -ratificó él-. Siempre, siempre seréis estimados y tratados con gratitud.

-Vaya… -Alervin se quedó pensativa. Incluso después de tres años estudiando y formándose con ellos, los Maëdern nunca dejaban de sorprenderla positivamente.

-Disculpa si te parecí agresiva -concluyó-. Comprende: nuestras mentalidades son tan distintas…

-Y posiblemente -añadió él, abochornado-, yo soy bastante torpe. Eh… Digamos que soy un desastre. Esto… lo siento, pero no lo puedo evitar.

-Otro detalle que me perturba. Dime, Milie: ¿sois todos así? ¿Es que no hay Maëdern mejores?

-Eh… Hm…. Ah… No, claro: no todos son tan deficientes en las habilidades sociales. Yo soy un caso extremo -reconoció con suavidad-. Un caso perdido, sí. ¿Qué le voy a hacer? Sin embargo, quiero que sepas una cosa: quizás en ocasiones, pueda cometer tonterías por torpeza. Pero nunca, nunca, ¡jamás!, me atreveré a dañarte o herirte con intención. Por eso, si alguna vez te sientes ofendida, no temas decírmelo. Y yo haré lo posible por congraciarme y enmendar. En cuanto a tu otra cuestión… -inclinó la cabeza y bajó la voz, hasta convertirla en un áspero susurro- Claro que debe haber

Maëdern mejores que yo. Y que tú. Y que cualquiera tomado al azar. La cuestión es: ¿mejores *para quién?* Porque no alcanza con que la gente sea buena: tiene que congeniar. Yo, la verdad, no entiendo mucho de personas; sólo de máquinas. Sé por ejemplo, que dos ruedas dentadas pueden ser individualmente perfectas. Pero si no encajan bien entre sí, no harán un buen trabajo juntas. ¡No puede ser muy distinto con las personas!, ¿verdad? Pero yo, como de eso entiendo tan poco y además no conozco a otra gente, tengo que confiar en mis Maestros, que saben más y me quieren bien…

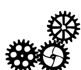
-Pues sí… -murmuró Alervin, sorprendida y pensativa. Bajo su tosca corteza de técnico asocial, comenzó a vislumbrar que Milie ocultaba un espíritu profundo, sensato y rebosante de sabiduría intuitiva-: puede que tengas razón. Tengo que reflexionar más en estas cosas.

Y diciendo esto, se incorporó resuelta. Milie, que bien interpretó que ella daba por concluida la entrevista, la llamó poniéndose de pie tras ella:

-Espera, Alervin. Dime al menos: ¿volveremos a vernos?

-No lo sé. Lo tengo que pensar con calma. Te haré llegar mi respuesta por medio de nuestros Maestros.

Dicho lo cual apretó el paso, alejándose con premura. Milie se volvió a su vez, alicaído y anímicamente exhausto, resignándose al fracaso a medida que se acercaba a la estación del Valle. Para cuando bajó del tren en el puerto ya había asumido la derrota, decidiendo que lo más conveniente, era olvidar el suceso.



También ella debería haberse dirigido a la estación, a fin de cruzar las Sierras en la dirección opuesta: hacia la Ciudadela. Pero previendo el movimiento de él, optó por desviarse hacia el hogar de su Maestra.

-Hola, Alervin. ¿Qué tal te fue? -la recibió con ánimo festivo, incorporándose para preparar el té- Ven: siéntate y cuéntame.

-Pues la verdad, no sé -suspiró ella, sentándose al suelo frente a la mesita baja-: fue demasiado distinto a nada que habría cabido esperar… "Decepcionante", en una palabra.

-¿Crees que podrás recrear vuestro diálogo, palabra por palabra para mí? -preguntó la Rectora al volver, acomodando la pava y los adminículos del té, y sentándose a su vez. En respuesta, Alervin

reprodujo el diálogo completo, todavía fresco en su memoria y que además, tampoco había sido tan extenso.

-¡Bien! -exclamó su Maestra al final- Ha ido mejor de lo que esperaba. Un comienzo promisorio, sin duda.

La joven le clavó un par de ojos desconcertados.

-¿Lo dice Usted en serio?

-¡Pues claro, Alervin! No me atrevería a bromear sobre una cuestión tan seria…

-Es que a mí me pareció una entrevista desastrosa.

-Lo cual es perdonable, dada tu juventud e inexperiencia. Pero analicémosla juntas…

Con encomiable paciencia, la Rectora recapituló las sencillas pero profundas opiniones de Milie, analizándolas con detenimiento ante una Alervin que asombrada, no hacía más que musitar de continuo:

-¿Realmente quiso decir eso?

Pasaron las horas. La Rectora invitó a su discípula a almorzar, aprovechando la jornada compartida para desmenuzar juntas cada ingrediente del discurso.

-¿Has visto alguna vez, esas "ruedas dentadas" que mencionó él? -le planteó, por ejemplo-: constituyen el corazón de cualquier engranaje -le bosquejó una a lápiz sobre papel-. Un objeto tan prosaico, ¿verdad? Yo ni siquiera conocía su existencia hasta hace unos años, cuando emprendí mi travesía hacia Darei. Entonces, un día un tanto borrascoso en que creí que los mareos me desquiciarían, decidida a distraerme ocupándome de cualquier otra cosa, me puse a rondar por el navío y… a punto estuve de derribar a uno de esos ingenieros, que venía tarareando por lo bajo, perdido en sus pensamientos y no me vio, hasta casi tropezar conmigo. Por muy poco se salvó de rodar por los suelos… -la mujer rió divertida- Se deshizo en disculpas, pero gracias a ese encuentro fortuito nos hicimos amigos, y me invitó a conocer "los secretos del buque", como decía él. Nada especialmente secreto para ellos, pero sí absolutamente nuevo para mí. En mi primera visita a sus talleres vi (entre montañas de herramientas y repuestos) esas ruedas dentadas, y escuché cómo y para qué las usan. Básicamente, sirven para transmitir movimiento sincronizado a lo largo de un sistema más o menos complejo.

"Ahora veamos: tal y como él te dijo, cada una puede ser perfecta tomada de manera individual. Pero la utilidad de ellas deriva de que trabajen juntas. Y a tal fin, deben coincidir de la siguiente manera: los "picos" de una tienen que ensartarse con precisión en los "valles" de la compañera al girar. Trasladado a personas: debes buscar complementariedad. Que donde uno adolece de un defecto, el otro ostente la virtud opuesta. Y viceversa. Pongamos por caso, que ambos fueseis el uno tan tímido como el otro. Así que llegáis a vuestra primera cita..."

-Él calla como si le hubiesen extirpado la lengua -completó Alervin, que empezaba a entender-, y yo como si me hubiesen cosido los labios. ¡Vaya! ¡Ese sí habría sido un fracaso!

-Ahora, supongamos lo contrario: tú eres una joven resuelta y asertiva, independiente y consciente de tu valía... y él, otro tanto. Así que llega, te ve y dispara: "*vayamos al puerto*".

-¿Al puerto? Qué tedio. ¡Habrase visto lugar menos romántico!

-Y si él se mantiene firme en su postura, y tú en la tuya. ¿cómo acabará la cita?

-A la gresca -sentenció Alervin.

-Posiblemente. Ahora, ponderemos lo sucedido: él te preguntó amablemente a dónde querías ir, tú escogiste e iniciasteis un diálogo cordial. Incluso lograsteis despediros en buenos términos, a pesar de la inexperiencia de ambos. ¿Lo ves?: de los tres desenlaces posibles, habéis conseguido el mejor. Y esto se debe a que tus picos coinciden con sus valles, y viceversa. Y en este punto, has de asumir que lleva razón: él se reconoce inexperto; pero valora la prudencia, el criterio y la bondad de sus Maestros, y se confía a ellos. A ti te falta avanzar en ese aspecto...

"Y en esto, tú aciertas y él se equivoca: por más que se niegue a admitirlo (y no le discutas el punto, pues es sano y comprensible que lo haga), sí existe tal cosa como ser "Maëdi de nacimiento". Él lleva naturalmente incorporadas cantidad de actitudes e intuiciones que tú deberás adquirir con mi ayuda y guía, y gran tesón por tu parte. También por eso, te conviene un hombre suave y paciente como él."

La Rectora calló, esperando una respuesta de su discípula que entretanto, parecía seguir sopesando el discurso, sin demostrar entusiasmo ni convicción.

-¿Qué es lo que aún te incomoda? -preguntó, viendo que la joven seguía envuelta en su silencio reflexivo.

-Pensaba en ese otro ingeniero... el que topasteis en el navío: ¿son siempre así de torpes?

-Pues no. En realidad, *yo* estaba en falta. Me había introducido en las áreas reservadas a la tripulación. Él estaba en su territorio, mientras que yo fui una aparición inesperada. Habría estado en pleno derecho de amonestarme. En cambio, se disculpó… Son muy considerados, ¿sabes? Lástima que yo misma no aprendiese a apreciarlos hasta tan tarde…

-Él… ¿era Milie? -conjeturó Alervin.

-No. Y en realidad, se le parecía muy poco. Este otro ingeniero era ocurrente, travieso, divertido e inquieto. ¡Se lo habría dicho un circo ambulante! Imposible mantener la compostura cerca de él: siempre hallaba un modo de hacerte reír, en los momentos más inusitados.

-¿Y alguien como él, no me habría venido mejor? En lugar de ese Milie tan distante y retraído, tan timorato para las relaciones sociales…

-¡Al contrario! Precisamente por esas características, Milie es justo lo que necesitas: un hombre en cuya lealtad siempre podrás confiar. Porque sólo tendrá ojos para ti. Tú serás la luz de su existencia. Su reina. Se desvivirá por complacerte. Y no pasará día y noche comparándote con otras, como haces tú.

-No sé… -murmuró Alervin, todavía indecisa- Aunque lo pienso: me sigue pareciendo tan poco atractivo…

-Es que apenas os habéis visto -refutó la Rectora-. ¿Qué sabes tú acerca de él? ¿Qué sabe él sobre ti? Concédete una oportunidad adicional, tanto a ti como a él. Y aprovecha para escarbar en mayor profundidad. Créeme: ¡merece la pena! Pero te demandará trabajo y esfuerzo, sí: ¡y paciencia! Para soportar de vez en cuando con filosofía, alguna de sus involuntarias torpezas. Anda -concluyó-: ve a consultarlo con la almohada. Mañana o pasado me comunicarás lo que hayas resuelto.



A mitad de semana, Milie fue vuelto a llamar al despacho del Rector del Puerto, en la elegante, espaciosa y siempre ajetreada torre de Control del Tráfico Marítimo, una especie de hermana pequeña del otro edificio emblemático, su "representante oficial" sobre los muelles, si se quiere. Venía contrito, con la expresión característica del niño que tras haber roto el cristal de una ventana, espera recibir un rapapolvo. Sin embargo, aquel lo recibió de un humor inmejorable:

-¡Albricias, Milie! Has superado tu primera entrevista con éxito.

-¿Con éxito? -musitó- Yo venía preparado para reconocer que como timonel sería una calamidad, capaz de encallar el mejor barco.

-Suerte que no eres timonel, ¿ah? -el Rector rió con ganas- Pues esta vez te equivocas. Por lo pronto, has sorteado tu primer escollo y sigues navegando con el casco intacto, hacia tu próxima cita. Ella te estará esperando a la misma hora, en el mismo lugar. ¡No me falles!

-De acuerdo, Maestro. ¡Gracias! -Milie sonrió con su inveterada timidez y salió, de regreso a sus ocupaciones.

Acudió pues puntual a su segunda cita, aunque tan receloso y cohibido como a la primera. Se aproximó con sutil sigilo a la joven abstraída sentada en la glorieta, y llamó con suavidad:

-Alervin…

-¡Ah! Hola, inge… eh… Milie -dijo ella.

-Hola -saludó él en voz baja- Eh… ¿A dónde desearás ir hoy?

-Podríamos caminar hacia el embalse -propuso ella-. Con un poco más de suerte, quizás hoy lleguemos.

Y sonrió. Él le devolvió la sonrisa y partieron con paso lento y despreocupado. Alervin, que venía provista de una batería de cuestiones a desentrañar, inició el diálogo:

-Dime, Milie: ¿cómo es tu país?

Era una excelente manera de, sencillamente, abrirle una puerta tan grande y espaciosa, como para que él introdujese por ella lo que quisiese. La joven se dispuso a escuchar un discurso largo y emotivo, pródigo en reminiscencias nostálgicas, en lugar del cual sólo obtuvo un prolongado silencio reflexivo antes de que el hombre se aviniese a resumir, quién sabe qué torrente de pensamientos e impresiones, en la frase críptica:

-Es… un hermoso país.

Silencio. Ella esperaba más. Él acabó comprendiendo y, animado, se permitió extenderse:

-¿No te cansará si te abrumo con descripciones?

-No, Milie: al contrario.

-Pues verás: yo nací en un área rural. Teníamos una preciosa huerta, rodeada por otros huertos y granjas vecinas…

-¿Y te gustaba la huerta? -preguntó ella, con repentina curiosidad.

-Sí. Añoro aquellos días en que me metía entre las matas, a escarbar la tierra húmeda. Salía embarrado de pies a cabeza, y en casa se enojaban. Pero era muy divertido.

-¿Y qué buscabas escarbando?: ¿oro?, ¿petróleo?

-¡Jajaj!, ¡no! Buscaba bichitos, para estudiarlos de cerca. Sin molestarlos. Me interesaba analizar su morfología, y cómo se movían. Perdía la noción del tiempo observando a ciempiés, escarabajos, y demás criaturas del jardín.

-Vaya… -murmuró Alervin, pensativa- Por un momento creí que te interesaba la horticultura, pero va a ser que no… Tú estabas estudiando a tus insectos con ojo de ingeniero.

-¿Y eso es malo?

-No, pero…

-Pero a ti no te gustan los bichos, supongo. Dime, Alervin: ¿en qué Academia estudias tú?

-¿No te lo han dicho? Pues, llevo un año con los Botánicos.

-¡Claro! Debí suponerlo. ¿Y hace cuánto vives en Darei? ¿Qué te trajo hasta aquí?

-Llegué hace tres años, para los festejos de inauguración. Me gustó y me quedé… como muchos en aquel entonces. En realidad -suspiró soñadora- sentí como si en el fondo, me hallase de regreso en un entorno familiar. Como si aquí hubiese recuperado un perdido tesoro que me pertenecía desde antaño. No sé cómo explicarlo.

-Lémleth -replicó él, pensativo-: es una ciudad fundada hace mil años, por Sorien Orientales. Luego, tú debes tener algo de Sorianic.

Esta vez, tocó a ella el turno de sentirse en parte cuestionada. Replicó incisiva:

-¿Y eso es malo?

-Pues no lo sé. Sólo me pregunto cómo recibieron en tu casa, tu decisión de establecerte aquí y estudiar con nosotros.

-¿La verdad?: les gustó. Nunca lo dijeron de manera explícita, pero percibí que ellos también sintieron como si en representación de la familia, yo fuese a recobrar un legado que en el fondo, nos pertenecía por derecho. Verás: es cierto que por dónde investigues, desciendo de Sorien desertores.

-Sorien… *¿desertores?*

-Pues sí. Es algo que sucedió hará cosa de doscientos años. Empezó con cuentagotas, pero se fue acrecentando paulatinamente: decepcionados, los jóvenes abandonaban. Seguir adscritos a la Orden

demandaba sacrificios demasiado onerosos a cambio de tan poco: los Sorien apenas sí conservaban nada de lo que fuera una vasta sabiduría sublime, de cuya misma existencia pretérita, los jóvenes comenzaban a dudar. ¿Qué nos quedaba por entonces?: un misérrimo puñado de recuerdos, costumbres y tradiciones vacías de contenido o significado. No porque hubiesen carecido de ellos, ¡sino porque los habíamos perdido y olvidado! Realmente, no merecía la pena renunciar a la dinámica oferta del mundo secular, a cambio de tan magras migajas. Así que uno tras otro, fueron desertando. Y lo que había comenzado como un fenómeno marginal, acabó en avalancha. Dos tercios de la población actual de Lémleth, como mínimo, proceden de esos desertores.

-Así que cuando tú comunicaste que te quedabas en Darei…

-Al escuchar la noticia, me felicitaron con alegría. Tengo tres hermanos mayores, sabes: hombres exitosos del mundo de los negocios y las finanzas. Muy bueno para sus economías domésticas, sin duda. ¡Pero tan alejado del antiguo acervo sapiencial que se supone, alguna vez distinguió a nuestra estirpe! En cierto modo, que yo fuese a recuperarlo ahora, iría a redimir a la familia entera: presente y pasada.

-Sabes… -murmuró él con lentitud reflexiva-, me preocupa esto que repites de continuo: vuestra intención de "recuperar un legado". Me pregunto si en el fondo, no estaréis esperando el día de tu regreso a Lémleth, para fundar una Academia Sorian.

-¿Y eso sería malo? -disparó ella, no sin cierta agresividad desafiante.

-Eso me convertiría a mí, en un pésimo partido a ojos de tus padres.

-¿Tú crees? -preguntó Alervin, sorprendida del giro que él imprimía a la cuestión.

-¡Claro! Sentémonos por allí, mientras te explico… Veamos: si yo quiero facilitar la rápida ascensión a mi edificio, ¿le pongo un tren, o un ascensor? Lo mismo se aplica a vuestro caso: si quieres restaurar la Orden Sorian en Lémleth, necesitarás buscar en nuestras Academias, un compañero oriundo de tu ciudad que comparta tu objetivo. Yo no soy ni una ni otra cosa. Aunque en mi opinión, incluso así sería harto difícil alcanzar semejante restauración: no se trata de un mero cambio de hábitos e idioma. La diferencia había llegado a ser abismal. Y tú ahora… eres Maëdin, ¡no Sorianic! Esto… ya no tiene vuelta atrás. ¡Pero resignarse puede llegar a ser tan duro! Piensa en tus padres, que quizás todavía conservan dicha esperanza. Y un día de súbito, les caes con un novio

Mineyu. En ese instante entenderán que ya no habrá regreso a Lémleth, ni nietos Sorien, ni nada por el estilo. Ese baño de realidad repentino, les causará una frustración atroz.

-Vaya… ¡No lo había pensado! -exclamó ella, admirada por esa increíble facultad del hombre, de ponerse en los zapatos ajenos. ¡Y era un ingeniero! Teóricamente, más entendido en máquinas que en humanos. Tuvo que admitir con aire reflexivo-: puede que tengas razón...

-Lo cual significa -concluyó él-, que antes de continuar, convendría que lo conversaras con ellos. ¡Son tus padres! Querrás mantenerte en buenos términos, supongo. Luego, no los puedes marginar de una decisión tan importante.

-Sí… Tienes razón. Veré si les hablo esta misma tarde.

-Vale, Alervin. Suerte, y ya me comunicarás lo que hayáis decidido. Estaré esperando…

Y se despidieron. Él rumbo a la estación, ella hacia su Rectora. Y a la pregunta de aquella, replicó:

-¡Qué hombre más considerado! ¿Sinceramente?: no lo esperaba.

Y reprodujo el diálogo íntegro, con puntos y comas. Horas más tarde viajaba a la Ciudadela, desde la cual telefoneó a casa. Abundando en argumentos a favor de su pretendiente, sin darse cuenta fue interiorizando el reconocimiento de sus virtudes. Terminó ese diálogo con sus padres satisfechos, y ella misma feliz de haberlos convencido. Cuando en la práctica, ¡su mayor logro había sido convencerse a sí misma!

Milie pudo acudir entonces a su tercera cita, "a la misma hora en el mismo lugar". Todavía se sentía inseguro y temeroso al ser invocado por el Rector, y recibió con alegre incredulidad sus felicitaciones:

-Bien, bien: ¡buen timonel! Tu barco continúa avanzando y sorteando escollos, con su casco aún intacto.

Milie le posó una mirada inquisitiva, descubriendo con sorpresa que no bromeaba. La insólita acumulación de aciertos le confirió valor, y disposición a continuar. A dicha cita llegaba pues, más relajado y optimista que a las anteriores.

-¿Alervin? -llamó sonriente al acercarse.

-¡Hola Milie! -exclamó ella sonriendo a su vez. Y no dijo nada acerca de "ingenieros". Empezaba incluso a olvidar el dato, a medida que descubría y valoraba sus entrañables facetas humanas.

-¿A dónde desearías ir? -continuó él. Ella, previendo la pregunta, traía una respuesta diferente- Ven, siéntate aquí mientras lo decidimos -él obedeció en silencio. Ella prosiguió-. Dime: ¿conoces el Valle?

-La verdad, hace un par de meses te habría respondido que "no" -reconoció él, menos tímido aunque tan suave como siempre-. Pero entonces y por sugerencia del Rector del Puerto, comencé a frecuentar el Club… eh… la Triple Academia en los feriados. Y luego, aprovechando que ya estaba aquí, me detenía a explorar el Valle hasta el atardecer. Bonito Valle: una buena réplica.

-Sí -admitió ella-: aunque le habéis introducido mejoras…

-Claro: como las plantas purificadoras de agua, o las de procesamiento de residuos. Pero son instalaciones subterráneas, así que no desmerecen el efecto.

-¡Vaya! Veo que estás actualizado… Y en la Ciudadela, ¿has estado?

-Pues no, nunca. Solo conozco las reproducciones fotográficas de la Antigua Darei.

-¿Qué te parece prodigarle una visita?: ascenderemos la Torre de Atalaya de la Fortaleza Superior, y tendremos un magnífico almuerzo en la terraza, contemplando las vistas más soberbias que puedas imaginar… Si te parece bien, claro.

-De acuerdo: vayamos -dijo él-. Y se encaminaron a la estación.

-Dime, Milie: ¿hace cuánto vives en Draïr?

-Mínimo, desde la inauguración -dijo él-. Pero en la práctica, algo más: llegué hará poco más de diez años, y estuve sirviendo en una barcaza de suministros y transbordo adscripta al puerto.

-¿No es curioso? -comentó ella-: tú… se supone que eres de los constructores. ¡Y no conoces tu ciudad! Mientras que yo, habiendo llegado recientemente y desde lejos, la conozco mejor.

-Es que, Alervin: ¡no soy Darayu! Soy Mineyu. Mi auténtico hogar está en el Océano, en sus navíos y en sus puertos. Allí he vivido desde los doce años: o en un puerto, o navegando.

-Y sin embargo, has decidido establecerte en Draïr.

-Sí: forma parte del objetivo que me he propuesto.

-Aunque es evidente que se trata de un desafío enorme para ti. No te resulta cómodo, ni fácil, ni natural. ¿Por qué lo haces?

-Lo hago, para cumplir el sueño del abuelo -susurró y calló.

Entretanto habían llegado a la estación, pagado sus pasajes, y esperaban…

Contrariamente a la situación en la Gran Isla Oriental, cuyo servicio ferroviario de feriados se reduce a un tren cada cinco horas, esta línea despacha uno cada hora: la ventaja de comunicar países habitados por gente más proclive a los viajes, que esas comunidades Originalistas que pueblan el interior rural de la Isla. El tren llegó, lo abordaron y a los pocos minutos descendían en la Estación Superior de la Ciudadela, hacia el final del túnel que atraviesa la Sierra, junto a la restaurada Fortaleza Superior, ahora convertida en un enorme hostal para estudiantes, provista además de gran variedad de casas de comidas de diverso tipo y categoría; la más cara y solicitada: el Restaurante de la Atalaya, en el ensanchamiento de la cúspide de la nívea torre recubierta de marfil. El tren hace todavía una última parada en Draïr, en la Estación Inferior de la Ciudadela, junto a la cara exterior de las pintorescas aunque inútiles murallas reconstruidas, antes de seguir su ruta.

La Ciudadela, como pronto vería Milie y le explicaría una Alervin orgullosa de facilitar datos técnicos a su ingeniero, es una delicada obra de restauración del paisaje antiguo, sin renunciar por ello a las ventajas de la tecnología avanzada. Solo que, al igual que en el Valle, aquellos amorosos artistas habían soterrado la mayoría de infraestructuras esenciales, que brindan su servicio sin deslucir el aspecto preimperial del cuadro; o modificándolo de forma apenas perceptible.

La Torre de Atalaya en la cual se detuvieron ese mediodía, constituye el ejemplo más emblemático. Vista por fuera, parece un calco de la original, edificada por Tharaïs tres mil años atrás. Pero al entrar, te sorprenderá descubrir que puedes acceder al Restaurante de la cúspide en un pispás, ascensor expreso de por medio. También hay escaleras, claro. Pero si porfías, los guías locales te recomendarán utilizarlas sólo para descender. La Torre original se elevaba cien metros desde su base; pero los Reconstructores estiraron esta réplica hasta los ciento cincuenta, a fin de ensancharla respetando las proporciones. ¿Y para qué la querían más ancha? Obviamente, para dar cabida al ascensor… y a las tres plantas del Restaurante de la Atalaya.

Otro avance crucial se oculta en el interior de los muros de todas las grandes estructuras, desde las murallas hasta los palacios y torres: esqueletos de acero, que posibilitaron erigir paredes más delgadas (ganando espacio interior), aumentando sin embargo la robustez de las mismas. Solo el recubrimiento externo continúa fiel al original: así, la nueva Ciudadela parece idéntica a la antigua, siendo en la práctica una imitación de tecnología puntera.

A Alervin costó arrancar de las almenas a un Milie extasiado, para que dejase de devorar el paisaje con los ojos, y se ocupase de asuntos más importantes… como degustar el menú y conversar con ella, por ejemplo.

-¿Sabes? -le dijo, a fin de recuperar su atención-: hay gente que contraviniendo las indicaciones, se empeña en subir la Atalaya por las escaleras.

-¿¡Realmente!? -se volvió él, sorprendido- ¿Por qué hacen eso?

-Algunos de puro pretensiosos, para jactarse de fortachones a continuación. La mayoría, en "castigo" por apuestas perdidas.

-Oh… eso es cruel. ¿Y cómo verifica el oponente, que el vencido cumplió?

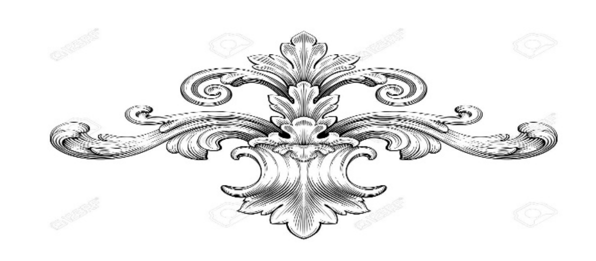
-Fácil: sube en ascensor, y se sienta a esperarlo en el peldaño superior. ¡Lo que sea menester! El ascensor no tiene paradas intermedias hasta la cúspide, así que si empezaste a subir por las escaleras y te cansas, sólo tienes dos opciones: continuar, o desistir. ¡No hay atajos!

-Vaya… ¡Nunca apostaré subir la torre a pie! -concluyó Milie meneando la cabeza azorado, y ambos rieron.

Esta fue por fin su primera cita realmente extensa; a lo largo de la cual compartieron experiencias e impresiones, se divirtieron con calma, y él volvió a tomar el tren cerca del atardecer (ella no lo necesitaba: tenía su cuarto de estudiante en la Fortaleza Superior).

-¿Volveremos a vernos? -preguntó él, al despedirse.

-Me gustas, Milie. Sí: ¡claro que volveremos a vernos! A la misma hora, en el mismo lugar -respondió ella. Y él se ruborizó hasta las orejas.



Primer viaje a Lémleth

Ir a reunirse por mutuo acuerdo y sin necesidad de mediación, era un progreso notable. A medida que las citas exitosas se sucedían, Milie iba ganando en seguridad, lo cual se traducía en una actitud más desenvuelta, alimentando el círculo virtuoso. Por su parte, Alervin se desembarazaba de recelos y prejuicios, redoblando sus empeños exploratorios a medida que su pretendiente la sorprendía con más cualidades positivas. Sin embargo y para esta ocasión, quién traía una sorpresa bajo la manga, era ella. O mejor dicho: dos sorpresas, como enseguida veremos.

La primera se había originado en su última recapitulación de experiencias, efectuada en privado con su almohada. Recordando los eventos más recientes por enésima vez, de súbito cayó en la cuenta: por tres veces (especialmente, la última) él había entrado en "territorio de ella", mientras conservaba el "monopolio" del propio en exclusividad. Luego, ella seguía excluida de un ámbito importante en la vida de él. Aún a disgusto, resolvió que debía revertir la situación, para no permanecer marginada. ¡Eso iba a cambiar! Tras el intercambio de saludos al iniciar el cuarto encuentro, y a la esperada pregunta acerca de "a dónde prefería ir", ella le lanzó:

-¡Enséñame el puerto!

Él la miró consternado. Estaba aprendiendo a conocerla lo suficiente (en sus propios términos, la consideraba "Originalista") como para intuir que los parques, las bellezas naturales o los sitios tranquilos le agradaban más que el incesante, ruidoso y mecanizado trasiego mercantil e industrial.

-¿Estás segura? -musitó.

-Estuve pensando -replicó ella sonriendo seductora-, que hasta hace poco yo conocía Draïr mejor que tú. Pero la última vez te conduje a la Ciudadela, y ahora tú me aventajas: ya conoces los tres grandes sectores de la ciudad, mientras a mí me falta uno. Jamás pisé el puerto. ¿Me llevarás?

-Sí: claro que te llevaré. Solo indícame lo que te interesa, y te conduciré con placer.

Y se dirigieron a la estación. Por el camino, ella se sacó de la manga su segunda sorpresa:

-Por cierto: ayer he vuelto a hablar con mis padres, antes de salir hacia la Triple Academia. Quieren conocerte. De hecho, habrían deseado que fuese hoy; pero para eso deberíamos haber partido temprano: son tres horas de viaje a Lémleth. Si no lo iniciamos de madrugada, ya no vale la pena emprenderlo. Pero podríamos ir la semana que viene. ¿Qué te parece?

No había más que mirarlo, para leer la respuesta en su cara: Milie había palidecido (notable proeza para un Layedi [son más bien morenos]), y temblaba aterrado.

-Hombre, Milie: ¿qué te pasa?

-Yo… yo… -balbuceó él- Todavía no sé cómo me recibirán. Yo…

Enmudeció. El mundo danzaba alrededor y las sienes le latían con violencia. A la fría palidez siguió un intenso calor en las mejillas, como si las hubiese introducido en un horno. Se aferró al tronco de un árbol para no caer. Ella suspiró con resignación. Casi había olvidado lo tan poco sociable que él podía llegar a ser; hasta qué punto le aterraban los desconocidos, en cualquier otro marco fuera del meramente laboral.

-Descansemos aquí -propuso con dulzura, sentándose sobre la gramilla al modo Maëdi-. ¿Necesitas beber? ¿Quieres que te consiga agua?

-No… No… -musitó él, cohibido- Ya pasará. Oh… ¡Lo siento! Esto…. Hay cosas que no siempre consigo evitar.

-Vale: te entiendo. Pero no hay necesidad de ponerse así. No tienes nada que temer. ¡Mis padres no son caníbales! Créeme: son buena gente, y se han formado una excelente impresión de ti. La que yo les transmití, claro. Y están ansiosos por conocerte.

-Lo siento, Alervin. Vaya espectáculo lamentable estoy ofreciendo… Perdóname. Tienes razón: el miedo nunca se me quitará si tampoco lo enfrento. Así que acepto: iremos el próximo Indavu, si quieres. Si son tres horas de viaje como dices, deberemos madrugar para llegar temprano. ¡Tú querrás pasar el día con tu familia! Pero a más tardar a las cinco de la tarde deberíamos emprender el regreso si queremos estar aquí a una hora razonable. No olvides que al día siguiente debo madrugar.

Alervin lo contempló suspirando aliviada: Milie había ido recuperando la serenidad a medida que hablaba. Ahora parecía casi tan tranquilo como siempre. *"Se reprime mucho"*, se dijo mentalmente. Pero en voz alta dijo otra cosa:

-¿Qué te parece salir con el tren de las seis? Tú subirías en el puerto, yo en la Ciudadela, y a partir de allí viajamos juntos.

Para sus adentros, seguía reflexionando: *"a saber dónde, cómo y cuándo aprendió a reprimirse con tan implacable brutalidad ¿Quién le habrá hecho qué…? ¡Claro!"*. Alervin sintió estar descubriendo

algo de crucial importancia: *"¿Cómo no lo sospeché antes? Alguien tiene que haberlo sometido a terribles maltratos, para que acabase desarrollando semejante pavor social..."*

Milie se fue incorporando lentamente, secándose los lagrimones con la manga del hábito.

-Sí -susurró-: es un plan perfecto. Te haré señas por la ventana al acercarnos. Así sabrás en qué vagón voy.

Reanudaron la marcha, y poco después estaban en la estación. Breves minutos de viaje de por medio, arribaron al puerto, al Oeste de las Sierras. Gracias a su velocidad, era más lo que tardaban esperando el tren (por lo esporádico del servicio en feriado), que lo invertido en el viaje en sí: proyectada y construida a partes iguales entre el Gobierno de Lémleth y la Hísel-Minei, aquella línea era un portento de tecnología, seguridad y velocidad.

Tuvieron un almuerzo abundante en la Torre, disfrutando las vistas mientras comían. Él aprovechó la envidiable posición dominante prodigada por los ventanales, para ir señalando y reseñando las instalaciones. Ella se sorprendió al descubrir que en la práctica, el panorama era más hermoso de lo esperado. No era un lugar feo, sucio ni agresivo. La impronta Maëdi se dejaba sentir también aquí. Sí: se había apresurado demasiado en desdeñar un lugar sin conocerlo.

-¿Y dónde trabajas tú?

-Allá -respondió él, señalando hacia el extremo Norte de la bahía.

-Esto... ¿Me puedes llevar a verlo? ¿Está permitido?

-Puedes venir, sí.

¡Y allá fueron!, en uno de esos simpáticos minibuses de traslado interno del personal, similar a los que estaban en servicio en la capital Maëdi allende el océano. Alervin pudo observar, no sin cierta dosis de orgullo satisfecho, que dondequiera fuesen, él era saludado con alegría y devolvía los saludos en voz baja, exhibiendo su indeleble sonrisa tímida. En su propio ámbito, Milie era un hombre estimado y a su modo, incluso popular. *"No es de extrañar"*, se dijo, viéndolo intercambiar unas palabras con el chófer, que le estaba felicitando su conquista y cubriendo de recomendaciones, que aquel aceptaba con su perenne suavidad abochornada. *"No es de extrañar: se conduce con sencillez y humildad ante todos. No parece que los humos se le hayan subido a la cabeza. Ni se da aires de importancia. Para nada."*

Milie terminó de pagar, y se sentó silencioso y sonriente junto a ella. Cada tanto, señalaba algún componente del paisaje y decía: *"es tal cosa; es tal otra"*, hasta que llegaron y descendieron en sus astilleros. El reducido personal de guardia los recibió con estruendosa alegría, procurando complacerlos con solicitud. Milie se refugió con Alervin en su minúscula oficina, donde tenía su mesa de diseño para bosquejar planos e instrucciones. Tan reducidas eran las dimensiones del cuarto, que la mesa apenas dejaba espacio para dos sillas, una a cada lado. Se sentaron a beber el café que les sirvieron los felices operarios, y a pedido de ella, Milie le describió su trabajo con la mayor sencillez posible y sin abundar en detalles o términos técnicos, para no agobiarla.

-¿Y qué haces tú aquí, exactamente? -había preguntado ella. A lo que él replicó:

-Mi rutina es más o menos así: recibo a los clientes (o a sus representantes, para mí es indistinto), escucho sus quejas y con ellas como guía, busco el fallo. Ellos suelen ser relativamente entendidos: no por haber estudiado, sino porque cada cual conoce su embarcación. Por eso ayuda tanto atender sus descripciones del problema. Una vez detectada la avería, efectúo además una rápida revisión general.

-Y eso, ¿para qué?

-Lo habitual es que un desperfecto dentro de un mecanismo se propague, causando más disfunciones en otros lugares: desajuste, fricciones, desgaste excesivo, falta de coordinación, filtraciones corrosivas… un sinfín de daños colaterales que incluso si, agobiado por el evidente desperfecto principal, el cliente no nota todavía, más adelante se harán patentes… compeliéndolo a acudir a los talleres otra vez. Con esa revisión general le ahorro tiempo, dinero y riesgos. Una vez tengo mi diagnóstico acudo aquí, a mi mesa, y delineo el trabajo a realizar: qué y dónde reemplazar, ajustar, calibrar, etc. Desarrollo el plan por orden de urgencia decreciente: de lo impostergable a lo secundario. En ocasiones, me veo en la necesidad de diseñar piezas nuevas en reemplazo de las defectuosas o inadecuadas, que luego fabricarán aquí mismo. Como por ejemplo ésta, ¿ves? Llevo un archivo completo de mis diseños y proyectos: pueden volver a ser útiles si se presenta otro caso similar. Lo más enervante, son los fallos de fábrica: si por tres veces encuentro un mismo desperfecto en el mismo modelo, o en otro pero del mismo fabricante, le envío una nota formal señalando la existencia del error, y su solución.

-¿Les enseñas a mejorar sus productos así, gratuitamente? -Milie asintió- ¿Por qué? Tú pierdes dinero y futuros clientes.

-No necesito hacer peligrar vidas para ganarme el pan. Por último entrego el plan de trabajo al cliente, que lleva el bosquejo al Rector, quien determina el presupuesto.

-¿O sea que tú, no tienes ni idea de lo que pagará?

-¿La verdad?: no. No tengo la menor noción de los aspectos financieros de la cuestión. Yo me limito al área técnica, a lo que entiendo. Por eso detallo el orden de prioridades con tanto rigor: para ofrecer al cliente la opción de decidir entre una reparación exhaustiva, o limitarse a lo urgente. Las diferencias de presupuestos llegan a ser abismales, y algunos clientes no llegan capacitados para un gran desembolso súbito… o son cicateros. Yo en eso no me entrometo. Pero en ocasiones es desagradable escuchar las escenas que montan algunos en el despacho del Rector…

Imaginándolo, Alervin rió divertida.

-En fin: una vez acordado el tipo de arreglo, si el cliente ha optado por uno parcial, el Rector le hace firmar un Descargo de Responsabilidades antes de iniciar los trabajos: un texto en el cual declara que le recomendó hacer tal y cual por esto y aquello, y que él se negó conociendo los riesgos a que se expone de no completar las reparaciones recomendadas antes del plazo "x". Una vez el cliente firmó y pagó el anticipo, el Rector entrega mi plan de trabajo corregido o refrendado a los ingenieros de obra, que se aplican a la tarea junto con los operarios.

-¿O sea, que tú ya no vuelves a intervenir?

-No. Para entonces, suelo estar recibiendo a un cliente nuevo…

-Ahora entiendo por qué trabajas tanto. Y dime: ¿qué hacen cuando tú no estás?

-Los astilleros no descansan. Hay guardias rotativas para continuar el trabajo y atender los casos de emergencia, ya sea en el primer turno de medianoche, o en los feriados: un ingeniero de obra y dos mecánicos. Si vienes en ese momento con una reparación de urgencia, te saldrá más cara y será de calidad inferior. Así que suelen ser guardias tranquilas, dedicadas solo a terminar lo que ya se empezó en horas o días corrientes.

-Espera: si el trabajo será de calidad inferior, ¿por qué pedís más por él?

-Doble disuasión: la mayoría preferirá aguardar a los días y horas hábiles, cuando estoy yo.

-¿Y no te cansas?

-¡Nunca! Verás: cuando era niño, sentía curiosidad por entender cómo funcionan las cosas. Ahora, se supone que ya lo sé… ¡Pero no perdí la curiosidad! En cambio, me intriga saber por qué algo ha cesado de funcionar; cómo y por qué se averió en el ínterin. Y… ¿qué podría hacer para mejorarlo, o evitar el próximo fallo?

De eso se trataba entonces: en algún hueco recóndito de su ser, Milie nunca había dejado de ser ese niño curioso que se embarraba de pies a cabeza, estudiando bichos en la huerta. Y sin embargo…

-Podrías haberte dedicado a la botánica, o a la zoología.

-Lo dudo. El fenómeno de la vida es mucho más complejo que simples mecanismos más o menos eficientes que funcionan por sí mismos y se perpetúan. Sin embargo, mi enfoque ha sido siempre muy superficial. Suficiente para las máquinas. En absoluto satisfactorio para organismos vivos.

-¿Y no podrías intentar profundizar?

-Tampoco… Me habría abrumado. Y a la larga, habría acabado por matar mi curiosidad. Cada cual debe conocer sus limitaciones, y ceñirse a ellas. Si tensas demasiado una cuerda, la rompes. Esto… es una materia muy importante para nosotros, ¿sabes? La llamamos, "resistencia de materiales". Y estudia cuánto puedes exigir de cada material, y cómo responderá a diversas tensiones, presiones, desgaste, etc. No te das idea de lo crucial que es, no exigir al material un esfuerzo mayor del que está capacitado para rendir. ¡Y no puede ser muy distinto con las personas!

-Tú… ¿Estás tratando de entender a la gente, extrapolando tus conocimientos mecánicos?

-¿En realidad? Tampoco. No intento "entender" a nadie: me supera. En cambio, procuro aceptar a cada cual como es, sin más.

-Y pensar que eres Maëdi…

Milie calló, abatido. Inclinó el rostro, contuvo con enorme esfuerzo un torrente de lágrimas que pujaba por asomar entre sus párpados fuertemente apretados, y liberó un sonoro suspiro al conseguirlo.

-Vamos -dijo-: se hace tarde.

E iniciaron la lenta marcha de regreso. Abandonaron las instalaciones, tranquilas y silenciosas por ser día de actividad mínima, y se detuvieron a esperar en la parada del transporte interno.

-Alervin -dijo él, recién entonces-: ¿qué es para ti, un Maëdi? ¿Cuáles crees, son nuestros valores principales?: servir a la Unidad, mejorarnos como humanos, preservar la vida… ¿En cuál de estos aspectos, consideras que estoy fracasando?

Ella comprendió que de alguna manera, lo había herido en su amor propio. Pero la cuestión le parecía tan crucial que, por más que doliese, debía dilucidarla de una vez y para siempre.

-Esto de preservar la vida, por ejemplo. No parece que a ti te interese tanto. ¡Has dedicado la tuya a las máquinas!

-Ah… -susurró él, cruzando las manos tras la espalda y fijando la vista en el suelo, terriblemente abochornado- Ya veo: no solo un ingeniero puede ser superficial… -calló unos instantes, reunió valor y prosiguió con su inveterada suavidad- ¿Sabes dónde está el problema?: que donde tú sólo ves máquinas, yo veo más allá, a las personas que confían sus vidas a ellas -ella le clavó una mirada escéptica; él se explicó-. Supongamos que un yate de recreo sufre una avería en mar abierto, en medio de la borrasca. ¿Qué crees tú, les ocurrirá a sus ocupantes? -Alervin palideció al instante, sacudiéndose espantada. ¡Qué cuadro más gráfico! Imaginarse en semejante situación, la aterró- Ya ves -concluyó él-: yo atiendo las máquinas, pero mi objetivo primordial es preservar vidas. ¡Nunca lo olvido! La responsabilidad es enorme…

Llegó el minibús y subieron. Mientras pagaba, el chófer se fijó en su cara y se asustó:

-Ingeniero, ¿pasa algo? ¿Te sientes bien?

-Sí, gracias, estoy bien. No te preocupes -susurró él, y fue a sentarse junto a ella. Alervin también percibió el malestar de su compañero, y se disculpó:

-Perdóname, Milie. Lo siento. Créeme que lo siento.

-No te preocupes -susurró él-. Yo… -iba a añadir "estoy acostumbrado", pero se contuvo a último momento. ¡No podía decir eso! Rectificó el discurso sobre la marcha, concluyendo-: tengo que aprender.

-Sí. Yo también tengo que aprender -reconoció ella.

-Aprenderemos juntos -rubricó él, sumiéndose en un silencio introspectivo.

Enseguida bajaban en la terminal ferroviaria. Él vivía en el edificio de enfrente; no viajaría. Pero la acompañó a aguardar la salida.

-Milie: ¿vendrás el próximo Indavu, a las seis? ¡No lo olvides! Te estaré esperando.

-Sí: vendré -dijo él.



Asomándose por la ventana a medida que el tren se aproximaba al andén, Milie hizo señas a Alervin que al distinguirlo corrió hacia su vagón, ubicándose junto a él. Teniendo en cuenta lo temprano de la hora y su carácter por lo general apagado, él lucía inusitadamente despierto.

-¿Cómo lo hiciste? -preguntó ella.

-Me acosté temprano, dormí bien... y hoy desayuné dos tazas de café doble-cargado.

--Otra costumbre ajena a los antiguos Maëdern...

-No me disgusta el té -susurró él-; pero en el trabajo preferimos el café: nos ayuda a despabilarnos y a mantener la concentración. ¡Lo necesitamos! Créeme.

-Sí, lo sé... Y sé que te debo una disculpa. Mi Maestra es Originalista, sabes; pero os tiene en gran estima. Ha tenido la grata oportunidad de desprejuiciarse mientras hacía su travesía a Draïr. ¡No vieras cómo se puso cuando le relaté nuestra cita anterior! Me dijo de todo menos "bonita", y me dejó la mar de preocupada y arrepentida.

Milie la miró con escepticismo.

-Esos Originalistas... ¡son tan terriblemente intransigentes! Creo que de poder, nos expulsarían.

-Pues ella no es así. Y no avala esa intransigencia. Me previno muy especialmente contra ella. Dice que es cruel, y destructiva.

-Yo también lo creo -susurró él.

Entretanto, el tren avanzaba raudo, devorando las distancias por entre las feraces colinas incultas, en dirección al naciente. Ista llevaba más de una hora despierta pero invisible, oculta tras un grueso manto de nubarrones oscuros. Amenazaba tormenta: las primeras precipitaciones otoñales.

-¿Te entristece el aspecto grisáceo del día? -inquirió ella, al ver que mudo, él caía en su clásica introspección maëdica mientras contemplaba el paisaje.

-¿Eh? ¿Ah? No... Pensaba en las praderas, antaño tan productivas y hoy desatendidas...

-Supongo que eso cambiará, a medida que crezca vuestra Comunidad. Aunque tal como la habéis hecho, hay margen para bastante poco crecimiento en Draïr.

-Siempre se podrán erigir barriadas nuevas, a medida que lo exija la demanda, pero además... tampoco es imprescindible que todos los que llegan se instalen para siempre en la ciudad. Es de

prever que poco a poco, parte de las generaciones siguientes decidan volver a los países de origen de sus padres, a continuar esparciendo nuestra ciencia. Uno de los objetivos de Maëdi Milie al fundar nuestra Orden fue compartir. Nosotros aquí, sólo estamos estableciendo una cabeza de puente, por así decir.

-O sea que según vuestros pronósticos, sí cabe la posibilidad de que volvamos a radicarnos en Lémleth, por ejemplo.

-Sí, claro: lo harán nuestros hijos, o quizás nuestros nietos, una vez se sientan lo suficientemente seguros y afianzados como para asumir el reto.

Afuera comenzó a llover. Las ráfagas de viento cargado de humedad castigaban los cristales, reduciendo la visibilidad. Los vidrios se empañaron y el paisaje melancólico se difuminó.

-¿Sabes, Milie?: al final, apenas sí me dijiste nada acerca de tu patria.

-¡Tienes razón! Y lo había olvidado, jajaj. Te contaré… En realidad, es como si fuesen dos países en uno: tienes las regiones agrícolas de los Originalistas en el interior… y los puertos y áreas industriales de Hísel-Minei y los Aléyern en la costa.

-Los Aléyern, sí: curiosa alianza acabasteis formando.

-Es más que una alianza: es amistad y lealtad. Pero volviendo a mi patria natal… ¿sabes lo más fascinante?: que estando allá olvidas la existencia del resto el mundo, pierdes la noción de sus guerras y enfrentamientos, sus conflictos y problemas, sus venganzas y mezquindades. Es… lo más parecido posible a permanecer inmersos en una realidad paralela. Especialmente para los Originalistas que viven despreocupados y dichosos, definitivamente desconectados.

-Y eso, ¿es bueno o malo?

-¿El aislamiento? Es muy cómodo.

-¿Pero?

-Pero si el objetivo de Maëdi Milie al fundar nuestra Orden era traer bendición a la Humanidad, y compartir nuestros logros con ella… Luego… ellos están errando el objetivo principal.

-Maëdi Neyei Leveri opinaba lo mismo respecto a sus colegas, que se quedaban cómodamente tranquilos en su país, sin salir a difundir su ciencia allende las fronteras…

-¡Chist! Si le dices eso a un Malméniu, lo tomará terriblemente mal. Ellos se vieron particularmente perjudicados y defraudados por los Sorien, y a pesar de los siglos transcurridos,

siguen recordándolo con gran dolor. Sabes: aquello de la traición, la persecución y el exilio. Fue una tragedia nacional de la cual todavía no se recuperan.

-¿Sólo ellos? Vosotros también habéis tenido vuestra parte. Ya te dije que lo estudié…

-Sí, claro. ¡No lo niego! Y la nuestra fue una "parte" más terrible, si cabe. ¡Acabó en exterminio! Pero luego hemos tenido nuestros Padres Sorien, y la invaluable oportunidad de reconciliarnos y cerrar ese capítulo en paz. Por eso y a pesar de que los sucesos fueron mucho más amargos y están más frescos en nuestra historia que en la de los Malméniern, nosotros hemos conseguido asumirlos y superarlos con calma, y su recuerdo ya no nos martiriza.

Milie calló. Afuera, el embate combinado de viento y lluvia se redoblaba por momentos. Procurando aumentar la velocidad, los motores se esforzaban pero las ruedas giraban en falso, resbalando sobre los raíles empapados.

-¿Pasa algo? -preguntó ella, notándolo preocupado.

-Algo no va bien -murmuró él, concentrado en sentir el trabajo de la maquinaria bajo sus pies-. Le falta agarre. El agua entorpece el trabajo de las ruedas. ¿No lo percibes?

-¿Y te preocupa?

-No estoy seguro. Esto… no es mi especialidad. ¿Quizás podríamos descarrilar?

-Se supone que fue hecho para funcionar, también en estas condiciones.

-No lo sé. Tampoco es industria de Hísel-Minei. Los trajeron desde Aïketh, así que la verdad…

-Hombre, Milie, ¡no seas chovinista! Puede haber buena ingeniería, también en otros países. ¿O no?

En ese momento, afuera se produjo un fogonazo seguido de un terrible chasquido. La marcha se detuvo y las luces se apagaron. Alervin lo miró asustada al preguntar:

-¿Qué crees que habrá sido?

-Corte del suministro -sentenció con calma-: los pantógrafos se han replegado. Posiblemente, una medida de precaución. Busca al revisor.

Ella le dirigió una mirada intrigada, pero se levantó y abandonó el vagón, recorriendo la formación hacia adelante hasta dar con él, y traerlo.

-¿Cuánto tardaréis en repararlo? -le preguntó Milie.

-No lo sé, capitán. Ya hemos llamado al servicio técnico: estarán aquí en una hora como mínimo y a continuación, dependiendo del desperfecto… Quizás debamos esperar a que nos envíen otro tren desde el patio de maniobras más cercano.

-No soy capitán -dijo el Maëdi con su suavidad acostumbrada. El revisor señaló sus insignias a la voz de *"¿y eso qué es?"* y él explicó-: son de ingeniero. ¿Y cuánto tardaría en llegar ese otro tren?

-No menos de una hora.

-Eso es mucho más de lo que puedo permitirme esperar…

-¡Sed razonable, ingeniero! Este es un tren, no uno de vuestros buques: ¡no navegamos con el equipo técnico a cuestas! Sería demasiado oneroso llevar electricistas y mecánicos con sus correspondientes equipos de herramientas, a bordo de cada tren.

-Entiendo. Veré qué se puede hacer… -e inclinando la cabeza, se sumió en profundas cavilaciones. Un minuto después, el suministro se restablecía.

-Listo. Podemos continuar -dijo Milie.

-Pero, ¿¡qué!? -el revisor le clavó un par de ojos asombrados-: ¿lo ha reparado Usted?

-No exactamente. Sólo encontré el desperfecto y lo aislé. Tienes un grupo electrógeno empapado y en cortocircuito. Lo he desconectado del sistema. Lo demás funciona. Podemos seguir. Pero ingresad la formación en los talleres apenas lleguemos, sin demora.

El viaje se reanudó bajo el castigo de la lluvia, que poco a poco fue amainando para convertirse en llovizna. El cielo empezaba a despejarse a medida que seguían avanzando hacia el Nordeste.

-Milie… -musitaba ella, todavía asustada-: ¿no has sido temerario?

-Nunca me habría atrevido, por apremiado que estuviese, a poner en peligro la vida de nadie, pero además: ¿acaso no voy en el mismo tren?

-Sí, pero…

-Pero es un detalle importante: nunca te fíes de las decisiones de quienes no pagarían las consecuencias del fracaso. Los que están blindados pase lo que pase, los que no asumen riesgos personales aunque hagan peligrar vidas y haciendas ajenas: ¡huye de ellos!

El revisor también lucía atónito al comentar:

-A saber lo que dirán en la terminal…

-Echadme el muerto -respondió Milie con sencillez-: informad que lo hice sin consultar, y ya. Pasaré la jornada en Lémleth, por si alguien quiere reclamar… -e indicó a Alervin que facilitara la dirección.

Sin embargo y por fortuna, no hubo reclamos. En los talleres de la compañía ferroviaria en Lémleth se sorprendieron al conocer la anécdota, constatando además que el fallo era tal y como él lo describiese. Los comentarios se extendieron por entre los operarios y para cuando emprendió el regreso esa tarde, ya era una celebridad en la empresa.

Entretanto, llegaban a destino sin más sobresaltos. Los señores Hesiu, padres de Alervin, esperaban en el andén y los recibieron felices al descender. Un Milie cohibido saludó con formal deferencia a sus potenciales suegros, y se mantuvo silencioso y cabizbajo en el trayecto en taxi. Atravesaron raudos el centro urbano en dirección a las barriadas residenciales de las afueras, deteniéndose ante una primorosa vivienda unifamiliar rodeada de verdes jardines tras el vallado. Alervin reía de emoción al entrar. Milie observaba con callada discreción.

-¡Adelante! Pasad y poneos cómodos -dijo el padre al abrir.

-¿Algo de beber, ingeniero? ¿Quizás un té? -ofreció la dueña de casa.

-Eh… Milie. Solo… Milie, por favor -murmuró él con timidez-. Y si no es mucha molestia, prefiero un café.

-¡Un café! Vaya, yo creí… -musitó las mujer, sorprendida- ¿Y cómo lo quieres?

-Si puede ser… un doble-cargado de Hísel-Minei…

-No conozco esa variante. Pero si me la describes, quizás…

-La receta es fácil: una cucharilla de azúcar, dos de café, una barrita de chocolate amargo, agua muy caliente, revolver hasta disolver el chocolate, luego se echa un chorrito de crema de leche sin batir, y una pizca de canela.

-¡Ajá! Una auténtica obra de arte. Se lo podría decir un elaborado café Maëdi. ¡Si hasta conlleva más ceremonia que el té!

-No lo había pensado antes, pero sí. El resultado es una bebida espesa, aromática y altamente estimulante. Nos ayuda a trabajar mejor.

Alervin asistía a la escena sumida en tenso silencio. Temía que desprevenidos y faltos de experiencia, sus padres fueran a cometer tantos errores con su medroso pretendiente, que aquel

acabase huyendo despavorido. No había reparado antes en la cantidad de diferencias culturales entre uno y otros, ¡y ahora era demasiado tarde para advertirles! Y la visita ya arrancaba mal… Aunque por lo pronto, él parecía sobrellevarla con filosofía. Sentado tranquilo donde le indicaran, bebía su café con la concentrada parsimonia de rigor.

-No te incomoda que no nos sentemos al suelo, ¿verdad? -preguntó la señora Hesiu, preocupada. Alervin se mordió los labios pensando desesperada: *"otra vez: ¡lo echarán a perder!"* Milie respondió con su suavidad cohibida de siempre:

-Nosotros los Minéyern, seguimos siendo tan austeros como es tradicional en la Orden; pero no nos molesta sentarnos en sillas en los restaurantes, o en el comedor de a bordo, o para trabajar en nuestras oficinas…

-Ah. ¡Qué alivio! Nos preocupaba mucho que la falta de adaptación de la casa fuese a incomodarte…

-Pues no, en absoluto -susurró él-. Estoy bien aquí.

El sencillo cumplido surtió efecto inmediato: los padres de Alervin se sintieron alagados, y ella misma se permitió suspirar para sus adentros, ligeramente aliviada.

-Y… ¿qué te parece Lémleth? -preguntó el señor Hesiu-, ¿te gusta nuestra ciudad?

-Pues… -replicó Milie, pensativo- Tampoco alcancé a ver gran cosa…. Salvo la terminal… y este vecindario, supongo que periférico. Insuficiente para formarme una impresión general. Pero me gustó la terminal: grande, espaciosa, recia y antigua. Se nota que Lémleth es una ciudad con raigambre histórica.

¡Otro cumplido! Había que ver el portento: con cuán poco conseguía Milie que los demás se sintiesen orgullosos y satisfechos de sí mismos. Alervin estaba encantada: este Maëdi de apariencia exterior tan opaca y deslucida, jamás dejaba de sorprenderla con nuevas virtudes atesoradas en el blindado interior. Él terminó su taza de café y la devolvió, preguntando como al pasar:

-Gracias: estuvo delicioso. Y el puerto… ¿queda muy lejos?

-Pues no, inge… eh…, Milie -replicó el dueño de casa-: no hay más que seguir nuestra calle derecho hacia el Este, tras quince o veinte minutos de marcha a más tardar, llegarías a la Avenida Costanera. Si la cruzas y te asomas al parapeto, abajo verás los últimos muelles del puerto.

-Yo… ¿os molesta mucho si salgo a visitarlo? ¡Un paseo breve! -suplicó- Podría estar de regreso en una hora…

Vaya pedido extraño. En el salón se hizo un silencio incómodo hasta que, captando de súbito la intención de su aspirante a yerno, la señora Hesiu se apresuró a decir:

-¡Claro que puedes ir! No nos molesta en absoluto. Pero regresa puntual: te esperamos para el almuerzo.

Milie se incorporó, saludó a cada cual con gesto tímido y salió. Una vez se hubo alejado lo suficiente, ella exclamó:

-¡Qué hombre tan considerado! ¿No lo entendéis?: se ha retirado para permitirnos tener una conversación íntima, familiar y abierta, sin necesidad de andar midiendo nuestras palabras por su causa…

En efecto, Alervin pudo aprovechar la circunstancia para explicarles cantidad de detalles acerca de él y su personalidad, y cubrirlos de instrucciones respecto a lo que convenía decir o callar en su presencia, y qué temas era preferible evitar.

-Vadaric, hija -la detuvo su madre, apabullada por el torrente de instrucciones-: trataremos de ser hospitalarios y serviciales en la medida de nuestras posibilidades. Pero a fin de cuentas, somos como somos; no vamos a cambiar de un minuto al otro por él… Y eso, él debe estar entendiéndolo a la perfección.

-La prueba está, en que no se incomodó ni una vez -refrendó su padre.

-No se quejó, que no es lo mismo -replicó Alervin-. Nunca se queja, pero después… Yo no sé, porque no he conseguido que me hable demasiado acerca de sí mismo todavía. Pero empiezo a sospechar que se guarda las cosas, y después las sufre en silencio cuando nadie lo ve.

-Parece un hombre sensible, sí -admitió la mujer-: sería un marido excelente para ti, y un abnegado padre para tus hijos.

-Y además, tiene una buena profesión. Te garantizará una vida holgada -completó el hombre.

-Como sea: el almuerzo está listo, y él aún no regresa. ¿Se habrá perdido?

-Iré a buscarlo -dijo Alervin, saliendo.

Y en efecto: lo encontró tras una breve caminata a grandes zancadas. Y no se había perdido. Habiendo seguido las instrucciones al pie de la letra allí estaba, visible desde la última esquina de su

calle, al otro lado de la avenida: sentado al suelo con la espalda apoyada en la pata granítica de un banco del paseo marítimo. Se había dormido mirando al mar, con Maëdica naturalidad. Se allegó a él y lo despertó:

-Milie. ¡Milie!

-¿Eh? -él volvió a la realidad asustado. Alzó el rostro alarmado y sonrió con alivio al verla- Ah… Hola. ¿Me… he retrasado?

-¡Jajaj, sí! El almuerzo está listo, y te esperábamos. Vamos -mientras desandaban el camino, ella le preguntó- ¿Es cierto que te ausentaste a propósito, para permitirnos conversar en privado?

-¡Claro! -replicó él con naturalidad- Son tus padres. Supuse que después de tanto tiempo sin verlos, tendrías temas personales que tratar con ellos… y ellos contigo. Y evidentemente, mi presencia estorbaba. No podríais tener unas palabras confidenciales entre vosotros, conmigo plantado allí de florero.

-Aunque siendo Maëdi, tampoco hay garantía: siempre puedes recurrir a vuestra técnica…

-¡No lo hice, Alervin! Me alejé caminando tranquilamente hasta la Costanera, disfrutando de la brisa marina y del paisaje. Es una zona agradable y tranquila, ideal para caminar… Y después me senté donde me hallaste, a contemplar el paso de los barcos. Como se desplazan con tanta lentitud en comparación con el transporte terrestre, fijar la atención en ellos te relaja… y sin darme cuenta, me dormí. Siento haberos hecho esperar.

-Me gustas, Milie, ¿sabes? Eres un buen hombre.

Él se ruborizó hasta las orejas, inclinó el rostro y esbozó una de sus amplias sonrisas tímidas, antes de decir en un susurro áspero:

-Tú también me gustas, Alervin.

Discretamente apostados tras el grueso cortinado de las ventanas frontales, los Hesiu los miraban acercarse:

-¡Vaya par de tortolitos! -exclamó ella, enternecida. Su esposo calló unos instantes, antes de decir:

-¿Te has fijado en lo minúsculo que es? Incluso siendo mujer, tu hija le lleva media cabeza.

-Bueno… se sabe que los Maëdern nunca fueron altos ni robustos. ¿Recuerdas los cuentos de nuestra infancia? Su enclenque complexión siempre los delataba.

-Me pregunto si él no la estará cortejando solamente por eso: para "mejorar la raza".

-¡Ni se te ocurra sugerirlo! Lo espantarás.

-Es que me inquieta, cariño: me perturba terriblemente. Vadaric es nuestra única hija. ¡No me gustaría verla caer en malas manos!

-Tienes razón, pero incluso así: procura ser diplomático. Después de todo, tampoco desearías arruinarle la mejor oportunidad de su vida, ¿verdad?

-Ahí llegan. Tienes razón. Vayamos a la cocina para que no sospechen… Ya veré de plantear la cuestión con la mayor sutileza posible…

Los jóvenes entraron, saludando con cortesía y ubicándose en sus sitios a la mesa. Mientras los dueños de casa terminaban de servir la vianda y se sentaban a su vez, Milie aprovechó para disculparse:

-Disculpad mi demora. Yo… me adormecí mirando pasar los barcos, y… lo siento.

-No te preocupes, Milie -lo consoló la señora Hesiu-; tampoco es tan terrible. ¿Qué te pareció la ciudad, ahora que la has visto con más detenimiento?

-Eh… bueno: este vecindario es muy agradable para caminar. Y ofrece una impresión de tranquilidad… Sí: un buen lugar para vivir.

-¿Te gustaría mudarte aquí?

-No, no… tanto como eso… -para variar, Milie se había ruborizado- Yo… he prometido establecerme en Darei.

-Darei es Draïr -aclaró Alervin.

-Sí, Darei. Es… muy difícil de pronunciar -reconoció él, provocando un estallido de hilaridad general.

-Lo cual no deja de ser paradójico -continuó el señor Hesiu ignorando la digresión, poco dispuesto a perder el valioso hilo abierto por su esposa-: deseas establecerte en Draïr, pero buscas tu novia en Lémleth.

-En realidad -susurró Milie pensativo-, tampoco es que haya venido a buscarla: nos presentaron en Darei. Fue ella quien vino, no al revés.

-¡No te escabullas, Maëdi! -estalló el hombre. Milie dio un respingo y palideció. Bajo la mesa, el señor Hesiu se hizo merecido acreedor de un soberano pisotón preventivo de su esposa. Captando la

sutil indirecta, suavizó sus modos de inmediato pero prosiguió- No deben faltar mujeres nacidas en tu país, ¿verdad? Luego, ¿por qué irías a preferir una extranjera?

-Yo… -admitió un Milie cabizbajo y tembloroso, en un murmullo apenas audible- Yo… solo trato de cumplir una promesa.

-O sea que no erré tanto al suponer, que la elección es deliberada. ¿Qué buscas en ella, Maëdi?

-Busco… una socia idónea para formar parte de un proyecto común.

-¿A saber?

-La reconstrucción de Darei.

-¡Pero si ya la habéis reconstruido!

-Sólo el armazón -susurró Milie-. Una ciudad viva no son los edificios, sino su gente. Esto… todavía se halla en pleno proceso de restauración.

-Entiendo -dijo el hombre todavía intranquilo, sumiéndose en cavilaciones. A la velocidad del rayo, hizo un balance histórico en gráficas imágenes sucesivas: la Orden Genérica, ampliamente difundida y aceptada en el Orbe como única versión internacional, preponderante y sofisticada de una Orden Restringida arcaica y circunscripta a los límites de un remoto país atrasado y con tendencias aislacionistas. Luego, la disputa por la preeminencia: ese empeño Maëdi por deslegitimar la autoridad manifiesta de sus colegas mayores, negándoles cualquier cooperación, provocando su declive deliberado generación tras generación. ¡Para llegar a la época actual!: con los Sorien definitivamente extinguidos, y los Maëdern ocupando sus plazas una tras otra, usurpando su categoría de Orden Genérica con aspiraciones de expansión universal.

-Ya veo -concluyó, mascullando con amargura-: primero os habéis garantizado nuestra desaparición. Ahora volvéis victoriosos, a usurpar nuestro lugar.

Espantada, Alervin fijó su vista preocupada en Milie, que se mantenía encerrado en un mutismo peligroso. La tensa calma que precede a las tormentas se aposentó en la silenciosa habitación, hasta que con un ronco susurro más pausado de lo habitual, Milie respondió:

-Yo… no sé mucho de eso. Pero tenía entendido que mi gente vivió desde el principio y con apenas alguna tregua, sometida y maltratada en Darei durante siglos… hasta que se vio forzada a abandonarla, huyendo de una masacre anunciada. No por eso dejamos de amar y añorar nuestra ciudad; cuyo recuerdo, idioma y tradiciones conservamos con nostalgia. Y no porque estuviésemos

lejos, cesó el hostigamiento por parte de ella. Hasta que al final… Al final tuvimos que dejarnos aniquilar sin oponer resistencia, para evitar la indignidad de tener que vivir matando. Por eso, tampoco estábamos aquí ni en ninguna parte, cuando los Sorien sufrieron su desintegración final. Ni fuimos nosotros sus autores. Ni nos entristecimos, ni nos alegramos. ¡Estábamos muertos! No debemos excusas a nadie por ello, ¿verdad? ¡Quizás lo contrario sea cierto! Y sin embargo, no nos hemos allegado cargados de reclamos.

"De hecho… ¿Quién nos llamó? Con lo tranquilos y felices que estábamos en nuestro Continente Pequeño, limitándonos a comerciar para nuestro beneficio, y prosperando aislados y en paz… ¿Qué necesidad teníamos de invertir décadas de trabajos y toneladas de plata, para "usurpar" a nadie un páramo anegado de lava? Darei podría seguir siendo un erial tenebroso e inhóspito que no beneficia a nadie. Y a cambio, nadie nos recriminaría nada. ¡Seguro que así, habría sido preferible!"

Milie, que a muy duras penas contenía un torrente de lágrimas, calló cansado y abatido, respirando con ruidosa dificultad. Alervin temblaba, temiendo que la falta de tacto paterno espantase al pretendiente, con el cual se estaba encariñando.

-Eres injusto con ellos, papá -dijo-. Son gente buena y constructiva. Sólo quieren ayudar. A fin de cuentas, ellos arriesgan, invierten y se esfuerzan, y nosotros nos beneficiamos de balde. Si ellos continuarán "usurpando" como dices tú, uno tras otro nuestros antiguos enclaves… eso no será vicio, sino virtud. ¡No hay que recriminarlo, sino estimularlo!

-Es doloroso, pero cierto -admitió la señora Hesiu-. Milie: no te enojes, y perdona a mi esposo.

-Sí, disculpa ingen… eh… Milie -murmuró el señor Hesiu-. Lo siento, pero entiende: no soy más que un padre preocupado por el porvenir de su hija.

-Yo… -susurró Milie- Entiendo eso. Puede usted estar tranquilo: he prometido que siempre la respetaré. Nunca, nunca, jamás la agraviaré con intención. Y si por torpeza o ignorancia la llegase a ofender, haré lo imposible por resarcirla. No tiene usted que temer…

Sin embargo, y pese a la aparente reconciliación general, el ambiente cordial y espontáneo ya no se restableció. Milie se mantuvo distante y abatido, aunque respondía con su suavidad sonriente si alguien le decía algo. Alervin y su madre en particular, lamentaron que esa tarde, la atmósfera de familiaridad no se pudiese restaurar. Y el matrimonio todavía se deshacía en disculpas al acompañar a la joven pareja, de regreso a la terminal ferroviaria.

-No os aflijáis -susurró Milie-: no estoy disgustado. Es… que de ordinario soy así: ¡demasiado tímido! Y… poco conversador. No tengo remedio.

Sí: esos eran rasgos de carácter evidentes. Pero más allá de ellos, también era evidente que él se volvía a su ciudad zaherido y triste. Los Hesiu tendrían mucho de lo cual conversar una vez a solas; entre ellos primero y más tarde con su hija, cuando ella telefonease.



La "Prueba del Alcohol"

-Milie, sé sincero: no estarás malquistado con mis padres, ¿verdad? -planteó ella, una vez se acomodaron en sus asientos del tren.

-No, Alervin. Yo… los entiendo: al ser Sorien Orientales, tienen su propia interpretación de la Historia.

-¡No son Sorien! -puntualizó ella, ansiosa más que nada, por sortear los prejuicios que el Maëdi pudiese albergar contra la desaparecida Orden Genérica.

-Cierto: técnicamente no lo son. Pero en otras circunstancias lo habrían sido… Y la pérdida los hace infelices.

-Y os lo endilgan a vosotros -completó ella.

-Sí, obvio: a estas alturas y cuando el daño ya es irreversible, ¿qué ganarían martirizándose por unos errores cometidos por sus ancestros, hace siglos? ¿De qué les serviría admitir la parte de culpa que cupo a los Sorien, en la provocación y aceleración de su propia decadencia? Piénsalo: ellos llegan demasiado tarde, no han cometido los errores, y tampoco los pueden enmendar. Semejante examen de conciencia, sólo les añadiría una aflicción estéril. A fin de cuentas, la gente necesita sentirse satisfecha de sí misma, y orgullosa de sus raíces. Es normal que en tales circunstancias, echen los balones fuera.

-Entonces, ¿no les guardas rencor?

-No, Alervin. Pero sí… que mi alegato me ha dejado exhausto. ¡Jamás antes me había visto en situación de exponer un argumento tan extenso y cargado! Peor todavía: tuve que contenerme de continuo, para no ir a soltar verdades horribles que tampoco habrían aportado nada. Todavía tiemblo por la tensión acumulada y… me caigo de cansancio. Necesito dormir.

Y diciendo esto cruzó las manos sobre el regazo, dejó caer el mentón sobre el pecho, y apoyando un hombro contra la pared del vagón, se durmió en el acto. Minutos más tarde pasaba el revisor y, reconociéndolo por sus plateadas insignias, lo señaló preguntando a la joven:

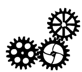
-¡Vaya!: ¿no es el Maëdi que arregló el tren?

-Sí, sh… No lo despertéis. Ni digáis nada sobre "reparaciones" en su presencia, que lo incomodaréis.

-Pero si él es…

-No arregló nada en realidad -puntualizó ella-. Se limitó a aislar el problema, para que lo demás pudiese seguir funcionando con normalidad.

-Cierto. Lo cual no quita, que en nuestra empresa acaba de convertirse en una celebridad. ¡Buenas tardes! -la saludó cuadrándose, y reanudó su revista.



La relación tuvo su auténtico despegue, recién tras esa visita. Los Hesiu estaban cada vez más entusiasmados con su aspirante a yerno, y aquel se iba sintiendo paulatinamente más seguro y confiado, permitiéndose asumir el riesgo de abrirse poco a poco, a medida que la propia Alervin iba transmitiendo inequívocas señales de enamoramiento sincero, en una y otra dirección. Ella habría deseado aumentar la frecuencia de los encuentros, empeño que se vio frustrado por los endemoniados horarios de él: entraba al trabajo a las siete de la mañana y salía a las nueve de la noche, cansado y soñoliento tras doce horas de trabajo [casi catorce y media en nuestros propios términos], apenas interrumpidas por una breve pausa para el almuerzo al mediodía… que tomaba en su oficina. Una vez intentó aguardarlo a la salida del trabajo para compartir aunque más no fuera una hora al final de la jornada, pero se llevó la decepción de su vida: a pesar de sus denodados esfuerzos en sentido contrario, el abochornado Milie se dormía, incluso estando de pie.

Pero en vísperas de feriados (ya fuera Indavu o Indaïo, Istavu o Istaïo), él adelantaba su salida en cuatro horas, retirándose con el turno que culminaba a las cinco de la tarde. Ella lo aguardaba entonces a la salida de los astilleros, viajaban juntos hasta la Torre en un minibús atestado de alegres operarios Maëdern, y tenían una cena temprana en el abarrotado y bullicioso Nivel 20, compartiendo mutuamente las vicisitudes y novedades de otra semana que fenecía. Más tarde tomaban el tren, cruzando la Siamesa Occidental en dirección al Valle, para participar de la tradicional velada folclórica en la Triple Academia. Allí, Alervin tomó nota de un fenómeno tan preocupante como insólito:

Invariablemente, Milie caía rendido con los primeros cantos. Se adormecía sonriendo con expresión placentera, marcando el pulso con un ligero balanceo corporal. Pero apenas entraba en la fase de sueño profundo, comenzaba a sacudirse inquieto. Para cualquier observador externo, era evidente que lo acosaban terribles pesadillas. No obstante, al día siguiente amanecía de excelente

humor, afirmando sentirse renovado y vigoroso. Tras constatar el fenómeno una vez tras otra, Alervin buscó la opinión y consejo de su Maestra.

-Lo he visto dormir en otros lugares y circunstancias -le dijo, conduciéndola hacia el rincón en que yacía el durmiente-: siempre profundamente, sereno e imperturbable. Solo aquí, cuando el cansancio lo vence durante las tenidas, se pone así. ¿Veis cómo se sacude, retuerce y lloriquea? Parece como si un verdugo invisible lo estuviera torturando. Y sin embargo, cuando mañana le pregunte responderá lo de siempre: que ha dormido maravillosamente y sin molestias; que tiene la mente limpia y se siente revitalizado. ¿No es llamativo? Y muy chocante. No... No acabo de entenderlo, la verdad.

Aquella se aproximó con lento sigilo, estudiándolo silenciosa y concentradamente al modo Maëdi, y al cabo dictaminó:

-Son recuerdos... pero tan remotos, que ni siquiera él es consciente de su existencia. No pertenecen a esta vida sino a alguna otra, muy anterior. No proceden de su Registro. ¡Tan antiguos son! Afloran ascendiendo desde su raíz. Mi intuición me sugiere que antaño vivió en Darei, y en algún momento fue brutalmente maltratado. Estando aquí y oyendo los cantos, esas remotas vivencias relegadas hallan su senda hacia la superficie y vuelven a emerger... Si él mismo no recuerda nada al despertar, tanto mejor: no se lo menciones tampoco. ¡Pero cuídalo! Es un alma frágil.



Siguió un otoño lluvioso y tras él, el gélido invierno de Draïr, con sus ventiscas cargadas de nieve arremolinada. Ellos continuaron viéndose, afianzando la relación semana tras semana. Con la llegada de la primavera, Alervin anunció feliz mientras tenían su cena temprana de apertura del fin de semana, en la Torre:

-¡Buenas noticias, Milie!: mis padres quieren que vayamos para formalizar... Nos aguardan mañana, si no te opones.

-¿Formalizar? Pero... ¿no lo habíamos hecho ya, durante nuestra visita anterior?

-No... Esa, no fue más que una presentación íntima. En cambio, este otro es un evento social: estarán mis hermanos y mis tíos, y los mejores amigos de mis padres. Tendremos un banquete con brindis: es nuestra presentación pública. Una manera divertida de anunciar al mundo que ya estoy "ocupada", o como quieras decirlo, y que tú eres mi elegido.

-Oh… ¡Qué terrible! -lloriqueó él, con su respiración súbitamente agitada- Tanta gente. Yo… ¿Crees que sobreviviré?

-Hombre, Milie: ¡qué tremendista! Claro que sobrevivirás. Son personas de confianza; parientes y amigos de la familia. ¡No muerden!

-Vale, Alervin, lo siento. Tampoco quise… -suspiró- ¡En fin! Podemos ir mañana, si quieres.

-Perfecto: aguárdame un instante, a que llame para confirmar. ¡Enseguida vuelvo!

Y así diciendo se levantó, abandonando la enorme sala del Restaurante. Había un teléfono público en el pasillo, entre la puerta de salida a las escaleras, y los ascensores. Hizo su breve llamado y poco después regresaba sonriente, feliz de la vida.

-Confirmado -dijo, volviéndose a sentar-. Si no te molesta, para esta noche alquilaré un cuarto en la Torre; tendremos nuestro desayuno juntos bien de madrugada, y saldremos a la estación. ¿Qué te parece?

-¿A qué hora prefieres desayunar?

-Y… yo diría que a más tardar a las cinco, si queremos alcanzar el tren de las seis como la otra vez.

-En ese caso, será un desayuno muy apresurado. Procuraré estar incluso antes… o se me atragantará el café.

-¡Trato hecho! Quizás también yo me adelante.

-Luego, nos conviene descansar temprano -sugirió él, y eso hicieron. Se despidieron a las siete de la noche y cada cual se retiró a su habitación, a reunir fuerzas para la jornada siguiente. Y en efecto, veinte minutos antes de las cinco de la mañana siguiente, ya se les podía ver sentados silenciosamente frente a frente, bebiendo sus espesos "dobles-cargados" con Maëdica parsimonia, saboreando cada trago con concentrada intensidad. Ya más despabilados, pidieron té con confituras y siguieron… hasta que la prudencia aconsejó emprender la marcha.

Tuvieron un viaje apacible, sin novedades, arribando a Lémleth a horario. Los señores Hesiu los aguardaban en la terminal, y completaron el trayecto en taxi.

-Señor Milie, ¿quiere Usted un café? -ofreció la madre de Alervin, apenas entrar en su cocina. Al Maëdi sorprendió la súbita formalidad de la mujer, pero asintió en silencio. Ella añadió-: sólo recuérdeme la receta, por favor…

Él la reiteró con calma, y al rato bebía su "doble-cargado" con lentitud ritual. Entretanto los dueños de casa, Alervin incluida, corrían de aquí para allá ajetreados con los preparativos. Milie se ofreció a ayudar, pero fue amablemente rechazado: *"no correspondía, pues él era el agasajado"*. Sintiéndose un estorbo inútil, solicitó permiso para ir al puerto y salió…

Hacia el mediodía llegaron los hermanos de Alervin:

-¿Y?, ¿y? -preguntaron intrigados al entrar, fisgoneando con curiosidad por los rincones-: ¿dónde está el afortunado?

-Salió a airearse… -respondió ella- Iré a buscarlo.

-No tan pronto. Espera a que llegue más gente -dijo el mayor- así el efecto sorpresa será más impactante.

-¿Para él? -murmuró ella, reluctante.

-No… ¡Para el público!

-Dinos, dinos: ¿cómo es? -preguntó ansioso, su hermano mediano.

-¡Terriblemente tímido! -exclamó ella- Esa sorpresa que decís, puede llegar a provocarle un infarto.

-Oh… Ah… -rieron los tres, intercambiando miradas traviesas-: eso de la timidez, se cura fácil. ¿Verdad que sí? ¡Sí! ¡Jajaja! ¡Ahí vienen los tíos! Bien. ¡Bravo! Ve a buscarlo si quieres. Pero sin prisas, ¿vale?

-Vale… -respondió una Alervin reticente, y salió- Desde el vano de la puerta, su hermano mayor le advirtió:

-Sobre todo, ¡nada de prevenirlo! ¿Recuerdas? O nos arruinarás la prueba.

-Ya sé. Ya sé -dijo ella-: conozco la tradición.

-¡Pero él no! Esa es nuestra pequeña ventaja…

Mientras a sus espaldas estallaba una nueva oleada de carcajadas, Alervin se alejó reticente. Seguía sintiéndose escéptica y reacia pero por más que le pesaba, se atuvo a las reglas. Fue hasta el paseo marítimo caminando con acongojada lentitud y respirando hondo, buscando recobrar la compostura para presentarse con ánimo sereno. Lo halló adormecido en el mismo lugar y postura de la vez anterior, y lo despertó con suavidad, diciendo:

-Vamos, Milie, que los invitados esperan…

Por el camino, se sintió en la necesidad de prodigarle un apuntalamiento mínimo:

-Hallaremos mucha gente reunida a nuestra llegada, sabes. Buenas personas. ¡No te asustes! Incluso si te parecen ruidosos. Están felices por mí, y es normal que metan bulla. Tú… procura conducirte con naturalidad.

-¡Se dice tan fácil! -murmuró él, abatido.

Pero por supuesto, acerca de la cuestión principal no dijo ni "pío". ¡Sabía ser discreta!

En el interior de la vivienda, los invitados aguardaban conversando a voces, felices de la mera oportunidad de reunirse y verse las caras. Incluso abriendo la mesa hasta su máxima extensión y acaparando sillas de otros cuartos y de algunas casas vecinas, y a pesar de que muchos se dejaron a sus esposas "olvidadas" en casa y que nadie trajo niños… en fin: que apenas había espacio para apretujarse en torno a la enorme tabla. Los de mayor edad renunciaron al incómodo privilegio cediendo sitio a los más jóvenes, para ir a arrellanarse en los sillones. Los hermanos de Alervin, que espiaban la entrada desde sus estratégicas posiciones tras los cortinados de las ventanas, dieron la señal:

-¡Chist! ¡Silencio, que ahí vienen!

Y el público contuvo la respiración, expectante. Alervin y Milie se aproximaban pues a un inmueble sumido en tan absoluto mutismo, que se lo habría dicho vacío. La puerta fue abierta para darles paso y entonces…

-¡Bravo! ¡Eh! ¡Yuju! -estalló una algarabía ensordecedora de mil demonios. Milie pegó tal brinco, que casi se da de cabeza contra el dintel. ¡Monumental proeza para un Mineyu! La madre de la joven, quien abriera la puerta, lo invitó con cortesía:

-Adelante, señor Milie. Pase y siéntase a gusto. Puede ubicarse aquí -y le indicó una silla vacía, justo con un hermano de Alervin a cada lado.

Decir que el pobre Maëdi se sentía amedrentado, sería poco. Miraba en derredor con ojos agigantados de terror y se sacudía de espanto. Asustado, no solo por la multitud sino peor: por la manifiesta preponderancia masculina en el grupo. Hombres altos, fuertes, robustos. El más bajo de ellos, le estaría llevando una cabeza. ¡Por no mencionar el ancho de sus espaldas! Cada varón estaría pesando por lo menos dos veces lo que él…

La señora Hesiu y su hija zumbaban como abejas sirviendo las viandas. Un plato, otro, bebidas... Abundancia de vinos y licores. Los hombres reían y festejaban. Las pocas mujeres que acudieran, pronto desaparecieron como por arte de magia. Se las oía cuchichear entre ellas, riendo por lo bajo en la cocina.

-¡Un brindis por el novio! -pidió alguien, y los vasos fueron escanciados. El de Milie hasta los topes, con algún licor particularmente espirituoso pero de aroma seductor.

-Yo... -trató de excusarse- Yo... no estoy habituado a beber...

-¡Vamos! ¡Adelante! ¡Por el futuro! -y demás exclamaciones de aliento fueron disparadas desde cada ángulo de la habitación- Bebe, hombre, ¡que el brindis es en tu honor!

Cohibido, Milie bebió... y le volvieron a llenar el vaso.

-¡Un brindis por la novia! -clamó otro, y la algarabía se redobló. Mile lloraba suplicando:

-Es que yo... ¡No sé beber! Oh, por favor... ¿Por qué...?

-¡Vamos hombre! ¡Coraje y valor! ¡Arriba ese codo! ¡Arriba!

Milie bebió... pero mientras que él llevaba ya dos vasos enteros, los demás y sin que él se apercibiera, apenas habían bebido un pequeño sorbo comedido cada vez.

-Cuéntanos algo, Milie -pidió un hermano de Alervin, palmeándole la espalda.

-Yo... ¿Qué debería contar? -preguntó él, con la pronunciación pastosa del que empieza a embriagarse.

-Algo: lo que quieras. De tu vida. De tu trabajo...

-¡Pero que sea divertido! -añadió alguien.

-Sí, eso: cuenta un chiste, o cualquier anécdota graciosa.

Milie contó un chiste de ingenieros, y el público complacido lo festejó... volviendo a llenar su vaso hasta los topes.

-¡Otro brindis! ¡Sí! ¡Un brindis por los suegros!

Milie bebió. Los demás sorbieron un tercer trago de la misma primera copa que por algún ineluctable motivo, todavía no vaciaban.

-¡Cuenta otro chiste!

-O mejor canta...

-Sí: ¡cántanos algo!

Milie se puso de pie y cantó, mientras los demás palmeaban marcando el pulso. Entre envalentonado y aturdido por el alcohol, perdió su timidez habitual y cantó con ardor, bailando y gesticulando con amplios movimientos y ebria torpeza hasta que, al girar en medio de su actuación, golpeó accidentalmente una botella que fue a estrellarse contra el suelo. Milie se detuvo en el acto, contemplando el estropicio espantado.

-Oh… no… -sollozó balbuceando- ¿Qué hice? Qué desastre… ¡Qué vergüenza! Yo… lo siento tanto… ¡Disculpad!

Y tambaleándose por la borrachera salió trastabillando al exterior, se sentó al suelo junto a la puerta y se largó a llorar a voces, fustigándose con amargo desconsuelo. Al rato caía dormido.

A la cariñosa voz de *"arriba, cuñado, vamos"*, dos hermanos de Alervin lo alzaron con delicadeza, tomándolo cada cual de un brazo y escoltándolo primero hasta el retrete y desde allí, a un lecho previamente acondicionado en el altillo. Con la solícita ayuda del más pequeño lo acostaron, lo arroparon cuidadosamente y lo dejaron dormir.

De regreso en la planta baja, en el comedor, los tres varones felicitaron a su hermana, felicitaron a sus padres, y la fiesta prosiguió hasta bien entrada la noche, ya sin licores pero ahora sí, con alegre participación femenina.



Milie despertó alarmado, a altas horas de la madrugada. Todavía aturdido, se enredó con el acolchado al intentar levantarse, dándose de narices contra el entarimado con gran estrépito.

-¡Las tres de la madrugada! -se dijo horrorizado- ¿Qué hago aquí?

Ya de pie, se detuvo unos instantes mirando en derredor.

-¿Pero dónde estoy?

Se suponía que en Lémleth, claro. Eso lo recordaba. Había acudido a su fiesta de compromiso, pero después… Sus recuerdos se volvían borrosos, pero algo le decía que no había hecho un papel decoroso. Sacudió la cabeza en un vano intento por despejar la mente y ahuyentar el persistente embotamiento de sus sentidos.

-No debí beber… -se recriminó- Tendría que haber vuelto a Darei con el tren de las cinco de la tarde… ¡Y heme aquí en Lémleth, a las tres de la madrugada! Si no me apresuro, llegaré al trabajo con retraso.

Aferrándose a las paredes para no caer, bajó con paso vacilante hacia la cocina en la planta baja.

-¡Bienvenido a la familia, yerno! -lo recibió la señora Hesiu, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja- ¿Un café doble-cargado de Hísel-Minei?

-¿Yerno? -murmuró él, sentándose a la mesa. Era la primera vez que lo llamaban así… Pero todavía le faltaba capacidad de concentración para analizar el detalle debidamente. En lo inmediato, había que mejorar eso: su lucidez mental. Pasando pues a lo práctico, respondió:

-Sí, gracias… Aunque en mi deplorable estado, creo que tendrán que ser dos cafés. O no me despabilaré.

Recibió su primera taza, bebiéndola con la lenta concentración requerida, y animándose a medida que la vaciaba.

-Tendrás que disculpar a mi hija y a mi esposo, Milie -decía ella-. Tú te dormiste temprano. Pero ellos se quedaron festejando hasta tarde… y ahora duermen como lirones. ¡Ni un misil los despertaría!

-Un… ¿"misil"? -musitó él, entre un trago y el siguiente.

-Sí, ¡jajaj! Perdona. ¡Pueblo bendito! Olvidé que procedes de un ámbito pacífico… Se trata de una especie de bomba voladora… Hmm… ¿Supongo que sabrás lo que es una bomba?: un artefacto explosivo que estalla haciendo "¡BUM!", y rompe cosas. Y si te pilla de cerca… Mejor que no te pille de cerca.

-Ah, ya… -murmuró él, entregando su taza y esperando a la siguiente- Esto de "romper cosas" me trae a la memoria… No estoy muy seguro, pero creo recordar… Sí: me parece que ayer rompí algo. Ahora no consigo recomponer la escena, pero esto… Porque rompí algo, ¿verdad? Yo… lo siento. Oh, sí: ¡lo lamento tanto! -el rostro de Milie fue demudando, abrumado por una tristeza abochornada; a medida que estimulada por esa estratégica combinación de sacarosa, cafeína, serotonina y el prodigioso poder de autodominio mental Maëdi, su memoria volvía a encenderse, acusatoria- ¡Debí moderarme! Mi conducta fue tan vergonzosa… Pero pagaré cualquier daño provocado, señora. Sólo diga Usted qué…

-¡No, no, no, no! ¡Nada de eso! -se apresuró ella a replicar, alcanzándole su segundo café- No has roto nada de nada, Milie. Puedes estar tranquilo. Sucedió, que había mucha gente, y un bullicio

infernal. ¡Demasiada confusión! Cualquier otro habrá roto alguna nadería… Seguro que sin intención. ¡Nada grave! No debes asustarte por eso, sabes. Son cosas que pasan.

-Esto… ¿de verdad que no fui yo?

-No, hombre. ¡Claro que no! Vamos: termina tu café, mientras te llamo un taxi.

Y eso hizo. Al punto volvía, recogía la taza vacía y lo acompañaba a la puerta.

-Milie, hijo -le dijo al despedirlo-: a partir de hoy, considerara que ésta es tu casa. Puedes venir cuando quieras y quedarte cuanto quieras, ni siquiera necesitas avisar. Siempre serás bienvenido.

Milie farfulló una fórmula de cortesía, subió a su taxi y partió… Todavía no entendía lo sucedido, le chocaba demasiado el contraste entre el pésimo papel indigno que estaba seguro de haber hecho la tarde anterior; y el reforzado cariño y aceptación familiar que al parecer, tal despropósito le había granjeado.

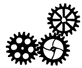
-¿Quién entiende a la gente? -se dijo y por lo pronto, se desentendió. ¡Otras cosas más urgentes lo ocupaban!

Por fortuna, alcanzó todavía el tren de las cuatro y, antes de sentarse, recorrió los vagones a conciencia hasta dar con el revisor.

-¡Hola, ingeniero! -lo saludó aquel, reconociéndolo al instante por sus infaltables insignias… y por ser el único Maëdi "de nacimiento" que viajaba a Lémleth por entonces- ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Sabes?: deberíamos nombrarte "Pasajero Honorífico", y…

-Oh, no… Nada de celebridad, por favor… Pero si es posible y no os fastidia demasiado, quisiera pedir… si podréis despertarme en tres horas, cuando lleguemos a la Terminal de Darei: ¡no me olvidéis! O llegaré al trabajo con retraso…

Y obtenida la garantía del empleado ferroviario, se ubicó por allí mismo, durmiéndose al instante.



Por más que corrió, no pudo evitar llegar al trabajo con un cuarto de hora de retraso. Aunque, ¡si sólo hubiese sido eso! Lo peor fue que a lo largo de la jornada le costó mantener la concentración, a pesar de los decalitros de café que bebió, y de cuán doblemente cargados estuvieron. En consecuencia y temiendo ir a cometer errores por descuido, se demoró en cada diagnóstico hasta tres veces más de lo habitual. Sin embargo, pasadas las seis de la noche Erevi Dayu se plantó en su oficina, para decirle comprensivo:

-Suficiente, Milie. Has tenido un fin de semana agitado, por lo que parece. ¡Vete a descansar! Mañana será otro día: te sentirás mejor, y rendirás más.

-Lo… siento, Maestro -farfulló él, avergonzado.

Pero obediente, salió. ¡Y cuál no sería su sorpresa al descubrir que Alervin lo aguardaba a la entrada! Se volvió para ver al Rector, que desde el interior de los talleres le dirigía un guiño cómplice, y la saludó.

-Hola, Milie -respondió ella-. ¿Me permites acompañarte a la Torre?

-Sí, claro… -musitó él. Y abordaron el minibús.

-¿Cómo te fue hoy? -preguntó ella, una vez sentados en el interior.

-Fatal -dijo él-. En mi vida tuve un día más espantoso. ¡Solo espero no haber hecho nada mal! Sería un desastre imperdonable… Y… ¿cómo te ha ido a ti?

-Pues… desperté tardísimo, y cuando supe que ya te habías ido, recordé que tu intención original había sido partir ayer con el tren de las cinco de la tarde, como la otra vez… ¡Y me entraron tales remordimientos! Perdóname, Milie.

-Perdonarte… ¿qué? ¡Si no me has hecho nada! Fui yo el necio que bebió sin medida, no tú.

-Ibas a beber sin remedio. Y yo lo sabía. Pero tenía prohibido avisarte. Debías acudir confiado: era parte de la prueba.

-La… ¿prueba?

Bajaron en la Torre, ascendieron al Nivel 20, pidieron cada cual su cena y, ya sentados frente a frente, Alervin explicó:

-Es la costumbre en Lémleth. La llamamos, "la prueba del alcohol". A ella someten los parientes de una chica, a su pretendiente: lo emborrachan adrede.

-¿Para qué? -lloriqueó él, que a lo largo del día se había visto constantemente asediado por las lamentables impresiones de lo que seguía llamando su "bochornosa actuación".

-Porque el alcohol es un disolvente poderoso: ¡derriba las barreras! Las barreras de la convención, de los modales, de la simulación, de la afectación, incluso las barreras de la timidez. Bajo sus efectos, el minino más insignificante se siente león. Y entonces, lo que sea se agazape en su interior, ¡emerge desbocado!

Milie la contemplaba boquiabierto, a medida que empezaba a entender. Ella seguía:

-Supongamos que tú hubieses sido un déspota. O un bravucón, fingiendo dulzura y timidez sólo para conquistarme. Pero una vez casados, ya me tendrías en tu red. A partir de ese día, mi vida se volvería un infierno.

De solo pensarlo, él se sacudió de espanto. Ella continuaba:

-Es el mayor temor de cualquier padre que ama a sus hijas: verlas desdichadas, maltratadas por bestias de engañosa apariencia humana. ¡Tanto más, si se las llevarán lejos! Por eso invocan a sus parientes y amigos varones, cuantos más mejor, y organizan una fiesta. Es la excusa para emborrachar al pretendiente y probarlo, en una situación fácilmente controlable. Sólo tú te embriagaste; ellos se mantuvieron sobrios con intención. Si entonces hubieses estallado en furia violenta (y créeme que sé de bastantes casos) te habrían reducido entre todos, te habrían apaleado a conciencia y a continuación, expulsado de la casa bajo severísimas advertencias. ¡Pero tú eres un hombre bueno! Nos prodigaste unos deliciosos números circenses y a continuación te echaste a llorar compungido, deshaciéndote en súplicas y disculpas. ¡Has superado la prueba, Milie! La has sorteado como un campeón. Mis padres se sienten felices y orgullosos de llamarte "yerno" a partir de hoy…



La "Prueba de la Espera"

Con ese último escollo superado, la relación se afianzó de manera definitiva. Ahora, Milie era considerado un miembro más de la familia. La pareja se hizo la costumbre de pasar los fines de semana de manera alternada: uno en Draïr, el siguiente en Lémleth, y así sucesivamente. Viajaban la víspera, apenas él salía del trabajo al atardecer. Tenían una cena apresurada en cualquier local de comidas rápidas de la terminal, y abordaban el tren. Tomaban una segunda cena tardía en casa de ella, ¡y a dormir!: él en su cama del desván, ella en su habitación de la infancia. Podían dormir hasta bien avanzada la mañana, pasar un delicioso día tranquilos y partir de regreso con el tren de las cinco de la tarde.

Alervin y Milie volvieron a tener, esta vez sí, una auténtica fiesta de compromiso. Aprovechando los cada vez más agradables días de primavera… y que Lémleth cae apenas un poco por debajo del trópico, montaron grandes tablas sobre caballetes en el jardín posterior de la vivienda, trajeron largos bancos prestados de un Club Social cercano, e invitaron a parientes, amigos y conocidos, que acudieron con sus esposas e hijos. Organizaron un asado con guitarreada, cantaron, conversaron, comieron y bebieron, pero ya nadie obligaba a nadie, y en las mesas había tan amplio surtido de bebidas que, salvo algún niño travieso que consiguió eludir la vigilancia materna, nadie se emborrachó.

Sin embargo, cuando meses más tarde y acuciada por sus padres, Alervin preguntó a Milie cuándo tendrían su boda, el hombre enmudeció, enrojeciendo hasta las orejas como siempre que se cohibía.

-Yo… Alervin… esto… -susurró con trémula vacilación- Creo que ha ido demasiado rápido.

-¿¡Demasiado rápido!? -exclamó ella- Pero Milie: ¡si llevamos once meses saliendo!

-Sí… ¿Y recuerdas lo cautelosa que eras al principio? En cambio ahora… estás excesivamente entusiasmada.

La joven le clavó una mirada atónita. ¡Vaya hombre! ¿A qué pretendiente *normal* le molestaría despertar "entusiasmo"?

-¿Y eso es malo? -preguntó incrédula: ¡este diálogo tan grotesco, no podía estar sucediéndole en realidad!

-Pues… piensa: es la decisión de tu vida. ¿Y si el día de mañana descubrieses que te has equivocado? ¿Qué harías entonces, sino llorar y lamentarte? Estas decisiones tan trascendentales, hay que sopesarlas con antelación. Y en la medida de lo posible, con calma y desde la distancia.

-No entiendo, Milie -lloriqueó, dolida-: ¿es que dudas de mí?

-¡Oh, no! Te amo, Alervin. Te deseo bien. Nunca jamás tendré otro amor. Para bien o para mal, tú siempre serás la única mujer de mi vida. Pero esto… no tiene por qué inhibirte de detenerte un momento, conversarlo a solas con tu corazón y decidir, con plena convicción, lo que sea mejor para ti… Y para eso… yo debería quitarme de en medio por un tiempo. Porque lo quiera o no, con mi sola presencia te estoy presionando. En estos momentos, constituyo un estorbo para tu correcta reflexión.

-No entiendo qué piensas hacer entonces: ¿me prohibirás verte?

-No exactamente, pero verás: mi contrato anual con los astilleros caduca a fin de mes. En lugar de renovar como solía, iré a solicitar un contrato de siete meses en la naviera.

-Siete meses… ¿¡Medio año sin vernos!? ¡Milie!

-Podremos vernos… Pediré la ruta de Darei. Estaremos encontrándonos una vez cada dos semanas, en lugar de cada una como hasta hoy. Y por un lapso un poco más breve: en mi turno de descanso mientras el barco esté estibando… Si quieres acudir a esperarme en el muelle cada vez, claro. Y si aceptarás abordar, porque yo estaré de servicio, y no desembarcaré.

-Créeme Milie, que en ocasiones cuesta entenderte.

-Convérsalo con tu Rectora. Ella… eh… hmm… Ella proviene de mi mismo entorno, pero es una Maestra y yo no. Sabrá exponerte mis motivos mejor que yo.

-¿Y a tu regreso?

-A mi regreso y si todavía lo deseas, entonces me tomaré una larga licencia, nos casaremos, nos asentaremos y disfrutaremos de unas gloriosas vacaciones. ¡Tres meses contigo, como mínimo! Te lo prometo…

-De acuerdo, Milie. Yo te he sometido a prueba. Es justo que lo hagas tú también. ¡La superaré! No dejaré de esperarte, ya verás. Y al final de tu contrato marítimo, nos casaremos.

-Bien, pero entretanto, ¡no estés tan triste! Todavía nos quedan dos feriados para disfrutar juntos…

-Sí que es una prueba -confirmó su Rectora, pensativa-. La llamamos, "la prueba de la espera". Aunque es poco habitual.

-¿Por qué ha recurrido a ella, entonces?: ¿por despecho?, ¿porque duda de mí? ¡No entiendo! Creí…

-Porque te ama, Alervin -replicó la Maestra-. Porque te ama con locura, y teme… Le aterroriza la idea de hacerte infeliz.

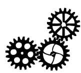
-Si tanto le aterroriza, ¡que no me deje medio año plantada!

-Ay, ay, el ímpetu fogoso de la juventud… -suspiró la mujer- Cuán poca paciencia tenéis a tu edad. Con cuánta imprudencia os precipitáis. Tomáis decisiones que os pueden trastocar la vida, como quien escoge el par de zapatos que lucirá en el baile… ¡Pero se trata de tu porvenir! Hoy estás entusiasmada. ¡Eso se pasa en un santiamén! Y al día siguiente puedes despertar decepcionada, arrepentida y sin remedio, diciéndote que no fue como lo imaginabas. Entonces lo lamentarías.

-Pero yo…

-Tómate esos meses con calma, aprovecha para recapacitar en vuestra relación, y luego decide sin presión, con la mente despejada. ¡Pero acude al muelle a esperarlo! Mientras realmente estés resuelta a seguir con él. Porque el día que te ausentes, asumirá que lo has abandonado, y sufrirá… Es un hombre demasiado bueno y te ama demasiado como para que le gastes semejante clase de bromas, ¿vale?

-De acuerdo… Creo que ahora lo entiendo mejor. Y estoy dispuesta a demostrarle mi constancia. Superaré su prueba.



-Esto de la prueba… que quede entre nosotros -susurró él, mientras hacían su último viaje en tren a Lémleth, antes de su travesía marítima-. Así, si por cualquier motivo decides dejarme, no te lo endosarán como un fracaso.

-¿Cómo lo explicarás, entonces?

-Les serviré una verdad alternativa…

-No entiendo: ¿vas a mentirles?

-No… ¡Jamás me atrevería! -dijo Milie, estremeciéndose con expresiva espontaneidad- Diré otras cosas que aun siendo ciertas, no constituyen sin embargo el motivo principal. Y así, pase lo que pase, tu honor quedará a resguardo. Podrás tomar tus decisiones sin que nadie te esté presionando. Ya que faltos de información, ni siquiera ellos lo harán. Es muy importante, Alervin, que tu porvenir lo decidas por ti misma, sin intromisiones externas. Eso fortalecerá tu seguridad.

-¡Como si me faltase! -exclamó ella que, incluso tras las explicaciones de su Rectora, se mantenía bastante escéptica… y fastidiada.

-Afianzarla en una coyuntura tan crucial, nunca estará de más.

-Te amo, Milie. Y ahora que entiendo tus razones, por más que la separación me costará y aunque sigo considerándola innecesaria, te amo todavía más.

-Gracias, Alervin. Yo también te amo, sabes.

Y así diciendo, cada cual rodeó el hombro del compañero… y Milie se adormeció por el resto del viaje.

Para variar, unos alegres Hesiu los esperaban de pie en el andén al llegar.

-¡Aquí llegan nuestros tortolitos! -exclamó ella a modo de bienvenida, y corrió a abrazar a su hija.

-Hola suegra. Hola suegro -saludó Milie con su inveterada suavidad cortés. Y abordaron un taxi.

-Y… ¿para cuándo los confites? -preguntó la señora esa noche, durante la cena.

Como cabía esperar, Milie se ruborizó hasta las orejas.

-Yo… este… eh… ¡Me siento tan exhausto! Creo que mejor lo conversamos mañana… con el almuerzo. Sí: entonces podríamos dialogarlo con calma.

Y entre grandes bostezos, se retiró a su altillo apenas terminó la cena.

A la mañana siguiente tuvo su clásico "doble-cargado", se excusó como siempre para visitar el puerto, y salió. Una hora más tarde y como ya se había hecho habitual, Alervin fue a traerlo de regreso. Pero en lugar de hallarlo adormecido como de costumbre, lo encontró suspirando dolorido mientras gruesos lagrimones bañaban sus mejillas, deslizándose por la barba hasta el hábito, que también se estaba humedeciendo.

-Hombre, Milie, ¿qué tienes?

-Nada, Alervin: déjalo estar. Pasó… que de súbito me asaltó la idea de que quizás ya no lo volveré a ver… y desde entonces no he podido consolarme. ¡Lo siento! No me prestes atención, ¿vale?

Y diciendo esto se incorporó con lento desgano, plegándose a ella. Por el camino, iba secándose la cara empapada con la ancha manga de su túnica. Ella se sentía agraviada, cuestionada en la firmeza de su lealtad, pero se recompuso y prefirió no insistir. Al arribar de regreso al hogar paterno, nada había en ellos que pudiese despertar alarmas o sospechas. Se conducían con naturalidad, como si aquel fuese otro fin de semana cualquiera. Entraron y se sirvió el almuerzo. Entonces, tocó al dueño de casa la tarea de plantear:

-Y bien, Milie: ¿ahora sí sabremos, para cuándo los confites?

-Pues… todavía habrán de demorarse -susurró él, inclinando la cabeza con su proverbial timidez-. Verá Usted, señor suegro: desde la inauguración de Darei, no he hecho más que trabajar a destajo. Me siento viejo y cansado. ¡A mi edad! Un andrajo de novio, la verdad. No puedo presentarme a la boda así de demacrado…

Incluso sin detenerse a estudiar su fisonomía, los Hesiu debían reconocer que llevaba razón. Con sus veintisiete años recién cumplidos, Milie no aparentaba menos de treinta y cinco. Era evidente que entre sus horarios tan exigentes, el exceso de trabajo y el peso de las responsabilidades, minaban su salud y resistencia con preocupante velocidad.

-Además -seguía Milie-, después de tanto tiempo siento nostalgias de mi hogar. ¡Comprended! Soy un marinero: necesito navegar. Para mí, será como unas reconfortantes vacaciones; porque incluso sirviendo en un navío, mi ritmo de trabajo será mucho menos febril que el actual. Volveré relajado y lozano. Y cumpliré el sueño de mi juventud: podré lucir mis insignias de jefe de ingenieros por primera vez…

-Y… ¿por cuánto te ausentarás? -preguntó la señora Hesiu.

-Firmaré un contrato por el período habitual: siete meses.

-Siete meses… -murmuraron los Hesiu, abatidos- Te echaremos en falta, yerno.

-Yo también -dijo él, suspirando-. Pero pasarán. Y a continuación, con la venia de Alervin, habrá confites.

Fue su única insinuación, tan sutil como sólo un Maëdi la puede enunciar, de que en la práctica, la decisión estaba en manos de ella. Pero así insertada, escueta y como al pasar, parecía

una mera fórmula de cortesía caballerosa, y los padres de la joven la obviaron, sin sospechar ni remotamente su cabal significado. Pero fiel a su palabra, Milie había sido sincero hasta el final…



Nueve días más tarde, Milie embarcaba. Estrenaba con desbordante alegría juvenil sus bien ganadas insignias de jefe de máquinas al abrazar a su amada antes de zarpar, despidiéndose con lágrimas emotivas. Cuando el navío volvió un par de semanas después, allí estaba ella, aguardando de pie en el muelle tal y como prometiera. Él, sonriendo feliz, la saludó desde la cubierta de babor y ella le devolvió el saludo. Pero en un abrir y cerrar de ojos, ¡él había desaparecido!

Una hora más tarde el buque había completado sus operaciones de amarre, e inclinaba su rampa de acceso lateral, hasta apoyar su extremo inferior en el muelle. Funcionarios del puerto abordaron, un puñado de miembros de la tripulación desembarcó, y un joven cadete se le aproximó, se cuadró ante ella con una amplia sonrisa y le dijo:

-¿Señora Alervin Deye? El ingeniero Milie la invita a aguardarlo en el comedor de oficiales, si no es mucha molestia…

Ella agradeció con cortesía y lo siguió, estremeciéndose de emoción: ¡iría a abordar uno de esos enormes navíos por primera vez! Ahora sí, se dijo orgullosa, pisaba territorio de él definitivamente. Pero entrando en el confortable comedor de oficiales, la acometió una ligera decepción: ¡él no estaba allí! Demoró media hora en hacer su aparición, abochornado y cabizbajo, para aproximarse lentamente, saludarla con dulzura y solicitar:

-Perdona la tardanza: estaba trabajando y no podía interrumpir… ¿Puedo sentarme aquí, junto a ti?

-Sí, claro que puedes…

Lo observó con detenimiento; y hubo de reconocer que en la principal excusa ofrecida a sus padres, el hombre tenía razón: apenas dos semanas de servicio "relajado" a bordo, ya habían hecho su efecto positivo: Milie lucía menos demacrado, más alegre y… empezaba a rejuvenecer. No de manera drástica, pero sí daba la impresión de que la enorme brecha antes abierta entre su edad aparente y la real, comenzaba a estrecharse.

-Luces bien, Milie. Me alegra verte así.

-Gracias, Alervin. Y gracias por venir. Dime: ¿no has pedido nada?

-Pedir… ¿pedir qué? -preguntó ella, sin entender.

-Pues… Algo de comer, o de beber: lo que quieras. Desde el momento en que estamos en un comedor…

-¡Vaya! Yo creí que esto… era solo para Ustedes, y en horarios fijos.

-Hay horarios, cierto. Pero incluso fuera de ellos, siempre se consigue algo. La empresa pone especial empeño en mantenernos satisfechos.

-¿Tanto? ¿Por qué?

-Porque se supone que ya de por sí, la vida del marinero es dura. ¡Aguárdame un instante mientras traigo unas cosillas! Enseguida vuelvo…

Dicho y hecho: al punto regresaba haciendo divertidos malabares con una enorme bandeja atiborrada de "bendiciones". De alguna manera consiguió llegar con su contenido indemne, la depositó entre grandes precauciones en la mesa ante ellos, comieron y bebieron. ¿Qué no había allí? Había traído té, café, confituras, masitas dulces y croquetas de verduras, bocadillos de queso y cornalitos fritos…

-Ya ves -decía él, entre bocado y bocado-, cómo incluso fuera de horario…

-Milie, ¡eres un rey! -exclamó ella.

-Eeh… hmm… ¡Bueno!: he leído sobre muchos reyes, pero no me consta de ninguno que haya obtenido su corona haciendo malabares o sirviendo un aperitivo…

Y por poco, ambos se atragantan de risa.

-Cuéntame qué tal te ha ido -pidió él al terminar.

-No quiero agobiarte, Milie, pero fue difícil -dijo ella con tono triste-. Tu ausencia… me provoca un enorme vacío. Especialmente en los feriados. Los paso melancólica, rememorando lo que solíamos hacer a cada instante… Mi Maestra me ha recomendado aprovechar el clima agradable para pasear, reflexionar y leer con calma al aire libre. Afirma que es una tregua para dedicarme a mí misma y a mi crecimiento personal. ¡Se dice tan fácil! Pero procuro hacerle caso, porque para algo es mi Maestra…

-Hmm… sí. Y aunque yo no sea quién para opinar, creo que tiene razón.

-¿Y a ti cómo te va? Tu aspecto mejorado habla elocuentemente, y me sugiere que bastante bien por lo visto. Pero me gustaría escuchar de tus labios, cómo te han tratado estas dos semanas, y qué te aportaron…

-Sí… ¡y has visto bien! Esta es mi propia tregua para reencontrarme conmigo mismo y crecer, como diría tu Rectora. ¡Y me está beneficiando! Aunque no dejo de añorarte. Pienso mucho, mucho en ti.

-Y… ¿qué haces a bordo, exactamente?

-Pues… cosas de ingenieros, claro.

-¡Hombre! Eso lo imaginé, pero… ¿Me dejarías echar un vistazo a tu trabajo, como en los astilleros? ¿Está permitido?

-Mmm… ¿sabes? Si yo fuese un simple oficial de máquinas, ahora podría "escabullirme" como diría tu padre, diciendo que debo pedir autorización a mi jefe… Pero ahora… resulta que el jefe soy yo. Sólo el capitán me supera en autoridad pero él… Él manda en el puente; jamás se entromete en la sala de máquinas. Luego… puedes venir, si quieres. ¡Pero presta atención! Hay que ir siempre alerta y extremando precauciones, para no accidentarse, ¿vale?

-¡De acuerdo!

Y allá fueron. Descendieron en ascensor, y entraron en el vacío cuarto de control.

-Toma -le dijo él, entregándole un casco protector y tomando otro para sí-: colócatelo así, y ajústalo así, como yo. Es… una medida básica de seguridad. ¡Muy bien! Ahora sígueme.

Terminaron de atravesar el cuarto de control, cruzando ante los paneles del funcionamiento de los sistemas, indicadores de presión, aceite, calor, etc., traspusieron otra puerta, ¡y allí estaban!: en la cúspide de la escalera que bajaba hacia el primer nivel de la sala de máquinas. Desde allí arriba tenían una grandiosa panorámica del tercio superior del motor principal, con las tapas de sus doce cilindros y los conductos de inyección del combustible. En derredor, como las estrellas en el séquito de Inda, se arracimaban cantidad de máquinas, a cual más extraña y desconocida para la joven, que ingresaba en ese desconocido universo masculino por primera vez.

-Madre mía, ¡qué alboroto! ¡Y qué calor! ¿Siempre es así de ruidoso y sofocante por aquí?

-Pues no. En realidad… En estos momentos, apenas sí tenemos un generador encendido, con algún otro aparato auxiliar, amén de un puñado de hombres trabajando en el taller. Los motores

descansan -Milie iba señalando las diversas máquinas a medida que las mencionaba-, los otros generadores también, con los sistemas de refrigeración y de bombeo, los condensadores… Aprovechamos la pausa en los puertos para permitirles un descanso mientras los revisamos. Cambiamos el aceite, engrasamos componentes, y efectuamos las reparaciones que sea menester. Debemos estar a punto para la hora de zarpar.

-¿Quieres decir que ahora, esta sala está "fría y silenciosa"?

-Pues va a ser que sí…

-Vaya… No me explico cómo hacéis entonces, para trabajar a diario en este manicomio, sin enloquecer. ¡Y a eso llamas unas vacaciones! Créeme Milie: a veces no te entiendo…

-¡Jajaj! Sígueme, Alervin, y verás cómo me las ingenio.

Volvieron al cuarto de control, y él le señaló unos enormes auriculares que descansaban sobre el tablero.

-Ya puedes quitarte el casco protector. Bien. Pruébate uno de estos. ¡Muy bien! ¿Qué me dices ahora?

No más colocárselos, ella se los retiró irritada:

-¿Qué has dicho? ¡No te oí nada!

-De eso se trata -dijo él, riendo-. Lee la advertencia pegada al cristal de la puerta. ¿Ves? Es obligatorio colocárselos antes de entrar al recinto de las máquinas. Es para evitar que el bullicio te dañe los oídos. Cuando todo aquello está encendido y trabajando simultáneamente, sí que ensordece. A no ser que te protejas, claro.

Y dejando cada cosa en su sitio, ascendieron a las cubiertas superiores.

-Fue divertido -dijo ella esa tarde, al despedirse. Desembarcó de inmediato y él regresó al trabajo. Y esa fue la nueva rutina en la vida de ambos. Cada dos semanas… Bueno: en aras de la exactitud, *cada quince días*, aquel navío con Milie en su interior atracaba en Draïr. Ella, informada de los horarios, esperaba en el muelle. Él salía, saludaba y desaparecía, de regreso a sus quehaceres. Luego, cuando ella ya llevaba un mínimo de media hora aguardándolo con paciencia en el comedor de oficiales, él aparecía sonriente, se sentaba junto a ella, compartían un refrigerio y conversaban.

-¿Cómo te fue esta semana? -preguntaba él. Ella comenzaría a responder, describiendo sus estudios y progresos en la Academia:

-He leído Esto, he aprendido Aquello…

Él la escuchaba complacido, y la invitaba a explorar distintas áreas de la embarcación.

-Pero si ya estuvimos… -objetó ella en su segunda visita a bordo.

-¡Oh, no! No a la sala de máquinas. Ya vi que el bullicio te fastidiaba. Pero tenemos más lugares interesantes e incluso agradables, ¡créeme! -y previa autorización del capitán, subieron en ascensor hasta el puente: amplio, luminoso, sereno y ordenado.

-¡Vaya! -exclamó ella, mirando en derredor con sorprendida curiosidad- ¡Visto desde abajo, parecía más pequeño!

-Sí. Siempre sorprenden las dimensiones, la primera vez. Ven -y caminando hacia un extremo, abrió una puerta y salieron al ala de estribor- ¿Qué te parece la panorámica?

Alervin, que sonreía de placer de cara al viento salitroso que hacía flamear su capucha desordenando sus cabellos, replicó:

-Oh… es hermoso. ¡Qué altura! ¡Qué vistas!

Y allí se quedaron, conversando plácidamente hasta que él anunció que debía volver al trabajo, y ella tuvo que desembarcar.

Los meses de prueba fueron pasando. Ambos parecían bien adaptados a esa nueva rutina. Él lucía más lozano cada vez. Ella, siempre alegre y satisfecha, decía estar contando los días que faltaban para el reencuentro definitivo. Llegó así la que debía ser su última reunión a bordo antes de que, finalizada la siguiente travesía, él desembarcase por fin, agotado su contrato. Como de costumbre y mientras el buque se acercaba al muelle, él salió a divisarla y saludar. Pero asomándose ansioso desde la cubierta de babor, no la vio. ¡No estaba en el muelle! No estaba tampoco en las proximidades. No se la veía cerca ni lejos, por ninguna parte.

El barbudo rostro de Milie se contrajo en una mueca de intenso dolor. Apretó los labios y meneando la cabeza en gesto de luctuosa resignación, regresó al trabajo. Un par de horas después se concedía una última oportunidad, pasando por el comedor de oficiales para preguntar:

-Ella… ¿ha venido?

-No, ingeniero -replicó pesaroso el asistente del cocinero.

Doblegado por la angustia, Milie corrió a encerrarse en su camarote. Permaneció allí, ajeno al tiempo que seguía su curso, llorando y aullando con sordina su dolor, profiriendo terribles alaridos

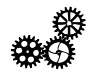
inaudibles, tragándose la propia voz desesperada para no quebrar la tranquilidad general; solitario y desamparado en medio de las ruinas de su universo desmoronado, invocándola mil y una veces entre reclamos doloridos: *"¿tan fácilmente arrojaba ella por la borda, un año y medio de relación íntima y profunda?, ¿tan pronto había desechado sus firmes propósitos de amor y lealtad?, ¿¡por qué…!?"*

Aunque para Milie el tiempo parecía haberse detenido al tomar conciencia de su desgracia, fuera de su aislamiento seguía transcurriendo impertérrito. Llegó el momento de zarpar, cuando se inicia el protocolo de abandono del puerto; con su encendido de motores, generadores y demás, y el último chequeo general. El puente llamó a la sala de máquinas, pero sólo atendió el segundo ingeniero. ¿Dónde se había metido Milie? ¡Eso no era habitual! Enviaron a buscarlo, pero cuando el cadete golpeó a su puerta, el vozarrón iracundo del hombre bramó desde el interior:

-¡No estoy para nadie!

Y comprensivos, lo dejaron estar. Recién hacia el final de esa jornada tan aciaga volvió a salir, con el enrojecido rostro amargado bañado en un mar de lágrimas, cargado de autoacusaciones y remordimientos, sintiéndose un prepotente desconsiderado además de terriblemente desdichado.

-Perdonad mi rudeza. Yo… lo siento. Lo siento mucho. No volverá a ocurrir -se disculpó contrito ante medio mundo… Y volvió a asumir sus funciones en el cuarto de control.



Quince días después desembarcaba desanimado, cargando sus escasos bienes personales a la espalda. Tal como viniera temiendo, nadie lo aguardaba en los muelles… ni en ninguna parte. Con fúnebre depresión desganada, se dejó conducir por sus pies en dirección a la Torre, indiferente a la nieve que se arremolinaba a su alrededor. Llegó aterido, pero sólo al ir a refugiarse en el cálido interior del edificio percibió por contraste, el frío extremo que viniera soportando al aire libre. Ya en el Nivel 20, pidió su desayuno caliente y fue a sentarse mudo y aislado, en un rincón.

-Permiso, ingeniero, ¿puedo…? -una voz amable quebró el silencio. Milie alzó la mirada… *"¡El Rector de la Naviera!"*, se dijo sorprendido, y respondió con su suavidad tímida:

-Por supuesto, Maestro, faltaría más…

-Gracias, Milie. Y perdón si te importuno, pero te necesito en el Sur.

-En… ¿el Sur? ¿Qué hay en el Sur?

-Las obras de Shéluien, sabes... Supongo que habrás oído comentar, que estamos construyendo un Puerto de Invierno, y... te necesitamos para coordinar y dirigir el desempeño de un navío industrial. Es... un destino apartado e inhóspito, acompañado de una responsabilidad enorme. A cambio, te verás generosamente remunerado: estarás ganando el doble que un jefe de ingenieros al uso; incluso más que el propio capitán.

Milie lo miró largamente mientras reflexionaba.

-No sé... -murmuró al final- Yo... se supone que iba a casarme y a salir de vacaciones. Pero en estos momentos, ni siquiera conozco mi situación. Primero debo resolver mis asuntos personales. Luego y en función de lo que surja, estaré en condiciones de decidir.

-Vale, Milie. Te espero en mi despacho: te recibiré cuando quieras. Y... ¡Suerte con tu boda!

-Gracias, Maestro -susurró él.

Todavía se demoró unos instantes, desayunando en silencio. Luego volvió a cargar su morral a la espalda y salió haciendo caso omiso del frío helado, rumbo a la estación. Tren de por medio, minutos después entraba en la Academia de Alervin. No la vio. Con indescriptible timidez se aproximó a la Rectora, para preguntar con voz temblorosa:

-Alervin... ¿No está aquí?

-Ah, ingeniero Milie, lo siento: aún no llega. Últimamente asiste de manera harto esporádica...

-Entiendo -dijo él-. Si la veis, decidle que la he buscado, por favor.

-Será un placer -dijo ella.

Y él se volvió a la Torre más deprimido que antes, con su ensombrecido corazón aplastado por funestos presagios. Allí seguía horas después, aislado en su rincón, sumido en lúgubres pensamientos mientras consumía con lentitud ritual, un vaso de té tras otro.

Una voz querida lo llamó, obligándolo a emerger de su melancólica introspección. Alzó la mirada y la vio... ¡horror!, secundada por uno de esos corpulentos gigantes de Lémleth. Se habría dicho un obelisco incluso junto a ella, a quién ya de por sí consideraba alta. El muchacho, ancho de hombros y de aspecto recio, estaría midiendo un metro ochenta y cinco por lo menos. Milie, en doble desventaja por estar sentado, se sacudió de pavor en su sitio.

-Lo siento, Milie -dijo ella, suave pero resuelta-: he recuperado a mi amigo de la infancia. Él y yo crecimos juntos, ¿sabes? Tú... ¡No tienes ninguna posibilidad frente a él! No le llegas siquiera a los talones. Lo nuestro no podrá ser...

-Pero Alervin... -intentó objetar él, balbuceando lloroso con timidez teñida de congoja.

¡No haberlo hecho! Como si sólo aguardase esa señal, el hombretón se le echó encima.

-¡Ya has oído! -bramó- Y ahora, no se te ocurra volver a importunarla, o te las verás conmigo. ¡Quedas advertido!

Rugida su amenaza desde un par de centímetros de las narices del consternado Milie, la pareja le volvió la espalda, retirándose con paso firme. Él se quedó como estaqueado en su sitio, temblando amedrentado y llorando de dolor.

-Alervin... oh... Alervin... ¿por qué? -se lamentó entre sollozos una y otra vez.



Hacia el Sur

Milie quedó más quebrantado, que si lo hubiesen obligado a asistir a su propio funeral. Contuvo con cruel empeño su primer impulso, tan impropio de él, de vociferar su frustración aullando sin control a los cuatro vientos. De haber estado solo en medio del descampado, habría gritado su dolor hasta enronquecer. ¡Pero se hallaba entre tanta gente! Se reprimió implacablemente hasta conseguir devolverse a algo parecido a la calma. Entonces se levantó mudo y cabizbajo, recogió sus bártulos y se fue arrastrando los pies, a ver al Rector.

Aquel, viejo lobo de mar capaz de distinguir a distancia y con certeza la aproximación de cualquier tormenta, percibió con claridad su ánimo borrascoso, e inició la entrevista consolándolo a su manera:

-Lo siento mucho, Milie… Créeme que te entiendo, y me conduelo por ti…

Milie tardó en responder. Lidiaba con esfuerzo contra un torbellino interior. Fue murmurando con resignada voz ronca, a medida que reflexionaba obligándose a reconciliarse con su sino:

-Yo también lo siento pero… a fin de cuentas, era su derecho. Yo mismo la estimulé a replantearse… ¿Qué culpa tiene ella, si existen tantos hombres mejores que yo? ¿Y qué puedo hacer para remediarlo? -sollozó con tono tan plañidero, que habría conmovido hasta las paredes. Se detuvo a serenarse y continuó, con su pausado susurro ronco- Pero, que me disculpe el Abuelo: ya no me queda nada en Darei. Dadme mi contrato y me iré a dónde sea menester. Partiré ahora mismo.

El Rector asintió con gesto grave, hizo traer té con confituras para ambos, esperó paciente a que Milie sorbiese su primer trago, y entonces dijo:

-Bien. Me… alegra que lo asumas con espíritu constructivo, y tienes razón: un período de alejamiento contribuirá a reponerte. Lamento estar obteniendo tu cooperación merced a tu infortunio, pero sinceramente: ¡te necesito en las Shéluien! Verás: el lugar es inhóspito, el clima riguroso, el trabajo intenso y… nos está costando reunir al personal adecuado. ¡Nuestro mal endémico! Pero agravado por las circunstancias que acabo de enumerar. ¿Resultado?: tripulaciones mixtas. Ya lo has contemplado de cerca una vez. Pues bien: en las obras de Shéluien es peor. Nos estamos viendo en problemas para mantener la disciplina. Nos estamos retrasando con los plazos. Y de seguir así, incurriremos en pérdidas catastróficas, difíciles de solventar.

Milie seguía el discurso del Rector, asintiendo comprensivo.

-¿Cuáles serán mis atribuciones y responsabilidades? -preguntó- ¿Cuáles los términos del contrato?

-Irás, como "Rector de Ingenieros". O si prefieres, "Coordinador General". Por debajo tuyo estarán los cuerpos técnicos al completo; tanto de la sala de máquinas, como de la planta metalúrgica. Debes restablecer el orden, y velar por el correcto desempeño de las distintas áreas; incluyendo la "zona de intercambio", que es la cubierta exterior, donde se entrega el material y se reciben los suministros de materias primas, piezas de recambio y demás.

-Parece una misión desafiante…

-Y lo es. De hecho, nos hemos visto obligados a crear tu puesto de la nada. Eres nuestro último intento de salvar la situación, antes de rendirnos.

-¿Y cuánto duraría el contrato?

-En principio, te recomiendo firmar sólo por siete meses. Por si llegas, ves, y te arrepientes de haber acudido. Que la obligación de completarlo no se te haga tan onerosa…

-Sinceramente, en estos momentos no me opondría siquiera, a firmar por cinco años…

-Te entiendo, pero incluso así: no lo recomiendo. Me lo agradecerás cuando estando allí, enfrentes la situación en persona. Además, ¿qué apuro hay? Ya podrás firmar tus siguientes contratos con pleno conocimiento de causa, a bordo y con el capitán. Pero que sea después de haber reconocido el terreno, y no desde la distancia como ahora. ¡No sería honesto por mi parte, aprovecharme de tu ignorancia!

-De acuerdo: iré. Cuanto más lejos y más atareado esté, tanto mejor: entre las demandas del trabajo físico y las preocupaciones cotidianas me mantendrán entretenido, sin tiempo para remover mis heridas y así, poco a poco podré olvidar… y recomponer mi vida.

-¡Eso espero! Mereces lo mejor -concluyó, extendiéndole el contrato. Firmó, recibió sus nuevas insignias especialmente diseñadas para el cargo y, ya incorporándose, preguntó:

-¿Cuándo y dónde debo presentarme?

-Cuanto antes, mejor. Te conviene tomar el tren a Ajnu Dúir. Cada día parten suministros hacia las obras desde allí. No tienes más que llegar al puerto, y abordar. Cursaré mis instrucciones por radio: estarán aguardando tu llegada.

-Perfecto. Así lo haré -concluyó, incorporándose. Ya salía cuando el Rector lo detuvo, llamando su atención:

-¡Milie! Espera: no soportarás el frío del Sur, así vestido. Procura abrigarte antes de partir.

-No me asusta el frío -masculló él que, protegido por su hábito de invierno y acostumbrado a los largos y crudos inviernos de Draïr, se sentía suficientemente adaptado.

Y salió resuelto rumbo a la terminal. A los pocos minutos viajaba hacia Ríakj, la estación de transbordo de Draïr, en el puente que cruza sobre la Línea Transcontinental N-S. Allí se apeó pasado el ocaso, para cambiar de línea y seguir viaje en otro tren. Milie aprovechó las horas de ruta ferroviaria nocturna para dormir. ¡Estaba tan exhausto en cuerpo y alma! Entonces tuvo la oportunidad de aclarar sus asuntos personales con su tatarabuelo. Pero no hubo necesidad de excusarse, ni de exponer las tan temidas explicaciones. Al parecer, aquel llegaba enterado, y como además lo comprendía, se limitó a consolarlo:

-Ven, Milie -le dijo con dulzura-: daremos un paseo… Tú, solamente deléitate con el paisaje, y olvida lo demás. No te preocupes ni te aflijas: yo estoy contigo.

Fue un pequeño consuelo. Seguía sintiéndose melancólico al despertar, pero más sereno a medida que se iba resignando. Arribó a la ciudad más austral de la Confederación, a media mañana. Una pálida Ista envuelta en brumas brillaba tan pequeña a lo lejos, que parecía enfriar en lugar de prodigar cualquier ápice de calor. Lo mismo habría dado que siguiese siendo de noche… salvo por la luz, claro. Una luz enfermiza, mortecina pero suficiente.

Una ráfaga del indómito viento polar lo doblegó al descender. Tiritando aterido, castañeteando los dientes y llorando lágrimas que se congelaban sobre su barba, perlándola de pesados cristales de hielo, Milie se abrazó a sí mismo y se dobló encogiéndose dolorido.

-Pero Maëdi, ¡si vas desnudo! -exclamó un empleado del ferrocarril- ¡Corre, hombre!: ¡corre a comprarte ropa apropiada, o no durarás ni dos segundos!

Milie intentaba hablar o moverse, pero era como si el ventarrón helado lo hubiese petrificado.

-No te quedes ahí, hombre. ¡Corre! Corre hacia esos locales comerciales de allá. Encontrarás lo que necesitas y además, hallarás el interior caldeado. Vamos, vamos, ¡corre ya!

Y sobreponiéndose con esfuerzo ciclópeo a un dolor inhumano, Milie obligó a sus músculos a entrar en movimiento y avanzar paso a paso en la dirección indicada. Se sentía al borde del colapso

cuando alcanzó la tienda de ropa más próxima, y entró. Cerró la puerta de cristal tras de sí y se desmoronó allí mismo, sin aliento. El dueño lo recibió con reconfortante hospitalidad:

-Hombre, Maëdi: mira que viajar hasta aquí, así... Ven: te ayudaré a levantarte. Bien. Siéntate a esperarme en mi silla, mientras te traigo un té caliente.

Al cabo, volvía de la trastienda con la infusión prometida. Milie se sintió mejor después de beber.

-¿Vas a las obras de Shéluien? -preguntó el dueño. Milie asintió. Aquel continuó-: lo imaginé. Pero tal y como acabas de comprobar, no podrás ir así. Allá hace tanto frío como aquí... o incluso más. Y esa suave brisa que acaricia con ternura y has tenido la grata oportunidad de disfrutar, ¿sabes cómo la llamamos? Es, "el Viento Que Arranca Los Pelos". No me preguntes de dónde salió ese nombre, pero es el único que le hace justicia: ¡bien que lo define! Y sopla prácticamente de continuo, sin descanso.

-Por poco no me mata -suspiró Milie, lagrimeando.

-Impone respeto, sí señor. ¡Pero no te preocupes! Acabas de llegar al sitio correcto. ¡Aquí lo solucionaremos! Veamos: ¿qué te parece esto? -y retirándolo de los anaqueles, desplegó ante él un hábito Maëdi completo, elaborado en grueso terciopelo con ribetes de piel en las orlas del cuello, ruedo, mangas y capucha.

Milie palpó el género con deleite, como quien acaricia un tesoro.

-Y aquí tienes más -continuó el hombre-. Porque obviamente, con eso no será suficiente. Mira este otro: puedes usarlo como túnica interior, tersa y suave, liviana pero abrigada. ¡Lana de vicuña de calidad superior! Con este abajo y el otro encima, ya casi estarías preparado.

-¿Casi?

-Pues sí, hombre. Sin ánimo de ofender, te imagino así de enclenque, golpeado sin piedad por ese viento implacable, y no acabo de tranquilizarme. Estos te servirán bien: ropa interior abrigada y gruesa; camisetas y calzones que podrás cambiar de manera periódica... Y aquí tienes medias térmicas. Y aquí, botas de pastor. En tu lugar, no me atrevería a volver a salir de este local, sin vestir menos que esto... Vamos: tómalo y retírate a ese rincón. Tienes el probador tras la cortina.

Milie obedeció. Minutos después salía, cubierto de pies a cabeza con capa sobre capa de ropa abrigada. Sonreía reconfortado al preguntar:

-¿Cuánto te debo?

-Hombre, ¡no tan pronto! Ahora por fin vas idóneamente vestido; pero tarde o temprano, la ropa se ensuciará y deberás lavarla. Necesitas… Veamos: yo en tu lugar llevaría un hábito completo adicional… los tienes de diversas tonalidades, mira, como os gusta a vosotros; dos túnicas interiores más, y cuatro mudas de ropa blanca y de medias térmicas, amén de las que ya estás vistiendo. Pero además… No me quedaría tan tranquilo sin llevar por último, uno de estos.

Y así diciendo desplegó su "plato fuerte": un grueso capote con capucha, enteramente de cuero y piel, impermeable y particularmente resistente a las ventiscas cargadas de nieve.

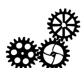
-No es para usar a diario -le explicó-; sino solo para estar a la intemperie cuando arrecia el ventarrón. Con esto añadido a lo anterior, podrás permitirte el lujo de reírtele en las narices.

Milie adquirió pues las montañas de ropa que le eran ofrecidas y pagó con plata de ley, aunque lloriqueando al decir:

-¿Y cómo haré para transportar todo esto?

-¡Ajá! Muy sencillo, ya verás. Primero, lo embalo así -y eso hizo con insólita pericia en un periquete, alumbrando dos pesados fardos prolijos, casi idénticos-. Preciosos, ¿verdad? Y ahora, ¡llamamos al puerto! Tú vas a las obras de Shéluien, y ellos te acompañan. ¡Pero no necesitas cargarlos! Los mozos de cuerda los trasladarán a bordo. Irán a tu nombre, y desembarcarán contigo… Entretanto, ¡bebe otro té!

Milie agradeció los favores y la atención, y salió escoltado por un robusto recadero del puerto, feliz de enfrentar los rigores del clima con ropa nueva, que lo protegía y abrigaba de maravilla. Embarcó con sus bultos a mediodía. Tal y como prometiera, su Rector se había adelantado a tramitar su traslado con la naviera local, que regentaba las barcazas de suministros. No tuvo que pagar la travesía, ni tan siquiera por el equipaje: se cargaría a cuenta de su empresa. Le bastó con estampar sendas firmas confirmando su viaje y el de sus bultos. ¡Y listo! Enseguida estaba a bordo de un rompehielos, acercándose con lentitud a su destino a través de un mar plagado de témpanos.



Nada que le hubiesen anticipado en Draïr, podría haberlo preparado para lo que en verdad halló en ese buque industrial, al llegar días después. No es de extrañar: existen situaciones imposibles de ponderar en su medida cabal, hasta que no nos hallamos inmersos en ellas. Milie (y su equipaje) fue recibido a bordo con inmensa expectativa, asignándosele el mejor camarote: el reservado a los grandes

accionistas o altos directivos empresariales, situado entre el del capitán en el ángulo frontal de babor, y el del jefe de ingenieros en la esquina frontal de estribor; una amplia cabina generosamente iluminada por cuatro ventanas que miraban hacia la proa. Ocho marineros rasos habrían dormido holgadamente allí en sus catres de dos pisos, y todavía les habría sobrado lugar. ¿Para qué necesitaba tanto espacio, estando solo? Pero se guardó la objeción. Es injusto quejarse cuando es evidente que los demás se esfuerzan por complacerte. Acomodó sus pertenencias en el que estaba llamado a ser su hogar por los próximos años, cerró con llave y acudió al despacho del capitán, que lo aguardaba junto con la oficial jefe de seguridad. Entre ambos, se aplicaron a ponerlo al corriente:

-Bienvenido, ingeniero -lo recibió el capitán-. Ponte cómodo y sírvete con confianza… Si te apetece algo que falta en mi mesa, sólo menciónalo y pediré que lo traigan.

En efecto, la mesa estaba generosamente surtida: había un termo de agua caliente en el centro, y los ingredientes para preparar té o café a elección, amén de confituras y bocadillos salados diversos. Los tres fueron consumiendo la vianda con maëdica parsimonia, mientras conversaban.

-Bien -dijo el capitán-: supongo que sabrás, que llegas con una misión muy concreta. Antes que nada pues, me gustaría oír por tu boca, qué descripción de la situación se te proporcionó en Darei.

-Bueno… según el Rector, parece que tenéis una tripulación mixta, y os está dando quebraderos de cabeza. Me tocó presenciar algo parecido en un navío similar, estando ocupado en las obras de Darei. Luego, puedo hacerme una idea aproximada…

-Ajá. ¡Bien! Eso nos ahorra bastantes preámbulos. Pero dime: ¿cuántos marineros u operarios extranjeros teníais allí, en relación con los propios de la empresa?

-Uno de cada cuatro…

-¿Tres externos por cada Maëdi? -se admiró la oficial jefe de seguridad.

-Oh, no, señora. Disculpad mi imprecisión. Era justo al revés: uno externo por cada tres Maëdern. Eso generaba roces y conflictos ocasionales, y algunos problemas disciplinarios hasta que poco a poco, a medida que ganaban en antigüedad y experiencia, los extranjeros se iban adaptando… o acababan expulsados por inadaptables, y reemplazados por nuevos candidatos.

-¡Dichosos de vosotros! Qué situación envidiable -exclamó ella. El capitán compartía su opinión:

-Sí… Aquello habrá sido fácil de manejar. ¡Ya nos gustaría! La proporción aquí es de uno a uno, y créeme: no es sencillo en absoluto.

-Uno a uno -murmuró Milie pensativo-. Esto… debe ser altamente explosivo, pero… ¿Acaso no contáis con una dotación aumentada de oficiales de seguridad?

-En efecto -dijo el capitán.

-Pero nosotras -puntualizó ella-, estamos aquí para restaurar el orden, interrumpiendo las reyertas o recluyendo temporalmente a los alborotadores. Y también, para curarles las heridas que se causan por estúpida bravuconería y simple torpeza desidiosa. No estamos para educarlos, ni para entrenarlos en las normas básicas de disciplina. Eso, deberían estar haciéndolo sus propios jefes: el de ingenieros en la sala de máquinas, y el de capataces en la planta industrial.

-Y no lo están consiguiendo -aventuró Milie.

-No -respondieron sus anfitriones, al unísono.

-Y se espera de mí…

-Que asumas una especie de autoridad superior general. Estarás a cargo de la disciplina en los tres niveles operativos de la embarcación: máquinas, planta metalúrgica y área de intercambio. Supervisarás que el trabajo se efectúe en tiempo y forma, y que se respeten las normas internas de orden, conducta y prevención de accidentes -dijo el capitán.

-Y sobre todo -añadió ella-, es importante que procures restaurar la cooperación y la concordia entre lo que por lo pronto, se dirían dos tripulaciones malquistadas.

-Externos y Maëdern -susurró Milie. Ellos asintieron. Él continuó pensativo-. Empiezo a temer, que quizás hayáis depositado demasiadas expectativas en mí…

-Lo dudo -dijo el capitán-: tienes una foja de servicios impecable, y un nivel de profesionalidad poco corriente. Los hombres sabrán valorar tus aptitudes: te respetarán.

Milie seguía escéptico, pero ya había asumido el desafío al abordar su tren hacia el Sur, días atrás. Una marcha que ahora, se le hacía emprendida siglos ha.

-Lo intentaré -dijo, incorporándose. Y salió a su primera ronda de inspección general.

¡Qué desorden caótico halló por doquier! No sólo que el trabajo se hacía con desdeñoso desgano… y que curiosamente, siempre parecía que los Maëdern trabajaban más que los otros; aunque también ellos luciesen harto desmotivados, y quizás con razón. Sin embargo, lo peor a su juicio eran la suciedad y los objetos desparramados por los suelos; tanto en las naves industriales

como en la sala de máquinas. Milie posaba su mirada crítica a diestra y siniestra, meneando la cabeza en señal de disgusto:

-Qué mal… qué mal… -murmuraba de continuo.

La sala de máquinas estaba directamente vacía: nadie en los talleres, nadie en los distintos niveles, nadie en los tableros de control… Milie llamó al jefe de ingenieros.

-¿Dónde están tus hombres? -preguntó irritado.

-Pues… no había trabajo por aquí… -balbució su colega- Así que se aburrían, y salieron a airearse.

Milie se sentó ante el tablero, invitando al otro a hacer lo propio. A continuación, siguió indagando:

-¿Cuánta gente tienes asignada en "máquinas"?

-En total, somos cuatro ingenieros y nueve auxiliares. Contándome a mí también, obvio.

-Y… ¿cuántos Maëdern integran el equipo?

-Sólo los ingenieros y tres auxiliares somos Maëdern.

-Y las guardias, ¿cómo se componen?

-No hay.

-¿¡No hay guardias!? Luego, ¿nadie se siente personalmente responsabilizado de cumplir ningún horario concreto? O sea que si por una de esas casualidades, alguno se asoma espontáneamente por aquí, todavía nos hace un favor y se lo tenemos que agradecer… ¿Así funciona?

El viejo ingeniero Maëdi inclinó el rostro abochornado, pero hubo de reconocer:

-Pues sí: así funciona.

-Y… sólo por curiosidad, no más -añadió Milie-: cuando hay trabajo aquí abajo, se producen accidentes esporádicos, ¿verdad?

-Pues sí, por desgracia.

-¡Nada de desgracia! -estalló Milie- Di más bien, por pura imprudencia y desidia. Llama a tus hombres ahora mismo. ¡Que no falte nadie! Y que no se demoren.

El viejo Maëdi cumplió la orden y, no sin esfuerzo, media hora después había reunido al equipo completo. Milie, que aguardaba junto al tablero de control, los recibió sin ceremonias:

-Protegeos cabeza y oídos -dijo. Los hombres obedecieron sin entusiasmo.

-Ahora pasad -continuó, señalando con amplio gesto elocuente, la puerta que conducía a la sala de máquinas. Ellos la traspusieron perplejos, sin sospechar todavía lo que vendría a continuación. Una vez los trece estuvieron de otro lado, a la vista de las ruidosas máquinas en funcionamiento, Milie anunció desde su estratégica posición en el vano de la puerta:

-Nadie saldrá de aquí, hasta que el recinto no luzca más pulcro y prolijo que un quirófano.

Y cerrando la puerta tras de sí, se sentó nuevamente en el vacío cuarto de control, junto al tablero. Al otro lado se produjo un tumulto, quejidos y pataleos, y un breve aporreamiento de la puerta que, diseñada para soportar contingencias peores, resistió sin inmutarse. Probaron de acudir a otras salidas pero previsor, Milie las mantenía bloqueadas. Todavía perdieron valiosos minutos discutiendo entre sí, cruzándose acusaciones e improperios. Pero la sala de máquinas es sofocante y calurosa, amén de endemoniadamente ruidosa. Contra el estrépito tenían protección, pero no contra el calor. Se fueron ablandando y resignando a medida que el sudor los bañaba de la cabeza a los pies… y acabaron obedeciendo. Horas más tarde jadeaban exhaustos, pero los tres niveles resplandecían como el día de la botadura del buque. Milie abrió y los invitó a pasar, diciendo:

-Id a adecentaros. Os espero de regreso dentro de una hora, en la sala de juntas.

Más tarde, acudiendo temerosos y obedientes, los hombres se sorprendieron al hallar la enorme mesa generosamente surtida, a medida que iban entrando. Se ubicaron silenciosos y cabizbajos en derredor: Maëdern por un lado, los demás por el otro. Milie esperó a que el cupo se hallase completo y, meneando la cabeza con abierto descontento, dijo:

-Aquí todos somos miembros de una misma familia. Estamos embarcados en el mismo navío, y compartimos una misma misión. El éxito o el fracaso, nos compete a todos por igual. No quiero volver a ver segregación. ¡Nunca más! Os aguardo, caballeros…

Mirándolo azorados, los hombres tardaron en comprender. Poco a poco y a medida que captaban su intención, comenzaron a intercambiar miradas incómodas; pero el adusto y severo Rector aguardaba mudo y, no sin reticencia, se incorporaron, se entremezclaron un poco (no demasiado, pero Milie lo dejó pasar) y volvieron a sentarse.

-Se podría mejorar -dijo-, pero nos vale por hoy. Y ahora, servíos lo que os plazca, mientras resolvemos nuestras cuestiones. En primer lugar: que levante la mano quién jamás haya sufrido un

accidente a bordo -no se alzó ni un dedo-. ¿Nadie? Esto es, ¿no hay quién no haya dado un resbalón, o tropezado con algo, y se haya golpeado o lastimado en consecuencia?

Los hombres negaron con resignación. Milie prosiguió:

-Manchas de grasa, charcos de aceite, herramientas, repuestos y pequeños componentes desperdigados por los suelos, cables sueltos… Nada de eso debería estar allí. Luego, si alguien tropieza o resbala, eso no es un accidente: ¡es un delito imperdonable! Se llama "negligencia", y no la voy a consentir. Comprended -continuó, suavizando el tono antes vehemente, hasta convertirlo en un suave arrullo maternal-: las normas de orden, limpieza y disciplina no son arbitrarias. Existen para garantizar vuestra seguridad física, amén del correcto desempeño de las tareas. Por vuestro bien: debéis conocerlas y respetarlas. Más tarde vuestro jefe de ingenieros os entregará a cada cual un protocolo impreso, con el detalle de las normas que debéis memorizar para cumplir, sin contemplaciones. Repito: por vuestra seguridad e integridad. En lo sucesivo, penalizaré al equipo en cuyo turno de guardia, se produzca en la sala de máquinas un accidente motivado por la desidia.

"Y así llegamos a la siguiente cuestión: al bajar a realizar mi primera inspección, no encontré a nadie. La sala estaba abandonada. Y ahora supongamos que el capitán llamaba para dar cualquier orden… ¿quién habría atendido el teléfono? Entiendo -sentenció tras una pausa significativa. Pero no se detuvo allí: reservaba el plato fuerte para el final-. Ahora supongamos algo peor, no lo quiera la Unidad: que un generador o el motor se sobrecalientan, y se declara un incendio. ¿Quién estaría allí para verlo, cursar la alarma e intentar sofocarlo? -de solo pensarlo, los hombres se estremecieron- Por lo tanto -concluyó-, vais a configurar tres equipos, y dividiremos el día en cuatro turnos de guardia. Así, cada equipo tendrá cinco horas de guardia y diez de descanso, y los horarios irán rotando equitativamente. Quiero pues que os reunáis: segundo, tercero y cuarto ingeniero, cada cual con tres auxiliares a cargo… ¡No así! -volvió a clamar, viendo que se separaban otra vez, Maëdern por un lado, los demás por el otro- Se acabó la segregación, dije.

Obedeciendo con reticencia, reordenaron los grupos: ahora había un auxiliar Maëdi en cada cual.

-Bien. Jefe de ingenieros, registra los nombres y procede a repartir las guardias.

Aquel apuntó la configuración de los equipos y distribuyó los turnos en una tabla fechada, que a partir de entonces se actualizaría de continuo, quedando permanentemente expuesta entre los demás recordatorios del cuarto de control.

-A partir de hoy -concluyó Milie-, se acabó la negligencia: nunca más hallaré la sala de máquinas desértica. ¡No lo olvidéis! Penalizaré con severidad al equipo que se ausente de su guardia.

Y dio la reunión por concluida, enviando a ocupar sus puestos a los agraciados del primer equipo. Minutos más tarde el capitán le preguntó con curiosidad, al toparlo sentado con expresión reflexiva, sorbiendo su café doble-cargado en el comedor de oficiales:

-¿Y?

-Va a costar -masculló Milie, ofreciéndole un informe sucinto a continuación, tras el cual suspiró rubricando con la misma frase inicial-: va a costar…



A las siete de la noche se retiró a dormir, exhausto entre el trajín de su llegada y el agotador trabajo de esa media jornada inicial. Pero a las diez de la noche, las cero horas de Mundo Saïri, se levantó como impulsado por resorte. Se lavó la cara, se vistió y bajó presto al comedor de oficiales. Según lo establecido, en esos momentos debía acabar de producirse el primer cambio de guardias allá abajo. Se demoró media hora más, bebiendo sin apuro su café cargado. Al cabo descendía al cuarto de control, donde halló al ingeniero de turno y un asistente: como cabía esperar, ambos Maëdern. Guardándose comentarios o apreciaciones subjetivas, Milie se limitó a preguntar:

-¿Dónde están los otros?

-Pues… no lo sé, Maestro… -murmuró el ingeniero, turbado.

-Ya mismo vas, y los traes. Diles que espero aquí… y me estoy impacientando -susurró con voz ronca. El oficial de máquinas salió disparado, corriendo hacia los camarotes. Enseguida volvía convenientemente acompañado: los ausentes venían pálidos, apenas conteniendo la tensa preocupación. Milie aguardó a tener el equipo completo antes de decir:

-Os repartiréis de la siguiente manera: un auxiliar recorrerá el nivel inferior, otro el intermedio y otro el superior, mientras el ingeniero revisa los indicadores de los paneles. Realizaréis este control rutinario dos veces en cada guardia: la primera ronda una hora después de iniciarla; la segunda, una hora antes de abandonarla. Prestaréis atención concienzuda a la menor señal de fallo: una fuga o filtración, una vibración indebida; cualquier posible problema que detectéis, por nimio que parezca, lo reportaréis al ingeniero. Buscaréis la causa y lo repararéis. Tiene que quedar constancia en el

Diario, de cada chequeo rutinario y su resultado, firmado y sellado por el ingeniero de guardia. ¿Se ha entendido? -los hombres asintieron, Milie concluyó- ¡En marcha pues!

Ellos se dispersaron. Él se detuvo unos instantes y regresó a su camarote. Durmió un par de horas y volvió a salir. Pero entrando en el cuarto de control, lo recibió una orquesta de ronquidos…

-De acuerdo… -se dijo con calma-: esta vez, vosotros lo habéis pedido.

Y activó la sonora alarma antiincendios de la sala de máquinas. Esta acción, fue lo más cerca que estuvo jamás, de improvisar un "chiste de ingenieros". Y aunque en ese momento no estuviese para bromas, en el futuro reiría divertido al relatar la anécdota. Los hombres despertaron de un salto, aterrados, temblorosos y aturdidos. Milie apagó la alarma y susurró con ronca seriedad:

-No se duerme en la guardia -hizo una pausa y prosiguió-. Nunca olvidéis que aquí somos una familia, y compartimos un mismo destino: por la negligencia de uno, podemos sucumbir todos -nueva pausa y concluyó-. Que no se vuelva a repetir.

Y se retiró.

-¿¡Ese… hombre… nunca… descansa!? -jadeó un mecánico.

-Oh… ¡Qué terrible! -lloriqueó el otro.

Pero ya no volvieron a dormirse.



Desayunando en silencio en el comedor de oficiales, Milie sonrió feliz al ver venir al jefe de máquinas.

-Hola, ingeniero -lo saludó-. Ven. Siéntate un rato conmigo: tenemos que hablar.

Aquel lo saludó con gesto amable, obedeciendo. Milie continuó:

-Verás: cuesta mucho erradicar la indisciplina cuando entretanto, se ha convertido en hábito. Tendremos que trabajar juntos, y ser más persistentes que ellos si queremos triunfar. Les he dado un par de lecciones esta noche, pero no bastará. Debemos prodigarles visitas sorpresivas… aleatorias, ¿entiendes? Sin intervalos previsibles. Que empiecen a interiorizar que pueden ser supervisados en cualquier momento. Así, no se permitirán holgar. El problema es que yo… recién he empezado a restaurar el orden en las cubiertas inferiores. Me restan la planta industrial y la cubierta exterior. Y en base a mi experiencia de ayer… y de esta noche, me temo que hoy estaré absorbido por esas tareas. Veré si me hago una pausa para visitaros allá abajo, pero no cuentes con ello. Hazme el favor

por hoy, y aplícate a sorprenderlos cada tanto. A partir de mañana, espero, estaremos en condiciones de repartirnos la tarea de manera más equitativa.

El jefe de máquinas asintió. Milie bebió un poco y comió unos bocados, antes de preguntar como al pasar:

-Por cierto: ¿cuándo fue la última vez que ensayaste un simulacro? De incendio, de hundimiento, de evacuación, de lo que sea…

El ingeniero frunció el ceño, concentrándose con empeño antes de reconocer:

-¿La verdad?: no lo recuerdo.

-Eso no está bien -murmuró Milie, pensativo-; nada bien. Conviene armar un programa semanal: una conferencia sobre prevención de accidentes una vez a la semana, y un simulacro por semana, esto es: alternando una y otra actividad, una vez cada cuatro días.

-Maestro… -balbuceó el otro.

-Puedes llamarme Milie.

-Pues Milie, tú… entiende: ¡esto *no es* Hísel-Minei! ¡No puedes llegar de un día para el otro, e imponer nuestro régimen estricto a tanta gente ajena!

-Yo solo, seguro que no. Por eso requiero tu colaboración, ingeniero. ¡No me falles!

Y poniéndose de pie, se dirigió a la planta metalúrgica. En aquella encontró unos niveles de suciedad caótica incluso peores. Para compensar, los turnos de trabajo se estaban cumpliendo a rajatabla… si bien con plúmbea lentitud. Milie reunió a jefes y capataces, amonestándolos en términos harto similares a los empleados el día anterior. Terminó aquella reunión en la sala de juntas, estableciendo metas y obligándoles a comprometerse a cumplir una agenda de objetivos. La mañana se le fue en esta tarea, de restaurar orden y disciplina en el sector industrial.

Todavía se hizo un resquicio para pasar por la sala de máquinas antes de ir a almorzar. Una hora de siestecilla, y salió a la cubierta exterior… ¡Y vuelta a empezar! Tras el ocaso, prodigó otra visita sorpresiva a la sala de máquinas y se fue a cenar. Durmió hasta las tres de la madrugada y, ¡arriba! Se enjuagó la cara, se vistió a las corridas y acudió a la sala de máquinas, sorprendiendo en falta a los miembros del equipo, que no lo esperaban. Los amonestó con su suave voz ronca de siempre y les dio la espalda, marchándose. Hastiado, un hombre iracundo intentó aprovechar para atacarlo a traición. Pero Milie estaba alerta, plenamente consciente de la enconada oposición que

hallarían sus intentos de gobierno. Sin detenerse, ni volverse, ni a apresurarse, se limitó a dirigir un dardo mental paralizante a la base del cerebelo de su agresor. Aquel se quedó rígido al momento, acalambrado y asustado. Gruesos lagrimones desesperados se empezaron a escurrir por sus ojos, desmesuradamente abiertos de pavor.

-No se admite la violencia -susurró Milie mientras salía.

-Pero… pero… ¡Maestro! -el ingeniero de turno corrió tras él-: ¿qué haré con este hombre?

-Llama a las oficiales médicas, y explícales lo que pasó. ¡Sin omitir detalle! Buenas noches.

Y tomó el ascensor.



Reencuentro

Con constancia y paciencia irreductibles, Milie fue restaurando la disciplina. No sin despertar cierta animadversión irritada al principio. Pero como era la viva imagen de lo que predicaba, exigiendo de sí más de lo que demandaba de otros, poco a poco se fue ganando la admiración y el respeto generales. Parecía como si jamás descansara: a cualquier hora se lo podía ver, de manera harto aleatoria, en cualquiera de las tres áreas de su competencia, ya fuese supervisando la recepción de suministros para la planta metalúrgica o repuestos para la sala de máquinas, certificando el correcto despacho de material para las obras, o en las cubiertas intermedias e inferiores prodigando sus visitas de rutina. En ocasiones se mantenía tan dinámico, que creaba la impresión de estarse fragmentando, para presentarse en las distintas áreas simultáneamente.

Suave pero tenaz, humilde pero severo, la inusitada combinación de cualidades, aderezadas por una cordialidad a toda prueba, y la siempre pronta disposición a ensuciarse, prestando brazos y pericia donde se los requiriese, desconcertaba a los hombres. Era joven, y lo sabían. Posiblemente, la mitad de sus subordinados lo doblaba en edad. Por no mencionar el delicado tema de la complexión física... Sin embargo, esa manera suya de atravesar a la gente con una prolongada mirada de sus ojos penetrantes, hundidos en el rostro demacrado enmarcado por una enmarañada barba hirsuta que encanecía con prematura celeridad, bastaba para infundir respeto al más reacio.

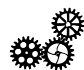
Tal y como previera, no fue fácil. No. ¡Nada fácil! Hubo oposición. Hubo conatos de rebeldía. Se produjo algún que otro altercado entre Maëdern y Foráneos. Pero él se mantuvo firme, los fue domeñando, y para el final de su segundo mes en funciones era querido, admirado y respetado. En la empresa suspiraron aliviados: el ritmo y la eficacia en el desempeño despegaron ostensiblemente. Otra vez, la ansiada meta de cumplir los plazos sin incurrir en pérdidas, parecía posible. Agradecidos, aumentaron el sueldo al autor de la hazaña. Y aquel lo recibió con la serena alegría interior de saberse reconocido. Pero más allá de eso, ¿de qué le servía en sus circunstancias?

El metálico se iba acumulando en su cuenta bancaria, ahorrándose para un solitario futuro incierto cuando, ya viejo y aniquilado, quisiese edificarse una torre de plata en la cual recluirse. Porque Milie, único heredero por testamento de la fortuna del tatarabuelo, y él mismo percibiendo ahora el salario de tres jefes de ingenieros (o lo que es lo mismo, ganando el equivalente a tres meses

en uno), era un potentado. Y sin embargo, viviendo a bordo con sus necesidades satisfechas, ¿qué utilidad le reportaba tanto dinero? De detenerse a pensarlo, lloraba de frustración. ¡Pero no quería quejarse! Si la cuestión acudía a su memoria, la apartaba de inmediato, desviando su atención hacia las ocupaciones prácticas, que nunca escaseaban. ¡Por cierto!: el abuelo continuaba visitándolo en sueños. Lo invitaba a navegar esos radiantes océanos de luz, y lo confortaba diciéndole:

-No te preocupes, Milie: ¡yo velo por ti! Ya verás cómo todo irá bien…

¿Y él? Se mantenía escéptico pero respetuoso, sin atreverse a contradecirlo.



La hora del almuerzo había pasado hacía mucho cuando por fin, se permitió bajar al comedor de oficiales, a tomar su refrigerio y reponer fuerzas. Había transcurrido la mañana entera sobre cubierta, soportando la mordida constante del gélido viento polar mientras supervisaba la recepción de un enorme pedido de suministros. Escogía embalajes al azar, los hacía abrir y revisaba que el contenido coincidiese en cantidad, calidad y esencia con lo que constaba, tanto en los pedidos del navío como en la "declaración de carga" de sus proveedores. Un trabajo tedioso que debía hacerse, ¡y no en vano!; ya que en ocasiones se detectaban los errores, omisiones y discrepancias más inauditas. ¿Que pedían tornillos?: recibían arandelas. ¿Que de un diámetro concreto?: pues de cualquier otro. ¿Que de acero inoxidable?: pues de hierro fundido. Y así… Los errores de esta índole habían sido muy frecuentes previo a su llegada, contribuyendo a causar pérdidas y retrasos. Con él, la diversión se había acabado. Obligaba a los jefes de las áreas interesadas a acudir con él, y entre todos se abocaban a la inspección. A aquellos fastidió el tener que renunciar a otro fragmento de su desidiosa comodidad perdida; pero como Milie participaba del trabajo en equipo, tampoco tenían la osadía de protestar. Desde entonces, también los proveedores fueron aprendiendo a ser más cuidadosos, ya que Milie se negaba a recibir ningún bulto erróneo, y entonces no solo no cobraban, sino que además perdían el dinero del flete. Y encima, debían cargar con el coste adicional de llevarse la mercancía rechazada de regreso… En fin: que como se puede apreciar, su presencia sobre cubierta era esencial, así que él no abandonaba hasta finalizado el proceso de autorización.

Decíamos pues que, como había bajado al comedor con tanto retraso estaba solitario, consumiendo su almuerzo con la silenciosa concentración exigida por la tradición Maëdi, cuando una voz que ya no esperaba volver a escuchar, lo arrancó de su abstracción:

-¡Milie!

Alzó el rostro súbitamente lívido y la vio: Alervin se asomaba desde las cocinas. Pálido, aturdido y tembloroso, se incorporó.

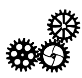
-Ahora no, Alervin, por favor -susurró con voz ronca, retirándose con vacilante lentitud.

-Espera, Milie: ¡he venido hasta aquí por ti! ¿No puedes dedicarme siquiera unos segundos?

Gacha la cabeza y hundidos los hombros, un Milie conmocionado seguía en retirada, conteniendo con esfuerzo un mar de lágrimas relegadas. En el colmo de la frustración, ella exclamó:

-De acuerdo, ingeniero: ¡tú ganas! Regresa a tus máquinas -imprimiendo a sus palabras tanto desprecio como fue capaz de articular; para acto seguido correr a llorar en la cocina.

Milie se sacudió como si acabase de recibir una descarga eléctrica, apretó mandíbulas y párpados con firmeza, aspiró hondo y siguió hacia el ascensor, bajando a la sala de máquinas. Pero no había hecho más que ingresar al cuarto de control cuando se desmoronó, dándose de bruces contra el suelo. ¡Decir que gracias a sus empeños, ahora el área nunca estaba desértica! El equipo de guardia llamó a la enfermería, y las oficiales médicas acudieron presurosas para hallarlo inconsciente en el suelo, tal y como cayera. Alzándolo entre varias, se lo llevaron a internar: pasaría varios días de cuidados intensivos antes de despertar.



-Conmoción cerebral -declaró la oficial jefe de enfermería, volviéndose a su colega de seguridad-. Esto… es más que el mero producto de un exceso de trabajo. Convendría investigar…

-Sí -dijo la de seguridad, que compartía su opinión-: habrá que ver con quién o quiénes habló previo al incidente y si como temo, se produjo algún altercado particularmente grave. Me ocuparé.

Y se retiró resuelta. ¡Pero no tuvo que ir lejos! Apenas iniciadas las pesquisas dio con Alervin, la nueva auxiliar añadida al equipo de cocina. Concentrada en su despecho y desconocedora aún del desastre que acababa de provocar, la joven seguía llorando por los rincones… Tras oír de su boca el relato de la breve pero intensa escena, aquella Maestra la sacudió, espetándole con severidad:

-¡Tú! ¿Tú lloras por ti? ¡Llora por él! Su vida pende de un hilo. ¡Por poco no lo matas!

A Alervin casi le da un infarto. Se quedó tiesa mirando a la mujer con cara de espanto, antes de tartamudear:

-Yo… yo… no puede ser… Él… ¿Qué le ha pasado?

-Eso es lo que estoy tratando de entender -dijo la oficial, con fúnebre seriedad-. Ven. Necesitamos tener unas palabras en privado.

Y la condujo a su oficina. Una vez instaladas, hizo acudir a una de sus subordinadas, para pedirle con dulce cortesía:

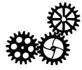
-Tráenos un té, algo dulce para comer, y ve que nadie nos importune hasta que hayamos concluido.

Alervin pasó las siguientes horas narrando su historia de encuentros y desencuentros con Milie.

-O sea que ahora estás arrepentida -concluyó esa terrible Guardiana de la Tradición. Alervin asintió-; y has venido hasta aquí esperando reconciliarte -nuevo asentimiento-. Y tú debes creer que, puesto que es ingeniero, Milie carece de sentimientos, así que puedes jugar con él como te plazca: *"hoy sí te quiero; ahora ya no te quiero…"*

-No… no… -gimoteó ella.

-¡Silencio! -bramó la mujer- Casi lo matas. ¿Es que no entiendes? -Alervin, que sí lo empezaba a entender, lloriqueaba y se sacudía compungida. La severa mujer continuó- Escucha: si realmente lo quieres, aquí mismo me darás tu solemne juramento de que por siempre le serás fiel. ¡Y más te vale que lo guardes! Porque ese hombre es un santo, y estuvo dispuesto a renunciar a su porvenir por tu causa. Merece tu amor y dedicación. Ya no importa cuánto te empeñes: a saber si algún día conseguirás compensarle el terrible sufrimiento que le has causado.



Había salido a surcar las luminosas inmensidades oceánicas en solitario, buscando a su protector. Pero al no dar con él, se quedó flotando a la deriva sobre las aguas perladas. Así lo encontró el abuelo horas después, lo recogió y navegaron juntos.

-¿Vas a rendirte ahora, a un paso de la meta? -lo amonestó con dulzura.

Avergonzado, Milie callaba. Su etéreo mentor no insistió. Más tarde y ya sereno, se atrevió a quebrar el silencio:

-Dime, abuelo: ¿por qué al venir hoy por iniciativa propia no he podido hallarte, pero tú a mí sí?

-¡Oh! Creo haberte dicho alguna vez, que este mundo es una creación de nuestros pensamientos. Pero desde mi posición aquí te llevo ventaja: puedo seguir el hilo de los tuyos, mientras que tú no

hallarás los míos, salvo que los comparta contigo. Por eso tenemos nuestras Áreas Comunes: de no ser por ellas, jamás cruzaríamos ni un alma. ¡Y eso sí sería aburrido!

-Y tú, abuelo: ¿no tienes intenciones de renacer?

-Ah… necesito una tregua, después de tanto rodar sin redención por el penumbroso mundo material. Por lo pronto, me demoro cuánto puedo: me reúno con viejos amigos en las Áreas Comunes, y puedo gozar del placer de verte y ampararte desde aquí… Eso lo perdería al instante de sumergirme en el Lago del Olvido. Así que entretanto, lo evito.

-Y… ¿a quién encuentras en las áreas comunes?

-Gente… gente de Darei y de Hísel-Minei, Sorien y Maëdern.

-¿Sorien?

-Sí, claro: muchos Sorien. También ellos evitan sumergirse. Saben que al renacer, dejarán de pertenecer a su Orden para siempre. ¡Y no quieren renunciar! Así que se demoran mientras pueden: mientras nada los impulse a irse. Tienen sus propias áreas comunes, ¿sabes? Se han segregado con intención: nuestra presencia les perturba. Se muestran agraviados cuando me aparezco por allí.

-¿Y para qué los provocas? -preguntó Milie sorprendido.

-¡No los provoco! Aunque tienes parte de razón: así lo perciben ellos. Yo… voy en busca de mi "padre Sorian". O si prefieres, de mi hermano Thaïsun: son uno mismo, en distintas oportunidades. Lo invito a navegar, y él me retribuye llevándome a recorrer palacios subterráneos de brillantes gemas multicolores… y nos la pasamos en grande. Él dice que el día que decida renacer, procurará hacerlo entre mi progenie. ¡Jajaj!

-Amas a tu hermano Thaïsun…

-Sí: entrañablemente. Es mi mejor amigo.

-Solo una cosa no entiendo: si tan agradable es estar allá, ¿quién desearía volver a nacer en la Dimensión Material? ¿Os compelen?

-No hay compulsión externa, no. Eres tú mismo el que acaba hastiado, añorando la vida. Y en ese momento, ¡zás!, caes en el Lago del Olvido, y vuelta a empezar…

-¿Puede nadie hastiarse de una maravilla así?

-Sucede tarde o temprano. Verás: esta es una dimensión estática, muerta, sin cambios. Aquí posees lo que generaste en vida, lo que formaste para ti con tu pensamiento y acción. Y vives de lo

que te has construido. Pero… ¿Cuánto aguantarías anclado en el pasado, rememorando las viejas glorias, rumiando tus recuerdos sin perspectivas de nuevas experiencias, progreso o superación personal?

-Pero si para volver debes olvidar… ¿qué sentido tiene empezar desde cero cada vez?

-No es "desde cero". Aunque lo hayas olvidado, lo ya obtenido te pertenece. Vuelves con ese acervo interiorizado en forma de "cualidades innatas", y continúas a partir de allí. Aunque es cierto que el propio dinamismo de la Dimensión Material te expone a ganar o perder: de ti depende que crezcas en sabiduría o en necedad, en maldad o en bondad.

Tras unos instantes de reflexión, Milie planteó con curiosidad:

-Supongamos que a alguien no le importa estancarse… Un desidioso, por ejemplo; un adicto a la molicie.

-A largo plazo, no se podrá contener. Ver las almas que van llegando más brillantes cada vez, mientras él siente como si por contraste, su luz se fuera opacando… Tarde o temprano, tiene que salir a ganarse un nuevo nivel. O de tan rezagado, se quedará solo. En parte es por eso, que a los Sorien fastidia tanto nuestra presencia: empiezan a sentirse encandilados.

-Y… la gente común y corriente, ¿también llega?

-Hombre, ¡claro! Todos vienen: buenos y malos, necios y sabios. Salvo, claro está, que se queden anclados en la Dimensión Material, como tristemente me sucedió a mí…

-¿Dónde están, entonces?

-¿Lo has olvidado?: en las realidades que han creado con sus pensamientos, intenciones y actos. Realidades mejores y peores. Algunas, prefiero no intentar siquiera imaginarlas.

-Esos, ¡seguro ansían irse cuanto antes!

-¡Y cómo! Pero no los sueltan tan pronto. Dicen, que para *"evitar una inundación"*.

-¿Dicen?

-Sí, dicen. Los sabios, los entendidos, los Guardianes de la Tradición, como Vuleriént. Ellos entienden de esas cosas. Yo… no soy más que un tonto bueno. Nunca fui demasiado erudito, y ahora lo lamento. Deploro no entender más.

-Pero si acabas…

-¡Jajaj, sí! Cité lo que oí, aún sin entender. Repito como un Copista. En mi próxima vida, espero, me cultivaré más y mejor. ¡Entonces sí que sabré!

-Oh, ¡nuestros Copistas! -exclamó Milie.

-Sí, nuestros Copistas: lo sabían todo, pero no entendían nada. Y sin embargo, crecieron en brillo y virtud a fuerza de prodigar y amar. Pero los Sorien los despreciaron… Y sucedió lo imprevisible: nosotros, sus Copistas de ayer, comenzamos a superarlos mientras ellos, los presuntos Maestros, fueron perdiendo ciencia, brillo y poder. O si quieres, crecieron en prepotencia, mezquindad y necedad. Y ahora… son tristes almas melancólicas, llorando sin pausa las glorias perdidas. Es lo que más les irrita de mi presencia: saber que alguna vez, hace siglos en Darei, también yo fui Copista. ¡Pero continué ascendiendo! Mientras ellos, por creerse en la cúspide, se despeñaron.

Nueva pausa, mientras su protegido asimilaba el nuevo torrente de información.

-Y tú: ¿todavía no te cansas? -insistió al cabo.

-¿Yo? ¡Pero si *recién* acabo de llegar! -rió- Además, me solazo contemplándote. Una oportunidad irrenunciable que perdería sin remedio al renacer… Así que por lo pronto me rezago, disfrutando el producto de mis empeños. Aunque… hay cosas que desde aquí quisiera, y no puedo hacer.

-¿Por ejemplo…?

-Participar en la reconstrucción de la Comunidad Maëdi de Darei. Ese es ahora *tu* trabajo; no el mío. Yo… -calló. Y siguieron navegando en mutua compañía, disfrutando del paisaje radiante en silencio, hasta que despidiéndolo, el capitán Dehi le dijo:

-Milie: regresa a tu mundo, que aquí nadie te ha llamado. ¡Y haz las paces con ella! Y yo os invitaré a ambos, a navegar conmigo.



Milie despertó sintiéndose tan cansado, que el propio cuerpo se le hacía como una montaña de plomo, imposible de mover. Pesado, sí, ¡y también helado! Tiritaba de pies a cabeza, bien a pesar de las sucesivas capas de ropa abrigada adquiridas en Ajnu Dúir. Las lágrimas le saltaban de los ojos entornados, su respiración se estremecía quejumbrosa. Intentó llevarse una mano a la sien, para aferrar la cabeza afiebrada. Pero tras vanos intentos denodados hubo de desistir… y siguió llorando, frustrado además de aterido.

-¡Hola, ingeniero! -lo saludó la oficial médica con sonriente alegría- ¿Cómo te sientes?

-Cansado… -susurró en un murmullo apenas audible- y helado. Tengo frío. ¡Tanto frío! -gimió exhausto, sin dejar de tiritar.

-Déjame verte… -dijo ella preocupada, deteniéndose a examinarlo con concentrada atención, al modo Maëdi- Sí: hay que reforzar tu Reconstituyente. Veré de mejorar la fórmula. ¿Algo más?

-Pues yo… -musitó él con un inseguro hilo de voz- yo… no entiendo qué hago aquí… ni por qué me siento tan mal… -suspiró agobiado e infeliz- ¡No entiendo nada!

-Espera: ¿quieres decir que *no recuerdas* lo que te sucedió antes de venir? -preguntó ella.

-No… -la mujer notó que Milie hacía soberanos esfuerzos por recordar, y sin embargo, su respuesta no variaba- No… No sé… No recuerdo… ¡Nada de nada!

La mujer se preocupó.

-Veamos -comenzó-: ¿sabes por lo menos, dónde nos hallamos?

-Sí, claro: a bordo de un navío.

-¡Bien! -festejó ella, prematuramente aliviada- ¿Y dónde se encuentra este navío?

-En la ruta de Darei…

-Vale, ingeniero: dejémoslo estar. Veré de mejorar tu Reconstituyente, y luego dormirás. Necesitas descansar.

Y así diciendo se afanó con jeringuillas, pipetas y fármacos, hasta obtener la fórmula requerida. De ella extrajo la cantidad justa, la disolvió en suero, y cambió el suero que viniera administrando al paciente, por el nuevo. A continuación se ubicó junto a él, indagando con ternura:

-¿Notas el cambio?

-Sí… -murmuró él-: empiezo a sentir como si me recorriese un agradable calorcillo interno… ¡Gracias!

-Bien. Ahora cierra los ojos, mientras canto para ti.

Milie cayó en un profundísimo sueño reparador, tanto como ella se atrevió a sumergirlo, antes de detenerse por temor a cruzar el siempre acechante "punto de no-retorno". Le habría sorprendido sobremanera saber que de hecho, él ya lo había cruzado… Y si había vuelto, se debía a los buenos oficios del Abuelo. Aunque incluso desconociéndolo, hacía bien en precaverse.

Milie dormía ahora profundamente: ya no podía alejarse hacia la luminosa Dimensión de las Almas, porque su abuelo vigilante le bloqueaba el acceso. Nadaba pues sumergiéndose más y más en

los intrincados vericuetos de su memoria y, a veces con alegría, otras con dolor, poco a poco iba pescando y recuperando sus recuerdos. Cuando Alervin pudo aprovechar una pausa en el trabajo para acercarse a preguntar por él, la buena Médica hacía rato que habiendo cesado su terapéutico canto, callaba ensimismada mirando al mar por la ventana.

-¿Todavía no despierta? -preguntó con voz llorosa.

La mujer se volvió para responder:

-Ya ha despertado… pero demasiado débil y confundido. Tuve que dormirlo otra vez. Sin embargo, Alervin, esto… -la Médica se detuvo, buscando infructuosamente una elegante manera diplomática de decir lo que debía, sin herir sentimientos ajenos. No la encontró, pero hizo lo posible por mitigar la inevitable dureza del discurso- Verás: tengo entendido que tú… ¡en fin! En cierto modo, quizás, seas en parte responsable… ¡Tú me entiendes!

-Sí, lo sé, Maestra -reconoció cabizbaja-: está así por mi culpa. ¡Pero no fue mi intención! -sollozó.

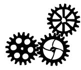
-Sí, sí: eso es. No quiero culparte. ¿Qué ganaría con eso? Que te martirices no beneficia a nadie. Pero si le deseas bien, puedes ayudar mucho, siendo cautelosa.

-Cautelosa… ¿cómo?

-Oh, ah: ¡a eso quería llegar! Verás: todavía no sé cómo reaccionará a tu presencia. ¡Y está tan débil! No es por angustiarte, pero como terapeuta, no puedo mentir: su vida pende de un hilo. ¡Hay que cuidarla y fortalecerla! Recién entonces podríamos arriesgarnos a ver…

-Entiendo -dijo Alervin, que además de haber comprendido, empezaba a impacientarse por la manera alambicada que tenía la mujer de revolotear ida y vuelta en torno al asunto, sin llegar a tocarlo-: Usted quiere decir, que más me vale no acercarme a él, hasta no estar seguras de que no lo mataré del disgusto.

-Oh, no: ¡yo no lo pondría en esos términos! Qué horrible. Pero… sí es conveniente que no te dejes ver, hasta que te envíe a comunicar que el peligro ha pasado. Entretanto, ¡deséale bien! Porque es un buen hombre, ¿sabes? Y lo merece.



Milie volvió a despertar a la mañana siguiente. Ya no tiritaba. Ni se sentía más pesado que el plomo. Pero sí seguía sintiéndose viejo y cansado… una vejez y un cansancio del alma, más que del cuerpo. Las sienes afiebradas le latían. No sin esfuerzo, se llevó la diestra a la frente, como buscando

apagar el invisible interruptor de alguna maquinaria, cuyo estruendo interior lo atormentase. Lloró aferrándose la sien.

-¡Buenos días, ingeniero! -lo saludó la oficial Médica- ¿Cómo te sientes hoy?

-Me… duele -gimió él, todavía aferrando la sien y sacudiendo la cabeza hacia uno y otro lado, como si esperase que los dolores fuesen cayendo por sí mismos- ¡Me duele mucho!

-Veamos… -dijo ella, examinándolo atentamente al modo Maëdi- Hmm… Sí: ¡claro que duele! A medida que te fortaleces, también tu percepción se intensifica. Fuera de eso: ¿algo más? ¿Sientes frío, por ejemplo?

-¿Frío? -lloriqueó él- Oh, no, señora: ¡me arde!

-¿Todo el cuerpo, o sólo la cabeza?

-La cabeza: es como una caldera. Creo que va a estallar.

-Oh, no, ingeniero: ¡nada de eso! Te pondrás bien, ¡no te preocupes! Ya estás por lejos, mejor que ayer. Así que sigamos adelante, que vamos bien.

Y cantó para él. Pero acerca de Alervin, no se atrevió a insinuar palabra. ¿Esperaría quizás, que la mencionase él?

Otro día feneció, y uno nuevo amaneció. La buena Médica se aproximó solícita a su paciente, para descubrirlo despierto, lagrimeando en silencio.

-Vaya… -susurró preocupada- ¿qué pasa ahora?

-Yo… -lloriqueó él- yo no quisiera parecer ingrato, pero…

-Vamos, ingeniero: ¡dilo sin miedo! Sabes que estoy aquí para ayudar.

-Es que yo… -susurró él, terriblemente avergonzado- ¡Tengo hambre! ¿Podría… beber un café?

-Oh, sí, ¡claro que sí! -se alegró ella, notando cómo poco a poco y a medida que recobraba sus fuerzas, el hombre volvía a ser él mismo- Dime -añadió-: ¿crees que podrías sentarte?

-Eso espero -dijo él-; porque esto de pasarme los días echado, empieza a aburrirme…

-Perfecto, pero no nos apresuremos. Te ayudaré a sentarte, tendrás un café bien cargado, y luego descansarás otra vez. Iremos recuperando la normalidad, ¿de acuerdo? Pero progresivamente, ¡sin apresurarnos!

¡Eso dijo! Pero se apresuró a pedir que le trajesen el café con bocadillos. Minutos después, un Milie agradecido comía y bebía con lentitud ritual, feliz de volver a degustar esos sencillos placeres

de la vida. Ubicada pacientemente a su lado, la abnegada sanadora esperó a que él terminase, para preguntar:

-¿Y cómo te sientes ahora?: ¿demasiado cansado, frío, fiebre, una caldera?

-Oh, no, nada de eso -susurró él, sonriendo con timidez-. ¡Gracias! Se está muy bien aquí.

-¡Magnífico! ¿Y quizás ahora sí sabes dónde estamos, y cómo llegaste hasta aquí?

El rostro del hombre se ensombreció al responder:

-Sí, señora, eso también. Por desgracia… ¡Ay! -se lamentó- Lo siento…

-¿Quieres… hablar de ello? ¿O prefieres dejarlo para más tarde?

-Supongo que antes o después, tendré que hacerlo… -suspiró él, afligido. Ella asintió. Él concluyó- En ese caso, mejor ahora que mañana. No existe en el mundo tarea más abrumadora, que la que nunca se empieza. El problema es que… … ¡No puedo! -y se echó a llorar estremeciéndose de manera convulsiva.

-Entonces no te fuerces -susurró ella, compasiva.

-No… no… No sería sensato… -farfullaba él entre hipidos, tratando de serenarse- ¡No podré huir siempre! Yo… -aspiró una enorme bocanada, se puso serio de súbito y susurró resuelto- Necesito ayuda.

Milie calló, conteniendo a duras penas su agitación interior, reprimiendo con saña un nuevo torrente de lágrimas que pujaba por salir. Asintiendo con gesto comprensivo, la Médica aguardaba en silencio. El hombre no tuvo más remedio que sobreponerse a su timidez habitual, para pedir:

-Si Usted no se opone, yo… Necesito ver a Alervin. Debo sincerarme con ella. O nunca escaparé a este atolladero. ¿Puede ser?

-Sí, ingeniero, claro que puede ser. Pero primero irás al aseo. Y luego te recostarás. Entonces la llamaremos. ¿De acuerdo?

Él asintió y sumiso, se dejó conducir: seguía tan debilitado que necesitó ayuda, incluso para los menesteres más sencillos. Pero no opuso reparos en dejarse asistir, facilitando así la tarea de sus enfermeras. ¡Era un paciente considerado! Alervin, que llevaba noches de insomnio y días sobre ascuas, corrió como un cohete al ser avisada. Llegó justo para verlo salir avanzando con paso vacilante, aferrado a sus asistentes para no caer. La intensidad del esfuerzo invertido en tan simple acto, trazaba hondas grietas en su rostro pálido y ojeroso. Alervin tuvo que recordarse con

incredulidad, que él apenas sí se acercaba a sus veintiocho años. En la práctica, parecía a punto de pisar los sesenta. ¡No le había parecido tan viejo días atrás! Lo había visto agotado y demacrado, cierto, pero no a tal extremo. Esto… era el resultado de los últimos acontecimientos: tan frágil era la complexión del hombre, que se resentía de inmediato bajo el menor embate del destino. Recordó entonces cómo su Rectora le advirtiese al respecto, cuando recién empezaba a conocerlo haría cosa de un año y medio, que ahora se le hacía como un siglo atrás…

Entretanto, Milie era conducido de regreso a su lecho. Sus cuidadoras lo ayudaron a recostarse, arropándolo amorosamente en sus mantas. Él se acurrucó en el interior. Por un momento, se lo habría dicho un niño pequeño, abandonado y melancólico. ¡Si no fuera por su venerable rostro arrugado y encanecido! Arrepentida, Alervin lo contemplaba derramando un mar de lágrimas.

-Oh, Milie: perdona… ¡Perdóname por favor!

Él posó sobre ella sus ojos cansados, que empezaban a entornarse por sí mismos a pesar de sus empeños.

-No estés tan triste, Alervin. Yo… tú… los dos teníamos que aprender -musitó con su voz ronca.

-Oh, no. ¡No así! Perdona, Milie. Yo… ¡lo siento tanto!

-No… -susurró él, adormeciéndose- Perdóname tú a mí… Alervin… Gracias por haber venido.

Y se durmió, con una relajada expresión de paz interior en el rostro huesudo y fatigado. Ella permaneció todavía unos instantes, contemplándolo con amor reverente antes de retirarse intranquila: él… ese hombre admirable, a pesar de no aparentar guardarle rencor, de alguna manera sin embargo, ¡aún no la había perdonado! Conseguir esto… evidentemente, le demandaría más esfuerzo.

Milie, cuya recuperación se iba acelerando progresivamente, volvió a despertar al mediodía. Lo ayudaron a sentarse en su sitio, y tuvo un almuerzo a medio camino entre frugal y simbólico que, no obstante, demoró una hora en consumir. ¡Con tal lentitud lo hacía! Excedía las normas de mesura ritual: su lentitud se debía principalmente a la debilidad y además, el apetito recién imperioso, se le cerraba tras los primeros bocados.

-Yo… -reflexionó en voz alta- me pregunto cuántos días llevo desperdiciados aquí…

-Van cinco desde el accidente -respondió la Médica-. Y no es "desperdicio": te estás recuperando.

-Pero estoy incumpliendo mi contrato… -lamentó él- Y me pregunto… qué tanto se habrá malogrado la disciplina general en mi ausencia… El trabajo de dos meses se irá al garete, si no me apresuro a entrar en funciones.

-Descuida, ingeniero -lo tranquilizó ella-: todos a bordo te admiran, y te desean bien. Conscientes de tu situación, se han hecho el propósito de no transgredir la menor norma en tu ausencia. Nada que pueda irritarte. ¡No quieren recibir tu regreso prodigándote un disgusto! Así que aparta de ti cualquier temor…

-Incluso así. Pienso que debería… por lo menos, hacer una ronda general. Pasarme por las instalaciones y ver cómo se desarrolla la actividad.

-Hoy, no -determinó ella, tajante-. Quizás mañana o pasado, según lo permita tu estado. No hay razón para apresurarse. En estos momentos, tu misión exclusiva consiste en… recuperarte.

-Entiendo -murmuró él, inclinando la cabeza con sumisión.

Alervin pasó a visitarlo horas después, pero él dormía. Tuvo que contentarse con acariciarle una mano que, apoyada suavemente sobre el pecho, subía y bajaba al compás de su respiración; antes de retirarse nuevamente. Por lo menos, se consoló, ya tenía garantizado el acceso.



Reconciliación

La medicina Maëdi obra prodigios: Milie amaneció temprano sintiéndose muy mejorado, solicitó autorización y descendió del lecho con lenta precaución, retirándose al aseo solo y sin ayuda, aunque bajo la mirada atenta de sus cuidadoras. Más tarde salía victorioso: no sin esfuerzo, había conseguido valerse enteramente por sí mismo por primera vez desde su caída. Volvió a sentarse, agitado pero satisfecho, y solicitó su desayuno con gran cortesía. Minutos después, Alervin entraba trayendo café y masas, tanto dulces como saladas. Se saludaron, y ella añadió enseguida con desánimo:

-Sabían que te complacería verme, así que me enviaron. Pero me advirtieron especialmente que no me demorase: debo volver al trabajo de inmediato.

-No te preocupes, Alervin. Ya ves que por mi parte, no hago más que holgar… podrás venir a verme en tu descanso, sin importar la hora.

-Ay, Milie: cuánto lamento verte así. ¡Perdóname!

-No te atormentes. No eres tú… es mi condenada endeblez Layedi. Espero que por lo menos, nuestros hijos se parezcan más a ti que a mí.

-*¡Nuestros hijos!* ¿Quieres decir que a pesar de todo, todavía aceptas desposarme?

-¿Y a quién, si no? Alervin: bien sabes que nunca habrá ninguna otra en mi vida…

-Lo… siento, Milie: tú lo dijiste una vez, e incluso mi Maestra se te anticipó. Pero yo… ¡no quise creerlo! Preferí acallar mi conciencia, diciéndome que en el mundo no faltan mujeres, y que ya encontrarías a cualquier otra…

-No, Alervin -negó él con triste suavidad-. Tienes que entender: ¡soy tan tímido! El esfuerzo ciclópeo que hube de invertir contigo… una proeza como esa se acomete una única vez. Tenga éxito o fracase, para alguien como yo no existe segundo intento: me excede. No lo puedo repetir.

-En otras palabras, ¡casi te condeno a quedarte soltero!

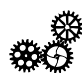
Él asintió en silencio, aguardó a que ella cesase de llorar su contrición, y susurró sonriendo:

-Gracias por haber regresado. Me rescataste de un destino solitario. Pero ahora… vuelve al trabajo. Me pesaría si te amonestaran por mi causa. Ya conversaremos luego.

Ese día, él estuvo más animado que los anteriores. Incluso así, sus cuidadoras le advirtieron:

-Nada de merodeos por hoy. ¡Ni mucho menos, de sobresaltos! Evita los temas espinosos, hasta que estés cien por ciento restablecido. Si conversáis, limitaos a asuntos placenteros: vuestros planes de futuro, lo mucho que os queréis, y así por el estilo. ¡Nada de reclamos ni de asuntos conflictivos!

Y a esa restricción hubo de ceñirse esa jornada y las siguientes. Dos días después le permitieron salir, convenientemente abrigado, a hacer su primera ronda de inspección; de tan breve, apenas testimonial: de la cubierta exterior a la sala de máquinas, debía completar el periplo en tan sólo una hora. ¡Y cumplió! Milie fue siempre muy disciplinado… como cualquier Hiseili-Mineyu que se precie. Otra jornada adicional, y la oficial Médica lo dio de alta… sólo para que por fin desposase a Alervin, y ambos partiesen con licencia de una semana, a disfrutar sus esponsales a solas. Los casaron entre el capitán (en el papel de "Rector" de él) y la oficial jefe de seguridad (en reemplazo de la Rectora de ella), tuvieron una alegre y multitudinaria celebración a bordo, y salieron en helicóptero hacia Ajnu Dúir: lo más lejos que les permitían marcharse, por si Milie fuese súbitamente requerido con urgencia. Recién entonces acabaron de sincerarse y hacer las paces. E incluso el abuelo cumplió su promesa, como enseguida veremos.



Tras acomodarse en el mejor hotel de Ajnu Dúir, antes incluso de bajar a cenar, pidieron línea para llamar a Lémleth.

-Tengo que comunicar la feliz nueva, o no recuperaré el saludo de mis padres…

Él se sorprendió:

-¿Para tanto?

-No sepas… ya te contaré. Por lo pronto, debo transmitir la noticia y tú… es importante que les hables también. Así sabrán que realmente me acompañas.

Llamaron. Primero habló ella muy emocionada con sus padres, y él inmediatamente después, tímido, con sus flamantes suegros. Luego bajaron a cenar al lujoso comedor. Del diálogo sostenido con aquellos, nada embargó más a Milie que tener que responder a la ansiosa pregunta de:

-¿Y cuándo volveréis?

-Veréis señora… -dijo él, con su característico susurro abochornado-: esto… no lo tengo muy claro. Es posible que deba demorarme hasta la conclusión de las obras. ¡Hay tanto trabajo! Y me necesitan.

Los señores Hesiu hubieron de aceptarlo pero ella, que inevitablemente había escuchado, protestó apenas se sentaron a cenar:

-Dime, Milie: ¿cuánto calculas tú, se puede demorar la conclusión de las obras?

-Originalmente, estaba prevista para dentro de tres años aproximadamente. Pero… comenzaron a producirse multitud de retrasos… Básicamente, por deficiencias del personal. A mí me encomendaron restaurar la disciplina, y recuperar el tiempo perdido. Desde que llegué, he conseguido ir cerrando la brecha poco a poco.

-¿Lo cual significa?

-Que vuelve a ser razonable la idea de terminar en el plazo previsto.

-¡Tres años!!!

-Alervin -replicó Milie, disminuyendo su voz hasta volverla un murmullo apenas perceptible-, tú sabes: no habría aceptado este contrato, de habernos ceñido a nuestro plan original. ¿Recuerdas? Te había prometido unas largas vacaciones: en estos momentos, estaríamos retozando en una playa tropical. Pero tú decidiste otra cosa y ahora… esto es lo que hay.

-Oh, ¡vosotros los Maëdern, y vuestra inflexible severidad!

-No es severidad. Es… gratitud: ellos han estado aquí para recibirme cuando los necesité. Ahora que la situación se ha invertido, no puedo abandonarlos a la ligera porque ya no los precise. Eso… ¡sería muy ingrato por mi parte!

-Es que Milie… tres años… -lloriqueó.

-¿Cuándo vence tu contrato?

-Firmé por cuatro meses: no me consintieron menos. Ya te contaré… esta misma noche, si quieres.

-Sí: cuéntame esta noche porque hasta entonces, me traes de lo más dolorido. Por lo pronto, considera la posibilidad de renovar tu contrato a bordo, y quedarte mientras puedas.

-Sabes que si nos bendice la Unidad, en algún momento recibiré "inquilinos"…

-¡Eso espero! -exclamó él, con sus ojos intensos brillando de ilusión- Pero incluso así: tu trabajo no es tan pesado que no lo puedas continuar durante el embarazo. Y no olvides que mientras permaneces con nosotros, ¡dispondrás de las mejores y más amorosas sanadoras que podrías conseguir! Difícilmente vayas a estar mejor atendida en ningún otro lugar.

-¿Y qué hay del parto?

-Puedes tenerlo a bordo. E incluso los primeros meses de lactancia. ¡Hay precedentes!: oficiales Médicas y de seguridad que llegan solteras y se casan a bordo, y continúan sirviendo mientras les es posible. Solo a medida que la criatura crezca, llegará un punto en que no os quedará más remedio que desembarcar. Entonces… Bueno, entonces… lamento reconocerlo, pero como todavía no tenemos nuestro propio hogar, deberéis hospedaros con tus padres. Quizás mejor así: te ayudarían con la crianza… y a sobrellevar la espera hasta mi regreso.

-Será duro.

-Sí, pero no fue mi elección.

-Todavía estás disgustado conmigo, ¿verdad?

-No, Alervin, ¡claro que no! -susurró él con dulzura- Pero… ¿Cómo decirlo? Esto… quizás tu Rectora te lo explicaría mejor. Yo… ¡soy tan torpe!

-Dilo como te salga, Milie. No te reprimas por mi causa. Yo… tendré que aprender a escuchar palabras ásperas cuando me toque.

-Ásperas, sí. ¡Pero no por enojo! Sino porque… ¡Bueno!: no soy un Maestro. Esto… no tiene remedio.

-De acuerdo, vale, pero a fin de cuentas, ¿qué era lo que querías decir?

-Pues… bueno; yo… no te entiendo esto: has tomado una decisión; ¡asume sus consecuencias! No tiene sentido quejarte después. Al contrario: cada vez que protestas, es como si te acusaras.

-Vaya… no lo había pensado. Sí que tienes razón. Gracias, Milie.

-"Gracias", ¿por qué?

-¡Por ser sincero conmigo! Por abrirte y confiarme lo que piensas.

-Hmm… en eso aciertas: no soy muy proclive.

-Y también sobre eso deberíamos hablar.

-Sí. ¡Pero esta noche te toca a ti!

Aprontaron la cena y subieron a su habitación: una magnífica suite nupcial con soberbias vistas a la bahía, que brillaba pálida bajo el azulado resplandor de Inda y las luces del puerto.

-Pensar… que Ajnu Dúir era un miserable rincón perdido y olvidado, cuando el abuelo pasó frente a sus costas la primera vez -reflexionó Milie en voz… no muy alta, por cierto, que la suya parece haber nacido con sordina incorporada.

-Sí -dijo ella que, de pie junto a él, contemplaba la ciudad adormecida bajo un pesado manto de nieve-: el comercio con vosotros les ha traído prosperidad. ¡Y ellos lo saben! Habrás notado cuánto se os estima por aquí.

Milie asintió con gesto suave y se volvió. Apagaron la luz del velador y se recostaron. Solo entonces, él pidió:

-Alervin, cuéntame por favor: ¿qué fue lo que te movió a dejarme a último momento? ¡Apenas faltaba un par de semanas! No sepas hasta qué extremo me conmocionó…

-Milie… mi buen Milie: a punto estuve de cometer el mayor error de mi vida. ¡Y bien caro lo habría pagado!, de no haber estado rodeada de gente que me ama y procura mi bien. Verás…: esto comenzó como tres meses después de que zarparas. Cierta mañana, entra en mi Academia un muchacho de mi edad, preguntando por mí. Resultó ser un viejo amigo de la infancia… llamémoslo "Úslum" ["Úslum-Súshlum" equivale a nuestro "Fulano de Tal" en la jerga coloquial de Lémleth]. Obviamente, ese no es su nombre real; pero dispénsame de mencionarlo. Su familia y la mía habían sido vecinas durante años, él y yo crecimos prácticamente juntos: fuimos al mismo jardín de infantes y a la misma escuela primaria, jugábamos por las tardes, después de hacer las tareas ya fuese en mi casa o en la suya. Él… era un muchacho ocurrente, divertido, avispado, muy extrovertido…

-Y no un huraño apagado y aburrido como yo…

-¡Milie!

-Solo trato de contemplarlo desde tu perspectiva, y ponderar sus ventajas comparativas.

-Sí… pero no te ofendas, ¿vale? No quiero que te sientas menoscabado ante él… ¡ni ante nadie! Aunque cierto: estar con él era una fiesta, una caja de sorpresas inagotable. Llevábamos unos diez años sin vernos: su familia había ido a menos y vendió, trasladándose a otra ciudad de la Confederación en busca de nuevas oportunidades. Allí les sonrió la fortuna, y se quedaron. Él estudió en una prestigiosa Universidad, y cuando tras su graduación pensó en sentar cabeza, me recordó y fue a buscarme a casa de mis padres.

"Como sabes, yo no estaba allí. Ellos, que se alegraron sinceramente de recibir noticias suyas, y en ningún momento sospecharon que pudiese tratarse de un nuevo pretendiente, le indicaron dónde hallarme. Y así fue como esa mañana se apareció en mi Academia preguntando por mí... No te irrites si te cuento que verlo me hizo muy feliz. Yo... en ese momento, tampoco lo contemplé como a un potencial pretendiente, sino como a mi viejo y querido compañero de aventuras y diversiones de antaño, con el cual podría pasar horas rememorando viejas travesuras infantiles... ¡Y eso hicimos al principio!

"Él se estableció en la Ciudadela. Nos veíamos prácticamente a diario. Recordábamos, y reíamos juntos. Nos pusimos mutuamente al corriente de nuestros asuntos: así supe dónde había estado él... y él supo que tenía un rival a derribar si quería conquistarme. A eso se abocó los meses siguientes. Tenía mil y una maneras de deslumbrarme y, en el momento más emocionante o divertido, te sacaba a colación con tus "defectos", cuestionando la vida tediosa y gris que me depararías. ¿Y qué quieres que te diga?: a ti te estaba viendo por un par de horas, harto insulsas por lo formales, una vez cada dos semanas. Mientras que a él lo tenía adosado a mis faldones, dándole a la matraca día tras día...

"Por entonces comencé a percibir cierto fenómeno incómodo que debió despertar mi alarma: él era terriblemente absorbente. ¿Sabes a qué me refiero?: esa clase de gente tan posesiva y despótica que demanda atención exclusiva, absoluta y permanente. Mi "pérdida de tiempo" en la Academia le fastidiaba; *"nos robaba tiempo de calidad para compartir y disfrutar juntos"*, en su opinión. Así que paulatinamente, fui dejando de asistir. Solo de manera esporádica y por pocas horas, si él estaba tan ocupado que no me podía atender, aprovechaba el intervalo para pasarme por allí y aprender algo, o tomar un libro prestado. A mi Rectora extrañó el cambio. Trató de indagar, pero preferí no confiarle mis asuntos. ¡Eran privados! ¿Por qué tenía que inmiscuirse?"

-Tú no eras así antes...

-¡En efecto! Antes, no me inhibía de confiar mis dudas y tribulaciones a mi Maestra, y recabar sus sabios consejos cuando fuese menester. Pero ahora, bajo la influencia de Úslum, me estaba aislando de maestros y amigos, mirando a mis semejantes con recelo. Y además... creo que en el fondo me sabía en falta, y temía verme cuestionada.

"Pese al proceso en marcha, yo seguía esperándote en el muelle a tu paso por Draïr, conversaba contigo con naturalidad fingida y mantenía las apariencias. Pero cada vez me sentía más distanciada.

Llegó un punto en que ya no pude sostener la farsa. ¿Para qué insistir? Os comparaba a ambos, y él… él era siempre lo joven, lo vivaz, lo divertido. Tú en comparación, me parecías más oscuro y apagado que una tumba. Él se me declaró dos días antes de tu última visita previa al fin de tu contrato. Le di mi consentimiento sin pestañar. Y ese día en lugar de esperarte, viajé con él a visitar a sus padres…

"Pero a las dos semanas volviste, y dejaste recado en mi Academia. Yo llevaba las últimas semanas apenas apersonándome por allí. Entraba, pedía un libro y volvía a salir. ¡A eso se había reducido mi asistencia! Y ese mediodía cuando entré, mi Rectora me dijo que tú me habías buscado… Casi me da un desmayo. ¿Con qué cara me presentaría ante ti, y te explicaría lo sucedido? Porque no podía plantarte sin más, sin siquiera avisar… Pero cuando lo consulté con él, Úslum se enfureció contigo: *"¿quién te creías tú, para entrometerte en mi existencia?"* Traté de aplacarlo con razones. Lo único que conseguí, fue su determinación a "cortar el mal de raíz". Iría, te enfrentaría, te demostraría con contundencia que ya no tenías arte ni parte en esta historia, ¡y punto! A partir de entonces, él y yo quedaríamos libres para compartir nuestras vidas sin impertinencias."

Un súbito estremecimiento sacudió a Milie, al recordar la escena en el Restaurante. Ella continuó con expresión comprensiva:

-Sí… fue lo más espantoso que hice en mi vida. ¡Perdóname! Te vi temblar de sufrimiento y espanto. Temí que allí mismo te desmoronarías. Todavía no entiendo cómo conseguiste contenerte y salir adelante. ¿De dónde sacaste valor y entereza? Debió demandarte un esfuerzo colosal. Y yo lo lamenté, ¡créeme! Me dolió por ti pero me reprimí, manteniendo una máscara de firmeza, indiferencia y determinación; a pesar de que mi intuición comenzaba a despertar, hostigándome con sugerencias cada vez más frecuentes y mordaces respecto al terrible error que estaba cometiendo, y cuán caro lo pagaría…

"Después de verte y amenazarte, nos volvimos a la Ciudadela. Yo estaba acongojada e inquieta pero, ansiosa por ocultarlo, me divertía ostensiblemente. O mejor dicho, fingía hacerlo, plegándome al ritmo vertiginoso de él. Pero semanas más tarde, llamaron mis padres. No los había puesto al corriente de mi repentino cambio de planes. Así que imagínalo: según sus cálculos, tú y yo estábamos juntos nuevamente, y debíamos continuar nuestros preparativos de boda. ¿Por qué entonces no les

comunicábamos nada? ¿Cuándo nos dignaríamos a darles fecha y lugar, de una vez? ¿A qué estábamos jugando ahora?

"Tuve que explicarles que en realidad te había abandonado, y a cambio iba a casarme con Úslum. ¿Y ellos? Ellos te amaban; te admiraban. Habían aprendido a valorar todo lo de bueno y hermoso que hay en ti; ya te habían asumido como yerno, y se sentían dichosos de incluirte en la familia. No acordaban en absoluto con mi intempestiva decisión pero, sabios, en lugar de discutirme me dijeron: "*perfecto, tráelo el próximo feriado, y preséntalo en familia*". Nos invitaron con tan inmediata espontaneidad que accedimos, seguros de que tendríamos una simple reunión íntima, similar a la que tuvimos la primera vez que te llevé a casa. Pero ellos habían resuelto diferente: en Lémleth nos aguardaba una multitud de amigos, parientes y allegados de la familia; cuantos varones de confianza pudieron reunir mis padres. "

-La "prueba del alcohol"... -susurró Milie.

-Exacto. ¡No la esperábamos tan pronto! Pero no como tú, Úslum conocía la tradición y se dispuso a evitar emborracharse, para no cometer tonterías. ¡Já! No contó con la astucia de mis hermanos que, previendo que eludiría los licores o fingiría beber y achisparse, le sirvieron "sopa borracha" [en Lémleth, dícese de cualquier plato no necesariamente líquido, aderezado con inusitadas dosis de alcohol] y él comió con apetito sin sospechar. Y como cabía esperar, se embriagó. ¡Si lo hubieras visto! Entretanto, mis hermanos lo azuzaban a coro. Ya conoces el método: "*canta; baila; cuéntanos algo*", y palmadas a la espalda.

"Pero a diferencia tuya, Úslum se enfureció: le indignaba que lo tocaran. En respuesta a las amistosas palmadas comenzó a proferir obscenidades con un vozarrón de trueno. Mis hermanos le recomendaron serenarse, y fue peor. Los insultó a ellos y a mí, y en lugar de calmarse empezó a repartir mamporros a diestra y siniestra, manoteando frenéticamente cual aspas de molino. Entonces recibió su lección. ¡Pobre Úslum! Los varones de la casa lo redujeron, lo sacaron a rastras y lo apalearon hasta cansarse. Después se lo llevaron para dejarlo por allí, bien lejos y con la severa advertencia de que no se atreviese a volver nunca más.

-¡Qué espanto! -se sacudió el Maëdi- Pensar que me expuse a sufrir lo mismo...

-Milie, ¡mi buen Milie! A ti jamás te habría ocurrido nada parecido. Porque eres un hombre bondadoso, incapaz de alzar un dedo para dañar a nadie...

-¿Y dónde lo dejaron?

-Pues… si se ciñeron a la costumbre, lo habrán arrojado al basurero municipal; muy lejos, a las afueras de la ciudad. Después se habrán dispersado, porque mi padre volvió tarde y cansado, sin mis hermanos ni mis tíos. Encontró la casa todavía patas arriba, y a mi madre y a mí llorando abrazadas en la cocina. Me llamó aparte y me dijo con indescriptible amargura:

"-Tenías garantizado un esposo maravilloso, y renunciaste a él a cambio de este patán. Mañana mismo vas, lo buscas y te reconcilias con él. Y más te vale que obtengas su perdón. O no volveré a mirarte a la cara.

"Ya ves cuánto te apreciaban. ¡"Esposo", te llamó él! Lo decepcioné terriblemente al abandonarte. Y otro tanto a mi madre, que no se expresó en términos tan drásticos, pero compartía su opinión. Las horas siguientes apenas hice otra cosa que no fuese llorar; mientras mis padres indignados ponían orden en el salón, que parecía haber sido atacado por hordas salvajes. Esa noche no dormí. Por la mañana estaba alicaída y ojerosa. Mi madre me sirvió un desayuno caliente y me dijo con calma:

"-Vuelve a Draïr, y búscalo. ¡Es un buen hombre! Y además, te quiere: te perdonará si se lo pides. No regreses sin él.

"Así que volví a Draïr con la misión de encontrarte y congraciarte. ¡Lo cual se dice tan fácil! En realidad venía desolada, muriéndome de vergüenza anticipada, con solo imaginarme en la situación de humillarme ante ti a fin de obtener tu disculpa, tras aquel soberano desplante del cual te hice víctima. Pasé primero por mi Academia en busca del consejo de mi Maestra. Pero no más escuchar lo que había hecho se indignó, incluso más que mis padres. ¡¿Qué *no* me dijo?! Sin alzar la voz ni una vez, y sin dejar de atravesarme con esa mirada penetrante que os caracteriza, con su tono acariciador y casi musical, me hizo ver lo inmadura, insensible, caprichosa, desconsiderada, egoísta, necia e irreflexiva que había sido mi conducta, y hasta qué punto había estado cerca de arrastrarme al abismo. ¡Tuve suerte! En sus palabras, tuve suerte de que esa dichosa "prueba" me sustrajese a mi desgracia a último momento. En una palabra, mi Rectora estaba tan decepcionada con el tan poco caso que había hecho de sus enseñanzas y advertencias, que no volvería a considerarme su discípula en tanto no enderezase el entuerto."

-Te… ¿expulsó de su Academia?

-En otros términos, sí.

-Espera… -Milie meneó el rostro azorado al inferir reluctante- Esto es, que si yo no te aceptaba… ¿Quedarías sin hogar, y sin Academia?

-Sí: iba a perderlo todo.

-¡Qué espanto!

-Me lo habría merecido. Pero en ese momento no pensaba en ello. Solo me importabas tú. ¡Me urgía recuperarte! Estimulada por las enormes cuotas de aprecio hacia ti que iba descubriendo por doquier, estaba redescubriendo lo mucho que te amaba en realidad, y cuánto te echaba en falta. Así que fui a los astilleros, aprovechando el cambio de guardia de las cinco de la tarde, para preguntar por ti a los operarios del turno saliente. Pero ellos me miraron apenados, diciéndome:

"-No, señora: no está aquí. ¡Lleva *meses* sin venir!

"Esa respuesta me aterró. De inmediato comprendí que en tu desconsuelo, habías vuelto a embarcar. ¡Imaginé lo peor!: seguro habías huido de Draïr para siempre, corriendo a refugiarte en tu Hísel-Minei. Entré en pánico. ¡No sabía qué hacer! Un empleado de los astilleros se apiadó y me dijo:

"-¿Por qué no averigua Usted en la Torre? Si pregunta por él en la Naviera, seguro le sabrán informar…

Así que acudí a la Torre, subí hasta las oficinas de tu empresa y pregunté por tu paradero. Pero allí nadie me conocía, y no me quisieron recibir. Desesperada, descendí a tu querido Nivel 20; sólo por nostalgia pedí tu famoso "doble-cargado", y me senté en una mesa a llorar mientras el café huérfano y olvidado, se enfriaba… ¡Buenos Maëdern! Alguien me vio y compadecido, se aproximó a ofrecerme ayuda. Le dije que te había perdido y me urgía recuperarte. Cuando conseguí hacerme entender, él me señaló a otro hombre sentado prácticamente en el extremo opuesto de la enorme sala:

"-¿Ves a ese señor de allá? -me dijo-: es el Rector de la Naviera. Aprovecha que lo tienes a tiro, y abórdalo sin tardanza. ¡Es tu oportunidad!

Así que me aproximé a él con el corazón en un puño. Él… me recibió con vuestra cortesía reglamentaria, pero me escuchaba mudo, con la vista fija en el plato, evitando mirarme. Estaba conteniendo su ira. No pude dejar de percibirla, porque por un instante fugaz me cruzó un rápido vistazo que me sacudió hasta la médula. ¡Qué ojos, Milie! Yo no sé… ¡Qué poder tan terrible poseéis! Con tan solo desearlo, os convertiría sin dificultad en los amos indiscutidos del mundo. En cambio… ¡En fin!: tu Rector me entregó su tarjeta de presentación, diciéndome:

"-Te espero en mi oficina, mañana a las nueve. Entonces hablaremos.

"Y se fue. Yo me volví a mi mesa, y bebí café frío... Tuve una espantosa noche de insomnio, y acudí a verlo al día siguiente. Me recibió con porte distante y serio. Me comunicó con dureza acusatoria a dónde habías partido, y colocó sobre la mesa un contrato ya redactado, especialmente para mí: podía acudir a buscarte, apuntándome al navío como personal auxiliar de la cocina: el único área según él, que admite entre sus filas "integrantes no entrenados". Temblé al leer su duración estipulada: ¡cuatro meses! Significaba que, si tú me rechazabas, serían los cuatro meses más desgraciados de mi vida, reducida a un servicio degradante en el "fin del mundo", perdida entre rudos marineros desconocidos en medio de ninguna parte."

-Pero, Alervin: ¡si no tiene nada de degradante!

-Disculpa: yo lo veía distinto en ese momento. Me sentía desanimada y pesimista. Todo lo percibía bajo los matices más tenebrosos que cupiese concebir. Así que exclamé espontáneamente:

"-¡Cuatro meses! ¿No pueden ser menos?

"-Lo habitual son siete. Cuatro es el mínimo -replicó tajante. Yo objeté atemorizada:

"-¿Y si llego allá... y él me rechaza?

"-¡Aquí no jugamos con la gente! -estalló él. Y yo supe que no se refería tanto a los términos del contrato, como a lo que yo había hecho contigo. Ese hombre se condolía de tu sino. Y si me había recibido, era solo por consideración a ti. Es increíble, cómo conquistas los corazones de quiénes te rodean. ¡Cuánto te aprecia quienquiera tiene la dicha de conocerte! Tu Rector continuó-: los contratos están para cumplirse. Lo tomas, o lo dejas. Pero si lo tomas, ¡cúmplelo!, independientemente de las demás circunstancias.

"Y sabiéndome falta de opciones, firmé. Ese mismo día partí como tú meses atrás, hacia el inhóspito Sur. Venía temerosa y amargada. Temerosa ante la posibilidad de estar acercándome a mi sentencia definitiva: a un rechazo sin apelación. Y amargada por lo que juzgaba injustamente, como un abuso arbitrario por parte de tu empresa. Cuando por fin nos reencontramos, yo acababa de arribar hacía pocas horas. Apenas había tenido tiempo de acomodarme, y ya estaba de servicio, atendiendo al personal en los comedores, aprendiendo los últimos oficios que me habrían interesado en la vida: ¡camarera y fregona!

"Entonces te vi: solitario, melancólico, avejentado. ¡Cuántas cosas me pasaron por las mientes en ese instante!: cosas que compartimos, cosas que nos dijimos, cosas que hicimos juntos… Habría querido poder borrar los últimos meses de desencuentro y recomenzar a partir de donde lo habíamos dejado. Pero tú te incorporaste y te marchabas, y yo me desesperé. Oh, lo siento, Milie. ¡Lo siento tanto! Nunca debí hablarte así… ¡conociéndote como te conocía! Sabía que te estaba fulminando, golpeándote donde más te dolería. Lo hice por rabia y despecho. Y enseguida me arrepentí, pero el daño ya estaba hecho…"

-Ya ves, Alervin, por qué prefiero ser tan reservado en ocasiones -susurró él con su pausada voz ronca-: nadie puede herirte con saña más certera, que quién conoce tus intimidades. Pues sabe lo que otros no: dónde golpear si desea hundirte.

-Y a ti… -completó ella en un solidario murmullo triste- A ti ya te han fallado antes, ¿verdad?

-Sí…

-¿Quiénes?

-Aquellos que supuestamente, deberían constituir el fondeadero más seguro y fiable en la vida de cualquiera. Yo… ¡Ay! -la voz el hombre se ahogó momentáneamente en un trémulo quejido angustiado. Tragó su amargura con visible esfuerzo y culminó- Lo de siempre: todavía es demasiado doloroso para hablar de ello. Dispénsame hoy, ¿quieres?, y no me lo tomes a mal.

-Vale, Milie: te entiendo. ¡No digas más! Creo que he comprendido lo que debía. ¡No te aflijas! Pero confía en mí a partir de hoy. Nunca te traicionaré. He aprendido por la vía difícil y ahora… estoy contigo. Ya no volveré a fallarte con intención. Y si alguna vez te decepciono en algo, ¡dímelo de inmediato! No te lo calles. Concédeme mi oportunidad de conocer mi error para enmendarlo.

Dicho esto, los recién casados se abrazaron y, consolándose mutuamente, se durmieron.

-¡Aquí estáis, mis preciosos! -los recibió radiante el abuelo, invitándolos a navegar sus brillantes océanos de luz. Alervin viajó extasiada. Apenas sí pronunció palabra, concentrada como iba en absorber ese espectáculo increíble que contemplaba por primera vez. Aunque tampoco necesitaba hablar: sentía como si los pensamientos de los otros se materializaran, nítidos y palpables, en su consciencia, sin necesidad de ser pronunciados. Y entendiendo que otro tanto estaría sucediendo con los propios, el estupor la embargó. Supo dónde estaban sin que nadie lo mencionase. Y supo que la puerta a un ignoto universo de nuevas percepciones acababa de abrirse para ella: se supo

genuinamente Maëdin por primera vez… Y que jamás, sin importar lo que pasara, renunciaría a ese tesoro.

-Ahora entiendo… -se dijo- Ahora por fin los entiendo -mientras siglos de turbulenta historia Maëdi se sucedían vertiginosamente en su mente; con sus logros, sus magnas conquistas espirituales, y el terrible precio de persecución, lágrimas, incomprensión, rechazo, exilios y masacres que habían debido afrontar, con tal de no renunciar a ellos. ¿Qué era el "dominio del mundo", en comparación con la sublime soberanía sobre una radiante dimensión infinita, cuyos límites podían ampliar a placer mediante el creativo poder de sus pensamientos?

-Gracias Milie. Gracias Abuelo… -pensó… y despertó al oírse hablar. Sentado junto a ella, su esposo sonreía divertido. Había alcanzado a bañarse, cambiarse y llamar al comedor encargando un desayuno para dos, que ya los aguardaba humeando sobre la mesita redonda.

-Siempre sucede la primera vez -murmuró él, sonriente-. Ya te irás acostumbrando y también… poco a poco irás aprendiendo a explorarla en solitario, y a generar tus propios paisajes.

-Era la Dimensión de las Almas, ¿verdad?

-Sí, claro. Allí acabamos de estar.

-Podéis visitarla a voluntad…

-Y tú también a partir de hoy. Poco a poco irás descubriendo y dominando el método.

Embelesada, Alervin se regodeó con la alentadora novedad, hasta que una súbita curiosidad la arrancó de su especie de ensueño místico:

-Dime, Milie: los Sorien de antaño también lo hacían, ¿verdad?

-Claro: accedían a voluntad. Lo aprendieron de nosotros. Ahora… sus almas se demoran allá mientras pueden, evitando renacer.

-O sea que si voy, ¿los podría visitar? -infirió ella, ilusionada.

-Espera… ¿Y para qué querrías visitarlos? -indagó él con evidente reserva.

-¡Para saber de primera mano, cómo fueron!

-¡No lo hagas! -exclamó él de manera espontánea. Pero captando que era malinterpretado, añadió de inmediato- Ven, Alervin, se enfría el desayuno. Te lo explicaré mientras bebemos.

-Verás -expuso entonces-: tú desciendes de Sorien Orientales, así que comprendo tu curiosidad. Pero ahora, entiende cómo sucedería y contémplalo desde la perspectiva de ellos. Tú irás a buscarlos

ascendiendo tu Raíz; la vía más segura pues siguiéndola hallarás las almas de quienes comparten Raíz contigo. Es decir: retrocediendo lo suficiente, toparás a tus ancestros que al verte, te reconocerán como su progenie. ¡Ya has visto con qué inmediatez meridiana percibes la realidad en esa Dimensión! Significa que ellos te sabrán de su estirpe pero simultáneamente, te verán Maëdin y se sentirán traicionados. No te das idea del sufrimiento que les causarías. Ya así no lo tienen fácil. ¿Necesitas ir a echar sal en sus heridas?

-Vaya, Milie… Y yo creyendo que detestabas a los Sorien y resulta que no… que los comprendes y compadeces.

-Alervin: nosotros los Minéyern… actualmente descendemos de nuestros "Padres Sorien". Yo… ya no llegué a conocerlos. El último, dicen, falleció décadas antes de mi nacimiento. Pero he crecido oyendo relatos y anécdotas acerca de ellos. Los recordamos para bien. No les guardamos rencor. Al contrario: somos conscientes de ser su puerta a la esperanza. Porque a través de nosotros podrán renacer sin desmedro, el día que se sientan dispuestos.

-Pero ya no serán Sorien.

-No. Eso, ya no: se ha perdido para siempre, como la Corona de Darei.

-La Corona de Draïr… ¡Vaya ideas tienes! ¿Sabías que tu rey estuvo en la inauguración?

-"Mi" rey -Milie meneó el rostro sonriente-. Somos un pueblo libre, sabes. No tenemos rey. Pero sí: sabía que el señor Tuvagshil fue invitado y acudió. Aunque ni él ni nadie osó insinuar nada acerca de tronos, cetros ni coronas. Tú… ¿lo viste?

-No. Aún de haber querido, era físicamente imposible. ¿Y tú?

-¡Menos todavía! Si a ti, que venías de oriente, la Ciudadela te resultó inaccesible, tanto peor a mí, que estaba en el puerto. Aunque sinceramente, tampoco sentí que me faltase. Fui muy feliz compartiendo la alegría desbordada de mi propia gente.

De esa guisa pasaron su semana de esponsales: habrían querido pasear más, pero el riguroso invierno de Ajnu Dúir apenas lo consentía. Solo un par de horas al mediodía, a condición de que la ventisca cargada de nieve amainase momentáneamente, salían a recorrer el sector comercial en torno a la terminal ferroviaria, y el área hotelera y administrativa. Ajnu Dúir era una ciudad compacta. La inclemencia climática los compelía a abreviar distancias construyendo más en vertical que en horizontal. El espacio urbano se aprovechaba al máximo y de ser posible, incluso se techaba.

Ya había en marcha un plan pionero de construcción "hacia abajo": la inauguración de la primera galería comercial subterránea estaba prevista para los próximos meses, y se esperaba que sería un éxito clamoroso. ¡Adiós para siempre a las compras realizadas a las corridas, bajo el castigo del violento ventarrón, el frío cortante y la nieve! Allí abajo siempre se estaría a gusto y resguardado: salir de compras, sería un placer.

La semana en Ajnu Dúir se les pasó como un suspiro y, helicóptero de por medio, enseguida regresaron para instalarse juntos en el enorme camarote de él, y reincorporarse cada cual a su trabajo. Milie había vuelto a rejuvenecer. Seguía aparentando más edad de la real, pero ya no a tales extremos. Se notaba que el reposo y la reconciliación le habían sentado de maravilla. ¡Y sonreía con mayor asiduidad! Sí: indudablemente, había recuperado la alegría de vivir.



¡Venganza!

Pronto entenderemos los motivos de Alervin para preservar con tanta discreción el anonimato de su fracasado segundo pretendiente. Respetemos pues su voluntad y sigamos llamándolo como ella, simplemente "Úslum": Fulano.

Nuestro estimado Úslum, sujeto entrañable donde los haya, despertó dolorido y confundido, cubierto hasta las cejas por un mar de inmundicia. Su primer impulso como el de cualquiera en su situación, fue intentar salir. Pero apenas intentó moverse hubo de desistir: tenía tantos huesos quebrados que el menor amago le provocaba un sufrimiento atroz y para peor, sus torpes esfuerzos lo hundían más de lo que lo liberaban. Se echó a llorar angustiado bajo la persistente llovizna invernal que, gracias a estar en Lémleth, por lo menos no era fría. ¡Pero sí harto incómoda! Condenadamente fastidiosa, cuando uno está retozando sobre montículos de detritos malolientes a cielo abierto. Por fortuna, estar en Lémleth ofrecía más ventajas que la ausencia de rigor invernal: sus empleados municipales están curados de espanto. Obviamente, conocen la tradición local. ¿Cómo no conocerla? En consecuencia, realizan un par de rondas de inspección cotidianas, y a la menor señal se aproximan a investigar… y proceden según el protocolo.

-¡Eh, tú, allí!: ¿un pretendiente rechazado? -se oyó el vozarrón, elevándose desde la base de la hedionda colina. Úslum respondió como pudo, y el hombre llamó a sus colegas- ¡Eh, muchachos! Aquí tenemos un galán escaldado. ¡Ayudadme a bajarlo!

Y entre él y dos más lo bajaron, sin delicadezas ni miramientos. A fin de cuentas, ellos eran hombres de vida dura mientras que él… ¿cómo decirlo? Digamos que en su situación, nadie lo habría considerado un héroe. Protestó con voz débil mientras lo arrancaban a rastras de su humillante lecho. Los trabajadores le dirigieron severas miradas al rostro cubierto de moretones, replicando:

-¿Prefieres quedarte allá arriba? Sólo insinúalo, y te devolvemos con placer.

-Sí -añadió otro-: pero esta vez te hundiremos cabeza abajo, y dejaremos asomar sólo los pies.

-Y así dejarás de incordiar -sentenció el tercero.

Úslum apretó los labios con fuerza para no dejar escapar ni un quejido, mientras ellos seguían arrastrándolo con rudeza hacia su caseta de guardia. Lo dejaron fuera bajo un alero, y llamaron a

Urgencias. En el Hospital también conocían la costumbre, así que una vez identificado el origen del llamado, se limitaron a preguntar:

-¿Accidente laboral, o pretendiente malogrado?

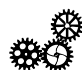
-Pretendiente -respondieron los municipales.

Poco después llegaba una ambulancia y lo llevaba a internar. Por mucho que cueste entenderlo, el caso es que también en el Hospital fue atendido como mandaba el protocolo, aunque sin grandes demostraciones de solidaridad ni empatía. Por descontado, nadie denunció el suceso a las fuerzas del orden; un acto que habría resultado estéril (los uniformados se le habrían reído en las narices), o contraproducente (le habrían tomado los datos personales, para incluirlo en sus listados de "sujetos con potenciales tendencias antisociales"). En Lémleth, dicha tradición era orgullosamente mantenida como "invaluable legado" de los antiguos orígenes soriánicos de la ciudad. ¡Sí, sí! A la distancia cuesta entenderlo; yo misma mantuve mis reservas hasta que me expusieron el devenir de los acontecimientos.

Es ampliamente conocida la increíble habilidad de los Maestros de antaño, de horadar las consciencias ajenas con una simple mirada, en busca de la verdad oculta en el Registro o incluso más allá, en la Raíz. Pero al ir entrando en decadencia, la fueron perdiendo paulatinamente. ¡Esto era desastroso! Los volvía tan vulnerables al engaño como cualquier mortal. La posibilidad de caer fáciles víctimas de embaucadores les aterraba a tal extremo que, buscando una "técnica" alternativa, la hallaron… en el alcohol. *"El vino derriba murallas"*, sentenciaba un viejo refrán de la Orden. Murallas sociales, mentales, morales, culturales, de prejuicios y de modales. El vino, el licor, la bebida espirituosa consumida en exceso, arrambla con cualquier escollo psíquico y físico que se le ponga por delante. Era pues, la solución ideal. ¿Ya no podían bucear en el Registro o la Raíz para indagar en la naturaleza oculta de un aspirante a yerno, socio comercial, o confidente? Todavía les quedaba el recurso de obligarla a emerger, flotando desnuda sobre un mar etílico. Una costumbre bárbara a simple vista, que no deja de poseer su pizca de sabiduría… amén de un notable componente disuasorio: después de todo, ¿no debería conocerse cada cual a sí mismo? ¿Y acaso faltan ciudades en el mundo? Luego, si abrigas la menor sospecha de que quizás no apruebes el "examen"; simple: ¡no busques tu esposa en Lémleth!

Entretanto, Úslum tuvo que pasar por una serie de intervenciones quirúrgicas para recomponer sus huesos fracturados y sus numerosas heridas internas. Apenas su salud lo hizo posible, sus padres lo hicieron trasladar a su ciudad de residencia, donde prosiguió el tratamiento y a continuación, un arduo período de rehabilitación. Tardó semanas en poder andar apoyado en muletas, y más en recuperar la lozanía. Y entonces, desatendiendo los sensatos consejos de sus padres, viajó de regreso a Draïr buscando venganza. ¡Pero los pájaros habían volado! Con paciencia y sigilo fue averiguando lo que le interesaba y sin decir palabra, se esfumó: ya no volvería a ser visto en Draïr.

Dicen, que la venganza es un plato más sabroso si se sirve frío. Y hacia el frío iba Úslum, pero sin que nadie detectase la amenaza: en lugar de pedir trabajo y destino con los Maëdern, que podrían haber intuido el peligro y frustrado sus planes, en un acto de astucia se colocó en Ajnu Dúir, en la modesta naviera local, cuyas barcazas estaban asegurando la provisión de suministros a los buques y cuadrillas destinados en las obras de Shéluien. Fue un proceso más largo de lo esperado: hubo de recibir entrenamiento básico primero, y aprobar duros exámenes de aptitud a continuación. Para finales del verano navegaba por fin, como personal de cubierta rumbo al Este.



En los remotos albores de su Historia, cuando los miembros de la "Orden Restringida" constituían una exigua minoría en su patria o incluso, contados individuos desperdigados por el orbe rindiendo sus invaluables (aunque no siempre justamente ponderados) servicios en el seno de Comunidades lejanas, la costumbre de apellidarse simplemente "Maëdi" tenía sentido y utilidad práctica. Más tarde, cuando las amargas vicisitudes de público conocimiento les obligaron a replegarse, constituyendo de súbito una nación compacta y homogénea, reunida en un único Continente de dominio exclusivo, o formando grandes núcleos de población en un puñado de puertos de acogida, poco sentido o utilidad podía aportar. Sin embargo, impávidos tradicionalistas, no se preocuparon de resolver la cuestión fundando una auténtica institución de apellidos familiares. Ni siquiera optaron por la arcaica opción de recurrir a patronímicos. Así que el ingeniero Milie y la señora Alervin eran sencillamente eso: un ingeniero Milie y una señora Alervin, como ve tú a saber cuántos más podrías hallar en Mundo Saïri… Maëdern ambos, claro, pero la mitad del personal destinado en las Taigas del Sur, sin ir más lejos, podía afirmar otro tanto. ¿Cuán incómodo te sentirías si yendo en tren o en avión,

descubrieses que la mitad de los pasajeros, aun siendo perfectos desconocidos, comparten apellido contigo? Sin embargo, a ellos les traía por completo sin cuidado.

Habiendo cumplido los cuatro meses de su contrato original y estimulada por su esposo, la señora Alervin había vuelto a firmar, esta vez, un contrato indefinido. Además, hacía cinco que se hallaba en estado de buena esperanza. La dichosa pareja continuaba con su rutina habitual, pero contaba con ansias los días que aún restaban para el feliz evento: ¡sólo cuatro meses más! La niña, preveían, nacería a bordo. Y a bordo, esperaban, viviría su primer medio año con mamá y papá, rodeada de atenciones por unas amorosas médicas y abundancia de "tías" solícitas. Alervin esperaba firmar un último contrato de cinco meses tras su licencia post-parto antes de desistir y desembarcar con su hija, encaminándose a casa de sus padres. Entonces… ¡Ay! Entonces comenzaría la larga espera de su amado, que aún se demoraría (¡con suerte!) como un año y medio, o quizás más.

Era pues una apacible tarde del verano relativamente templado de ese inhóspito páramo austral. Sobre cubierta Milie, protegido a pesar de la moderada bonanza imperante, por sus gruesas capas de ropa térmica, dedicaba su atención a verificar las cajas con suministros a medida que las grúas seguían trasladándolas desde el barco proveedor, al propio; mientras cotejaba la información reseñada en sus listas de encargos, con la declaración de carga y los rótulos de los embalajes. De súbito, algo cayó desde las alturas, aplastándolo. Apenas sintió una especie de ligero roce de hielo punzante, resbalar sobre su omóplato derecho y a continuación, ¡nada! Ni siquiera alcanzó a gritar: oleadas de bruma espesa lo envolvieron arrastrándolo lejos, hacia el silencio y el olvido…

¡Buen Milie! En paz con su conciencia y en excelentes términos con su entorno, ¿por qué iría a mantenerse en guardia? Él mismo incapaz de abrigar malicia contra otros, ¿cómo iría a sospechar que tal defecto existiese en los demás? Ni él ni nadie habría previsto tal ataque, pero la gente alrededor reaccionó de inmediato. Sacudiéndose el estupor acudieron en su defensa como por reflejo, saltando con bravura indignada sobre el atacante. Lo desarmaron, lo redujeron, y las oficiales de seguridad llegaron con el tiempo justo para salvarlo de un linchamiento multitudinario. Entretanto, las de enfermería atendían a un Milie tieso, echado de bruces sobre la cubierta.

-No lo entiendo… -murmuraba la oficial Médica, realizando un examen mental apresurado mientras lo transportaban entre varias-: no hay quebraduras ni contusiones, la herida es tan superficial que tampoco se aprecia pérdida de sangre. Entonces, ¿qué…? ¡La hoja! -exclamó de

súbito, volviéndose hacia una de sus asistentes-: debe estar envenenada. Corre a recoger el puñal, y tráelo a analizar.

Tanto Milie como Úslum debieron ser internados de urgencia solo que, por razones obvias, no podrían compartir habitación. A Milie lo alojaron pues en la Enfermería, y Úslum fue a dar con sus magullados huesos en un oscuro calabozo interno del área de Seguridad, siendo cuidado y atendido sin ningún cariño, pasando días y noches solitario y casi olvidado, a la espera del interrogatorio y el juicio. Entretanto e informada del incidente, Alervin temblaba espantada temiendo lo peor. Apenas pudo acudió junto a su esposo, que yacía vivo pero inconsciente, con el rostro cincelado más pálido que una mortaja. Lo halló frío al contacto, y se asustó aún más.

-No te preocupes, Alervin -la consoló la oficial jefe de Enfermería-: hemos lavado y desinfectado la herida, estamos purificando la sangre… ¡Ten paciencia! Se pondrá bien, aunque… es posible que queden secuelas.

-¡Secuelas! -exclamó ella, echándose a temblar.

-Está por verse. Haremos lo mejor que podamos, sabes. Pero el ataque fue fulminante y mortífero. De no haberse producido aquí, donde gozó de atención instantánea, no habría contado con ninguna posibilidad: habría sucumbido casi en el acto. También debemos agradecer que el grosor de sus ropas lo protegió, no solo mitigando la herida, sino absorbiendo parte del veneno, que se quedó por el camino sin alcanzar su objetivo. Sin embargo, quizás lo más crucial a su favor, haya sido la Voluntad que lo ampara desde la Dimensión de las Almas. No sé qué pueda ser, pero percibo su sello brillando en su frente con nitidez, como un escudo de bendición.

-¡El Abuelo!

-¿El "abuelo"?, ¿quién es?

-El patriarca de su familia, su mentor. Lo he visto en sueños después de casarme: es el célebre capitán Dehi.

-¡Vaya! Sí que puede ser un protector poderoso. En ese caso, posiblemente tengas razón, y suya sea la voluntad que lo ampara. ¡Y buena falta que le hace! Su salud es tan frágil… Incluso entre Maëdern, tu esposo es más endeble de lo habitual.

-A propósito -añadió Alervin-: ¿conocéis la identidad del agresor?

-No lo interrogan todavía: también él está malherido.

-¿Malherido? ¡Imposible! Milie no habría sido capaz…

-Oh, ¡claro que no fue él! No llegó a entender siquiera lo que pasaba. ¡Cuánto menos a defenderse! La tripulación en pleno acudió a defenderlo de manera espontánea: casi linchan a su atacante… que por cierto: es foráneo. No integra nuestro personal.

Dejándose caer, Alervin comenzó a llorar.

-Creo… -musitó entre lágrimas e hipidos- Creo estar segura de saber quién es.

La Médica la miró con cariño al recomendarle:

-Procura recomponerte; luego ve e informa lo que creas saber, a la oficial jefe de seguridad. Se alegrará de recibir cualquier indicio útil.

Alervin obedecía minutos después.

-Y tú: ¿lo reconocerías al verlo? -indagó la oficial tras escuchar sus sospechas, avaladas por un sucinto resumen de la historia reciente.

-Yo… -se estremeció la joven mujer- si no es imprescindible, preferiría evitarme ese disgusto.

-De acuerdo, Alervin. No: no es imprescindible. No tendrás que verlo si no te apetece. Vamos a interrogarlo, y a continuación revisaremos su Registro. Incluso si se muestra reacio durante el interrogatorio, al irrumpir en su Registro conoceremos la verdad.

-O sea… ¿que mi testimonio tampoco era tan necesario?

-Es valioso. Nos provee de un primer indicio a partir del cual comenzar a indagar. Porque hay que reconocer que, dadas las circunstancias, tus sospechas parecen razonables.

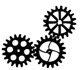
-Sólo no entiendo… -comentó ella cohibida. La oficial hizo un amable gesto de escuchar, que la animó a continuar- ¿Para qué lo interrogaréis, si luego podréis saber más y mejor, revisando el Registro?

-¡Excelente pregunta! Verás: ese hombre ya es indudablemente culpable de intento de asesinato. Nos queda considerar si hay atenuantes o agravantes. Tal como pinta la situación, es posible que hallemos de los segundos más que de los primeros. En esto influirá su poca o mucha disposición a cooperar, y si demuestra contrición o contumacia. En otros términos: al interrogarlo, le estaremos brindando una oportunidad de atenuar su condena.

-¡No la merece! -exclamó Alervin con impulsiva espontaneidad.

-No te preocupes: es altamente probable que sea tan necio, que la desperdicie.

-¡Así espero! -sentenció Alervin. Y se volvió a la enfermería, a velar por la recuperación de su esposo.



Milie despertó recién al día siguiente, tiritando y gimiendo. Se sentía débil, aterido, confundido y dolorido. A la pregunta de:

-¿Cómo te sientes, ingeniero?

Respondió sin conseguir dominar el llanto:

-Tengo frío… ¡Mucho frío! Y me duele.

-¿Dónde te duele? -preguntó la Médica.

Con un esfuerzo colosal, Milie señaló el omóplato herido con su mano izquierda. Fatigado, enseguida la dejó caer.

-Déjame ver -murmuró ella.

Levantó la capa plegándola sobre la capucha y desabotonó el hábito, descubriendo la espalda del hombre. Bajo su manto improvisado, el rostro de Milie se contrajo en una mueca de sufrimiento cuando ella rozó la pequeña cicatriz de una herida que en principio, parecía curada.

-Tienes razón -murmuró ella pensativa-: una minúscula esquirla continúa incrustada… Concédeme un instante, y la haré salir.

Redoblando su concentración, la mujer condujo la esquirla hacia la superficie por el trayecto más breve y menos dañino posible, recuperándola. Inocentemente posada sobre la yema de su dedo índice, se la habría dicho un grano de sal gruesa. Volvió a lavar la herida y a vestirlo. Momentos después, Milie tornaba a dormirse pero ahora, el calor y con él los colores regresaban paulatinamente a su cuerpo.

-¿Qué era? -preguntó la oficial jefe de seguridad, entrando.

-Míralo tú misma -le dijo, extendiéndole la placa de Petri en que depositara el cuerpo extraño. La mujer miró y se turbó.

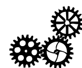
-Oh… oh… -dijo, meneando la cabeza- ¡Cuánta malignidad!

-Esto fue alevoso y premeditado, Maestra -sentenció la Médica-: el agresor sabía que Milie recibiría atención inmediata y profesional. Ha estado buscando algo que escapase a nuestro escrutinio. Ha hecho lo posible por garantizarse que, pasase lo que pasase, el ataque fuese mortal.

-Un vulgar veneno como señuelo, y uno difícil de detectar y de lenta disolución, para terminar el trabajo cuando te dieras por satisfecha -reflexionó la oficial jefe de seguridad-. Sí: ese hombre ha procurado obstaculizarte el trabajo. ¿Cómo lo encontraste?

-El ingeniero despertó. Seguía lívido y tiritando, y quejándose de dolor en una herida que supuestamente, ya habíamos curado. Y ya conoces la regla: *"Si el paciente se queja, ¡busca! Donde hay dolor, hay una causa".*

-¡Si él mismo no estuviese todavía tan vapuleado! Hazme el favor: apremia a tus asistentes para que lo curen con la mayor celeridad posible: quiero interrogar a ese criminal cuanto antes. Ni siquiera esperaré a que se recupere al cien por ciento. Tan sólo lo suficiente como para soportar un interrogatorio. Haz lo posible para que sea en breve, por favor.



Úslum estaba encerrado en una celda fría, oscura y tétrica; un simple cubil de acero desnudo y en permanente penumbra: la única luz siempre magra, pálida e insuficiente, se filtraba a desgana por el respiradero, en el techo. Pese a las atenciones recibidas, aún se sentía magullado de pies a cabeza: no había centímetro de músculo o hueso que no le doliera. Conociendo la fama de expertos sanadores eximios de que gozaban los Médicos de la Orden a nivel internacional, no podía dejar de colegir que por lo visto, él estaba siendo atendido con idéntico entusiasmo al demostrado por la iluminación para penetrar en su celda: ninguno. Recibía dos raciones diarias, insuficientes en su opinión porque, a pesar de lo deliberadamente insípidas, nunca lo dejaban satisfecho. Dado que no le estaban administrando nada que pudiese identificar como "medicamentos", supuso que estarían añadiéndolos a su comida o bebida, o a ambas en simultáneo, así que ponía especial cuidado en no desperdiciar nada. Y por lo menos en este punto, acertaba.

También había notado otro fenómeno interesante: sus carceleras (¡porque siempre eran mujeres!) parecían evitarlo. ¿Le tendrían miedo? Era posible, dado que se trataba de delicadas muñecas de un metro treinta y cinco de estatura aproximada, mientras él era un obelisco de uno ochenta y cinco. ¡Les llevaba medio metro! Le bastaría un soplo, para estamparlas contra la pared. No era de extrañar pues, que le dejaran su ración aprovechando los momentos en que se adormecía... Se sonrió con malévola picardía, preguntándose qué pasaría si fingiese dormir para a continuación, atacar a una carcelera desprevenida. ¡Jo! ¡Podría generar una situación tan ridícula como divertida! Estaba

haciéndose votos de intentarlo a la próxima oportunidad, cuando en su deprimente mazmorra entró un puñado de mujeres de rostro adusto. La que parecía gobernarlas le preguntó, mirándolo directo a los ojos:

-¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Por qué agrediste al ingeniero?

Úslum no respondió. Se limitó a contemplarlas de soslayo con expresión burlona, cargada de desprecio. En silencio esperó a que reiterasen las tres cuestiones, entonces actuó: pegó un salto de gigante (que por poco le hace darse de cabeza contra el techo), abalanzándose sobre ellas… que ni siquiera se inmutaron. ¡No lo necesitaron! Todavía en medio del salto, Úslum se contorsionó con un grito sofocado: los músculos se le contrajeron acalambrados, y una garra invisible pareció cerrarse sobre su garganta, asfixiándolo. Cayó al suelo retorciéndose y escupiendo espumarajos, aterrado y con los ojos desorbitados. Habría querido suplicar piedad, pero no podía. La rudeza del ataque sólo cedió cuando creyó que al instante siguiente, le estallarían los pulmones. Permaneció resoplando quejumbroso, acurrucado en el suelo. En el ínterin, ellas no se habían movido. Insistieron:

-¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Por qué agrediste al ingeniero? -sin alzar la voz, ni variar el tono o la acentuación. ¡Se diría que para ellas, nada había pasado!

Úslum se sabía perdido pero por lo menos, conservaba el consuelo de su previsible victoria. Incluso si no estaría allí para disfrutarlo: le bastaba el placer anticipado de saberse vencedor a largo plazo. Se sentó con actitud indiferente, descansando la espalda contra la dura y fría pared de su celda.

-¿Contumaz hasta el fin? De acuerdo. En tal caso… ¡Tú lo has pedida! -susurró la oficial superior.

A una señal suya, las demás lo inmovilizaron. Oh, no… ¡Qué ridículo y miserable se sintió! Él, un gigante fortachón, ¡reducido por un puñado de figurillas enclenques! Sintió como si le clavasen un dardo de fuego en la base del cráneo, y quiso aullar pero había enmudecido, paralizado de dolor, angustia y espanto, con los ojos monstruosamente abiertos, fijos en su serena oponente, que se acercó ordenando en voz baja y tranquila:

-Tu Registro.

Ah, ¡cómo lo sacudió esa intromisión! Fue como si lo estuviesen despellejando y descuartizando vivo, como si le arrancasen una a una las entrañas, para exponerlas al desnudo a continuación. ¡Qué

sufrimiento inagotable, qué vergüenza y qué impotencia! Cuando ella culminó su examen y las mujeres se retiraron, Úslum cayó al suelo temblando convulsionado y lloriqueando, exhausto y amargado. Esto… ¡no podía estar sucediéndole en realidad!



La mañana siguiente, Milie despertó sintiéndose mejor. Declaró no percibir ya frío ni dolor, sino tan sólo un generalizado cansancio muscular y cierta obnubilación mental que tardaba en disiparse. Pidió ayuda para sentarse, y autorización para desayunar. Obtuvo una y otra, y al rato estaba sentado de piernas cruzadas en la cama, bebiendo con lenta concentración y tratando de entender:

-Yo… todavía no alcanzo a explicarme…: ¿cómo llegué hasta aquí esta vez?

-¿Qué recuerdas? -preguntó la oficial Médica.

-Pues… todo, o eso creo. Estaba sobre cubierta, verificando el contenido de los pedidos, cuando algo pesado me cayó encima. No vi qué sería ni supe por qué cayó… Me desvanecí con el golpe y desperté aquí, sintiéndome herido y helado. Lo cual, a decir verdad, ¡tiene tan poca lógica!

¡Listo! Milie seguía sin tener noción siquiera, de haber sido atacado. Las mujeres intercambiaron miradas significativas y tras un breve debate mental, decidieron seguir ocultando el dato. Por lo menos, hasta que él se restableciera plenamente. Pero dejarlo completamente en la bruma tampoco era recomendable. La oficial jefe de Enfermería optó por una respuesta parcial:

-Recuerdas bien: algo te cayó encima durante el proceso de recepción de suministros. Pero la herida fue causada por un objeto punzante que sobresalía. Esto… estaría contaminado de alguna manera y te intoxicó; de allí que tu malestar fuese tan intenso. En cualquier caso, ¡no te preocupes! Lo peor ya ha pasado.

-Gracias -dijo Milie sonriendo, y cesó de preguntar.

Desde el momento en que la respuesta recibida calzaba con tanta precisión con sus recuerdos, ¿por qué habría de sospechar que faltaban detalles, o que el presunto accidente hubiese sido un ataque? Terminó su desayuno con calma, pidió ayuda para acudir al aseo, y luego se volvió a su lecho. Su proceso de recuperación continuó, y a los dos días se había reintegrado a su trabajo. Pero las oficiales de Enfermería llamaron a Alervin para decirle:

-Tarde o temprano, tendrás que contarle la verdad. En especial, porque el ataque dejó secuelas. Deberás administrarle este Reconstituyente de por vida: tres gotas con el desayuno por la mañana,

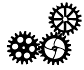
otras tres con la cena antes de dormir. ¡No las olvides! Especialmente la dosis nocturna, es de importancia crucial. Y a continuación, si conoce la técnica que duerma en Sueño de Restauración Profunda. Y si no la sabe, pide a cualquiera que le enseñe. Conserva esta fórmula, para solicitar más a nuestros médicos o boticarios. ¡No la pierdas! Tienes la vida de tu esposo en tus manos.

-¿Tan… grave es? -preguntó Alervin, palideciendo.

-No: es peor. En circunstancias normales, Milie estaría muerto. De hecho, tampoco te durará mucho si interrumpes el tratamiento. Esto… lamento admitirlo, pero ciertos males no tienen remedio. A partir de hoy, nos estaremos limitando a aplazar su sentencia, día tras día.

-Quiere Usted decir, ¿¡que le quedan pocas esperanzas de vida!? -Alervin se sentía al borde del abismo. Oh… ¡Qué maldición! ¡Cuánto daño causado por un funesto error de joven inexperta, irreflexiva e inmadura! ¡Quién pudiese retroceder en el tiempo para borrarlo!

-Alervin, hija -la reconfortó la mujer que en efecto, debía estar llevándole unos treinta años-: si eres sensata, lo ayudas y él coopera, todavía puede vivir muchas décadas así, llegar a viejo y abrazar a sus bisnietos. Pero nunca podréis bajar la guardia. Nunca os podréis considerar tranquilos y a resguardo, con el problema definitivamente superado. Deberás velar y cuidarlo siempre, día tras día, por la mañana y por la noche. ¡No lo olvides! Y presta atención, que la medicina nunca se os agote. Pide que te preparen más, antes de que se acabe el primer frasco. Que nunca os falte, ¿vale? Nunca. Para él, se ha vuelto tan vital como el aire que respira. No le puede faltar.



El capitán, la oficial jefe de seguridad y su colega de enfermería se constituyeron en Tribunal, a fin de debatir el caso de Úslum, y determinar su castigo. El reo, todavía en su mazmorra, no tenía idea de hasta qué punto se había enredado. Le sucedía lo que a muchos: por ver a los Maëdern esencialmente pacíficos y bondadosos, se apresuran a considerarlos por añadidura, débiles y tontos. ¡Craso error! De hecho, Úslum estaba particularmente complicado por haber cometido su atentado, a bordo de un navío de la Hísel-Minei. Como es de público conocimiento, ellos asumen sus embarcaciones como "territorio soberano"; considerándolas islas flotantes, fragmentos móviles del suelo patrio. Por ende, cometer un delito en cualquiera de sus buques, equivale a hacerlo en su país. Como tal lo juzgan y castigan, sin reconocer otras jurisdicciones, y sin contemplaciones para con la nacionalidad del criminal.

Sin embargo, nada lo colocaba en mayor aprieto, que esa habilidad Maëdi para acceder al Registro, y dilucidar con certeza la verdad de acontecimientos e intenciones, sin necesidad de confesión y desestimando ipso facto, cualquier excusa incongruente con los hechos. En tales circunstancias, Úslum poco podía hacer para defenderse. ¡Al contrario!: cualquier vana excusa que inventase, solo podía perjudicarle. Precisamente por eso, esas buenas gentes le ahorraban la posibilidad de verse tentado a mentir o inventar tonterías, juzgándolo en ausencia. Sólo lo llamaron cuando, tras debatirlo durante horas, habían arribado a una sentencia consensuada. Úslum se indignó al entender que la cuestión se había dirimido a puertas cerradas. Intentó protestar, reclamando su derecho básico a la defensa; pero el capitán lo interrumpió iracundo:

-¡Calla! Has desperdiciado tu oportunidad: debías hablar, excusarte, disculparte o argumentar cuando te interrogaron. Qué hiciste entonces, ¿ah?: ¡atacar a mis oficiales! Pues ahora, ¡te aguantas!

Y se tuvo que aguantar, o eso intentó, mientras el severo capitán le leía su sentencia:

-Deberás cumplir quince años de trabajos forzados en Hísel-Minei: diez, para pagar la indemnización a tu víctima. Los otros cinco, para devolver a la empresa tus gastos de manutención.

¡Indemnizar a su víctima! ¿Significaba que para colmo de males, su detestado rival vivía aún? ¡No podía ser! O quizás… no fuese más que un mero formulismo jurídico, factible de interpretarse como "*indemnizarlo a él o en su defecto, a sus deudos*". Sí. ¡Eso sería!

Mientras el cerebro de Úslum trabajaba a cien mil revoluciones por minuto calibrando estas cosas, el capitán reanudaba su discurso tras haberse remojado la garganta:

-Pero para evitar posibles reincidencias una vez recuperes tu libertad, eliminaremos de tu Registro cualquier recuerdo o impresión relacionada con, o que haga referencia a, tu víctima.

-¡Oh, no! -se sacudió aterrado, no solo de ir a perder fragmentos de su memoria sino más. Ahora sí que no cabía duda: ¡su rival había sobrevivido! Peor todavía: para su beneficio estaría trabajando los próximos años. ¡Y ya nunca se podría vengar! Estalló en un incontenible llanto frustrado.

-Pobre necio… -murmuró la oficial Médica meneando la cabeza con tristeza- Lamenta perder la posibilidad de vengarse. En lugar de entender que le estamos ofreciendo una preciosa oportunidad de enmendarse y crecer como una persona decente, más buena y noble, libre de rencores destructivos.

-¡Patrañas! -estalló Úslum-: ¡*no quiero* mejorar! Exijo mi derecho a vivir según *mis* principios. ¡No podéis obligarme!

Pero nadie le prestó atención. Las oficiales de seguridad lo inmovilizaron mientras implacable, su Rectora se aplicaba a realizar un meticuloso borrado selectivo, tras el cual Úslum fue subido a un helicóptero, partiendo hacia su próximo cautiverio: una embarcación de la empresa, que servía en la ruta de la Grieta. A partir de ahora, el hombre se sabría condenado aunque desconocería su crimen. ¡Doble motivo de congoja! De ahí que Alervin se volviese más cuidadosa que antes, en preservar su anonimato: en su opinión, no habría sido justo que los demás catalogásemos a Úslum-Súshlum de criminal, cuando él mismo acababa de quedar impedido de por vida, de conocer su delito. Esto sin contar que además, el cautiverio sí le aprovechó: aliviado del lastre de sus viejos rencores y conviviendo a diario con Maëdern, a la postre su carácter se dulcificó. Oh, ¡no es que se haya vuelto Maëdi! Pero sí… que hoy es un hombre más paciente y manso.

Mención aparte merece el insólito vehículo que lo transportó, de la cubierta de un navío a la del otro: uno de los tres helicópteros que el País del Elde hubo de entregar a la Hísel-Minei como indemnización por sus ataques y persecuciones de antaño; una de las condiciones más dolorosas que los Maëdern les impusieron antes de reanudar cualquier comercio con ellos. Tras recibirlos, los Minéyern los desarmaron (como cualquier artilugio volador en Mundo Saïri, se trataba de aparatos militares), utilizándolos desde entonces para asistir a sus buques y tripulaciones en casos de emergencia. De ordinario tienen uno estacionado en Hísel-Minei, otro en Erdred Neku, y el tercero en su enclave minero de las Shéluien, donde se quedó desde la finalización de las obras.

¡Ah, sí!: los Maëdern pueden ser buenos. Muy buenos. ¡Pero no los fastidies! Especialmente a estos: ya no toleran la prepotencia, ni la necedad.



Solo con el agresor convenientemente distanciado, Alervin se permitió sincerarse con Milie. Cuando esa noche, muy tarde, él volvió de su última ronda intempestiva por las instalaciones, ella le comentó con contrita tristeza:

-Milie… tu percance de la otra vez sobre cubierta… ¿Sabes?: en realidad, no fue un accidente. No se trató de un objeto que cayese sobre ti al azar. Fue… un ataque premeditado.

Él la miró, tan incrédulo como desconcertado. .

-Alervin, eso… ¡no puede ser! ¡Si no tengo enemigos!

-Bendita sea la Unidad: *¡ahora* ya no! Pero en ese momento sí: Úslum.

-¡Úslum! -el buen hombre seguía sin dar crédito- Pero él… ¿qué hacía sobre nuestra cubierta?

-Había venido especialmente, para vengarse.

-Pero hablas de él en tiempo pretérito -murmuró, pensativo y preocupado-. ¿Qué le habéis hecho?

-¡Oh! Nada grave: nuestra Rectora de seguridad ha borrado cualquier referencia a nosotros de su Registro, para garantizarnos que no reincidirá.

-Pobre Úslum…

-¡No lo compadezcas! Te ha legado una condena atroz: la hoja de su puñal estaba envenenada y… te ha dejado secuelas indelebles: deberás administrarte el Reconstituyente que te dieron en la Enfermería, dos veces al día, de por vida. Y dormir siempre en Sueño de Restauración Profunda. Oh, Milie: ¡perdóname! Por mi estupidez de chiquilla caprichosa, ¡tu vida penderá siempre de un hilo!

-Alervin, amor: no te martirices. Ha sido Úslum, ¡no tú! No puedes responsabilizarte por los atropellos ajenos. Esto, es culpa enteramente suya. Tú no tienes nada que recriminarte.

-Pero si yo no hubiese…

-¿Y quizás, si *yo* no hubiese? Porque te lo habrás planteado también, ¿verdad? -Alervin lo admitió con un gesto mudo, sonrojándose abochornada- Pero te equivocas. Tú, *ahora* me amas. Ahora sabes que soy lo mejor para ti. Tuviste que aprenderlo por la vía larga y difícil, porque no tenías modo de averiguarlo antes. Y te lo demostraré: supongamos que al principio, resistías la prueba y nos casábamos según el plan. O que no había prueba en absoluto, y nos casábamos incluso antes. ¿Crees que por eso, alguien como él se habría resignado a renunciar a cortejarte? De una u otra forma, la duda habría crecido en tu interior, carcomiéndote y acrecentándose, amargándote y volviéndote desdichada a mi lado. Y tarde o temprano, me habrías abandonado para fugarte con él. ¡Sólo imagínalo! ¿No crees que esa posibilidad habría sido peor, y más irreparable? No, Alervin: ambos teníamos que aprender, y quizás no había otro camino. Sin duda ha sido duro, nos ha herido a ambos. Pero lo principal, es que ahora estamos juntos, el uno para el otro, sin vacilar. ¿Que tendré que cuidar mi salud a diario? Pues lo haré. Lo haré por ti, y por nuestros hijos. ¡Seré disciplinado! Pero no te aflijas. No merece la pena. No puedes ir por la vida cargando tu conciencia con delitos ajenos.

-Oh, Milie: si más gente fuese como tú, ¡qué mundo maravilloso tendríamos!

-Ay, no: qué espanto. ¡Sería aburridísimo! -exclamó él, y ambos estallaron en carcajadas.

Poco después se dormían abrazados y partían juntos, a navegar océanos de luz en compañía del Abuelo.



Milie estaba atareadísimo, ayudando al equipo de la sala de máquinas en el recambio de un cilindro averiado, cuando sonó el teléfono en el cuarto de control y el cadete atendió; corriendo a comunicar la noticia a continuación:

-Ingeniero Milie: ¡es Usted padre! Han requerido su presencia en la Enfermería.

-Oh, ah, ¡qué alegría! -dijo él, sonriendo abochornado- Bueno, esto… tendréis que disculpar que me ausente en mitad de la operación, pero… ¡Lo siento! Debo acudir.

Y salió apresurado en dirección a su camarote. Se encerró en el aseo, se bañó a conciencia, vistió ropa limpia y ahora sí, se encaminó radiante a la enfermería.

-Hola, Alervin: ¿cómo te sientes? ¿Cómo está nuestra hija?

-Me siento un poco fatigada, nada más. Las dos estamos bien, pero… ¡Cómo te has hecho esperar! ¿Qué tan importante era…?

-Ah… ¡Disculpa! Es que estaba embadurnado en aceite y grasa de máquinas… ¡No podía presentarme así! Lo… siento -murmuró, inclinando el rostro avergonzado. Ella sonrió:

-Oh, no: disculpa tú. Tanto tiempo conociéndote, y todavía no aprendo. Gracias por venir, Milie. Y por ser siempre tan considerado.

-Alervin… -susurró él- ¿Me… permites tomarla en brazos? Yo… estoy limpio. ¡No la ensuciaré! Me he lavado especialmente.

-¡Claro que puedes! Es tu hija. Ven… Así. ¡Muy bien! Sostenla con delicadeza y cuidado.

Milie la tomó con dulzura, arropándola amorosamente contra su pecho.

-Es preciosa… ¡Se parece a ti! ¿Qué nombre le pondrás?

-Yo creí que desearías nombrarla tú.

-No estaría bien. No sería… justo. Tú te has tomado la mayor parte del trabajo. ¿Que ahora llegue yo, y me adjudique el mérito?

-¡Jajaj! ¡Qué ideas tienes! Si a fin de cuentas, ¡ambos somos padres por igual!

-Mmm… cierto. Te diré lo que haremos: tú propones un nombre. Si me gusta, bien. Si no me gusta, propones otro. Y así, hasta que hallemos uno al gusto de ambos. ¿Qué te parece?

-¡Excelente! Empecemos pues. ¿Qué tal… Meneyént Daërin?

-¿Es… por la Meneyént de Aïketh, que trajo el Regeneracionismo a Darei?

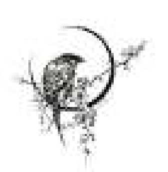
-Exacto. Sería en su honor.

-Perfecto. El nombre me gusta. Y Meneyént de Aïketh fue una mujer admirable. Cuidaremos mucho a nuestra Meneyént -concluyó, acunando a la recién nacida.

-Vale. Ahora… no te enojes, pero preferiría que me la devolvieses. Pásate por aquí más tarde, y podrás sostenerla en brazos otra vez.

Meneyént creció sus primeros meses a bordo: Alervin la dejaba en la Enfermería durante sus turnos de trabajo, y la recogía consigo a su camarote en las horas de descanso. Milie, siempre tan considerado, nunca dejó de bañarse y cambiarse para sostener a su hija: mantenía una muda de ropas limpias especialmente reservada para la ocasión. En Hísel-Minei, nacer a bordo de cualquier embarcación de su flota concede privilegios vitalicios especiales: una especie de ciudadanía marítima de honor. A pocos meses de nacida, recibió desde la Casa Matriz en el Continente Pequeño, su medalla honorífica acompañada de un diploma conmemorativo a su nombre; una especie de Partida de Nacimiento particularmente puntillosa en detalles: día, hora y peso; nombre y rango de los padres, nombre, número de registro y tipo de navío y su posición geográfica al momento del alumbramiento; capitán al mando, etc.

Pero a los siete meses de nacida la niña, Alervin rescindió el contrato. Tras casi un año y medio compartido con su esposo desembarcó con la criatura, iniciando su regreso a Lémleth, solas por lo pronto. Tuvieron una despedida muy emotiva, mientras esperaban transbordar a una de esas barcazas de suministros que las conduciría a Ajnu Dúir. Viajaban a finales de primavera, ventaja que difícilmente notaban tan al Sur: el viento apenas sí era menos violento y gélido de lo habitual. La única diferencia palpable, eran las horas de luz. Pero por fortuna, el personal las ayudó con solicitud, a trasladarse con sus equipajes. Días después, madre e hija llegaban a Lémleth, y eran recibidas por unos abuelos felicísimos. Así comenzó la larga espera.



Milie cumple sus promesas

Milie continuó sirviendo hasta el final de las obras. Un año y medio más tarde, concluida la misión del buque, desembarcó en su primera escala con el personal de Ajnu Dúir, mientras el gran navío cargaba combustible y reanudaba la travesía hacia su escala siguiente en Draïr, donde tenía previstas unas reparaciones externas antes de proseguir hacia Hísel-Minei.

Iba tan emocionado e impaciente, que no se concedió respiro: apenas pisó tierra firme en el puerto más austral de la Confederación, se dirigió con sus bultos a la estación, tomando el primer tren hacia el Norte. Al cabo de medio día se apeaba en Ríakj, la estación de transbordo y a los pocos minutos reemprendía el viaje a Lémleth. Nadie lo esperaba en dicha terminal porque, atolondrado, en ningún momento se había detenido a telefonear. Descendió con sus cosas, abandonó el majestuoso edificio y tomó un taxi. Iba exhausto, no solo por el exceso de trabajo de los años transcurridos, sino por la alocada carrera sin pausa del último día. ¡Pero feliz! Por fin se reencontraría con su familia y, ahora sí, se tomarían sus merecidas vacaciones para comenzar a edificar sus vidas en común.

Bajó en casa de sus suegros y tocó el timbre. Saliendo a atender, la señora Hesiu se lo quedó mirando pasmada antes de reaccionar, y llamar con su voz temblando de emoción:

-¡Vadaric! ¡Vadaric, ven! ¿A qué no sabes quién está aquí?

Ella acudió de inmediato pero sin sospechar, topándolo allí de súbito, extenuado y sonriente.

-¡Milie!

Y se abrazaron llorando. Junto a ellos, la señora Hesiu se apresuró a sacudirse la emoción, para atender sus obligaciones de anfitriona:

-Vamos: no os quedéis allí. ¡Pasad! A ver si te ayudo un poco con esto… Milie: ¿quieres un café?

-Sí, gracias -dijo él, sentándose a la mesa en la cocina. Entretanto, Alervin llamaba a su hija.

Meneyént llegó y se quedó mirando a ese hombre desconocido, con extrañeza. Desde que se hospedaran en casa de los abuelos, su madre no había perdido oportunidad de recordarle que tenía un padre en alta mar, que volvería *"cualquier día de estos"*. Incluso así, al principio le costó entrar en confianza. Milie se aplicó concienzudamente a abrirse paso a través de su corazón, para ir

conquistándolo palmo a palmo. Tampoco le costó tanto, porque enseguida se reveló como un padre amoroso, tierno, dedicado y abnegado. Un enamorado, tanto de su esposa como de sus hijos.

Bebió con concentración, acariciando con ternura los rizos castaños de su hija que en el ínterin, se entretenía jugueteando con las insignias de él, atraída por el brillo prístino de la "plata Sorian". Ni ella ni su madre vestían a la usanza Maëdi, sino como la gente de Lémleth. Suponiendo con acierto que lo harían para sentirse más cómodas en su hogar provisional, Milie se guardó cualquier comentario al respecto. Bebió un segundo café después del primero y a continuación, pidió permiso como siempre, y salió *"a ver el puerto"*… ¡que llevaba más de tres años y medio sin visitar! Y que en sus momentos más aciagos, creyó que ya no volvería a contemplar.

-Vadaric, hija: ¡qué envejecido está! -exclamó la señora Hesiu, apenas él se hubo perdido de vista, calle abajo.

-Sí… -suspiró ella- Ha estado trabajando mucho y muy duramente. Lo sé, porque lo vi: no se concedía un respiro. Él sólo, hacía el trabajo de tres…

-Incluso así… -insistió su madre.

Alervin volvió a suspirar, ahora con evidente aflicción. Todavía no había confiado a sus padres los gravísimos episodios clínicos sufridos por su esposo a causa de ella: ni la conmoción cerebral que le provocara el súbito reencuentro ni, mucho menos, el casi mortal ataque de Úslum.

-Yo soy en gran medida responsable de su deterioro -reconoció. Pero reservándose lo peor, reveló sólo una fracción-: sufrió terriblemente con mi abandono. Y cuando volví a su lado, la sorpresa casi lo mata. Es… adolece de una salud terriblemente delicada.

-Luego, deberás cuidarlo mucho si pretendes que sea longevo.

-¡Y cómo! -exclamó ella con lágrimas en los ojos, sacudiéndose al recordarlo- Le han recetado un medicamento que debe administrarse de por vida. Mañana, y noche. No lo puede interrumpir. Yo… sólo espero que no se haya salteado ninguna dosis entre la emoción y el apresuramiento. Se lo preguntaré apenas lo vea.

-Ve y tráelo de regreso, mientras os preparo una cena rápida. Ese hombre necesita reposo con urgencia.

-¿Pero dónde dormirá?

-Tu padre debería estar llegando de un momento a otro. Le pediré ayuda, y trasladaremos su cama a tu habitación.

-¡Pero si apenas queda espacio, entre la mía y la cuna de la nena!

-Habrá que redistribuir el mobiliario. ¡No te preocupes! Ahí llega tu padre. Nosotros nos ocuparemos.

Mientras salía en dirección a la Costanera, Alervin alcanzó a escuchar a su madre que, pletórica de gozo, corría a recibir a su marido, comunicándole las noticias del día con gran excitación. Ambos se apresuraron a reingresar en la casa, y a acondicionarla para recibir al yerno.

Milie dormía profundamente, acurrucado en el suelo al modo Maëdi, cuando Alervin se detuvo junto a él. Estaban en pleno invierno pero a él, que llegaba acostumbrado a la dureza glacial de la taiga para cuyos vientos cortantes estaban adaptados sus vestidos, el templado invierno de Lémleth parecía casi estival. Incluso sacudiéndolo con insistencia, a ella costó despertarlo.

-Ah, hola Alervin -dijo él sentándose en su sitio, apoyando la espalda cansada contra una granítica pata del banco-. Ven: siéntate un rato conmigo, mientras reúno fuerzas para pararme y reemprender la caminata.

Ella así lo hizo y, rodeando sus hombros en un abrazo, comentó:

-Mi madre te nota avejentado…

-Supuse que sucedería. Y tiene razón. Piensa: recién voy a cumplir treinta y un años, y aparento el doble. ¡Pero mi aspecto mejorará! Ya verás… Voy a tomarme unas largas vacaciones, haremos un viaje de placer y al volver, nos estableceremos en Darei. Y cuando ya estemos convenientemente instalados y bien organizados, los invitaremos a la inauguración de nuestra casa: para entonces, podrán verme mejorado.

-¡Eso espero! Milie… -Alervin se detuvo indecisa, antes de continuar- Esto del ataque traicionero de Úslum: mis padres no lo saben todavía. No les conté…

-Mejor así. Déjalo. Pobre Úslum.

-Pero me preocupa tu tratamiento. ¿Estás tomando tus dosis?

-Puntualmente. Sí. Y siempre llevo una ampolleta aquí conmigo, además del frasco que va en mi equipaje. Me hice volver a preparar la fórmula antes de desembarcar. Y en cualquier caso, espero nunca alejarme demasiado de una Comunidad Maëdi, a la cual acudir para que me elaboren más.

-¡Bien! No te das una idea de cuánto me alivias. Vamos, Milie: nos esperan.

Y así diciendo se incorporó de un brinco, lo ayudó a pararse y emprendieron el regreso caminando lentamente, él aferrado al brazo de ella y apoyando la cabeza fatigada contra su hombro, mientras desarrollaban un primer bosquejo de sus proyectos vacacionales. Los señores Hesiu sonreían dichosos mirándolos acercarse desde su posición estratégica tras el grueso cortinado.

-No sepas cuánto me alivia verlos juntos -dijo ella-: hasta el último momento, temí que él nunca volvería.

Su esposo se sorprendió:

-¿Por qué? ¡Si ya se habían casado, y alumbrado una hija!

-Sí, claro. Pero después del desplante de ella… No me habría sorprendido si él le devolvía otro tanto.

-Hmm… -reflexionó él- Posiblemente, otro habría actuado como dices. Pero nuestro yerno es un hombre leal y de palabra. Alguien en quién confiar con los ojos cerrados. Nuestra hija es muy afortunada de haberlo encontrado.

Y viendo a la pareja acercarse progresivamente, se apartaron del ventanal, abocándose a culminar los últimos preparativos. Esa tarde, Milie tuvo una cena temprana y se retiró a dormir, sorprendido de que hubiesen trasladado su cama a la plata baja, aunque poco efusivo en sus demostraciones de sorpresa: el cansancio agravaba los efectos de su timidez habitual. Alervin aprovechó el "buen ejemplo" prodigado por su marido, para enviar a su hija a acostarse también. Permitieron a Milie dormir sin molestias cuanto quisiese, y aquel despertó abochornado pero fresco, recién pasado el mediodía. Permanecieron todavía unos días en casa de sus suegros. Tuvieron una alegre celebración familiar en el Indavu, y al día siguiente tomaron su tren a Draïr…

-Meneyént, hija, siéntate en tu sitio, que aplastas a tu padre…

La niña, que ya había entrado en confianza con él, iba sentada en su regazo jugueteando con sus insignias plateadas. Sonriendo divertido, Milie le dejaba hacer.

-Tú también tienes una preciosa medalla de Hísel-Minei, ¿sabes? -susurró él-. Ya te la colocaré en Darei, después de comprarte tu hábito nuevo y un medallón como el mío. Entonces irás tan emperifollada como yo.

Iban con poco equipaje, tras haber dejado la mayor parte de sus efectos personales en casa de los Hesiu. Ya se reaprovisionarían en la pujante ciudad Maëdi. Especialmente Alervin y Meneyént, que necesitaban ropa nueva. Y él otro tanto, pues a pesar de su excelente calidad, las suyas empezaban a lucir desgastadas después de tres años de uso intensivo.

Tuvieron un viaje ameno. Siendo la primera vez que salía de casa de sus abuelos para ver el gran mundo, la niña disfrutó de la experiencia, y contemplando el paisaje. Ya en su destino, se alojaron en la Torre. Milie alquiló un cuarto con vistas al mar, acomodaron sus cosas y bajaron a tener una cena temprana en el Nivel 20. Iniciaban así un período nuevo en sus vidas.

-Dime, Alervin, qué prefieres: ¿salimos de vacaciones ahora, y adquirimos propiedad después? ¿O primero nos asentamos, acondicionamos la casa y nos tomamos el descanso a continuación?

-Mejor comprar primero. Así al volver, ya tenemos nuestro refugio esperándonos.

-Aunque quizás no estamos en la mejor época: la nieve cubre el Valle, y es difícil ponderar la calidad de los terrenos. Si esperases a regresar en primavera, entonces…

-No te preocupes: conozco el Valle, sabes. No tengo más que hacer memoria cada vez.

-Bien. En ese caso, mañana empezaremos. Tenemos las principales inmobiliarias aquí mismo, en la Torre. Pero antes, los tres deberíamos vestirnos. Yo luzco como un menesteroso, y vosotras… no parecéis Maëdern.

Y así hicieron. En los días siguientes, Alervin tendría la oportunidad de maravillarse una vez tras otra, de la inusitada dadivosidad de su esposo. Hicieron una ronda por las inmobiliarias, y ella escogió casa: una preciosa vivienda característica, rodeada de suficiente terreno como para plantar una huerta y rodearla de frutales, cerca de su Academia. Milie compró y pagó en el acto: era realmente un potentado, entre los ahorros propios y la herencia del tatarabuelo. No tuvo más que firmar la transferencia bancaria, y a cambio recibió escritura y llaves. Ese día se dieron por satisfechos, pero al siguiente comenzaron a acondicionar la propiedad. Tras el desayuno en el Nivel 20, Milie condujo a su esposa (e hija) a un edificio aledaño, de diez pisos: los Grandes Almacenes del puerto, dividido por secciones según las plantas: una para vestimenta, otra para electrodomésticos, otra para vajilla, otra para mobiliario, otra para blanco, otra para iluminación, y así sucesivamente; productos importados del mundo entero, tanto industriales como artesanales, en los más diversos diseños y estilos. A Alervin, que no salía de su asombro, le costó elegir (él no se inmiscuyó, aduciendo que no entendía de

decoración de interiores y para el caso, ella pasaría más tiempo en casa que él; pero elogió con entusiasmo todas sus elecciones), y se fue tomando los días siguientes para recorrer los almacenes planta por planta, escogiendo enseres y mobiliario, para enviarlos a su casa. Hacían sus compras por la mañana, almorzaban algo rápido en la estación y viajaban a su nuevo hogar, a esperar los envíos, ingresarlos y acondicionar el inmueble poco a poco, al gusto de ella. Tras una semana de trabajo intenso, la casa lucía tan acogedora y bien provista, que ni se habría dicho Maëdi. O en cualquier caso, poco la habríamos relacionado con la adusta sobriedad de la Orden. Pero a fin de cuentas Alervin venía de fuera, acostumbrada a un estilo de vida más holgado, y Milie se demostró particularmente comprensivo:

-Si la Unidad nos favorece, recibiremos a tus padres en muchas ocasiones. No quiero que se sientan incómodos, ni que piensen que pasas privaciones o que eres desdichada, ni que te avergüences ante a ellos… -sostuvo él.

Vivieron una semana más en Draïr, ahora en su propiedad terminando de ultimar detalles. Luego hicieron sus maletas, y tomaron el tren a Aïketh.

-Allí están en verano -explicó él-. Un verano templado, amable y en absoluto sofocante, según me han comentado.

Permanecieron el resto de la temporada en Aïketh: una semana hospedados en la Torre y recorriendo los lugares de interés de la ciudad, y dos meses en una cabaña turística al pié de las montañas, en un sitio de ensueño rodeado de bosques y torrentes paradisíacos. Descansaron, emprendieron largas caminatas de exploración, pescaron, navegaron en canoa, Milie prodigó lecciones de natación a su hija y, tal como esperaba, él mismo comenzó a recobrar la perdida lozanía juvenil. Favorecido por el aire puro, el sano deporte y la recreación contemplativa, el hombre se fortalecía día a día. Con los primeros indicios del final del estío volvieron a la ciudad, hospedándose en la Torre una vez más. Milie se allegó a las oficinas de la naviera y adquirió pasajes para Hísel-Minei.

Hacía tanto que no lo veía tan melancólico, que Alervin había olvidado lo retraído que él podía ser. Durante el largo viaje Milie callaba pensativo, desconectándose del entorno con espontánea facilidad, sumergido en graves reflexiones con los ojos entornados o en su defecto, con la mirada perdida en el vasto horizonte oceánico. No le habría perturbado en absoluto, de no haber percibido que en efecto, su esposo parecía más triste cada día. Pero… ¿acaso no amaba su país? ¿Podía ser

que se afligiese en lugar de alegrarse, ante a la perspectiva de volver? Su prolongado mutismo le oprimía el alma, pero decidió no presionar. En lugar de ello se ubicaba junto a él, abrazándolo en silencio. Su intuición femenina le sugería que no se trataba simplemente de "regresar a su país". Por lo visto, él tenía planes más complejos que en cierta medida, le costaba asumir. Con paciencia, decidió aguardar a que él se sincerase espontáneamente. ¡Ya lo haría tarde o temprano, cuando reuniese fuerza de ánimo! Y él… no pudo dejar de percibir esa demostración de amor conyugal, que en su fuero interno agradeció con alivio. Sí: ya llegaría el momento de sincerarse, pero no todavía. No. Todavía no…

Quitando la inusitada melancolía del hombre, el viaje fue inolvidable, y Meneyént lo disfrutó más que nadie. Lo emprendió luciendo su primorosa medalla de "ciudadana honorífica de los mares", lo cual le valió una esmerada atención por parte de la tripulación en pleno… como si no hubiese tenido suficiente con los privilegios y miramientos especiales que ya de por sí, a la familia le garantizaban las veneradas insignias paternas. Prácticamente, iba a su antojo por dónde quería, aunque siempre supervisada y asistida, claro, que a fin de cuentas sólo era una niña.

En Hísel-Minei empezaba la primavera cuando Milie las llamó para que gozasen de su primera panorámica del país, a medida que se aproximaban a sus costas. Alervin se quedó impresionada.

-Milie -exclamó-: ¡es enorme! Sabía que era grande, pues vosotros no perdéis oportunidad de mencionarlo. Pero nunca imaginé que a tal extremo. ¡Es increíble lo que poseéis aquí!

-Esto -respondió él-, piensa que lo han arrasado hasta los cimientos y hemos tenido que reconstruirlo, más de una vez. Pero por otra parte, no olvides que tenemos aliados: un cuarto de lo que aprecias desde aquí no nos pertenece, sino a los de Aleyént. Ya verás: espero llevarte a visitar parte de las instalaciones de ellos.

-Incluso así: creo que si no sois la nación más poderosa del mundo, sí debéis ser los más ricos.

-No todavía… Hemos realizado inversiones colosales en Darei y en las Shéluien. El día que hayamos amortiguado esos gastos y comencemos a disfrutar de los dividendos, entonces sí que seremos realmente ricos. Claro que para entonces… posiblemente estemos pensando en inversiones nuevas. Somos un pueblo dinámico y laborioso. Amamos el progreso. Esto… sé que a los Originalistas como tú os parece muy poco Maëdi, pero no lo podemos evitar. Es como un irresistible impulso interior, que no nos permite estancarnos.

-Cierto que si me detengo a pensarlo, no entiendo muy bien para qué os esforzáis tanto. ¿Qué esperáis conseguir de vuestros empeños? ¿Creéis que vuestra posición en la Dimensión de las Almas será mucho más elevada, merced a esto? Aunque no por ello dejo de admirar vuestro tesón.

-Amamos lo que hacemos, Alervin, eso es todo. Trabajamos con amor. Ese amor profundo nos acompaña siempre, lo llevamos en nuestra esencia y… sí: nos eleva. Aunque te cueste entenderlo: nos hace personas intrínsecamente mejores, y nos vuelve útiles a la sociedad. ¿Sabes? -añadió, no sin cierta amargura-: sé de alguien que hoy lamenta haberme nombrado como a nuestro fundador. Y sin embargo, estoy seguro de que si Maëdi Milie pudiese contemplarnos hoy, se sentiría orgulloso de nuestros logros, y de reconocernos como sus Alumnos.

Alervin no pudo dejar de percibir la acritud de su esposo, pero prefirió simular lo contrario. Sin que se lo dijesen, hacía años había comprendido que él tenía alguna clase de conflicto con sus padres, y quizás ese fuera el motivo de su repentina melancolía. En cualquier caso, él mismo compartiría sus sentimientos con ella tarde o temprano, sin necesidad de presionarlo. Por enésima vez desde que notase el cambio de actitud, decidió armarse de paciencia y seguir esperando.

Sin embargo, llegó un momento en el cual, por más que lo intentó, ya no se pudo contener. Milie se había mostrado entusiasmado al desembarcar, como si acabase de despertar a la ilusión de vivir. Señalaba a cada lado allá dando explicaciones y repartiendo anécdotas con generosidad: "*aquí hice esto, aquí empecé aquello, esto es Tal Cosa, y esto otro es Tal Otra…*" Y así desde que pisaron los muelles y hasta que, tras instalarse en una habitación de las plantas superiores, tuvieron su desayuno tardío en el "Nivel 20", disfrutando de unas magníficas vistas del puerto. Esa jornada habían recorrido a pie las inmediaciones de la Torre, y él había estado sonriente y comunicativo al guiarla por el centro de su ciudad, topando cada tanto a viejos conocidos con los cuales se detenía a conversar.

Alervin habría deseado dar la crisis por superada, pero el día siguiente la devolvió a la realidad: durante su opíparo almuerzo en el Restaurante de la Torre, Milie se mantuvo más distante y deprimido que nunca. Su estado de ánimo era más descorazonador si cabe, por el contraste con el pletórico optimismo observado la jornada anterior.

-Dime, Milie: ¿qué tienes? Esperaba que enseñarme tu patria te haría orgulloso y feliz. Y en cambio y descontando ayer, llevas días enteros sin hacer otra cosa que suspirar y languidecer…

-Verás, Alervin, yo… Yo conozco a tus padres, y ellos a mí. En cambio los míos… ni siquiera saben que me he casado. Llevo casi dos décadas sin verlos y… En fin: creo que no es justo para ellos, ni para ti. Por lo menos una vez, yo… tendré que concederos la oportunidad de conoceros mutuamente. Lo que suceda a continuación, ya no depende de mí. Y eso es lo que me trae tan preocupado. Por una parte, siento que no lo puedo eludir. Pero por la otra… la incertidumbre me agobia. Entiende: no me fui en buenos términos.

-¿Te fugaste?

-No. Me expulsaron -masculló con amargura, y se sacudió visiblemente. La pequeña Meneyént lo miró asustada, y comenzó a lloriquear con espontánea solidaridad infantil. Amaba y admiraba a su padre. No alcanzaba a concebir qué cosa tan terrible como invisible, pudiese estar causándole semejante congoja. Él la cobijó en su regazo, acariciándola con ternura pero sin dejar de lagrimear mientras procuraba consolarla en vano-. No te preocupes, Meneyént. Estoy bien: os tengo a ti y a tu madre, y eso es lo que importa.

-Vale, Milie. Pero si tan bien estás, ¿por qué te angustias tanto? -objetó Alervin, preocupada.

-Verás… Hoy a la noche es la tenida semanal en el Club de Darei. Mi idea es adelantar nuestro viaje, y aprovechar para visitar a mis padres, que viven en sus inmediaciones. Si somos bien recibidos, perfecto: nos quedamos con ellos un par de horas, hasta que empiece el evento. Y si no nos reciben, tampoco es grave: nos vamos al Club y visitamos el Museo de los niveles superiores mientras esperamos. Ya ves que en teoría no es mala idea, pero entiende: no sé lo que encontraré, no sé cómo me recibirán. ¡Y tiemblo de miedo! Yo… esto… nunca he podido superarlo. Quiero decir: el rechazo y el desprecio. Comprende: ¡era pequeño, desvalido, dependía de mis padres! Eran lo único que tenía en el mundo, y me fallaron. Yo… lo siento.

Su voz se quebró mientras su llanto se redoblaba, brotando con intensidad incontenible. Alervin tomó sus manos entre las suyas sobre la mesa, consolándolo:

-Te entiendo. ¡No estés tan triste! Recuerda que has crecido, y que ya no estás solo: ¡nos tienes a nosotras! E incluso a mis padres. Somos tus adalides, y siempre te apoyaremos. Y yo… no permitiré que nadie te vuelva a humillar. Ánimo, Milie: iremos contigo, te acompañaremos. No estarás solo. No tienes que temer.

-Gracias… -musitó él, secándose la cara con la manga- Gracias, Alervin. Gracias, Meneyént. Mis ángeles… ¡Soy tan feliz de teneros! Sois… mi vida. Iremos juntos, enfrentaré mis viejas frustraciones y… que la Unidad me ampare. Pase lo que pase, mañana me sentiré mejor. Me habré liberado de un enorme peso. Entonces comenzarán nuestras auténticas vacaciones en el Continente Pequeño, ya veréis. Libres de cualquier traza de melancolía, exploraremos el país y nos divertiremos. Espero permanecer un mes en la isla, antes de regresar a Darei y plantar nuestra huerta. Este… solo es un trago amargo que debo apurar, nada más. Y ya tampoco importa demasiado cómo vaya a resultar: voy sin hacerme ilusiones, sabes. Ellos… son Originalistas tan intransigentes, que no cabe esperar nada por su parte. Los sé incapaces de contemporizar. No son como tu Rectora, que ha viajado y se ha abierto a las diferencias. Ellos están aquí, cómodos en su medio homogéneo, rígidos en su ausencia de desafíos sociales. Y entre tú y yo: aunque se crean más fieles al acervo original de nuestra Orden, en mi opinión han perdido lo principal.

-Sé que eres crítico con el Movimiento Originalista. Lo recuerdo de nuestras primeras entrevistas, y los debates que mantuvimos entonces. Pero esto, no recuerdo que lo mencionases entonces: ¿qué es eso tan crucial, que consideras que perdieron?

-Su sensibilidad, Alervin. Su humanidad. Si la Unidad fuese la mitad de rigurosa que ellos, el mundo habría sido aniquilado apenas nacer; no subsistiría ni un segundo. ¿Con qué derecho o autoridad se consienten ellos, ser más severos que la Unidad? Esto… ¡es soberbia herética! Esa, es mi crítica principal.

-Y… ¿no estarás siendo tú mismo, excesivamente riguroso en tu juicio?

-Espera a conocerlos primero, y después lo discutiremos.

Así zanjaron la cuestión. Terminaron el almuerzo, y se volvieron a su habitación. Descansaron un par de horas, y enseguida salían otra vez, rumbo a la estación. Milie iba encerrado en un mutismo sepulcral. Su esposa y su hija lo escoltaban, tomada cada cual de una mano, brindándole su amor solidario en silencio. La actitud madura de la niña era particularmente llamativa. Incluso sin entender lo que sucedía o por qué, era lo suficientemente perspicaz como para comprender que en ese momento, debía imitar la actitud adusta de sus mayores. Milie lo valoró con profundo reconocimiento, y le dedicó un cariñoso apretón de su manita, pero permaneció callado durante el viaje en tren y al bajar, mientras las conducía hacia el hogar de su niñez.

Sin embrago, fue verlo desde la distancia tal y como lo recordaba, sin cambios, para olvidarse de todo al instante. De súbito, fue como si los casi veinte años transcurridos desde la última vez que recorriera ese camino, se hubiesen borrado. Otra vez era al frágil preadolescente que volvía a casa desde su Academia, y allí estaba la huerta con sus árboles frutales y sus sembrados de hortalizas, el aroma de la tierra humedecida por el rocío, su promesa de misteriosos descubrimientos del minúsculo universo de los insectos pululando entre los surcos. Milie se soltó de las manos de ellas y corrió con ingenua alegría al encuentro de ese perdido y añorado entorno familiar; sin escuchar a su esposa y su hija que, cada vez desde más lejos, lo llamaban a medida que él las dejaba atrás:

-Milie, ¡espera!

-¡Papá!

Ya había atravesado la primera línea de árboles y se aproximaba a los sembrados, cuando un rostro contrariado emergió de entre las matas, lo miró con hostilidad apenas contenida, y masculló con ira amenazante al ver sus insignias:

-¡Fuera de aquí, ingeniero!

Milie se detuvo en seco, clavando un par de ojos horrorizados en el hombre que se incorporaba azadón en mano, para enfrentarlo con cara de pocos amigos:

-¡He dicho fuera! -insistió aquel.

Sacudiéndose de pies a cabeza como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica, Milie tartamudeó con voz vacilante una disculpa apenas audible, mientras iniciaba un retroceso lento:

-Yo… lo siento… lo siento… ya me voy…

Pero no llegó muy lejos. Apenas había alcanzado a dar unos pocos pasos temblorosos en reversa cuando, lívido como una mortaja, se desmoronó sin sentido. Alervin, que seguía aproximándose con su hija, gritó temiendo lo peor:

-¡Milie! -y voló hacia él, con la niña corriendo detrás al grito de "¡papá!". Enseguida se acuclillaba a su lado, volteándolo preocupada. Su esposo, pálido y sudoroso, estaba frío, inmóvil, y apenas respiraba débilmente. Alzando el rostro bañado en lágrimas lo vio: su suegro seguía allí, contemplando la escena con expresión dubitativa y turbada, demasiado absorbido por su propia vorágine de pensamientos como para reaccionar. Ella se indignó:

-¡Hombre terrible! -le espetó- En lugar de quedarse mirando, ¡llame a un Médico!

-Es… ¿Milie? - balbució él- ¿Realmente es Milie?

Alervin no lo escuchó: estaba demasiado concentrada en reanimar a su esposo, que poco a poco volvía en sí. Posó en ella un par de ojos exhaustos y susurró con un hilo de voz:

-Ayúdame a sentarme… -ella así lo hizo y él se quedó sentado sobre la gramilla, respirando con más dificultad que si acabase de correr la maratón. Lucía cansado y triste, pero sereno en su resignación.

-Alervin, por favor -murmuró con esforzada debilidad-: discúlpate con tu suegro en mi nombre, dile que sólo necesito un vaso de agua y me iré… No pido más. Procura ser conciliadora, ¿vale? Sin reclamos.

Mientras Meneyént se sentaba a lagrimear aferrada a su padre, Alervin se reincorporó enfrentando al hortelano:

-¿Habéis llamado al Médico?

Él habría deseado insistir en su propia pregunta, pero consciente de la complejidad de su situación, murmuró sumiso:

-Sí. Ya lo he invocado.

-Gracias -mascculló ella-. Ahora, si no es mucho pedir, necesitaría un vaso de agua para mi esposo. Y luego seremos muy felices de marcharnos, os lo aseguro. Nos disculparéis la invasión y por nuestra parte, no volveremos a molestar.

Él se retiró cabizbajo y contrito para volver enseguida, acompañado de su esposa y trayendo el líquido solicitado.

-¿Milie? ¿Realmente es Milie? -preguntaba ella, llorosa.

Alervin los observó en silencio mientras tomaba el vaso y se lo pasaba a su marido, que bebió con lenta parsimonia. Incluso después de "rejuvenecer" gracias a sus beneficiosas vacaciones en Aïketh, Milie apenas sí parecía un poco más joven que sus propios padres. Y eso, a pesar de la dura vida campesina que aquellos debían llevar.

-Sí, claro que es él -replicó con acritud-. ¿Dónde está el Médico?

-Ahí llega -musitó su suegro, señalando. En efecto, un Maëdi de edad madura se acercaba cruzando a campo traviesa. Pronto los alcanzó, inclinándose para estudiar a su eventual paciente, con expresión seria en el rostro que se iba surcando de arrugas de preocupación.

-Este hombre ha sufrido una conmoción cerebral una vez, y una intoxicación grave en otra oportunidad. Acaba de tener un desmayo. No sería tan grave, de no ser por su historia clínica. Necesitaría un Reconstituyente personalizado que en estos momentos, no me sabría capaz de formular…

-Ah -suspiró ella-. En tal caso, quizás alcance con lo que ya tenemos. Milie: ¿traes tu ampolla contigo? -él asintió con un gesto. Ella la buscó, para extenderla al experto preguntando- ¿Bastará con esto? ¿Qué dosis debería administrarle?

El Médico tomó la ampolla, la abrió y analizó su contenido con concentración, al modo Maëdi.

-Una gota bastará -dictaminó-. Y que tome su dosis habitual a la hora acostumbrada, sin desmedro.

Ella obedeció, obteniendo un sorprendente resultado inmediato. Milie recobró los colores, y se reanimó lo suficiente como para preguntar:

-¿Cuánto os debo?

-Una plata pequeña -dijo el Médico.

Aferrándose a su esposa, Milie se reincorporó y pagó. A continuación, apretando las mandíbulas por el esfuerzo y sujetándose a ella para no caer, emprendió la retirada con torpes pasos vacilantes.

-¡Espera! -se interpuso su madre- Milie por favor, no te vayas así. ¡Perdónanos! No podíamos saber que fueses tú… Pasa a compartir un té con nosotros, y cuéntanos de tu vida. ¡Te has casado! Y nos has dado una nieta…

Milie detuvo la marcha, todavía mudo. Posó sus ojos cargados de dudas sin reproches en el rostro de su padre, y aguardó en silencio. Aquel tardó en comprender el tácito interrogante.

-Sí, Milie. Lo siento. Fue… una desafortunada confusión. ¡No sabía que fueses tú! Creí… que eras uno de esos intrusos fastidiosos que pululan por los alrededores del Club, cada vez que hay reuniones. Ven a pasar la tarde con nosotros, y preséntanos a tu familia.

Sin pronunciar palabra, el interpelado asintió con un gesto leve y, sujetando a su esposa y a su hija como quién se aferra a un salvavidas, corrigió el rumbo, virando cabizbajo hacia la casa. Pero una vez sentados en la habitación familiar, ante la mesita baja y bebiendo el té de rigor, Milie se mantuvo mudo y hosco, todavía aturdido y fatigado por el reciente desvanecimiento, amén de comprensiblemente desganado y poco comunicativo. A las preguntas de sus padres, respondía con

simples monosílabos, y eso en el mejor de los casos. Si la cuestión requería de más que un "sí" o un "no" para ser satisfactoriamente respondida, entonces posaba su mirada suplicante en Alervin, y esperaba que replicase por él. Tras concluir su segundo té se volvió a su hija, proponiéndole:

-Ven, Meneyént: te enseñaré la huerta -y tomándola de la mano, salió sin más. Conociendo su peculiar costumbre, Alervin esperó a que se alejara para volverse a sus suegros, diciendo:

-Milie se ha retirado, para permitirnos dialogar a solas. No volverá, hasta que no vayamos a buscarlo. Así de considerado es siempre. Significa, que podemos conversar con abierta libertad. Decid pues…

Un silencio incómodo se aposentó en la habitación, hasta que el hombre lo quebró, mascullando con amargura:

-Tú… llegas desde tan lejos y ahora esperas que en un minuto, yo desmonte las barbaridades horribles que mi hijo llevará años comentándote acerca de nosotros…

-Pues no -replicó ella con calma-. El hecho es que pasó estos años callando al respecto. Es… de esas personas que si no tienen nada agradable o positivo para comentar, pues se guardan su opinión, y ya. Recién hoy al mediodía dijo algo, sólo para expresar lo mucho que le angustiaba su obligación moral de presentarme a vosotros, de tener que allegarse aquí después de tanto tiempo. Y lo triste es que su mayor temor era… que ocurriese lo que sucedió: que lo volvieseis a expulsar. Por mi parte, yo sólo tengo de vosotros la impresión que acabo de recibir. Y no es buena. Habéis estado a punto de matarlo. Y habiendo presenciado vuestra actitud y su reacción, me basta para adivinar lo que mi esposo habrá vivido aquí.

-Dinos Maëdin, ¿cómo te llamas? -solicitó su suegra.

-Alervin Deye.

-Un nombre muy venerado en Darei…

-Por eso lo adopté.

-Es decir -coligió su suegro-, que no es el que traías de casa. ¿De dónde vienes, y cuál era tu nombre original?

-Nací en Lémleth, una ciudad de larga raigambre Sorian. Por lo cual y como cabía esperar, mis padres me dieron un clásico nombre soriánico: Vadaric Narvith.

-Y… ¿cómo conociste a nuestro hijo?

-Nos presentaron en Draïr. Veréis: la inauguración fue ampliamente publicitada, acompañada de una invitación general; podía asistir quién quisiera, de donde fuera, sin restricciones. Movida por la curiosidad fui, me gustó y me quedé. Estudié en una Academia Generalista Inicial los primeros años, y después escogí disciplina sumándome a los hortelanos.

-¡Vaya! -exclamaron los anfitriones, al unísono. Él añadió- O sea que en cierto modo, nuestro hijo tampoco se ha distanciado tanto, si al parecer piensa fundar un hogar tan similar al nuestro.

-Él nunca se alejó -puntualizó ella con acritud-. Fue expulsado, que no es lo mismo.

-Alervin, tú no entiendes -comenzó él. Pero ella estalló, interrumpiéndolo con rudeza:

-No. ¡Vosotros no habéis entendido! Era un niño, desvalido e inocente. Necesitaba amor, comprensión y amparo. ¿Qué recibió en cambio? ¿Y tanto por qué?: porque la Unidad lo dotó de un espíritu, unas aptitudes y una vocación que no eran de vuestro agrado. Lo habéis estado castigando durante años por un "crimen" que ni siquiera era el suyo, ni lo podía remediar. Oh, ¡gente soberbia e insensible! A tal extremo lo machacásteis, que lo habéis convertido en un lisiado permanente en el plano social.

-Tú... ¡qué fácil para ti, llegar de improviso y juzgarnos, sin haberte visto sometida a la mitad de nuestros desafíos!

-No olvidéis, que soy tan Originalista como vosotros. Sé cómo pensáis. Os comprendo más de lo que os imagináis. De hecho, al principio cometí vuestros mismos errores: me dejé arrastrar por idénticos prejuicios y lo zaherí terriblemente. Pero aprendí. Por la vía larga y con muchos remordimientos, pero aprendí. Vosotros en cambio, ni siquiera os lo habéis planteado.

-Eres demasiado severa.

-¿Y a quién le afecta? Si posiblemente, ¡esta sea la primera y última vez en vuestras vidas, que nadie os cuestiona nada! En un par de horas me levantaré y marcharé para siempre, y vosotros os quedaréis aquí, atrincherados en vuestra rigidez inconmovible, sin haber permitido que mi crítica os hiciera mella, confortablemente avalados por un entorno compacto e irreductible. ¿Por qué no miramos en cambio, lo que con él ha hecho *vuestro* rigor cotidiano? Ya habréis notado lo avejentado que está: casi parece de vuestra misma edad, teniendo apenas la mitad. Milie es un hombre maravilloso, que puede ostentar con orgullo el nombre de nuestro fundador. Y aunque en apariencia se dedique meramente a las máquinas, es "un santo" y no porque lo diga yo: así lo definió una

Maestra insigne, una Guardiana de la Tradición, amonestándome porque yo misma lo hubiese maltratado. Nunca jamás alzaría un dedo contra nadie, ni agraviaría a ninguna criatura con intención. En consecuencia, se guarda sus opiniones e impresiones, se calla sus sentimientos y deja que lo vayan socavando por dentro. Por eso su salud se resiente tanto. Y esto es en gran medida, el producto de vuestra falta de afecto durante su infancia: lo tratasteis peor que a un enemigo. Él… nunca contó con un genuino hogar en el cual refugiarse. Tuvo que hacerse a sí mismo y lidiar con la vida en solitario. ¡Y todavía os creeréis mejores! En fin -suspiró, incorporándose-: esto… ya no tiene remedio. Iré a buscarlo y no se hable más, que esta conversación le sentaría fatal. Haced este pequeño esfuerzo por él, y procurad ser amables en lo que resta de la tarde. No os pido más.

-Alervin, ¡espera! -suplicaron ellos.

Pero ella les volvió la espalda dando la cuestión por zanjada, encaminándose a la huerta.

-Milie… -llamó desde la distancia. Padre e hija se incorporaron de entre las matas, y ella exclamó horrorizada al verlos- ¡Milie! ¿Qué os habéis hecho?

Ambos lucían cubiertos de barro de pies a cabeza, pero radiantes de felicidad.

-Eh… hmm… ah… -balbuceó él, mirándose- Esto… no te preocupes: no es grasa de máquinas. ¡Se quita fácil! -y le dirigió una sonrisa amplia tan cautivadora, que ella no pudo menos que estallar en frescas carcajadas.

-Tienes razón; perdóname. La verdad, tampoco importa tanto mientras tú y Meneyént lo hayáis disfrutado. ¿Os habéis divertido?

-Sí, mamá. Papá me mostró muchas cosas lindas.

-Bien. Ahora venid, que el té se enfría y los abuelos esperan. Porque son tus abuelos, ¿sabes?: tus abuelos Maëdern del Continente Pequeño; los padres de tu padre. Así que sé atenta y cariñosa con ellos, ¿de acuerdo?

La niña asintió y juntos, volvieron a entrar en la casa. A continuación, compartieron las horas con tranquilidad. Los temas espinosos fueron deliberadamente evitados; sólo se comentaron las novedades de una y otra familia. Milie apenas sí dijo nada: confió en que su esposa condujese la conversación por él, que bebía su té sumido en un silencio abstraído, acariciando con suave ternura los rizos de su hija sentada sobre sus piernas, cruzadas al modo Maëdi. Por la noche acudieron al Club de Exiliados donde, fiel a sus costumbres, Milie se durmió enseguida, acurrucado en el rincón más

discreto y apartado que encontró. Al cabo su hija se dormía también, echada con cándida confianza apretujada contra él.

Entretanto, Alervin y sus suegros aprovechaban para reanudar su conversación saliendo al exterior. Pero distintos deseos los movían: ella, aspiraba a conocer y comprender mejor, la infancia de su esposo sobre la cual él siempre callara. Mientras que ellos esperaban más que ser meramente comprendidos: sentirse justificados y avalados. Cada relato venía acompañado de multitud de excusas, extendiéndose con énfasis especial en lo difícil que *para ellos*, había sido afrontar la situación cotidiana. Alervin acabó por sentirse agobiada, aunque supo mantener una diplomática máscara de cordialidad. Pero para sus adentros se sacudía de aprehensión al imaginar lo duro que habría sido para su esposo, el haberse visto obligado a crecer sus primeros años, en un ambiente tan rígido e insensible. Y lo admiró. Lo admiró por el simple hecho de que, pese a haber sido tan inmerecidamente vapuleado, no estallara en justificados reclamos iracundos, ni ahora ni antes, cuando años atrás ella solicitó que le relatase su infancia. Simultáneamente, comenzó a entender en mayor profundidad, los prolongados silencios de su esposo. Pero ya no dirigió a sus suegros palabras tan ásperas como la víspera. Se limitó a escuchar, preguntar y volver a escuchar. Si la presionaban mucho, musitaba un lacónico "comprendo", para pasar de inmediato al siguiente interrogante. Y así transcurrió la velada hasta el amanecer. Entonces, sus suegros le dijeron:

-Quedaos a desayunar con nosotros.

Y ella entró a despertar a su esposo e hija, que acudieron sin objetar. Fue un desayuno tranquilo: una vez más, Milie se encerró en su mutismo abstraído, centrando su atención en la pequeña Meneyént. Igual que en la víspera, Alervin conducía el diálogo, compartiendo comentarios optimistas acerca de sus planes de futuro, y agradables descripciones de su juventud y del hogar paterno. Pasadas las ocho y media se despidieron con cortesía y emprendieron la marcha hacia la estación, para tomar el tren de las nueve de regreso a la Torre. Ya a bordo, Alervin comentó:

-Y al final, no perdonaste a tus padres.

Milie, que no esperaba ese planteo, le dirigió una larga mirada azorada antes de responder con su suave murmullo habitual:

-Es que tampoco fue necesario.

Tocó a Alervin sorprenderse, y devolverle su propia mirada confundida. Él se explicó:

-¿Te pareció que en algún momento, ellos lamentasen o se retractasen de nada? -ella negó con un gesto, él prosiguió- ¿Sabes por qué? Simple: porque no creen haber actuado mal. Ni consideran haber fallado. Luego, no tienen de qué arrepentirse. ¿Qué sentido tiene disculparlos? Tú absuelves al que se equivoca, no al que acierta. Si tiene razón, lo felicitas. De hecho, intuyo que ellos esperaban… no mi perdón, que habrían rechazado con desprecio; sino lo contrario: que *yo* me disculpase ante ellos. ¡Lo último que me habría faltado! Y quedaron terriblemente decepcionados. Así estamos.

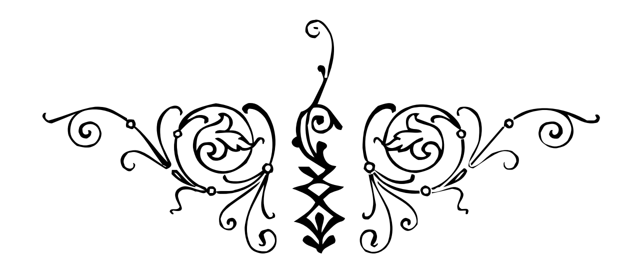
-No entiendo entonces, para qué hemos venido… ¡Con el esfuerzo colosal que te demandó!

-Es que no vine por ellos, sino por ti. Era una deuda contraída contigo. No lo he olvidado: desde la noche de nuestros esponsales en Ajnu Dúir, te debía más explicaciones de las que me sentía anímicamente capacitado para exponer. Esta noche las has recibido, y de primera mano. ¿Y sabes qué? Valió la pena. Incluso a pesar del encontronazo inicial: habiéndolo superado me siento mejor, más tranquilo, como si acabase de liberarme de un peso colosal. Ahora sí, podemos dar inicio a nuestras vacaciones en Hísel-Minei: visitaremos las instalaciones más interesantes del puerto, te llevaré a almorzar en el exclusivo Restaurante de la Escuela de Chefs de los Aléyern, y después nos iremos a las playas tropicales del Norte, donde siempre es verano. ¡Tendremos unas vacaciones deliciosas! ¡Inolvidables!

-Milie… Mi buen Milie… Sí; recuerdo que lo mencionaste en nuestra noche de esponsales: que tu plan original era irnos a retozar en una playa tropical… ¡Gracias por tu lealtad! Pero, ¿sabes lo que me hace más feliz?: ver cómo rejuveneces día a día. Me alivia comprobar lo beneficiosas que te están resultando estas vacaciones. También mis padres se alegrarán con el reencuentro, porque se alarmaron terriblemente al verte volver tan achacoso de las Shéluien.

Y así fue: el feliz matrimonio pasó un mes de idilio en las playas tropicales de la Gran Isla Oriental, allende las Sierras del Norte, antes de volver pletóricos y lozanos a Draïr. De regreso en su casa del Valle, plantaron una huerta. Alervin, que para eso estudiaba con los Botánicos, dirigió los trabajos; pero tanto su esposo como Meneyént participaron activamente, cada cual según su capacidad. De hecho, Milie demostró ser mucho más eficiente y dedicado de lo que ella habría esperado. Se notaba, no solo que había crecido en un ámbito rural, sino que en el fondo, tampoco desdeñaba esa clase de actividad. Quizás, incluso lo contrario fuese cierto.

Cuando la vivienda y sus jardines estuvieron satisfactoriamente acondicionados, invitaron a los parientes de Lémleth, y celebraron la inauguración. La primavera estaba en su apogeo, el Valle brillaba radiante de luz y colorido, y la familia lucía feliz y optimista. Milie se mostró casi tan alegre y comunicativo como si hubiese bebido, y los padres de Alervin suspiraron aliviados viendo que, pese a que seguía aparentando mayor madurez de la real, el hombre había recuperado fuerza, color y lozanía. En suma, Milie cumplió su promesa con creces: prodigó a su familia cinco meses de descanso recreativo y dedicación absoluta, en lugar de los meros tres que prometiese originalmente. Tras los cuales, y para alivio de Erevi Dayu, volvió a colocarse en los astilleros. Su Rector se las había visto negras los últimos años, para reemplazar a su huido ingeniero de diagnóstico. Falto de nadie idóneo en Draïr, tenía que buscarlos en Hísel-Minei. Pero hasta que conseguía uno, aquél nunca permanecía por más de medio año, tras el cual regresaba a su casa allende el océano, y vuelta a buscar…



Epílogo

Un año después de su regreso a Draïr, Alervin alumbró una segunda hija, a la que llamaron Eiluélvin. Un par de años después, ella esperaba familia otra vez, cuando notándolo particularmente triste, preguntó a su esposo por la causa de su melancolía y él replicó con tono plañidero:

-Siento nostalgia, añoro mi hogar…

A estas alturas, ella lo conocía lo suficiente como para saber que no se refería a su hogar de la infancia en las inmediaciones del Club de Exiliados, sino al mar. Obtuvo de él la promesa de que tras su contrato con la naviera volverían a tomarse unas largas vacaciones en familia, y con esa condición le permitió partir. Entretanto, ella invitó a sus propios padres a establecerse en el Valle, para no sentirse tan sola en ausencia de su esposo. Una vez cada dos semanas, acudían juntos a esperarlo en el muelle, y abordaban. Era una curiosa reedición de la vieja "prueba de la espera", aunque más fácil de sobrellevar. Meneyént tenía más de cinco años y había crecido tanto que, por más que lo intentaba, a su padre le costaba alzarla. ¡Y eso que estaba habituado a las labores pesadas! Era una niña despierta y curiosa, que a la primera oportunidad de sentarse en el comedor de oficiales, preguntó a su padre si ese barco le pertenecía a él… para pedirle a continuación que le mostrase dónde trabajaba. Él la condujo a la sala de máquinas señalándole nivel por nivel, lo que había en cada lugar y para qué servía; porque ella, insaciable, nunca dejaba de preguntar, y se veía a las claras que disfrutaba esa excursión y le cautivaban las explicaciones.

-¿Sabes, Meneyént, que tú misma naciste en uno de estos? Tienes una preciosa medalla conmemorativa en casa…

Sí, claro que lo sabía; pero fingía sorprenderse cada vez que él lo mencionaba, para volver a oírlo. Como gran admiradora de su padre que era, compartir con él algo tan importante como su esencia marinera, le hacía sentirse orgullosa y satisfecha. Sin embargo, no solo en los muelles de Draïr él era esperado al atracar: en Hísel-Minei, solía aguardarlo su madre. Ella se había sentido realmente acongojada tras su fugaz visita y, previendo que cualquier día podía alistarse en la marina otra vez, había contactado con personal de la Empresa, solicitando que apenas él lo hiciera, le avisaran. De modo que estaba advertida de su regreso la primera vez, y pidió verlo a bordo. Para él fue una sorpresa absolutamente inesperada, pero la recibió. Tuvieron una reunión tranquila pese a las

dificultades de socialización de él, pero gracias a la ausencia paterna se entendieron con relativa facilidad, y se congraciaron.

Estimulada por ese éxito inicial, ella se hizo la costumbre de aguardarlo. Esto se tradujo en que, una vez cada quince días, se ausentaba de la casa inexplicablemente y por muchas horas. Su esposo, que no pudo dejar de notarlo, preguntó… y resolvió plegarse a ella en la próxima visita. ¡Funesta decisión! El reencuentro no fue afortunado. El hombre seguía hondamente agraviado por la deserción de su hijo, por no mencionar lo incómodo que se sentía a bordo, amargado como si ingresando en el navío cometiese un sacrilegio. No pudo contener su genio, y en un momento de crispación lo asaltó dirigiéndole un ataque tan súbito como fulminante. Milie se desplomó inconsciente, mientras las oficiales de seguridad, que custodiaran la reunión por prevención, reducían al agresor.

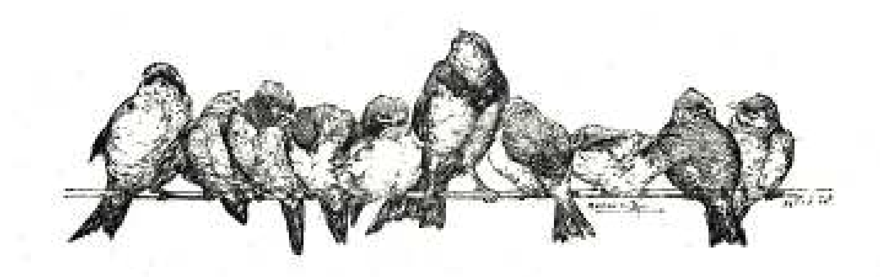
Cuando el buque volvió a Draïr, la vida de Milie todavía peligraba, su padre continuaba prisionero a bordo, y su madre que preocupada por el destino de ambos, se había negado a desembarcar, velaba por la recuperación de uno y aliviaba la amarga soledad del otro. Alervin se deshizo en torrentes de lágrimas al conocer las nuevas. Estabilizarlo, sacarlo de peligro y devolverle la salud demandó casi un mes; tan letal había sido el ataque. Solo entonces su agresor fue juzgado, porque en la empresa esperaban a ver si la agresión sería o no mortal, pues en función del detalle cambiarían tanto el delito como la pena.

Fue un juicio público muy sonado, pináculo de la disputa entre Originalistas y Reconstructores, punta de lanza de los reclamos de los segundos, contra la creciente animadversión que vinieran soportando por parte de los primeros. Y con gran bochorno por su parte, los Rectores Originalistas tuvieron que admitir que la situación se les estaba yendo de las manos, y los resultados distaban de responder a ningún ideal Maëdi, nuevo o antiguo. Tenían que recapacitar y retractarse antes de que fuese demasiado tarde, y el propio envilecimiento se agravase de manera irremediable.

Pese a tantas vicisitudes, Milie rehusó desembarcar hasta no haber cumplido su contrato. Y aunque fiel a su palabra como siempre, se tomó varios meses de vacaciones con su familia a continuación, aquel ataque tan mortífero dejó secuelas, que vinieron a sumarse a las anteriores… Por eso Milie es hoy un hombre tan decrépito pese a su juventud: aún no alcanza siquiera los treinta y seis años, pero parece un octogenario.

Ha vuelto a los astilleros no obstante la oposición de su esposa. En sus propios términos, porque pasar la vida sin hacer nada útil lo angustiaría tanto, que lo mismo acabaría matándolo. A lo máximo que ha consentido, es a reducir sus jornadas en la medida de lo posible: hoy sólo trabaja ocho horas diarias, que vendrían a ser unas nueve y media en nuestros propios términos: entra a las ocho y media de la mañana, y sale a las seis y media de la tarde, y así está presente en tres turnos distintos, y a las horas de mayor actividad cotidiana. Desde allí ha dirigido un ambicioso proyecto, encargo del gobierno de Aïq, de reconstrucción de un navío antiguo, el primero de la Armada de dicha ciudad, del cual quedaban apenas sí descripciones verbales e ilustraciones artísticas diversas, pero no subsistían planos ni ningún otro material técnico. Milie hubo de emprender una meticulosa investigación estudiando la tecnología, recursos, materiales y métodos de la época, al cabo de la cual alumbró una reproducción puntillosa en detalles y precisión, manteniendo el estilo a tal extremo que, de no haber lucido reluciente, el buque se habría dicho auténtico. Desde entonces lo tienen en Aïq como museo flotante, y Milie ha pasado ocupar un puesto honorífico en la historia del diseño naval.

Hoy, es habitual verlo cada noche en el Restaurante de la Torre, en compañía de su familia. Alervin y sus tres hijos (Meneyént, Eiluélvin y el pequeño Udeyú) lo aguardan al salir del trabajo, y viajan juntos en el minibús de transporte interno del puerto. Tras la cena se vuelven al Valle en tren, y él completa el trayecto cabeceando y adormeciéndose, incluso estando de pié. Es un hombre feliz, no tiene reclamos contra nadie y opina que probablemente, algún día su hija Meneyént se hará a la mar como oficial de seguridad. Lo cual es muy posible, sí.



¿Adiós a Mundo Saïri?

Cuenta el Midrash [Bereshit Rabá 3,7] que antes de formar el nuestro, D's se entretenía creando y destruyendo mundos: *"estos me gustan, estos no me gustan".* Como criatura hecha a Su imagen y semejanza, algo similar he estado haciendo con mi Mundo Saïri, que lleva acompañando mis vigilias mucho antes de que acometiese su redacción: aproximadamente desde 1997 o en versiones más arcaicas, incluso años más atrás. Con el paso del tiempo maduró, creció, evolucionó, prosperó, echó profundas raíces y desarrolló un vastísimo y muy enmarañado follaje.

Pero mientras yo creaba y destruía a placer en mi Mundo Saïri, aquel cobró vida en mi interior y comenzó a devolverme otro tanto. Porque a partir de entonces he vivido horas y más horas sumergida en él. Mundo Saïri ha endulzado mis horas de trabajo, mis cotidianas caminatas hacia uno u otro lugar, mis viajes en autobús, mis horas dedicadas a las faenas rutinarias del hogar, y mi descanso sabático. Mundo Saïri me ha hecho a mí tanto como yo lo hice a él: me conquistó, me convirtió en su creación y su visitante más asidua. He vivido miles de vidas en él, acompañando a cantidad de personajes que ya no podrán aflorar en mi obra, porque son multitud: he sufrido, he reído, he construido, he llorado, he amado, he soñado, he perdido, he aprendido y he desarrollado innumerables actividades junto con ellos.

Por todo eso, Mundo Saïri es hoy más de lo que parece: es mi propia historia. Yo soy Mundo Saïri y Mundo Saïri es yo. Con luces y sombras, con virtudes y defectos. He creado un mundo, y este me ha recreado a mí.

A. de A., Jardines de Esperanza, 06 de Marzo, 5780



los relatos de

Mundo Saïri

Año y orden de redacción	Cronología Interna
Mundo Saïri I: ------------------ 1998-2000	Balada de Aïnilé Saïri: ------------------ 01
Balada de Aïnilé Saïri: --------------- 2000	Mundo Saïri I: ---------------------- 00-700
Mundo Saïri II: -------------------- 2002-04	Historia de Aïnilé Saïri: 00-920 (aprox.)
Historia de Aïnilé Saïri: -------------- 2004	Anecdotario: ----------------- S VIII-XXIV
Auntobigraf. M. T. Lidki: ----------- 2004	Mundo Saïri II: ------------------ 500-1538
Emperador Penitente: ---------------- 2004	Sobre Meneyú: ------------------------ 1204
Hist. d. l. Sorien d. Aleinir: ---------- 2004	M. Manervi: ----------------------- 1205-20
Documento Nareidin: ---------------- 2004	M. T. Lidki: ------------------------ 1202-71
M. Udei Laëmi: ----------------------- 2004	L. Caminos...: -- S XIV (fecha imprecisa)
M. S. post Imperial: ------------------ 2004	Emperador Penitente: ------ 1337(?)-65(?)
Sobre Meneyú: ------------------------ 2005	M. U. Laëmi: ---------------------- 1375-79
E. Abismo e/ l. Mundos: ------------- 2005	Sorien de Aleinir: ----------------- 1426-47
U. Indiv. u. Universo: ---------------- 2005	Iútheltehr: ----------------------- 1496-1514
El Legado de Manervi: --------------- 2005	M. S. post Imp: ------------- S XVI-XXIV
Anecdotario: --------------------------- 2005	Doc. Nareidin: ------------------ 1514-1676
L. Caminos d. l. Esclavitud: --------- 2005	El Castigo...: -------------------- 1680-1707
Iútheltehr: ------------------------------ 2005	El Inmortal: --------------------- 1945-2238
El Castigo d. l. Inocentes: ----------- 2005	Demoledor: ------------------------ 2281-96
Hist. d. 1. Demoledor: ---------------- 2005	Un Individuo...: ---------------- 2295-2317
El Inmortal: ---------------------------- 2005	El Abismo...: ---------------------- 2325-29
Post Imperial I (continuac.): --------- 2018	Post Imp. I (cont.): ------ S XXIV-XXXII
Post Imperial II (C. Dehi): ----------- 2018	M. Meneyént Daërin: ---------- 2734-2866
M. Meneyént Daërin: ----------------- 2018	Capitán Dehi: ----------- S XXXII-XXXV
Bendita Torre I – Devri: ------------- 2019	Capitán Devri: ------------------ 2365-2439
Bendita Torre II – Milie: ---------- 2020	**Ingeniero Milie: --------------- 2404-2439**